



Curso de Educación Paritaria



SELECCION DE TEXTOS AMPLIATORIOS

TOMO 4

En las últimas elecciones se ha observado una gran participación de la población en las elecciones, lo que demuestra el interés de la ciudadanía por el proceso democrático. Los resultados reflejan la voluntad popular y el compromiso de los candidatos con el bienestar de la nación.

El proceso electoral se desarrolló de manera pacífica y ordenada, con la presencia de observadores internacionales que certificaron la transparencia y la equidad del proceso. Los ciudadanos ejercieron su derecho al voto de manera responsable, eligiendo a los representantes que mejor reflejan sus aspiraciones y necesidades.

Los resultados de las elecciones muestran una clara mayoría para el partido gobernante, lo que le otorga el mandato para continuar con su programa de gobierno. Sin embargo, la oposición también obtuvo una representación significativa, lo que garantiza la pluralidad y el equilibrio en el poder.

El próximo desafío para el gobierno es implementar las políticas prometidas durante la campaña electoral, mejorando la calidad de vida de la población y fortaleciendo las instituciones democráticas. La colaboración entre todos los sectores de la sociedad será fundamental para lograr estos objetivos.

- Partido Comunista Peruano
- Partido Comunista de Puerto Rico
- Partido Comunista de Uruguay
- Partido Comunista de Venezuela
- Partido Comunista de Chile
- Partido Vanguardia Popular de Cuba
- Partido Comunista de Cuba
- Partido Comunista de Egipto
- Partido Comunista de Siria

INDICE

R. Arismendi	
-RELACION DE LENIN DE LA DEFENSA DE LOS PRINCIPIOS Y LA CREATIVIDAD.....	1
R. Arismendi	
-LA CONSTRUCCION DEL SOCIALISMO Y DEL COMUNISMO Y EL DESARROLLO MUNDIAL.....	6
E. Viera	
-AFIRMAR EL FRENTE AMPLIO Y UNIR TODAS LAS FUERZAS CONTRA EL FASCISMO.....	17
E. Rodríguez	
-APUNTES SOBRE LA HUELGA GENERAL DE JUNIO DE 1973	22
E. Viera	
-EL PARTIDO Y LA TEORIA DE LA REVOLUCION URUGUAYA	30
R. Arismendi	
-CONVERSACION CON LOS ESTUDIANTES LATINOAMERICANOS.....	39
R. Arismendi	
-LA PERRA OTRA VEZ EN CELO.....	65
R. Arismendi	
-DIMITROV Y LA ACTUALIDAD	77
CONFERENCIA DE LOS PARTIDOS COMUNISTAS DE A. LATINA Y EL CARIBE.....	81

Se terminó de imprimir
en ENERO de 1986

Teoría y Política

Relación en Lenin de la defensa de los principios y la creatividad

Rodney Arismendi

Discurso en la Academia de Ciencias
de la URSS. Noviembre 1977

Camaradas:

Con Marx y Engels el socialismo pasa de utopía a ciencia. Con Lenin y la Revolución de Octubre se torna, frente al capitalismo, una alternativa concreta para la humanidad. Por ello se integra a la vida de todos los pueblos, define la época y transforma a la Unión Soviética, en estos 60 años, en eje histórico de todos los procesos revolucionarios y transformadores del mundo. En lapso tan breve, jalonado dramáticamente por la ordalía tremenda de la guerra contra el nazifascismo, se ha vuelto irreversible la marcha de la humanidad hacia el socialismo y el comunismo. En el gran cañamazo de este período histórico en que se entretajan, avanzan, retroceden y vuelven a avanzar todas las revoluciones y procesos liberadores que la Revolución de Octubre ha evocado, ya nadie puede cambiar las señales en los postes indicadores de ruta de la historia.

Luigi Longo dice bien: "Hallamos en los hechos de hoy como en las principales tendencias del desarrollo social — por muy distintas y originales que sean las formas de su expresión — la confirmación de que la Revolución de Octubre ha constituido y constituye piedra angular en el desarrollo de la civilización moderna."

En el plano ideal, teórico y práctico, significa el triunfo del marxismo y la incorporación del nombre de Lenin — el leninismo — al de los maestros fundadores por su desarrollo creador. Lenin con-

cibe la teoría de la revolución socialista en las condiciones del imperialismo, dirige la Revolución Rusa y desarrolla la teoría marxista del Estado particularmente del período de transición y edifica la concepción del Partido. Traza las directivas básicas para la construcción del socialismo, etc. Es una obra sin precedentes, de cuyo éxito dependían la suerte de la humanidad, el carácter de nuestra época, es decir el signo con que el siglo XX entrará en la historia. Para construir el socialismo sólo había indicaciones teóricas generales de Marx y Engels, entre ellas la célebre "Crítica al Programa de Gotha" y, acerca del carácter del Estado del período de transición, sólo la efímera aunque gloriosa experiencia de la Comuna de París. Por lo demás, contra la audaz empresa soviética pesaban las tesis consagradas, mecanicistas y economistas, de la II Internacional que condenaban a la clase obrera a esperar la revolución sólo en países capitalistas desarrollados o en función de crecimientos cuantitativos de las fuerzas productivas.

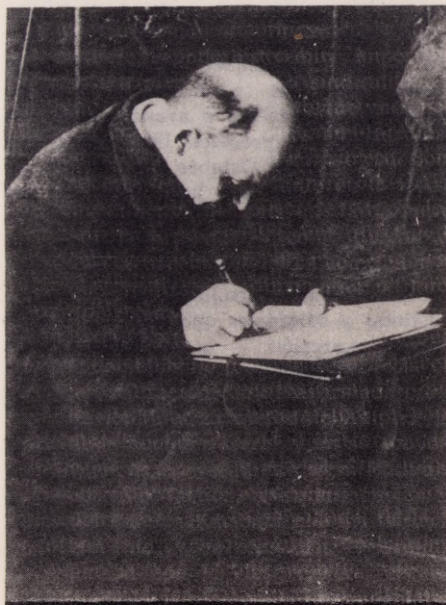
Por increíble que parezca todavía aparecen historiadores y publicistas que echan en cara a Lenin el haber realizado la revolución socialista en las condiciones de la vieja Rusia y pensado la perspectiva del socialismo en un solo país, sin haberle pedido antes permiso a tanto sabihondo. Parecería ser algo así como el pecado original en los textos "sagrados".

Al nombre de Lenin se vincula la fundación y el desarrollo del movimiento comunista internacional. La expresión marxismo-leninismo contiene por definición el fundamento teórico y la aptitud creativa. No clausura la avidez del pensamiento creador, por el contrario la presupone. El propio Lenin retoma la fórmula de Engels de que el marxismo no es dogma sino guía para la acción. Esa doble calidad, de reafirmación de los principios angulares del marxismo y de constante apego creador al proceso real, encarnada en la praxis contemporánea, hizo del leninismo reflejo conceptual de la esencia de nuestra época. Lenin es a la vez defensor de lo que llama "pureza del marxismo", incluso restaurador de los textos de Marx púdicamente ocultados por lumbrreras de la II Internacional, y es el sostenedor de una actitud agresivamente antidogmática, contra todo letrismo y sacralización de las citas, que se confunde con la vida misma. Metodológicamente ello se resume en su célebre enfoque: el análisis concreto de la situación concreta. O en la afirmación, de honda raíz filosófica, reiterada con encarnizamiento polémico, de que "la verdad siempre es concreta".

Combate la adulteración del marxismo, el revisionismo, el acomodamiento oportunista que es abdicación revolucionaria, la vulgarización, las concepciones voluntaristas. Llega incluso a sumergirse en la filosofía y en la física para escribir "Materialismo y empiriocriticismo", que significa por cierto creación pero también preservación de la concepción del mundo de Marx, el materialismo dialéctico e histórico. Con los "Cuadernos filosóficos", entre otras aportaciones, limpia la teoría de Marx de las adherencias positivistas, cientifistas vulgares, sociologistas, de algunos epígonos. Y se regocija con el dinamismo infinito de la dialéctica poniendo a Hegel sobre los pies. Y tanto lecturas como búsquedas nutren el método de pensamiento con el que aborda las cuestiones de la guerra y la revolución. Y encara, teórica y prácticamente, la actualidad histórica de la revolución socialista en la fase imperialista. Sobre este enfoque dialéctico esencial desarrolla el papel del partido, de la política como ciencia y arte. En particular, de Febrero a Octubre, Lenin ostenta no sólo sus dotes de teórico sino de político.

Recopila en el "Cuaderno azul" lo escrito por Marx y Engels acerca del Estado, se basa en el marxismo, pero la teoría es para él inseparable de la variable fenomenología de la revolución, es decir, es fiel a su aforismo de 1905: "no sólo aprender sino también enseñarle a la revolución". ¿Y quién sino un revolucionario y político de larga vista podía haber bregado con tal pasión por la Paz de Brest? Podríamos seguir... "La enfermedad infantil del comunismo", el discurso en defensa de la táctica de la Internacional, toda su concepción de las relaciones entre la hegemonía de la clase obrera y la política de alianzas y su enfoque del problema nacional y colonial, así como la política exterior del nuevo estado socialista, exhiben la sagacidad política de Lenin, ajena al ideologismo, a la especulación abstracta y al sectarismo. Severo crítico de la socialdemocracia aprecia sin embargo el valor del trabajo de algunos de sus diputados en el parlamento, a la vez que su capacidad para agrupar a las masas en algunos períodos.

El leninismo no es pues ni el "marxismo de la III Internacional" ni un "marxismo para países subdesarrollados", ni una fuente que empezó a agotarse pasados determinadas condiciones históricas. Es la gran teoría revolucionaria de nuestra época.



Claro está, en Lenin no hay recetas para todo siquiera para la propia continuidad de la sociedad soviética. Inspirándose en Lenin, el PCUS debió cumplir la vasta y difícil labor teórica y de experimentación hasta el actual enfoque de los problemas del socialismo desarrollado y la utilización de la revolución científico-técnica, del Estado de todo el pueblo, incluso de la nueva Constitución. Así como de las nuevas cuestiones referentes a la coexistencia pacífica y otras, proceso éste que nadie puede creer terminado.

Lenin escribe: "nos basamos enteramente en la teoría de Marx pero no la consideramos algo acabado e intangible" ... "esta teoría no ha hecho sino colocar las piedras angulares de la ciencia que los socialistas deben impulsar en todos sentidos". También es Lenin quien afirma agudamente: "El admitir algo como artículo de fe, el excluir la explicación y el desarrollo con espíritu crítico constituye un grave pecado y la 'simple interpretación' es ... insuficiente para explicar y desarrollar."

Dicho de otra manera, Lenin repugna el dogmatismo pero no cae jamás en el relativismo y mucho menos en el empirismo. La verdad es siempre concreta, pero no es la mezquina verdad del empirista ni la desolada del relativista. Marx dirá que lo concreto es unidad de lo múltiple.

Con esta óptica de Lenin deberían contemplarse algunas contradicciones y problemas que a veces asoman en nuestro movimiento comunista internacional. Los 60 años de Octubre no sólo "conmovieron el mundo" sino que lo trastocaron radicalmente. Las revoluciones socialistas y de liberación nacional, los movimientos progresistas más variados y a veces insólitos que a ellas se conectan, cubren todo el proscenio; las más variadas fases del curso revolucionario y las vías más singulares se multiplican. El movimiento comunista y obrero internacional es una inmensa fuerza y la gama de sus aliados se sigue ampliando extremadamente. La novedad es lo cotidiano. Como lo previera Lenin la revolución socialista cubre una época histórica; avanza abierta o sinuosamente desde países con estructuras tribales a países de capitalismo desarrollado dominados por el capitalismo monopolista de Estado, pasan-

do por la singularidad de los países latinoamericanos. A ello se agregan diferencias de nivel y ritmo, incluso las distinciones propias a cada historia nacional o regional, a instituciones, costumbres y psicología social. Al campo de la revolución se incorporan grandes masas de las capas medias, de la intelectualidad, incluso de la "nueva clase obrera" y de asalariados nacidos de la revolución científico-técnica, etc. Es natural que aparezcan enfoques singulares, contradicciones y debates. Reflejan o refractan complejos procesos, sociales, de perspectivas, de vías de la revolución. Incluso pueden aparecer verdades a medias en los planos ideales y políticos, a veces, con adherencias ideológicas variadas. Es fácil comprender que la estrategia y la táctica varíen según los componentes del proceso revolucionario. Y parece lógico que todo lo que enriquece en la vida la marcha tumultuosa de la liberación nacional, la democracia y el socialismo se funda en la experiencia general del movimiento, se vuelva teoría y crítica o por lo menos supuesto metodológico. ¿Pero quién puede creer que todo esto suponga la precariedad de las verdades científicas, la existencia sólo de verdades relativas sin nada de absoluto, correspondientes sólo a alguna región del mundo, o que el campo del pensamiento teórico se vuelva una yuxtaposición de verdades paralelas?

Al no existir centros dirigentes o vínculos orgánicos de carácter internacional realza como uno de los rasgos actuales la combinación del internacionalismo con el respeto de la autonomía y la libertad de elección de vías por cada uno. Pero la autonomía de elaboración que puede acrecentar el papel nacional de cada partido y ser un método para construir correctas relaciones interpartidarias no puede reducirse a una nueva jurisprudencia más o menos necesaria. Puede estimular incluso la transformación de los partidos en fuerza política real, ya que ello supone capacidad de asimilar críticamente la propia experiencia, abrir el camino de las masas y transformar en realidad el papel de vanguardia. Sin embargo parece que no alcanza para cubrir otro extremo: para elevar la experiencia al nivel de generalización científica, capaz de enriquecer teoría y praxis de todo el movimiento. Se sobreentiende: una sola revolución triun-

fante vale por miles de debates. Pero la relación entre teoría y práctica sigue siendo válida como en la época de Lenin.

Comprendemos que en muchos lugares la investigación y elaboración teórica retrasan respecto a la vida y al papel histórico de cada partido. Incluso se enfocan tardíamente nuevos fenómenos — para dar un ejemplo, pensamos que se subestima el fascismo en América Latina en su proyección internacional y en su significación regional. Pero; cuantos otros ejemplos podrían darse!

Además, en este momento en que crece inmensamente el papel de los factores subjetivos ¿cómo no ver que cuando el mundo en su conjunto está históricamente maduro para el socialismo los desniveles y desproporciones del movimiento mismo nos lanzan a la cara toda clase de interrogantes teóricos y políticos? Y no siempre se puede recurrir al expediente de culpar a las dificultades generales de nuestras propias dificultades.

Lenin ya advertía que la dialéctica comprende el relativismo pero no se reduce a él. La historia no es la carrera tras grandes mitos, que disfrazan los objetivos inmediatos de cada generación — como pensaba Sorel inspirándose en Bergson — ...

Por lo mismo considerar que no existen principios generales, angulares los llamaba Lenin, del marxismo-leninismo, y pensar que cada período, y aún cada vía singular de la revolución conduce a una suplantación de estos principios, o pensar que no existen leyes generales del tránsito y la construcción del socialismo, parece resbalar hacia el relativismo. Entiéndase bien, no pensamos que esas leyes generales sean categorías lógicas que se aplican al dinamismo del curso histórico social. Pensamos, con Lenin, que lo singular y particular comprenden lo general y viceversa. Lenin dice bien que "el fenómeno es más rico que la ley", pero ésta es "reflejo de lo esencial en el movimiento del universo".

Cuando Lenin escribe que Octubre "muestra a todos los países algo, y algo muy esencial de su futuro próximo e inevitable", no piensa en aplicar el calco de la Revolución Rusa a cada país o región más allá de tiempo y lugar. Y no sólo por aquéllo de que el hombre y el río nunca

serán iguales cuando el segundo baño sino también porque todas las revoluciones triunfantes, como también lo previera Lenin, recorrieron rutas formalmente diferenciadas. Pero dentro de la originalidad del proceso, en última instancia, se han visiblemente confirmado determinadas leyes generales. Las principales han sido señaladas reiteradas veces y no es necesario repetirlas aquí.

Se sobreentiende que las leyes generales no se encuadran en un "modelo", palabra, por lo demás, impuesta por nuestros enemigos; lo que es discriminable en el campo del pensamiento y las categorías no lo es en la vida: las leyes generales se expresan siempre concretamente, es decir son inseparables de la singularidad. Por lo mismo, no hay nada más vicioso desde el punto de vista polémico que el contraponer las vías nacionales o singulares de la revolución socialista a la experiencia histórico-universal de Octubre, el papel mundial de la URSS y el PCUS y a la práctica de las revoluciones socialistas triunfantes. Bien se ha dicho que los nuevos caminos que pueda tomar la revolución socialista se contraponen y son antagónicos al capitalismo y parece, por lo menos, perjudicial oponerlos a la experiencia del socialismo triunfante. So pena de bailar con la música del enemigo.

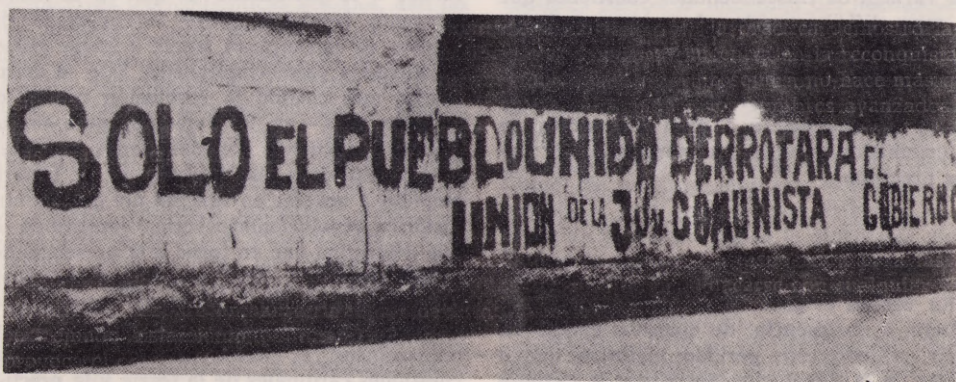
En lo esencial, el pensamiento de Marx, Engels y Lenin se confirma incluso en las más novedosas de las novedades. Aunque siempre debemos prevenirnos contra el vicio de la exégesis o la tendencia a persignarnos ante cada astucia de la historia. Lenin habló muchas veces de aquel "hombre

enfundado" de Chéjov. Nuestro tiempo, movido y acuciante, es un diario desafío; está pletórico de problemas abiertos que reclaman ser encarados. Y sin un debate fraternal y colectivo, constructivo y respetuoso, parece difícil penetrar en tantas tierras vírgenes. Incluso no se puede polemizar sin conocer a fondo. Recordemos lo dicho por Lenin respecto a los filósofos idealistas en "En torno a la dialéctica" o acerca de sabios y economistas burgueses — en "Materialismo y empiriocriticismo" — a quienes no se debía creer en nada en cuanto a sus opiniones, pero que era menester tomar muy en serio lo concreto de sus investigaciones científicas. En la misma llamada "marxología" no debe verse sólo una maniobra mistificadora, cosa que a veces ocurre, sino también una refracción de la irradiación inmensa del pensamiento marxista después de 60 años de Octubre.

Pero seamos francos: un factor que trava la creatividad es el peso de ciertas dificultades internas de nuestro movimiento. La segregación china fue, además de todo, un elemento negativo para la creatividad en hora de grandes debates. La justa preocupación actual de ayudar siempre a la unidad del movimiento sobre la justa base del respeto a la elaboración autónoma de cada

partido tiene por otra cara, desgraciadamente, dificultar el gran estudio colectivo internacional, único medio, según Lenin, de superar los exclusivismos. No podemos sustituir el estudio científico — y la ciencia no tiene por cierto escudo nacional! — por ciertas diplomacias necesarias aunque más no sea para evitar el agravio y la riña. Bendita diplomacia si sirve para encontrar caminos para la acción común y contrarrestar tendencias a la división! El respeto a la autonomía de elaboración de cada partido es principio de unidad, pero la verdad científica y la generalización teórica no siempre se corresponde con los estatutos formales. La capacidad de generalizar en lo posible la experiencia múltiple es rasgo de una teoría que no quiere osificarse. Pero ella será plenamente fecunda si es una obra colectiva. Es evidente que el trabajo común del movimiento comunista y obrero y, tras él, el de todas las fuerzas progresistas regaría y haría florecer ese verde árbol de la creatividad consustancial al marxismo-leninismo. Y esto también es expresión del internacionalismo. Es gran lección de Lenin, pensador teórico marxista, científico creador y genio revolucionario.

Rodney Arismendi



Discurso del primer secretario del Partido Comunista de Uruguay, Rodney Arismendi en la Conferencia teórica celebrada en Sofía del 12 al 15 de diciembre de 1978, organizada por el CC del PC Búlgaro y Revista Internacional. Versión tomada de la grabación, y revisada por el autor.



Estimados camaradas: Ante todo, como otras delegaciones, queremos agradecer a la dirección del Partido Comunista Búlgaro y a Revista Internacional por la oportunidad de participar en este debate y las solícitas condiciones creadas a nuestra reunión.

Nuestra Conferencia ha recibido contribuciones fundamentales, sobre todo en algunos de los principales discursos pronunciados aquí. Destaco entre ellos el discurso inaugural del camarada Zhivkov y la rica exposición del camarada Ponomarev. Se ha desplegado gama variada de trascendentales cuestiones que es muy difícil considerarla en su conjunto. No podemos decir nada marcadamente nuevo, simplemente formularemos algunas reflexiones, a veces para subrayar aspectos ya planteados brillantemente o para detenernos en determinados enfoques que parecen exigir mayor precisión.

I

En verdad el gran tema planteado aquí se refiere a la esencia de nuestra época. Es decir, a todo este período histórico que a partir de la Revolución Socialista de Octubre se puso en marcha a nivel internacional modificando todas las dimensiones de la historia universal. La identidad y la aptitud de los comunistas en el mundo ha sido determinada por esa realidad. En el plano teórico



**Teoría
y Política**

RODNEY ARISMENDI

La construcción del socialismo y del comunismo y el desarrollo mundial

y de la praxis revolucionaria mundial ella encarnó en el proceso de restauración afirmativa del marxismo y en su continuidad creadora, el desarrollo y triunfo del leninismo. Todo el proceso mundial verificó la concepción de Lenin de la revolución socialista internacional — la teoría de la misma — como un cambio en transcurso durante toda una época en la que un determinado país o un grupo de países romperían la cadena de dominación imperialista y crearían una situación inédita, no prevista por cierto por Marx y Engels. Me refiero a la posibilidad de que en el mismo momento histórico, sobre la superficie del planeta se encontraran frente a frente países socialistas y países capitalistas. Esto se marcó mucho más cuando la revolución triunfa en un solo país — en un inmenso, pero en un solo país —, cuando son derrotadas las diversas revoluciones en Europa, y la historia empieza a acaecer en función del gran centro histórico revolucionario recién constituido, lo que determina que en torno a la presencia del Estado soviético, del primer país socialista triunfante, se vayan enlazando todas las corrientes revolucionarias y progresistas contemporáneas, e incluso deben definirse las cuestiones cardinales de la teoría y la práctica de la revolución socialista y la propia identidad y conformación de los partidos de la clase obrera. Desde entonces se han producido transformaciones fundamentales confirmatorias, en lo fundamental, de la concepción le-

ninista, más allá de los errores o desviaciones o insuficiencias producidos en la dinámica esencialmente triunfal de los últimos sesenta años. Se han modificado las condiciones objetivas y también las formas de relación en el movimiento obrero internacional, y en otros movimientos revolucionarios, con la URSS y otros países socialistas, principalmente por la desaparición de formas orgánicas de la Internacional Comunista y todo otro centro de dirección mundial, es decir, por la conformación de un nuevo status de relaciones interpartidarias basado en la solidaridad internacionalista y a la vez en la autonomía de los diversos partidos. Sin embargo, ¿quién puede pensar que se ha reducido el papel internacional de la URSS y países socialistas y que hayan desaparecido los elementos identificatorios de teoría — el pensamiento de Marx, Engels y Lenin, con todos sus desarrollos incorporados por el movimiento revolucionario mundial, incluso por grandes personalidades formadas en la concepción marxista leninista — y praxis, es decir, de aportación práctica multinacional al enriquecimiento de la teoría? ¿O que la variedad de caminos del curso revolucionario puede invalidar u oponerse a la necesaria unidad y cohesión internacionalista?

Por ello decíamos que todo este debate toca con el gran tema de nuestra época, de su definición y características, aunque hayan ido variando, por las propias condiciones del desarrollo, un conjunto de factores que hoy podemos juzgar con mayor perspectiva histórica.

Y esto tiene que ver con las opciones y perspectivas teórico-políticas actuales, aun las más matizadas, pero también enfoca centralmente las más grandes cuestiones de la historiografía contemporánea. O nosotros insistimos en la concepción leninista de que la Revolución de Octubre es iniciación de una época que hace girar en torno a ella toda la historia universal, y luego consideramos el papel de los Estados socialistas agrupados junto a la URSS como la parte más avanzada del proceso mundial, como un factor más dinámico y fundamental, como la conquista principal de la clase obrera y los pueblos del mundo, o nosotros — querámoslo o no — debemos retrogradar a la tesis histórica de la socialdemocracia. Es decir al planteamiento de que el socialismo se proyecta todavía como ideal no alcanzado, esperanza de lejano futuro, ya que las revoluciones socialistas triunfantes comenzando por la URSS, no habrían cumplido las condiciones que la socialdemocracia postuló primeramente

en las tesis de los más notorios revisionistas del marxismo y que la condujo a su bancarrota histórica y a su oposición militante a las revoluciones socialistas europeas y al movimiento de liberación nacional, y luego a su actual papel de administrar el capitalismo en grandes países, con un proyecto más o menos reformista.

Es decir, tanto si arrancamos de principios como si nos atenemos a la práctica histórica, para los partidos comunistas y obreros, como para los movimientos revolucionarios, democráticos, de liberación nacional, etc., y aun para todas las corrientes progresistas, parece obligatorio medir lo esencial en el desarrollo de nuestro tiempo por ese enlace estrecho que hace coincidir las corrientes transformadoras con los países socialistas triunfantes y en primer término con la Gran Revolución de Octubre.

Y este acaecer a nivel de la gran historia materializa, a través de gigantescos cambios cualitativos, la genial concepción de Lenin de la unidad intrínseca de la revolución socialista internacional, caudal central de todas las fuerzas y tendencias levantadas contra el imperialismo. Por su propia grandiosidad y su alcance de época no hay nada en este curso que pueda asemejarse a un idilio siquiera a visiones triunfalistas que en algunos periodos afectaron a nuestro movimiento. Toda esta historia está salpicada por tanteos, por exploraciones de tierras incógnitas, por errores, por dificultades de todo tipo, y, antes que nada, por la furia del enemigo cuyas formas, más bestiales fueron la intentona del nazifascismo seguido de la guerra fría y otras agresiones. Pero también por sus reservas de supervivencia y maniobra — Gramsci las llamaba posibilidad de “revoluciones pasivas” — y de tantos otros hechos. Incluso en este cuadro se inscriben fenómenos aberrantes como la tragedia China. Sin embargo, aún con el enfoque más realista y más prolijamente exigente, en el tamiz de la historia queda la gigantesca victoria del leninismo y de su obra primordial el triunfo de la Revolución de 1917 y la construcción del socialismo.

Claro está, para la socialdemocracia el enfoque historiográfico tiene que negar todo esto ya que su admisión significaría poblar con fantasmas de un pasado profundamente negativo sus actuales aspiraciones de refrescar los atractivos del modelo socialdemócrata como esperanza suprema — opuesta al socialismo real — ante un capitalismo estremecido

por los espasmos de la crisis. Trata así de resolver el problema historiográfico y el problema de su conducta política actual.

En la cavilación del historiador o el político de orientación socialdemócrata aparecen evidentes dos cuestiones centrales: una, procura ennegrecer la imagen del socialismo real con el propósito de dejar en pie la sola alternativa del reformismo, y, a la vez, hacer desaparecer la identidad de clase que diferencia y enfrenta los sistemas antagónicos, socialismo y capitalismo, en relación a todas las cuestiones cardinales de la realidad internacional; otra, procura situarse frente a los partidos comunistas como fiscal ideológico, reclamándoles el abandono del leninismo y sus mejores tradiciones, a pretexto de su dependencia de la URSS y de la invocación de que toda la historia del comunismo, desde la Revolución de Octubre, ha sido un inventario de errores y frustraciones. Más allá de la indispensable labor de frente único o de unidad con la socialdemocracia, en este debate se trazan líneas que en verdad tienen que ver con la propia identidad de los partidos comunistas y obreros. Por lo tanto corre una frontera evidente que identifica y diferencia el comunismo del socialdemocratismo; el marxismo y el leninismo, de las corrientes que partiendo del revisionismo de muchos próceres de la II Internacional llega hasta nuestros días, en formas extremas, como el abandono de toda referencia al marxismo por muchos partidos socialdemócratas europeos.

Reitero: para la socialdemocracia el objetivo es claro. Si el pensamiento de Lenin y el leninismo fue un gran fracaso histórico, si fue una infracción del marxismo, si fue una desviación jacobina y blanquista dentro del cuerpo del marxismo, automáticamente se modifican las medidas de la historia: y la socialdemocracia limpia el prontuario de su historia personal y aparece como la alternativa del "menor mal" para los males del imperialismo y del capitalismo...

Por estas razones, entre otras, creemos que —dígase con las palabras que se diga— el tema de la relación con la URSS y los países socialistas tanto del punto de vista historiográfico como de las más palpitantes realidades actuales, involucra una gran cuestión de principios y al mismo tiempo una gran cuestión estratégica. Tiene que ver con el destino del mundo, con el desarrollo de la revolución socialista internacional y los plazos históricos de definitivas derrotas del imperialismo; tiene

que ver con la dialéctica de paz y proceso revolucionario mundial; tiene que ver con la consolidación del desarrollo independiente de decenas de Estados incorporados al quehacer internacional; tiene que ver con la autenticidad y realidad para cada pueblo de elegir libremente su camino hacia el socialismo.

II



Yo decía que el tema parte de Lenin y de su teoría de la revolución socialista internacional, y de su confirmación por todas estas dramáticas décadas posteriores a Octubre de 1917. Con esto no digo nada nuevo, pero ayuda a colocar muchos puntos sobre las ies y muchos planteamientos polémicos en sus verdaderos términos. El triunfo del socialismo en una parte del mundo y la iniciación de toda una época de tránsito del capitalismo al socialismo a escala mundial dio otra dimensión y hasta estructura jerárquica a las contradicciones del mundo contemporáneo. Naturalmente se manifiesta de manera nueva la contradicción entre la clase obrera y la burguesía definida por Marx y Engels como centro dialéctico fundamental en el interior de las sociedades capitalistas; esta contradicción transcurre a nivel histórico determinante después de Octubre como gran confrontación de sistemas y enlaza por tanto todas las otras contradicciones del proceso mundial. Partiendo de esta contradicción fundamental se destacan otras como la contradicción entre pueblos oprimidos y el imperialismo y las contradicciones interimperialistas. Dicho de otra manera, la clase obrera triunfante en un solo país o grupo de países enfrenta al imperialismo y al capitalismo a nivel internacional y a la vez esta pugna transcurre en el interior de cada país capitalista. En esta doble situación agrupa objetiva o conscientemente a todas las fuerzas sociales y políticas enfrentadas al imperialismo, en primer término las colonias, semicolonias y países dependientes. Esta reiteración carece de toda novedad. Ha sido repetida miles de veces co-

mo un abecé por nuestro partido... Si pensamos que toda la variadísima riqueza del movimiento histórico se encierra en esta comprobación, podemos ir a todas las simplificaciones. Pero en esencia en ella se condensa la base material y los principales antagonismos histórico-sociales de este tiempo. No en balde hablamos de las tres corrientes revolucionarias fundamentales de nuestra época, campo socialista, la clase obrera de los países capitalistas y el movimiento de liberación nacional.

Los más de sesenta años transcurridos desde Octubre han diversificado al infinito la fenomenología del proceso mundial, pero a la vez han subrayado el valor de definición esencial de estas tantas veces llamadas principales contradicciones. Y podemos comprobarlo ejemplificando con cuestiones centrales de nuestro tiempo. Por la sola victoria de la revolución socialista pasó a plantearse de forma nueva el problema de la guerra y la paz. Cuando Lenin, que creía que la guerra era inevitable por las tendencias naturales del capitalismo y la correlación de fuerzas de entonces, hace de la coexistencia pacífica un centro de la política internacional del Estado soviético, está planteando el problema de la guerra y la paz en forma nueva, mucho más — subrayadamente — cuando rebate la tesis de la exportación de la revolución sostenida por los llamados comunistas de izquierda. La posibilidad de la coexistencia pacífica entre los sistemas sociales antagónicos aparece como una nueva dimensión de la política internacional. Erige a los Estados socialistas en factores fundamentales de la lucha por enfrentar y alejar la guerra imperialista y por afirmar la paz mundial. Estrechamente vinculado a los cambios en las correlaciones de fuerzas mundiales y, antes que nada, al inmenso fortalecimiento del sistema socialista y del papel de la URSS en las relaciones internacionales, llega un instante en que la guerra mundial deja de ser inevitable. Por lo tanto, el entrelazamiento de la acción internacional por la coexistencia pacífica y la paz — hoy definida primordialmente en la lucha por la distensión militar y contra el armamentismo — de la URSS y otros países socialistas, se realiza ahora no sólo al nivel de la clase obrera y de las fuerzas revolucionarias del mundo sino también a nivel de todas las corrientes y personalidades amantes de la paz.

La realidad mundial ha variado profundamente, pero el contenido de las contradicciones fundamentales de nuestra época y las conclu-

siones de principio que de ella se desprenden siguen siendo en lo esencial las mismas. En verdad se ha acrecentado de manera gigantesca el papel del socialismo mundial, en particular la gravitación de la URSS, mal llamada superpotencia por las connotaciones negativas que tal calificación comporta.

En otro plano se puede encarar la gran cuestión nacional y colonial de la época del imperialismo, uno de los ramales fundamentales de la teoría de Lenin de la revolución socialista internacional. Para el leninismo, las tres corrientes revolucionarias fundamentales de nuestro tiempo aparecen enlazadas en una confluencia objetiva contra el imperialismo; Lenin habló incluso de la posibilidad de que reyes, jefes de tribu, burgueses nacionales, etc., convergieran en los países oprimidos con el caudal principal de la revolución socialista. Objetivamente significaba la alianza de la clase obrera internacional con todos los oprimidos por el imperialismo en las colonias, semicolonias y países dependientes. Antes de Octubre, el problema nacional y colonial fue gran tema de debate en el movimiento socialista. Para la socialdemocracia aparecía prácticamente consustanciado con una visión eurocentrista y con la idea de un papel "civilizador" del imperialismo en el ámbito colonial y dependiente. Para Lenin la cuestión toma un sentido revolucionario práctico, integra la actualidad de la revolución socialista. Es la conclusión social y política de su teoría del imperialismo. En verdad, la misma discusión del problema nacional pasa por dos etapas. Una, la del debate interno con Rosa Luxemburgo o en el seno de los bolcheviques con Piatakoff y otros sobre el valor democrático y revolucionario de la autodeterminación nacional; u otra — elaborada ya por Lenin, su teoría del imperialismo y de la revolución socialista internacional —, la de la integración de la cuestión nacional-colonial, o sea la de la inmensa mayoría de la población del mundo oprimida nacional y socialmente por una minoría de potencias imperialistas, en la teoría de la referida revolución como uno de sus cauces, tributario, pero no menos fundamental. Luego de Octubre Lenin plantea ya este problema cardinal a la luz de la nueva realidad, es decir de la contradicción básica de nuestra época entre el capitalismo y el socialismo triunfante. El problema nacional y colonial, explica Lenin en el II Congreso de la IC, debe verse de ahora en adelante en función de este antagonismo fundamental de los sistemas. Toda la historia

contemporánea ha comprobado este atisbo premonitorio y genial de Lenin, subrayando, también de este ángulo, la indole del leninismo como el marxismo de nuestra época. La victoria del socialismo aceleró el proceso revolucionario de los pueblos coloniales, semicoloniales y dependientes. Y se pasa a conformar la alianza de la clase obrera mundial encabezada por los partidos comunistas con el movimiento de liberación nacional, incluso en la lucha dentro de los Estados imperialistas contra el propio gobierno en las horas críticas de definición revolucionaria. La victoria sobre el nazismo, la extensión del campo socialista a varios continentes, aparejaron la bancarrota y disgregación del sistema colonial, el fracaso de muchas de las agresiones restauradoras, el enfrentamiento muchas veces exitoso a la exportación de la contrarrevolución, y sobre ello los cambios fabulosos de la geografía política del mundo, tal como llega a nuestros días. Incluyo en esos cambios los procesos tendientes a practicar vías no capitalistas de desarrollo o la experiencia, cargada de porvenir, de los Estados de orientación socialista, etc., o las posibilidades de ir forjando la autodeterminación económica que asegure que la independencia política no se mediatiza, cuestión ésta que aparece relacionada actualmente con todos los temas acerca de la creación de lo que ha dado en llamarse "un nuevo orden económico mundial".

También aquí podemos preguntarnos si ha perdido contenido o esencialidad la relación entre el llamado socialismo real, es decir la URSS y otros Estados socialistas, con el movimiento de liberación nacional. (Incluyo un poco abusivamente en este concepto los nuevos Estados liberados, muchos de los cuales tratan de avanzar contradictoriamente hacia el socialismo. Y no olvido que algunas antiguas colonias integran hoy el campo socialista). Por el contrario, la extensión, multiplicación y los nuevos rostros del fenómeno, también tienden a subrayar ese crecimiento del factor Estados socialistas en la dinámica histórica universal. Como ya lo señaláramos en cuanto al problema de la paz y las relaciones internacionales. Claro está, en las dimensiones en que todo esto aparece en el mundo de hoy, no pueden repetirse los problemas que afrontara tempranamente Rusia Soviética. Por lo demás, la realidad — como lo advirtiera muchas veces Lenin — resulta mucho más compleja e infinitamente más contradictoria que la tesis teórica. Y los errores e insuficiencias cometi-

dos en esta cuestión a veces han complicado mucho más la realidad. Incluso cuando en algún caso razones de Estado o de supervivencia pudieron ser contradictorias con éste u otro interés particular, o a veces pudieron cuestionar la majestad de éste u otro principio. Pero más allá de toda dificultad, la tesis esencial de la coincidencia histórico-política del movimiento de liberación de los pueblos y del socialismo triunfante aparece, en su esencia, engrandecida como una de las mayores luminarias guiadoras del curso revolucionario mundial.

Como ya lo habíamos referido, después de la Revolución de Octubre se manifiesta de forma nueva la contradicción fundamental entre proletariado y burguesía con todas sus implicaciones para el movimiento obrero mundial. La revolución socialista pasa a ser un objetivo histórico concreto. En una sexta parte de la tierra, la clase obrera, aliada a los campesinos y sectores trabajadores, ha tomado el poder y puso en marcha la construcción del socialismo: la solidaridad con el socialismo triunfante se vuelve una medida de los quilates revolucionarios de cada partido o movimiento. Nace la Internacional Comunista y aparece como requisito indispensable para la victoria del socialismo, la formación de partidos de "nuevo tipo" — como se decía entonces — o de transformación de partidos socialistas, que mayoritariamente se pronuncian por la revolución rusa y el leninismo, en partidos comunistas. Las amenazas de guerra contra el socialismo y las derrotas de las revoluciones europeas colocan con más fuerza todavía la gran cuestión de la solidaridad con la URSS — medida del internacionalismo proletario —, de la divulgación de sus conquistas y de la militancia **incondicional en apoyo** de todos y cada uno de sus actos. A más de sesenta años de Octubre el análisis histórico destaca a este respecto dos grandes cuestiones. **Una, fundamental y determinante, otra, de crítica historiográfica y de autocritica teóricopolítica.** En cuanto a lo primero, todo el curso de nuestra época señala la grandiosidad histórica de los cambios producidos y subraya también que los protagonistas y abanderados de esos cambios fueron en primer término — y estrechamente entrelazados — la URSS y el movimiento comunista y obrero internacional. A contrario sensu, que la derrota de la URSS y la dilución del papel del movimiento comunista internacional hubieran significado el advenimiento de

un mundo totalmente distinto del que vivimos. Incluso la posibilidad del entronizamiento del milenio nazifascista. En cuanto a lo segundo, están presentes en la memoria de todos nosotros los planteamientos autocríticos del XX Congreso del PCUS y todo el examen posterior ya realizado por nuestro movimiento y en debates que incluso no siempre han alcanzado la profundidad necesaria. Esto tiene que ver con cuestiones teóricas tendientes a superar enfoques dogmáticos, simplificaciones o vulgarizaciones del marxismo y el leninismo, y con el planteamiento nuevo o la investigación de inmensa cantidad de problemas inéditos o de regiones políticas apenas exploradas. Las divisiones y contradicciones en el movimiento comunista y obrero, paradójicamente en vez de ser factores propiciatorios del diálogo, del debate fraternal, del intercambio de experiencias, se ha vuelto, incluso a menudo, lastre paralizador o escenario de diplomacias, inclusive a veces útiles. Cuando, en verdad, a la luz del auténtico y fraternal diálogo aparecerían en su justa jerarquización los dos aspectos a que me he referido. Porque de ese debate surgiría, indiscutiblemente, que a veces hemos incurrido, en el pasado, en presentaciones panglosianas prescindiendo de contradicciones y errores. Sí, a veces los viejos comunistas decíamos inexactitudes cuando de pronto exagerábamos el carácter lineal del desarrollo del socialismo en la URSS y no reconocíamos las dificultades, las contradicciones e incluso los dramas implícitos en la difícil epopeya soviética. Pero desde el punto de vista de la historia universal aparecía sin duda, al mismo tiempo, que en lo esencial teníamos razón. Teníamos razón cuando valorábamos la proyección de época del período iniciado en Octubre, cuando atábamos el destino del mundo a la suerte de la construcción del socialismo en la URSS o a la victoria de las armas soviéticas frente al fascismo y el imperalismo; en ello habían implícitas una cuestión de principios y una cuestión estratégica. Sin que esto significara que hubiera que identificar, como con papel de calco, las acciones tácticas de cada partido con cada maniobra táctica a que estuviera obligado el Estado soviético.

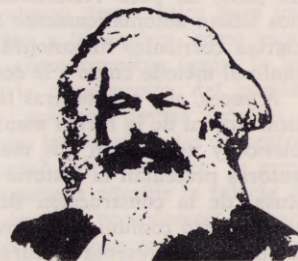
Pero el tema, cambiadas todas las circunstancias ¿se presenta de modo esencialmente diferente en estos días?

Hay datos que hoy obligan a ciertos planteamientos más profundos y diferenciados, por ejemplo el tema, tan debatido, de la diversidad

de vías al socialismo. O la gran cuestión del desarrollo autónomo e independiente de los partidos. En cuanto a las vías: ¿por qué con todas sus máximas diferencias tienen ellas que aparecer en cada país como contrapuestas a la vía recorrida por los actuales países socialistas? ¿Por qué la autonomía, la independencia y la capacidad de elaboración creadora de cada partido relacionadas estrechamente con la realidad de su país tiene que aparecer en todo instante como enfrentamiento o fiscalía de conductas de los países del socialismo triunfante? ¿Por qué la transformación de los partidos en auténticos partidos nacionales y de masas tiene que oponerse al internacionalismo proletario?

Se comprende perfectamente que hay y puede haber diferencias de enfoque entre los diversos partidos y movimientos, a veces diferencias legítimas que reflejan diversidad de realidades objetivas, pero ¿por qué esas diferencias no pueden confrontarse científicamente en torno a una mesa fraternal ya que la riqueza infinita fenomenológica no invalida la vigencia de la generalización científica? Algunas veces hemos dicho que la ciencia no tiene escudo nacional...

III



Desde este enfoque, que nos parece básicamente justo, debemos valorar grandes fenómenos contemporáneos a la Revolución Rusa, hijos de ella, como por ejemplo la Internacional Comunista. Desde el punto de vista de su significación histórica, fue plenamente justificada su fundación por Lenin, su propósito de recrear el movimiento obrero internacional luego de la quiebra de la II Internacional y de la victoria de Octubre. Su labor teórica e ideológica, especialmente durante la vida de Lenin, es de una fertilidad que asombra, más allá de que a distancia ahora puedan advertirse insuficiencias incluso en su primer período. Y algunas de sus etapas, como el VII

Congreso y toda la labor posterior, fueron parte fundamental de la victoria sobre el nazismo y el gran viraje histórico que ésta aparejó. Fue sin duda gran instrumento de formación y desarrollo de los partidos comunistas y antes que nada fue un semillero de cuadros comunistas de una proyección incalculable en el proceso revolucionario, en la mejor historia de la lucha antinazi y del movimiento de liberación nacional. Incluso de protagonistas de grandes victorias y de fundadores o conductores de grandes partidos.

Claro está, pasado por el cernidor crítico y por muchas revalorizaciones actuales, es posible documentar importantes errores, en particular en la estimación de determinados períodos, en la apreciación de las correlaciones de fuerzas, en la concepción del sistema de alianzas de la clase obrera, etc. Y aún en la apreciación de la fuerzas motrices de la revolución antimperialista, especialmente en ciertos países coloniales y semicoloniales. También es verdad que en medio de su grandiosa labor educadora y propagandista matizó fórmulas dogmáticas y simplificadoras del leninismo. Pero maltratar la historia de la IC es, en última instancia, obra de finalidad burguesa o desquite histórico socialdemócrata.

Estas cuestiones que planteo aquí un poco de paso, un poco reflexionando en voz alta, nos sitúan automáticamente en cómo apreciar ciertas corrientes historiográficas que afectan tanto al método como a la concepción.

A veces, aun en nuestras filas, aparecen críticas acerca de la forma maniquea, es decir en blanco y negro, con que muchos de nuestros autores presentan la historia de la Revolución Rusa, de la construcción del socialismo, del movimiento comunista y obrero internacional. Es decir, se presenta el curso histórico eliminando contradicciones, dificultades, defectos, errores, etc. Sin duda éste no es buen método historiográfico; causa perjuicio a la seriedad de nuestro análisis como trava la investigación y redundante, en última instancia, en empobrecimiento de las enseñanzas fundamentales que podemos y debemos recoger. Pero, muchos de los que vociferan en el campo internacional acerca de este maniqueísmo, o de los que en nuestras filas realizan a veces incursiones críticas poco felices, caen por su parte en un maniqueísmo al revés. Entonces la historia del socialismo se presenta como historia de los errores del socialismo. El proceso de la URSS se transforma en una historia hipertrofiada de errores, de dificultades, que quita seriedad a

la crítica historiográfica y conduce a una contribución más a la ya por cierto abundante campaña imperialista orientada a oscurecer la irradiación del socialismo triunfante. Desaparecen así la proyección de época de la revolución socialista internacional, se pierde la médula histórica fundamental. En todos sus aspectos resulta disminuida y oscurecida la gesta transformadora del socialismo para hipostasiar los tanteos negativos y las dificultades. Como alguien que ante las más hermosas mujeres se concentrara en distinguir sus lunares perdiendo de vista otras partes muy importantes de su anatomía. Hay incluso investigadores que otra vez, después de tantos años, barajan y pretenden proclamar la inviabilidad histórica de la Revolución Rusa en un país del nivel de desarrollo social económico y de estructuras políticas y jurídicas como era el antiguo imperio zarista. Vuelven, con aire importante, a las tesis de Sujánov ya criticadas por Lenin. Olvidan como subrayaba Lenin el papel político del poder en las transformaciones frente a concepciones que entonces correspondían a una degeneración positivista del marxismo, y que ahora tienen, recocidas, un sabor de denigración. Si se lee a algunos de estos historiadores aparecen tesis históricas de este tipo: "no se debió utilizar la fuerza para impulsar la colectivización del campo soviético", pasando por alto la profundidad de la lucha de clases, las condiciones de vida o muerte en que se debatía, el dilema capitalismo o socialismo.

Afirman que hubo una violación de las condiciones objetivas y que ello aparejó sangre y represalias. ¿Pudo ser menos difícil y menos cruenta la fase de la colectivización? Es un tema, sin duda, de debate, pero, no aparece ni una vez, en tales historiadores, expresada de manera convincente que hubieran otras alternativas en el proceso de colectivización, en el cuadro de las condiciones internas e internacionales en que se asumiera la realización de esta empresa sin precedente. Claro está, doy este ejemplo al solo efecto de invalidar un falso enfoque histórico que en algunos casos adquiere características de moda.

Puedo dar otro: hubo culto a la personalidad, con todo lo que ello aparejó y que hace más complejo y contradictorio valorar la figura de Stalin. Entonces aparece como teoría que el leninismo lleva implícito el jacobinismo y el iluminismo. O sea la tesis de la revolución realizada por una vanguardia pequeña, impuesta por el terror, con su otra cara el ilu-

minismo: o sea el querer desde arriba, desde el poder, transformar la historia y hacer la felicidad del pueblo sin el propio pueblo. Pero esto no tiene nada que ver con el leninismo, con la historia de la Revolución Rusa y las revoluciones de nuestro tiempo. Pensamos que tales enfoques que se reiteran desde distintos ángulos, deben ser enfrentados y develados en todo su error de manera frontal.

Así como nosotros seríamos ciegos si no examináramos los errores, si no los analizáramos, si no aprendiéramos de ellos, tanto más cuando la crítica y la autocrítica se puede hacer en la hora del triunfo, no podemos permitir estas prédicas denigratorias que no tienen valor crítico ni autocrítico, pero que tienen valor erosivo en la misma medida que no se las combate y que no se las combate bien.

Doy otros ejemplos: es en cierta medida una calumnia perniciosa, dejar esparcir por el mundo, un poco así, de modo subrepticio y hasta insinuante, la tesis de que la URSS es socialista, pero que sería algo así como un socialismo de segunda categoría, y por extensión lo mismo ocurriría en otros países socialistas.

Pensamos que deben discutirse las opiniones que tratan de reducir el leninismo en su alcance de época. Aquí se ha citado la frase de "volver a Marx". La expresión "volver a Marx", en un buen sentido, significa que en Marx hay cantera inagotable que debemos seguir explorando. Puede significar inclusive la necesidad de conocer, profundizar y divulgar más la totalidad del pensamiento de Marx, con vistas a contribuir al mayor enriquecimiento de nuestro análisis del presente. Otra cosa es invocar la vuelta a Marx con la finalidad de disminuir la aportación creadora de Lenin y su fertilidad contemporánea. O para considerar a Lenin un afluente entre tantos de diversos "marxismos". Debemos seguir bebiendo todavía en esa fuente inmensa y nutricia que es Marx, pero ello servirá también para agigantar el papel teórico-político de Lenin en vez de relativizar el leninismo o de negarle su alcance de época, o aún considerar que llevaba implícitas las concepciones y los estigmas de un mundo socialmente atrasado, o aún más extensivamente con las fórmulas de puntos cardinales que emplean algunos, de tipo oriental.

Inclusive, se dice algunas veces: "¿por qué hablar de marxismo-leninismo; para ser lógicos habría que agregar otros nombres entre ellos, por ejemplo, Rosa Luxemburgo y Gramsci?".

Rosa Luxemburgo — decía Lenin — era un águila de la revolución. Admirable como revolucionaria, brillante y profunda como teórica, polemista de excepción. Gramsci, a medida que se lo estudia, se comprende más su profundidad, genialidad y cultura excepcional, y es tanto más admirable por las condiciones tan difíciles en que debió laborar. No se trata de rebajar a Rosa o a Gramsci para enaltecer a Lenin, ya que el sentido de época de leninismo surge naturalmente de la magnitud de su obra teórico-política y de la gravitación histórica universal de los cambios iniciados por la Revolución de Octubre. Sobre este aspecto hemos insistido más de una vez. Por lo demás, Gramsci era y quiso ser un leninista. Acerca de ello sigue teniendo valor incommovible la afirmación de Togliatti sobre el leninismo de Gramsci. En cuanto a Rosa Luxemburgo — la cada vez más admirable Rosa —, cuando se hacen esas afirmaciones, deben definirse, sin que esta definición importe menoscabo pedante de la obra de Rosa, algunas grandes cuestiones teóricas y políticas que la contrapusieron a Lenin dentro del marco de sus fundamentales coincidencias. Por ejemplo, en el enfoque de la cuestión nacional ¿tenía razón Lenin o Rosa? En la teoría del imperialismo y la acumulación del capital ¿tenía razón Lenin o Rosa? En el tema de la formación del partido, el centralismo democrático ¿era una desviación jacobina y blanquista, como escribía Rosa, o era, como concebía Lenin, la ley fundamental de la construcción del partido del proletariado, con sus límites móviles y flexibles que trazan las coordenadas de centralismo y democracia? Evidentemente: la argumentación que apunta a admitir la falacia de la existencia de diversos "marxismos" esconde zonas insondables de inconcreción y peligrosidad. Claro está, han ido creciendo e irán desarrollándose mucho más las contribuciones al acervo del marxismo leninismo por partidos y personalidades; pero el aporte fundamental y continuador de Marx, Engels y Lenin tiene proyección teórica e histórica fundamental. La gran verdad es que Marx y Lenin se suman, siendo Marx, marxista y creador que es la única forma de ser fiel a sí mismo, siendo Lenin, marxista y creador que es la única forma de ser marxista. Por cierto, así lo verifican los itinerarios recorridos y aún por recorrer de nuestra época. La gran cuestión de acabar con el dogmatismo o el pensar nuestra teoría como un conjunto de tesis generales aplicables a la realidad, consiste en situarse

frente a Marx y frente a Lenin como Lenin se situó frente a Marx. Se trata de tener una actitud crítica y revolucionaria, severamente científica y militante. Debemos rechazar todo intento de retroceder al dogmatismo o de recaer en la postura viciosa que conduce a ver las obras de Marx, Engels y Lenin como cantera de citas en disponibilidad para todas las situaciones, y menos podemos pensar que todos los problemas del mundo de hoy ya fueron previstos en su multiformidad fenoménica, o remisibles — por el método de las analogías — a lo que Marx o Lenin estudiaron en sus tiempos. Nunca como ahora es necesario repetir, pero sobre todo pensar, que el marxismo no es dogma sino guía para la acción, porque es necesario penetrar, analizar y transformar nuevos continentes sociales, económicos y políticos y, en el terreno ideal, combatir, o asimilar críticamente, todas las nuevas aportaciones de las ciencias y la reflexión filosófica. Con echar abajo el leninismo, con proscribir la palabra o rebajar la aportación de Lenin en jerarquía teórica y praxis, no habremos avanzado un paso en el camino creador ni habremos ganado media batalla contra el dogmatismo. Por el contrario abrimos una brecha en nuestro propio campo para el asalto del adversario o para muchas nebulosidades.

Es cierto; el dogmatismo persiste en muchos aspectos; el retraso en cuanto al estudio de la novedosísima problemática internacional y de los procesos de la revolución es, en muchos casos, evidente. Incluso en temas tocados de paso en esta exposición, como el enfoque historiográfico, nuestra labor está cargada de inhibiciones y retardos. Retomo algunos de los mismos ejemplos: ¿por qué decenas de historiadores burgueses tienen que entrar a los archivos de la IC para dar una visión deformada o fragmentaria sin que nosotros mostremos la obra histórica monumental de la IC, sin asustarnos de criticar o autocriticar lo que la vida ha demostrado que fue erróneo, incluso lo que no correspondía al método marxista? Dicho de otro modo: en esta batalla, una parte debe ser librada por los principios, pero me parece que otra, por cierto no menor, tiene que librarse por estimular el trabajo creador en el plano teórico, y en el de una praxis que en cada país está desafiando a los partidos a transformarse en fuerzas políticas reales, a ser vanguardias auténticas del proceso revolucionario, lo que supone saber armonizar los elementos de hegemonía y de sistemas de alianzas y el desarrollo de una política vincu-

lada día a día a las correlaciones reales de fuerzas y a las rutas particulares de tránsito democrático o liberador nacional hacia el socialismo. Esto reclama entroncar el curso revolucionario con cada devenir histórico nacional, saber distinguir todo lo concreto en la base material, en lo institucional y político, en la herencia ideológica, inclusive saber establecer muy concretamente las zonas específicas en que se mueven la ideología y la política, significa llegar a conformar auténticos partidos obreros de masas capaces de influir en el conjunto de las correlaciones de fuerza, siendo siempre sin duda partidos basados sobre principios. Ocurre, sin embargo, que todo esto se puede hacer sin pensar que su precio sea la confrontación con la URSS y los países socialistas o la consideración del marxismo leninismo como lastre molesto.

Todos los errores, dificultades o derrotas no pueden borrar el resultado central desde el ángulo de la historia universal. El socialismo triunfó, se volvió *real*, el movimiento comunista y obrero se transformó en fuerza principal en el mundo, la brega de liberación nacional modificó el mapa en varios continentes, el marxismo leninismo se tornó eje espiritual de nuestra época. Alrededor de ese eje giran, chocan, se enfrentan, asimilan o son "fecundadas" las distintas corrientes actuales del pensamiento.

Incluso, si es verdad, como se ha dicho, que no se pudo evitar el ascenso del nazismo y el estallido de la guerra, que ello estuvo unido no sólo a factores inevitables sino también a errores, la gran historia dice fundamentalmente que la URSS salvó al mundo, que el movimiento comunista y obrero internacional dio la fundamental contribución y por lejos pagó el más alto precio de sangre y heroísmo en esa gigantesca prueba que aparejó un nuevo viraje de la historia universal. Sobre la base de esa victoria podemos hoy discutir que la guerra no es más inevitable, que aumentaron las posibilidades de vías pacíficas al socialismo, que se amplía la zona de aliados estratégicos o tácticos de la clase obrera mundial, que la dialéctica del mundo de hoy comprende infinidad de formas que van incluso más lejos en cuanto a matices, del "ataque frontal" o de la "guerra de posiciones" de que hablaba Gramsci ... Y podríamos enumerar muchas cosas más. El pedestal es sin duda el socialismo triunfante. Las nuevas correlaciones de fuerzas permiten llegar hasta "el milagro". El triunfo de la Revolución Cubana en las narices

de Estados Unidos, pequeño país, a tiro de armas pesadas del centro del imperialismo mundial. Bloqueado, intervenido, rodeado del terrorismo y la calumnia, celebra en estos días veinte años de socialismo. Y en el otro extremo, se yergue Vietnam, símbolo de heroísmo, digno de toda nuestra solidaridad, mucho más en estos momentos en que es objeto de acechanza y provocación por los dirigidos chinos.

¿Quién no sabe la verdad de lo que estoy diciendo? Sin embargo, he insistido porque creo que la base de nuestro debate está en el tema de la interrelación entre las tres fundamentales corrientes revolucionarias de nuestra época, en la que se destaca la solidaridad con la URSS y el socialismo triunfante como cuestión de principios y como cuestión estratégica. El planteamiento debe hacerse con formas nuevas, diferentes a como lo formulábamos los viejos comunistas, por ejemplo en la década del 30; pero la forma nueva tiene que ver no con los principios sino con los cambios cualitativos y cuantitativos que definen el mundo de hoy. Hay otra correlación de fuerzas, no existen centros ni disciplina internacional, se sigue diversificando la problemática nacional y se multiplican siempre más las vías singulares al socialismo y las diferencias morfológicas de cada sociedad socialista. Se acrecienta de manera decisiva la responsabilidad de cada partido por el desarrollo revolucionario en su país. La autonomía, la igualdad y la capacidad de valoración crítica de cada partido — el derecho a pensar con su propia cabeza — no es ya sólo derecho sino obligación de cada uno y de sus direcciones. También esto es triunfo del socialismo. Es una necesidad vital del movimiento comunista que no creo que nadie cuestione ya. Pero la relación de lo nacional y lo internacional parece agigantarse más que nunca; y esto no es una paradoja, es la esencia dialéctica del proceso revolucionario contemporáneo. La primera línea de definición de las grandes decisiones internacionales cruza por la URSS y los países socialistas. Y esto es más verdadero que hace cuatro o cinco décadas. El eje histórico en la dialéctica de paz, coexistencia pacífica y proceso revolucionario mundial, atraviesa, en primer lugar, por el socialismo triunfante, y en segundo, por la coincidencia y el entrelazamiento de las tres corrientes revolucionarias de nuestra época, incluso en su función aglutinante de fuerzas sociales y políticas siempre más amplias.

IV



En el terreno de la guerra y la paz — tema que nos preocupa a todos debemos partir de bases marxistas leninistas. El imperialismo tiende a la guerra, a la opresión de los pueblos, a la antidemocracia y a la contrarrevolución. ¿Qué milagro se ha producido para que el imperialismo se siente a la mesa de negociaciones, vea limitada la órbita de sus maniobras, acepte discutir y hasta tomar medidas en favor de la distensión? En respuesta, muy sintética, telegráfica: primero, por los cambios en la correlación mundial de fuerzas; segundo, porque esos cambios se asientan en las modificaciones dentro de la confrontación histórica socialismo-capitalismo. La coexistencia supone una confrontación que comprende factores económicos, políticos, ideológicos, pero también militares. Ya el Marx juvenil advertía que si bien las armas no sustituyen a las ideas, la crítica de las armas es también factor concreto de la historia universal. Por lo tanto, o nosotros pensamos que el avance de la paz y la distensión, inseparable de la frustración de los planes del imperialismo, se basa en una correlación de fuerzas cada vez más favorable o podemos caer en la postura de aquel famoso hechicero de la leyenda que se dedicaba a predicar a los peces para hacerlos picar en el anzuelo.

Por lo mismo, frente al problema de la paz y la guerra, podemos tener para la política exterior de nuestros países diversas medidas, siempre confluyentes en una dirección central. En Uruguay, cuando se elaboró el programa del Frente Amplio — unidad de comunistas, socialistas, democristianos, militares de izquierda y otras fuerzas — nos preguntamos: ¿cuál deberá ser la política de Uruguay si triunfa el Frente Amplio? Será una política de paz, de soberanía, de no alineación — respondimos —. Es decir, postulábamos una política al margen de bloques militares internacionales. Pero agregábamos: esa política puede ser respetada para un país como el nuestro, pequeño, por la correlación de fuerzas mundiales, en el cuadro de una confrontación que se libra en todos los terrenos, en

algunos casos y en algunos partes del mundo también en el militar, con el imperialismo. No queremos la guerra, la confrontación militar, mucho menos en los términos de catástrofe que le confieren las armas nucleares. Pero, a la vez, no pensamos que Uruguay deberá caer inevitablemente en una política de alineación, aún más, deseamos la supresión de los bloques militares internacionales. Pero si partimos de principios y realidades, una cosa es la OTAN, otra el Tratado de Varsovia. La OTAN es la organización militar del imperialismo dirigida por EEUU, para llevar la guerra contra el socialismo, para enfrentar el movimiento de liberación nacional, para hacer de gendarme contra los pueblos de Europa y sus opciones por el socialismo. El Tratado de Varsovia, emanación militar de los países socialistas de Europa, es exactamente lo opuesto. Sus armas son las de la paz. Partimos de la base de que nada más alejado de la concepción marxista leninista y de la línea política de la URSS y otros países del Tratado de Varsovia, que jugar a la aventura de la guerra o a la guerra fría o a la guerra preventiva, etc. Una cosa es nuestra aspiración a la paz, nuestra contribución como pueblo y nuestro deseo de que llegue un tiempo en que no haya bloques militares internacionales, que las armas de exterminio en masa desaparezcan, y otra es mirar con indiferencia la correlación militar entre ambos bloques hasta que éstos desaparezcan. Factor de la paz es sin duda que el imperialismo no se sienta militarmente más fuerte que el socialismo. Con la bomba atómica en el aire, Truman se creía un pequeño dios con el destino del mundo en las manos. Y estas cosas las sabemos bien, por dramática experiencia, los latinoamericanos. Nosotros, combatientes de un pequeño país oprimido por el fascismo, sabemos que cuanto más fuerte sean el socialismo y las fuerzas liberadoras y democráticas del mundo, más débiles serán nuestros enemigos, más esperanzada nuestra lucha por la independencia económica y política, más precario el yugo fascista. La fragilidad del fascismo en América Latina se debe a muchos factores: la resistencia de los pueblos, la política de entrega y desastre económico, etc.; pero también a una correlación mundial de fuerzas que engendra imponente solidaridad y otras condiciones para aislar a los fascistas.

Desde este punto de vista, parece pudibundez que, por aparecer bien nacional, no se clogie la plataforma positiva de paz levantada

por el Consejo Consultivo Político del Tratado de Varsovia. Son proposiciones realistas que pueden ser sostenidas por toda persona partidaria de la paz. Tanto más cuando la situación internacional se ha complicado ostensiblemente. No creo que pueda afirmarse, como tesis, que el peligro de guerra no es ya inminente sin que esta afirmación se sitúe en todo el conjunto de los factores, mucho más si ella se dirige contra el fortalecimiento de la capacidad defensiva de los socialistas y la exigencia de mayor movilización antimperialista de todos los pueblos contra los planes armamentistas de EEUU y la OTAN. El imperialismo, sin perspectivas de triunfo, cercado por la opinión mundial, enfrentado por el propio pueblo de EEUU, amenazado de derrota cierta, puede considerar la guerra un mal negocio. Por el contrario, si logra un aumento amplio de su potencialidad militar con vistas a la agresión — por ejemplo con los 83 mil millones de dólares asignados para nuevas armas de la OTAN —, si extiende la zona de sus operaciones intervencionistas a África y otros lugares, y lo que es más dramático si integra a la dirección china en sus planes estratégicos, armamentistas, debe responderle un estado de alarma mundial, de militancia internacional, de vigilancia en todos los terrenos. Esto no contradice la aplicación de una política positiva, sensata, de aprovechamiento de cada paso en favor de la paz, tal como viene aplicándola el gobierno soviético y otros países socialistas con amplio apoyo internacional, estatal y de pueblos.

La solidaridad con los países socialistas, en este terreno, como en los otros, no puede ser abstracta, no puede formularse por los partidos comunistas como adhesión incondicional, cual si a priori renunciáramos a pensar con nuestra propia cabeza, pero, en su esencia, es una cuestión de principios y de enormes proyecciones estratégicas e histórico-universales, tal como hemos venido reiterando a lo largo de esta intervención. Las diferencias de opiniones, los enfoques singulares, incluso las divergencias, a la luz de los principios deben ser objeto de diálogo fraternal, de intercambios, de búsqueda del entendimiento con metodología positiva; pero la fractura de la solidaridad internacionalista, de la coincidencia de principios sólo puede conducir a retrocesos y derrotas. La más monstruosa expresión alocionadora lo constituye la tragedia china.

Todo ello tiene que ver con el presente y el porvenir del mundo.

El Fascismo en el Uruguay



Afirmar el Frente Amplio y unir todas las fuerzas contra el fascismo



por Eduardo Viera

El centro de la política de los comunistas uruguayos, de acuerdo a los documentos emanados de su centro interior, de las reuniones de los miembros del Comité Central que están fuera del país, y de su actividad diaria concreta, es la unidad y convergencia de todas las fuerzas capaces de oponerse a la dictadura.

Es también la orientación del Frente Amplio. Por cierto, no nos guía ningún fin mezquino partidista, sino que esta unidad o, por lo menos, la convergencia de todas las fuerzas, está dictada por un profundo interés nacional, democrático y patriótico: la voluntad de sacar a la patria del abismo fascista en que se encuentra.

Nuestra aspiración, que coincide con la de la aplastante mayoría de nuestro pueblo, es la reconstrucción democrática del país. Nosotros no pedimos ventajas para nuestro Partido, sino que combatimos por el restablecimiento pleno de los derechos y libertades para todos los partidos y organizaciones sociales.

La amnistía, — libertad para los presos políticos, anulación de las proscripciones políticas que pesan sobre miles de personas, el regreso de los expulsados — la vigencia de las libertades públicas, la defensa de la soberanía nacional, una consulta popular, medidas mínimas e indispensables para elevar el nivel de vida de la población, tan sensiblemente deteriorado, son puntos susceptibles de esa convergencia indispensable, aunque por cierto tenemos el espíritu abierto a todas las sugerencias que permitan interpretar mejor la voluntad de la nación.

La amplitud de las fuerzas de la oposición supone la existencia de intereses muy diversos y de muy distintas concepciones sobre el futuro uruguayo. Sin embargo, hoy lo que se debate primordialmente en el Uruguay es el dilema entre fascismo o libertades democráticas, y la lucha por estas últimas puede concitar el apoyo de un espectro de sectores considerable y ampliamente mayoritario.

Los compromisos reiterados del líder del Partido Nacional, Ferreira Aldunate, de que no puede haber exclusiones en el ejercicio de los derechos democráticos y las recientes declaraciones de las autoridades del mismo Partido, de que el bipartidismo no puede imponerse por la fuerza, pronunciándose por la libre actuación de todos los Partidos, es una contribución muy positiva, que facilita el terreno para el entendimiento.

La unidad y convergencia de todas las fuerzas es condición para la reconquista de la democracia. Aun en medio del terror fascista, se crearían condiciones para un gran movimiento nacional e incluso el pasaje a formas más altas de las luchas de masas, si hubiera acuerdo de los partidos en una plataforma mínima y acciones comunes, como ha dicho la reunión de los miembros del C.C. en el exterior. Es indudable que el nivel

de las luchas está unido a que aparezcan perspectivas reales, que ante el pueblo surja la posibilidad de una gran acción de carácter nacional como factor de salida y democratización. Y para ello, la unidad, o por lo menos, la convergencia de las fuerzas antidictatoriales resulta indispensable. Podría agregarse que incluso ello favorecerá el proceso de diferenciación en las fuerzas armadas.

Cuando escribimos estas líneas el terror recrudece, cientos de patriotas más — en su inmensa mayoría comunistas — están siendo detenidos y sometidos a torturas. Miles de hombres y mujeres de nuestro pueblo libran una lucha desigual y heroica contra el fascismo. Este pueblo necesita el aliento de la unidad democrática. El Frente Amplio ha dicho su palabra en forma reiterada pero hoy ninguna fuerza política puede dejar de asumir su responsabilidad y de responder con hechos concretos a la esperanza nacional de una acción común ineludible.

Esta unidad no es simplemente un anhelo, un deseo sin mayor base real. Todo lo contrario. ¿Cuál es la base objetiva de la política unitaria? El régimen concita la oposición de la inmensa mayoría de la población. Es una dictadura que se erigió como barrera contra el futuro avanzado de la patria, pero que a su vez ha roto con todo el pasado democrático. Si bien el filo fundamental del terror se dirige contra la izquierda y, en particular contra los comunistas — a fin de enmascarar sus verdaderos fines totalitarios contra todas las fuerzas democráticas y, principalmente por ser los comunistas los verdaderos animadores de la resistencia — la dictadura reprime cualquier manifestación de oposición. No se trata de un simple gobierno tiránico, sino de una dictadura fascista que se ha propuesto la reestructura a fondo del aparato de Estado y un reajuste total en la orientación económica, para asegurar los privilegios de la rosca, acelerar la concentración del capital y facilitar el saqueo de la economía nacional por parte de los monopolios imperialistas.

La dictadura ha barrido con todo vestigio de la democracia burguesa, a través de la prohibición de la actividad de algunos partidos y la ilegalización de otros, de la persecución sañuda a las organizaciones sindicales, de la supresión de toda libertad y el arrasamiento de las instituciones democráticas; ha impuesto el reinado del terror, con la prisión de miles de personas — la gran mayoría torturadas — y la práctica del secuestro. Por medio de las llamadas "actas institucionales" se remodeló el aparato de Estado bajo el dominio de los jefes fascistas, se anularon los derechos políticos de miles de ciudadanos, se asistió una puñalada de muerte al poder judicial, se decretó la disponibilidad de todos los funcionarios, que sin garantía alguna quedan a merced del régimen. Y ahora se proyecta una tramposa institucionalización mediante elecciones con candidato único impuesto por las fuerzas armadas y un Estatuto de Partidos Políticos, que mantiene la proscripción de derechos, la ilegalización de los partidos de izquierda y pretende transformar a los partidos Blanco y Colorado en simples marionetas al servicio de la dictadura.

Si a todo ello se agrega que desde el punto de vista económico, el régimen ha golpeado sin piedad a los trabajadores, pero ha perjudicado también los intereses de las capas medias, de una gran parte de los industriales y comerciantes y de la gran masa de productores agrarios, todo ello explica que la dictadura ha provocado contra ella la indignación general.

Si no hubiera sobrada experiencia nacional sobre el valor de la unión de todas las fuerzas — el Uruguay conoció antes de junio de 1973 un vasto proceso unitario social y político, que desgraciadamente no se convirtió en la congregación de todos los sectores que estaban contra el golpe — ahí están los recientes acontecimientos de algunos otros países, uno triunfante en el Medio Oriente, otro en proceso de lucha en nuestro continente. Nos referimos a Irán y Nicaragua. En Irán cayó una dictadura terrorista que tenía más de 20 años de existencia, con muchos parecidos a algunas tiranías latinoamericanas, y que se derrumbó a pesar del apoyo norteamericano, cuando las masas se movilizaron diariamente, acudieron a la huelga general, se sacudió el país entero y se produjeron acciones armadas y procesos de diferenciación en las fuerzas militares, pero todo ello se produjo bajo el influjo de la acción mancomunada, prácticamente total, de las fuerzas opositoras al régimen del Sha. En Nicaragua, donde se registra el heroísmo de las accio-

nes guerrilleras dirigidas por el Frente Sandinista de Liberación y se realizó una huelga general de varios meses, todas las fuerzas opositoras, hace poco tiempo, han sellado su unidad en el Frente Patriótico y quienes analizan objetivamente la situación, estiman que la crisis del régimen de Somoza es irreversible, tanto más ahora con la fuga del dictador.

El Frente Amplio convoca a la más vasta unidad a todos quienes enfrentan la dictadura

Nuestra posición respecto a la unidad antidictatorial es la del Frente Amplio, que en su declaración del exterior de octubre de 1977, manifestó su "decidido apoyo e impulso a la unidad de las organizaciones políticas y sociales opuestas a la dictadura, sobre la base de un programa de acción común", considerando que "si la dictadura pervive a pesar de la repulsa y el aislamiento que en lo interior y en lo exterior van cercándola, se debe, principalmente, a la falta de una acción coherente de la oposición que, no obstante ser abrumadoramente mayoritaria, no ha sido capaz de unir sus fuerzas en un cauce de postulados comunes que expresen lo que el pueblo siente y espera".

La Declaración emitida por el Frente Amplio en el Exterior, en su trascendente reunión de marzo último, ratifica con toda decisión esta orientación unitaria:

"Que el proceso progresivo que llevará a la caída de la dictadura pasa por la unidad y convergencia, sin sectarismo alguno, de todos los partidos opositores: el Frente Amplio, los demás sectores de la izquierda, los partidos tradicionales Blanco y Colorado, y todas las fuerzas sociales opuestas a la dictadura, concentrando la acción en torno a los principios básicos que, por encima de divergencias ocasionales o doctrinarias, deban unirnos en el objetivo común de la derrota de la dictadura."

Con toda razón se subraya que esta unidad debe estar libre de sectarismos. Sería tan falso creer que sólo basta con los sectores de izquierda — cuando hay que unir a todo el pueblo y ello debe comprender necesariamente a importantes fuerzas de los partidos tradicionales — como pensar que es suficiente la acción de estos partidos tradicionales prescindiendo de la izquierda, de las fuerzas más dinámicas y combativas de los trabajadores y las capas medias, que se agrupan en el Frente Amplio, cuyas fuerzas son las que precisamente luchan sin tregua por la unidad.

El Frente Amplio ha de convocar a todas las fuerzas para lograr esta convergencia; hay importantes y urgentes temas que desde ya pueden ser objeto del esfuerzo conjunto, en primer lugar, el reclamo de la amnistía.

Por el sucesivo fortalecimiento del Frente Amplio

El fortalecimiento del Frente Amplio es también una contribución a la unidad más vasta.

La razón de ser del Frente Amplio no sólo no se ha agotado, sino que se acrecienta, para enfrentar las duras horas que le toca vivir a nuestro pueblo. "La concepción política que dio origen y fuerza al Frente Amplio tiene hoy una más clara vigencia, si cabe, que en la etapa inicial", afirmaba la primera declaración del Frente en el exterior, y agregaba: "La unión de vastos sectores políticos y sociales en torno a un programa liberador, antioligárquico y antiimperialista, no obsta al objetivo, hoy fundamental, de unir a la oposición para derribar a la dictadura, y será aún más imperativamente necesaria cuando nos aprestemos a reconstruir el país sobre las ruinas que dejará el régimen imperante, en el que las Fuerzas Armadas se han constituido en el centro del poder de los mismos intereses antinacionales contra los que se levantó el Frente Amplio."

¿Por qué surgió el golpe? Fue un golpe preventivo contra el avance de las fuerzas populares y uno de los signos mas inequívocos de ese avance fue la constitución y el desarrollo del Frente. ¿Hay acaso alguna razón para prescindir ahora de esta gran herramienta que permitió unir a los Partidos Comunista y Socialista, al Partido Demócrata Cristiano, a sectores de izquierda diversos, a fuerzas independientes y a militares patriotas?

Hay quienes en alguna publicación que aparece, naturalmente, en el exterior, pretende, sin embargo, liquidar el proceso de veinte años de luchas y experiencias acumulativas y proclaman periclitado su principal fruto, que fue la aparición del Frente Amplio. Hablan de nuevas realidades, afirman que la oposición no tiene presencia orgánica en el Uruguay, niegan la lucha interior, sin comprender que la principal realidad que se debe tener en cuenta es que, a pesar del terror, nuestro Partido, otras fuerzas del Frente, la CNT, la FEUU, siguen luchando, con otros métodos, claro está y perogrullesco resulta explicarlo. Y en esta realidad, se sigue afirmando la presencia del Frente, su "mística" política, el prestigio del General Seregni y de otros líderes presos, y esta presencia se manifiesta en formas organizativas y propagandísticas adaptadas a las circunstancias en barrios, centros de estudio y de trabajo.

Por el contrario, si hablamos de realidades, éstas llevan a desestimar más que nunca las estridencias y pirotecnias verbales y asentar la acción en programas y orientaciones coherentes, que como las del Frente Amplio levantan la bandera de la reconquista de las libertades y la pacificación del país en la hora actual y significan la segura garantía de la lucha por un futuro avanzado y antiimperialista, por la profundización del proceso democrático.

Siempre se afirmó que el Frente Amplio no era una simple coalición electoral, no era un arma circunstancial para librar la batalla de las elecciones de 1971. Con toda razón, el Frente Amplio enfrentó a la dictadura y dio su apoyo a la huelga general decretada por la CNT. Contra las fuerzas frenteamplistas, particularmente contra las fuerzas más avanzadas, se abatió la represión; la lucha no cesó, aunque se procesó en condiciones extremadamente difíciles pero ¿quién niega que si hoy se abriera en el país la mínima brecha surgiría impetuosamente la fuerza del Frente Amplio? ¿Inventar, fuera de la experiencia de las masas, algún otro "frente" restringido y circunstancial, ajeno al proceso de los veinte años últimos y a la realidad actual del país? ¿Acaso con otro programa y otra orientación que la del Frente? ¿Cuál sería ese programa y esa orientación, que nadie ha expresado?

Todos los que en 1971 estaban dispuestos a luchar por una transformación fundamental económica y política se unificaron bajo un programa antioligárquico y antiimperialista; la práctica demostró la necesidad de la existencia del Frente. Ahora el combate se concentra en la reconquista de las libertades democráticas, pero la existencia de la dictadura rosquera no hace más que confirmar que aquel programa es completamente justo y todos los hombres avanzados pueden encontrar ubicación tras sus banderas unitarias. Y desde allí combatir por la coincidencia de las fuerzas antidictatoriales sin excepción, con la seguridad de que el Frente Amplio es la garantía para las transformaciones profundas del futuro.

Son dos aspectos de una misma política unitaria, la afirmación del Frente Amplio, y, a su vez, la aspiración a una unidad o convergencia mucho más amplia, como también la disposición para las acciones comunes y los acuerdos concretos que desde ya puedan hacerse con cualquier sector para las urgentes tareas de la solidaridad.

La represión brutal por parte de los jefes fascistas no puede ocultar, sin embargo, la erosión del régimen, las fisuras de su inmovilismo, su extremado aislamiento político, su reiterado fracaso económico, su repulsiva imagen que provoca el odio obrero y popular y la indignación de la opinión pública mundial.

Pero en esa crisis incidiría en forma considerable, que hubiera una acción convergente de las fuerzas opositoras. Este entendimiento unitario es capaz de ensanchar toda brecha que pueda abrirse en las estructuras fascistas e impedir que se estafe el anhelo popular con cualquier fórmula de recambio "gattopardista".

(Concluye en la pág. 24)

cratas, incluidos los prisioneros políticos y las personas que han debido salir del país.

Para ello, la reunión CONSIDERA:

I) Que el proceso progresivo que llevará a la caída de la dictadura pasa por la unidad y convergencia, sin sectarismo alguno, de todos los partidos opositores: El Frente Amplio, los demás sectores de la izquierda, los partidos tradicionales Blanco y Colorado, y todas las fuerzas sociales opuestas a la dictadura, concentrando la acción en torno a los principios básicos que, por encima de divergencias ocasionales o doctrinarias, deben unirnos en el objetivo común de la derrota de la dictadura.

II) Que, en ese plano, es imprescindible la lucha en pos de los derechos humanos, las libertades democráticas esenciales, la libera-

ción de los presos políticos, la consulta a la voluntad del pueblo y la adopción de urgentes medidas económicas que pongan un dique al dramático deterioro del nivel de vida de la población.

III) Que, como un paso inmediato que nos abrirá las puertas del futuro, debemos adoptar como objetivo fundamental el reclamo mundial por la amnistía general.

El Frente Amplio llama a todas las fuerzas democráticas solidarias a aunar esfuerzos en el reclamo de la libertad del gran patriota, cuyo ejemplo de firmeza y dignidad inspira la lucha de todos los uruguayos, el Presidente del Frente Amplio General Liber Seregni y a intensificar la campaña por la libertad de todos los presos políticos y sindicales.

Comité Coordinador del
Frente Amplio en el Exterior.

Afirmar el Frente Amplio . . .

(viene de la pág. 20)

Cada fuerza política debe asumir su responsabilidad; hoy en la lucha contra el fascismo se decide el porvenir de cada partido político; la historia hará justicia a los que hayan combatido sin tregua a la dictadura y no hayan tenido empacho en arrimar su hombro a otros sectores políticos y sociales en la lucha común. Lo hemos dicho más de una vez: hoy unidos para derrotar el fascismo y no descartando que pueda ser posible la colaboración del Frente Amplio, en próximas etapas, con fuerzas diversas más allá de la imprescindible reconstrucción democrática, en aspectos del futuro avanzado del país.

Los que combaten en la clandestinidad nos hablan de unidad; los que sufren los rigores de los "infiernos" nos hablan de unidad; las mejores movilizaciones solidarias en el exterior han tenido un sello unitario. Ahora se necesita una etapa superior de entendimiento, el esfuerzo concertado o convergente de los partidos políticos y de todas las fuerzas democráticas.

En lo esencial, la contraofensiva fascista del imperialismo en América Latina ha sido contenida. Barrer definitivamente el fascismo del Cono Sur latinoamericano, derribar los regímenes sangrientos de otras partes del continente, ayudará al avance del proceso de América Latina, a la acumulación de fuerzas liberadoras y creará mejores condiciones para la lucha contra el imperialismo y las oligarquías. La unidad más amplia contra la dictadura uruguaya se integrará en la unidad de pueblos y gobiernos democráticos, que aliente en esta parte del mundo las tendencias favorables a la democracia, a la soberanía, a una mayor participación de las masas populares en los procesos políticos y sociales.

Apuntes sobre la huelga general de junio de 1973

por Enrique Rodríguez

Se han cumplido 5 años de la huelga general de 15 días que, en Uruguay, contestó a la implantación de la dictadura fascista que aún impera en nuestro país.

Con esa distancia de tiempo, puede observarse con más precisión, el alcance real de aquel hecho que ha merecido comentarios, no sólo en Uruguay, sino en el marco internacional.

¿Qué fue lo que motivó ese comentario?

En **primer lugar**, su volumen, su unanimidad y la rapidez casi automática con que ella respondió al decreto que instauraba la dictadura.

En **segundo lugar**, su duración, ya que dos semanas de paralización casi total de un país, ante un gobierno dictatorial no es cosa común; más aún en la época actual, dado el funcionamiento de las modernas sociedades contemporáneas.

Con estas dos singularidades esenciales como pivote, la huelga general de junio-julio de 1973 en Uruguay, tuvo luego las consecuencias que acontecimientos de esa magnitud siempre desatan y desarrollan, y que en esa oportunidad se mostraron en forma muy señalada, como ser: arrastre de otros sectores sociales intermedios a la lucha o a la expectativa favorable, hegemonía obrera, al convertirse la huelga y su potencia en el intérprete del sentimiento democrático del pueblo, polarización política y social extrema que obliga a definiciones; presencia y prestancia de los trabajadores en la vida nacional, imprimiéndole su sello de energía, sensatez y sentido plebeyo; el heroísmo, la iniciativa, el valor sereno para enfrentar las acechanzas y la represión del aparato dictatorial, a medida que los días y las incertidumbres transcurrieran; por fin (y no como cosa-secundaria) la disciplina esencial con que los trabajadores dieron fin a la huelga, seguros de haber cumplido

una etapa ineludible, y conscientes del deber de mantener su unidad y su fuerza para la lucha en otras condiciones, al no haber alcanzado su energía para derrocar a la dictadura.

A 5 años de distancia, se puede calibrar mejor el valor inmenso de la huelga, y a la vez, como experiencia necesaria, aproximarse a una definición sobre la justeza de la táctica empleada y sobre la validez de ciertas críticas que aparecieron, y aparecen aún, como sucede en todo gran acontecimiento que remueve hasta el fondo las aguas de la lucha social.

Sobre la incidencia histórica de la huelga general y la proyección de su impacto en estos cinco años de dictadura no hay dos opiniones; es de una evidencia notable que el "Talón de Aquiles", el punto más débil de la dictadura uruguaya ha sido, y ya lo será definitivamente, el no haber podido hacerse ni la más mínima base en el movimiento sindical, y por tanto, entre los trabajadores.

Y no es que no lo haya intentado; desde las reuniones iniciales realizadas por el Coronel Bolentini en la "Sala Verdi", pasando por el llamado a la "reafiliación sindical" convocada, y luego clausurada con espanto por Bordaberry ante el "fantasma" reaparecido de la CNT, prosiguiendo con las "Paritarias" bajo control policial, y culminando con la creación de una fantasmal CGTU de obsecuentes a sueldo de los dólares de la AFL-CIO de EEUU. Todo lo han intentado; y en cada uno de esos intentos el fracaso fue estrepitoso, en el interior del país, pero también en el marco internacional.

Aparte del repudio anual a esa CGTU en el grupo obrero de la OIT, que reconoció siempre a la CNT, tenemos el último hecho, ya definitivo: la CIOSL ha sentido la necesidad de expulsar de su seno a esa pseudo-CGTU, tal es su desprestigio.



Al llamado de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), cientos y cientos de fábricas, talleres, oficinas y diversos centros de trabajo, son ocupados por los trabajadores.

Gravitación nacional, general, de la huelga

Pero, siendo esto muy importante, no es sólo a nivel obrero o sindical que la huelga ha incidido; su impacto fue nacional, general.

Los sectores sociales intermedios arrastrados por el ímpetu formidable de los primeros 10 días, que pesan tanto en la vida política y social activa del país, quedaron impresionados por la presencia y combatividad obrera; la CNT apareció ante ellos como una fuerza real que realizaba en la práctica lo que ellos deseaban y no podían realizar, dada la atonía, de los partidos tradicionales.

Por ejemplo, cuando se aprecia el valor de la declaración conjunta firmada por el Partido Nacional junto al Frente Amplio en los días de la huelga general, y en su apoyo, no puede verse en ese hecho tan significativo, un simple episodio táctico; es que aquellos dirigentes del Partido Nacional que asistieron al acontecimiento, y en esos días el Uruguay era un país donde la clase obrera, encabezada por la CNT y con un papel fundamental del Partido

Comunista, enfrentaba al gobierno dictatorial con su potente huelga, con sus fábricas ocupadas y vueltas a ocupar, con sus manifestaciones, sus barricadas y sus campamentos obreros barriales, con su control responsable sobre los servicios de agua, electricidad, gas, asistencia médica, etc.

En tales condiciones, y dada la solidaridad plena y total del Frente Amplio con la huelga, y sus fraternos lazos con la CNT, el Partido Nacional y sus dirigentes en el interior del país, consideraron cosa natural — más allá de reservas posibles — actuar unidos en solidaridad con la huelga obrera, ya que se la veía como la única posibilidad viable para derrocar la dictadura.

El hecho que el Partido Nacional, no haya proseguido esa conjunción luego, cuando la huelga fue levantada, no quita valor a ese hecho histórico sino que se lo otorga, ya que muestra cristalinamente el poder de atracción y de arrastre de la lucha obrera, cuando ella está orientada en forma justa y revolucionaria, y cuando la clase obrera aparece como la abanderada de las libertades.

Por esos factores, por la profundidad revolucionaria que tomó la huelga, por la conmoción que ella significó en la entraña misma del país, es que se pudo decir desde entonces — y con acierto — que la huelga hirió profundamente a la dictadura desde su nacimiento; que si bien no pudo derribarla le produjo un impacto irreparable, en cuanto a cortar de entrada toda base de demagogia, toda posibilidad de hacerse de apoyo popular. Esto se ha ido confirmando mes a mes y año a año, sumándose al rechazo nuevos sectores sociales, algunos impensados, como sectores rurales acomodados; pero la base inicial y granítica fue el impacto de la huelga.

Conclusiones más bien inconclusas

Para la memoria de este periodo crucial del movimiento social y revolucionario de nuestro país, el juicio sobre la huelga general de 1973, tendrá siempre un valor especial.

En el campo de la democracia burguesa, la actitud ya señalada del Partido Nacional, mostró la potencia avasallante de la lucha obrera en tiempos de decisión; la participación y apoyo del Partido Nacional más allá de desmayos posteriores, vale por una definición.

Es en el campo de la izquierda donde el impacto de la huelga general ofrece más interés, por tratarse de una primer experiencia, pero además, porque los 5 años transcurridos, arrojan luz sobre los enfoques emitidos por diversos sectores.

El enfoque que nosotros compartimos es el que oportunamente (agosto de 1973) emitió el Comité Central del Partido Comunista; y el gran documento de la CNT del 11 de julio de ese año, sigue teniendo total e inextinguible vigencia. Ambos documentos valen especialmente por ser documentos de los protagonistas fundamentales de esta histórica batalla, y porque fueron emitidos responsablemente en el teatro mismo de tan señalado acontecimiento.

El Frente Amplio, con su apoyo incondicional a la huelga general, con su esfuerzo para unir a otros sectores y Partidos democráticos en su apoyo, con la participación entera en el combate, con su saludo a la CNT al levantarse la huelga, también definió posiciones claras, que hasta hoy se mantienen. No nos referimos a ellas por ser conocidas.

Pero hubo — como siempre sucede — otros análisis y predicciones; algunos que invetera-

damente, se ubican en posiciones críticas y desorbitadas; pero como también expresaron juicios y opiniones, vale la pena transcribirlos; para que queden registrados, y de paso, para calibrar el grado de frenesí y temperatura pequeño-burguesa de algunos. Léase:

"A las pocas horas la huelga cubre todo el país. En este amanecer proletario, las masas han tomado una decisión, por sí mismas, espontáneamente. Con la velocidad del relámpago ha estallado esta lucha y con la misma velocidad se ha extendido por todo el país. En todo el periodo anterior nadie ha preparado u organizado esta lucha obrera ejemplar. El desenvolvimiento del propio movimiento de masas en forma espontánea, como respuesta al golpe de estado, es el que ha promovido ese estallido. Y cosa singular, este rasgo no es comprendido por ninguna fuerza política."

"En verdad es un momento único en la historia del país; jamás se había conocido nada igual."

Otra perla:

"El Partido Comunista y la CNT han traicionado...". "Por haber dejado que la huelga se consumiera en la pasividad, en espera de soluciones negociadas con Bolentini u otros representantes de la dictadura.

Por haber sembrado falsas ilusiones entre los trabajadores, por haberlos engañado sobre el desarrollo de las negociaciones y también sobre la marcha de la propia huelga; por haber desinformado a la masa en la lucha. Por haber desarmado políticamente a los huelguistas, en espera de un 'contra-golpe peruanista'. Por haberlos lanzado a acciones desesperadas ya al término de la huelga."

No decimos el nombre de los autores. Ubicarlos hoy — si los encuentra — es una adivinanza para el lector.

Como se ve, desde el concepto que "nadie preparó nada, nunca", hasta "¡qué hermoso es todo esto!"; desde "nadie luchó nada, nunca, y todo fue pasividad" hasta "por si acaso", la culpa es de los comunistas.

En el primero: se trata de soñar con "tigres de papel", esperar de boca abierta que madure espontáneamente la conciencia obrera, y hacerse la "coladera" en el ómnibus de la revolución... cuando pase.



Izq. Las calles vibran con las manifestaciones populares. Der. La represión se desata contra los trabajadores.
(9 de julio de 1973)

En el segundo: se trata de instalar un kiosko en la Plaza Independencia y vender el manual de Posadas para fabricar revoluciones a la medida y por encargo.

Pero hay otras opiniones, de otro carácter, vertidas oportunamente, y que también están sufriendo la prueba de la práctica.

¿Ilusiones . . . o realismo? He aquí la cuestión!

Una de las cosas de las que más se ha hablado en ellas es de las posibles ilusiones creadas por quienes dirigen la lucha, en tales o cuales sectores militares.

Sin entrar ahora al análisis de todas las circunstancias que rodearon la preparación del golpe militar, ni en el problema — tan arduo — de la actitud y actuación de los ejércitos en la vida política contemporánea, una simple reflexión salta a la vista en el caso uruguayo. El aislamiento de la dictadura fue visible ya, el mismo día que terminó la huelga general; eso está fuera de discusión y lo repite todo quien ha analizado el tema. Además, cada año transcurrido lo confirma; y hablar de la dictadura uruguaya es hablar de la dictadura de los militares.

¿Cómo es posible entonces afirmar que la clase obrera y el pueblo estaban imbuidos de ilusiones en los militares? Y si hubieran existido, ¿cómo pueden desaparecer de “un día para otro” tamañas ilusiones como las que habrían desmoronado una conciencia hasta entonces lúcida, según los propios “anti-ilusionistas”?

Esto no tiene explicación lógica. Si los trabajadores uruguayos hubieran sido llevados a posiciones de expectativa “blandengue”, ¿cómo se explica que, salvo contados casos, (y muy honrosos y respetables ya que eran expresión ardorosa de coraje y vergüenza proletarias), la vuelta al trabajo se realizara con

austeridad, sin absolutamente ningún quebranto de la unidad?

No tendría, tampoco, explicación, que a pesar de los cientos, y tal vez miles de represaliados y destituidos, **ni un solo grupo de obreros** haya desertado, o haya renegado de la CNT y de su dirección, o se haya entremetido con los cantos de sirena del coronel Bolentini y de la dictadura. Pero hay más. Al mes y medio de semejante epopeya combativa, culminación tensa y dramática de 5 años consecutivos de luchas fragorosas, (ya que el combate recio empezó en junio de 1968) con el cansancio físico y moral que ello puede significar, desatendiendo el cómodo expediente (aunque revestido de “ultrismo”) del “boicotismo” o abstención, esa clase obrera participa masivamente en la reafiliación sindical, convocada por la dictadura, llevan a ésta al retroceso vertiginoso dada la avalancha de afiliaciones pro-CNT. Y podríamos seguir.

Como éstos son hechos y no deseos, la respuesta de estos críticos surge a flor de labios. “Es que la clase obrera uruguaya es combativa, unitaria, madura, consciente”. Y tanto lo es, según ellos, que más allá de “aflojadas, reformismo, revisionismo, oportunismo, etc. etc.” de los dirigentes, la clase obrera supera tales defectos . . . y hasta traiciones . . . según los más sueltos de lengua.

El círculo vicioso se cierra, como se ve. Porque si se pregunta de dónde ha sacado nuestra clase obrera esa conciencia y madurez, (cuya paternidad se adjudican) y se revisa la historia del movimiento obrero uruguayo, no cabe duda que son los sectores que responden a la orientación dirigente de la CNT — antes, durante la huelga y ahora bajo el terror fascista — los que han estado siempre en el corazón de la empresa unitaria. Y de esto hace ya medio siglo largo. Y esto no se logró en un cómodo transitar reformista, sino en periodos variados de dureza y represión, “medidas prontas de seguridad” decenas

de veces, muertos, asesinados, despedidos; y con una burguesía reformista que intentó mil veces postular ideológicamente y poner a sus pies al movimiento obrero.

Además, si la clase obrera tiene el nivel de madurez y combatividad que estos críticos le reconocen, es bastante incomprensible cómo podría soportar durante tantos años una dirección tan incapaz y timorata como ellos la pintan.

Y no puede decirse que éstas y otras corrientes — opuestas o distintas a la actual conducción — no hayan intentado confrontar sus tácticas y orientaciones y hacerlas prevalecer. Al contrario. La lejana polémica con el anarcosindicalismo, de las décadas del 20—30; el intento amarillo y pro-yanqui que llegó a cristalizar en una central obrera de masas (la CSU), en las décadas 40—50; las agudas polémicas tácticas con la llamada “corriente” de 1968—69, la propia confrontación (en la práctica) con el MLN (ya que éste quería demostrar la invalidez del camino sindical como un escenario de la lucha revolucionaria); esos y otros intentos más insignificantes, como maoístas y trotskistas, pretendieron siempre suplantarse esta orientación, cambiarla; tuvieron todas las posibilidades y todas las tribunas, las grandes masas obreras los tuvieron delante, los escucharon hablar y planear; sin embargo, en largos años de trajinar y luchar, puestas a prueba las orientaciones y resultados, la clase obrera uruguaya creó su actual conciencia dentro de la CNT. Y ahí la prosigue hoy.

Es cierto — es también un mérito de la CNT, de todos sus componentes, que algunas de esas corrientes participaron y formaron parte de la dirección en períodos de grandes luchas, a pesar de ser exigua minoría en el conjunto del movimiento sindical; y hoy, en la nueva situación creada por el fascismo, la CNT mantiene su esencial unidad. Pero, puesto que algunas personas en el exilio cuestionan la conducción de la gloriosa central, la aclamación se impone, ya que la experiencia viva, la prueba de la práctica (criterio de la verdad) es un arma insustituible, en el arsenal de la clase obrera.

Un árbol con sólidas raíces y no un “clavel del aire”

Hemos dicho al comienzo que una de las particularidades de esta huelga fue su unani-

midad y su réplica al golpe apenas horas después de haberse éste iniciado. Esto deben reconocerlo hasta los más contumaces denigradores de la dirección sindical cenetista. En la pág. 85 de un folleto sobre el tema, que alguien escribió y firmó después Lustemberg, no se puede menos que reconocer:

“Cuarenta y cinco minutos más tarde del primer comunicado en cadena, cuando entraban a trabajar en las fábricas los turnos de las seis de la mañana, se hicieron las primeras asambleas y se resolvieron las primeras ocupaciones de lugares de trabajo, aplicando la resolución de la CNT contra el golpe de Estado”.

Esa unanimidad, y esa réplica automática es producto de algo, no es un “clavel del aire”, debe tener una explicación; e interesa conocerla, más que nada como experiencia, nuestra y de otros. Ya hemos adelantado algo al polemizar con supuestas ilusiones de la CNT; también cuando hemos glosado algunas pintorescas tiradas maoístas y troskistas sobre la espontaneidad **absoluta y total** de la huelga. También Lustemberg golpetea sobre la “reacción espontánea de la gente”.

Pero ¿puede admitirse seriamente que una acción proletaria de tal envergadura, pueda asimilarse a un acto espontáneo? ¿Puede, además, afirmar eso quien haya vivido siquiera superficialmente, el acontecer sindical y de la izquierda uruguaya desde hace un cuarto de siglo? Y mucho más alguien que haya participado aunque fuere mínimamente en las heroicas jornadas de esos días.

Es imposible admitirlo. Justamente, lo que aparece como visible en la argumentación referida, es el empecinamiento en negar validez, eficacia y rigor científico, a una táctica consecuentemente aplicada, y a una labor sacrificada y permanente acorde con ella.

Es curioso, pero los impugnadores de la táctica de CNT hacen hincapié argumental, justamente en las cuestiones que más desmienten sus posiciones.

Por ejemplo, también ahí se critica a los dirigentes por no haber alertado a los trabajadores sobre las acechanzas, peligros, represiones, se dice:

“no puede haber nada más negativo y frustrante, para los justos anhelos de liberación de un pueblo, que los que aspiran a estar a la vanguardia de la lucha, o autoproclaman serlo, siembren falsas ilusiones y expectativas sobre los

caminos necesarios a recorrer para alcanzar la victoria."

Es exactamente al revés, ya que una de las razones más sólidas para explicar la profundidad, madurez y prolongación de la huelga es el hecho que los sectores avanzados y conscientes de la clase obrera tenían claro todo lo que podía suceder, incluso este terror fascista de hoy, si no se derrotaba a la reacción que se preparaba a atacar, y ya atacaba. Y esa claridad no era producto de lecturas y cursos políticos; esa tarea educativa existía — por suerte, y existe aún ahora, bajo el fascismo — pero la comprensión profunda del proceso y de cómo enfrentarlo, la clase obrera uruguaya la adquirió haciendo su propia experiencia, pensando en el futuro y no sólo en el presente. Muchas veces hemos remarcado el valor inmenso que, para la madurez obrera, tuvieron los durísimos combates de clase que arrancaron del paro general de 1947 contra la limitación de la huelga en los servicios públicos, bajo Battle Berres, pasando por la dolorosa experiencia de la huelga contra las "medidas prontas de seguridad" en 1952 y luego en 1954, el paro augural por la huelga de "Ferrosnalt" en 1955, el paro contra el golpe de Estado y los paros por Cuba en 1964, las grandes jornadas de 1968 —69, etc.; porque en esos combates los trabajadores se templaban, adquirían conciencia de clase, rompían con las ilusiones en el paternalismo político tradicional, combatían en el límite de la legalidad; en síntesis: adquirían conciencia revolucionaria; intuían y pensaban seriamente en que se podía y debía sustituir este régimen de explotación por su régimen, por su poder, en lugar de sólo "mejorar" el capitalismo como pregona el reformismo. Y actuaban en consecuencia.

Leyendo algunas proclamas emitidas luego y más o menos inmediatamente a la huelga, se observa que ciertos sectores adjudican esa toma de conciencia más clasista solamente a los 15 días de huelga; se pasa así del espontaneísmo y del supuesto "vacío de orientación", a una concepción revolucionaria poco menos que acabada. Un espectacular salto en el vacío, como se ve.

Se ignora — o se pretende oscurecer — que un tal grado de conciencia sólo es posible por la acumulación de experiencia; y que ésta se adquiere cuando una táctica apropiada — audaz y flexible a la vez — conduce a los trabajadores a deshacerse de la influencia

burguesa y pequeño-burguesa, a conocer bien al enemigo de clase, a saber reconocer en cada caso al enemigo fundamental; y también a hacerse dúctil para saber encontrar con inteligencia, aliados — aunque sean temporales e indecisos — para enfrentar a ese enemigo, librándose de la enfermedad de atosigarse con frases radicales en lugar del razonamiento y análisis concretos de las tareas de cada etapa.

Este aprendizaje — en la ardua lucha de clases, en la lucha antiimperialista, en la solidaridad antifascista, en la confrontación dura y sangrienta — lo hizo la clase obrera uruguaya en muchos años; y por eso llegó al 27 de junio de 1973, podría decirse que preparada para hacer lo que hizo: una formidable huelga general, conducida y culminada de acuerdo a una táctica elaborada y probada en el combate. Por eso la huelga se levantó sin fisuras: por eso la organización no fue desarticulada; por eso sobrevivió bajo el fascismo; por eso pudo realizar la proeza de acometer, sólo dos meses después, la riesgosa tarea de apabullar con afiliaciones "legales" a la reglamentación de Bordaberry; por eso — hoy como ayer — conduce la lucha de los trabajadores y es factor decisivo en la perspectiva del derrocamiento de la dictadura a pesar de la denigración la falsificación y la calumnia que practican y siguen practicando, cómodamente instalados en su anticomunismo consuetudinario, ciertos "críticos". Acotemos que estos hechos notables desarticulan bastante la argumentación, por ej., de la R.O.E. que dijo en ese tiempo:

"El día 12 de julio, con la opinión contraria de los gremios combativos, la dirección mayoritaria de la CNT, levanta la huelga general. Las formas de trabajo sindical ambientadas por años de hegemonía reformista en el aparato sindical han caducado. En el movimiento obrero se abre una gran discusión en la que se valora la situación política, las enseñanzas de la huelga y las tareas que impone la etapa de resistencia."

Este balance no fue hecho por cierto en el seno de la dirección de la CNT por el representante de esa tendencia, aunque luego otros escribieran desde afuera...

Será necesario, por lo menos, reclamar precisiones sobre cuáles formas de lucha han caducado, y cuáles mostraron su fertilidad, qué gremios se opusieron al levantamiento

de la huelga (sólo una fábrica según sabemos), y qué hubiere sucedido con la continuación de la huelga, y cuál era el objetivo a lograr en la situación concreta.

Por otra parte, a cinco años de aquella declaración, ya puede valorarse mucho mejor quiénes han asimilado y quiénes no, cumpliendo o no, "las tareas que impone la etapa de la resistencia".

Y si hablamos de autocritica

Lo mismo sucede con los que hacen hincapié en que el levantamiento de la huelga "sin condiciones", dejó postrada y poco menos que indefensa a la clase obrera; por momentos parece que la culpa es de los "reformistas" que no reclamaron al fascista general Christi "garantías contra los despidos".

Es sorprendente la volubilidad de algunos de esos críticos. Por un lado "insinúan" que la huelga debe ser criticada en su conducción por no haber sido la antesala de la insurrección armada; esta crítica pretende absorber para sí el potencial revolucionario real contenido en la huelga general de junio; pero, cuando se trata de analizar las consecuencias inevitables de semejante conmoción, entonces cuentan escrupulosamente la cantidad de despidos y suspensiones (se polemiza incluso si fueron 1.500 ó 1.800); en este último caso, aparte de la pusilanimidad que expresa, se trata de capitalizar para sí los desmayos que las heridas y el cansancio puedan motivar en eslabones determinados del sector menos consciente o más golpeado por la represión; es sencillamente asombroso: pareciera que en la insurrección que se auspiciaba no se pensaba en las represiones, sufrimientos sin cuento, muertes, etc., que ella conlleva. Con ese criterio, habría que lamentarse por los muertos de la Comuna de París, de la Revolución Rusa de 1905, de la guerra de España, porque no triunfaron, aunque fuera un doloroso pero fértil tributo al aprendizaje revolucionario de las clases explotadas en marcha hacia su liberación.

Sobre si la huelga general podía ser — o pudo no ser — la antesala de acciones o formas superiores de lucha, no es éste el lugar de incorporar ese tema, que toca otros temas, como el de la conjunción de todas las fuerzas opuestas al golpe en todos los sectores de la vida nacional para aplastar el intento al

nacer; y de nuevo, el problema de los militares.

Pero, lo que queda diáfano es claro es que si hay alguien a quien no puede achacarse esa carencia de unidad y concertación es a quienes conducían y/o apoyaban la huelga incondicionalmente (incluyo aquí, además de la CNT, el Frente Amplio, el Partido Comunista, el Partido Socialista, la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay); justamente, si algo quedó claro en esos días fue que, ante el desconcierto y orfandad política de los sectores "tradicionales", la huelga y la múltiple lucha obrera, la CNT y sus aliados, surgieron como la fuerza que en esos momentos expresaban el sentimiento democrático más profundo y tradicional, y llevaba a cabo un combate que mostraba el coraje y la vergüenza revolucionaria que atesora el pueblo uruguayo.

Si se trata de hacer autocritica sobre carencias, cosa que es necesaria y útil cuando se actúa de buena fe y con miras de avanzar y aprender, también otros deberán ahondar en ella, y tal vez rectificar a fondo sus concepciones. Pero no es éste el lugar de análisis de este tema.

La necesaria vanguardia política. Aspiraciones. Realidades

En las conclusiones que diversos sectores sacan de las enseñanzas de la huelga, apareció una constante. La R.O.E., Nuevo Tiempo, tal vez otros, ahora algún periodista por demás dudoso, coinciden en afirmar, aunque en términos diferentes y a veces muy confusos, que lo que faltó en la huelga fue una vanguardia política de la clase obrera.

Viniendo de esos sectores — que antes siempre negaron la necesidad de cualquier vanguardia política — podría considerarse esta afirmación como un paso adelante. Pero parece dudoso que lo sea, ya que cuando se habla de vanguardia lo único que piensan es cómo viabilizar eternos ataques al Partido Comunista.

Pero, como la base de la argumentación siempre es que la huelga fue mal conducida, frenada, desfigurada; y entre líneas se sostiene que debiera haber arribado a otras soluciones o culminaciones (aunque no se dice claramente cuáles serían ellas), es juicioso esperar un poco más para saber cómo esos sectores expresan — en la teoría, en el pro-



Los dirigentes del Frente Amplio, del Partido Comunista y otras fuerzas populares marchan codo con codo junto al pueblo trabajador. (9 de julio de 1973)

grama, y sobre todo en la práctica revolucionaria — esa aspiración que pregonan a ser vanguardia, — ¡por favor! — hasta marxista-leninista.

Porque, por decir lo menos, es problemático y difícil pretender que un Partido como el Partido Comunista que hace casi 60 años, hundido en las entrañas obreras, ha sido un factor importante, y a veces decisivo, en la forja de la unidad obrera, de la unidad obrero-estudiantil, del acercamiento a la Universidad, de la forja del Frente Amplio, y protagonista combativo y lúcido de la huelga general, es prescindible u "olvidable" cuando algunos sectores hasta hace muy poco, apegados al "apoliticismo", con tono aguerrido, deciden meditar sobre la necesidad de un Partido Obrero de Vanguardia.

Y no será de recibo, para una polémica seria — y aún fraternal, si existe recíproco respeto — el utilizar como método de cuestionamiento de ese papel de vanguardia marxista-leninista, frases facilongas sobre "refor-

mismo timorato" versus "tendencia combativa", expediente bueno para autoproclamarse la quintaesencia del revolucionarismo, pero poco útil y provechoso cuando se trata de definir el contorno y el contenido de una auténtica vanguardia revolucionaria.

De todos modos, en la fraternidad de la lucha solidaria en el exterior, y mucho más decisivamente aún, en el horno de la lucha en el infierno fascista de Uruguay, que es hoy el escenario natural de la lucha para derrocar a la dictadura, todos podemos convenir en la necesidad de un franco y serio estudio de la huelga general; y no sólo de ella, sino también del combate ineludible e inaplazable, por encima de toda polémica, de cómo aislar y derribar a la dictadura.

Por ahí hay un ancho camino abierto para avanzar en la unidad antidictatorial y también en la cooperación y entendimiento de las fuerzas de izquierda. Nuestro Partido ha estado y está siempre abierto a esa fructífera labor.

En el año del
60 aniversario
del Partido Comunista
del Uruguay

El Partido y la teoría de la Revolución Uruguaya

por Eduardo Viera

El aporte fundamental del Partido Comunista en sus 60 años de vida ha sido la formulación de la teoría de la revolución uruguaya, entendiendo como teoría su sentido más amplio comprendiendo su práctica concreta. Para ello el Partido se ha apoyado en los sólidos fundamentos del marxismo-leninismo. Pero no basta. Era necesario su aplicación creadora a la realidad nacional y el trazado de una política revolucionaria para cohesionar las fuerzas de la clase obrera y el pueblo, profundizar su experiencia y llevarlas a la lucha. Lenin decía que un partido marxista debía "unir la teoría revolucionaria con la política revolucionaria", es decir, buscar los caminos de su revolución. Esta comprende los principios teóricos, la aplicación de las leyes generales según las singularidades de tiempo y de lugar, la experiencia de la lucha de clases en su sentido general, pero particularmente del país que se trata — lucha de clases iluminada por la teoría, pero enriqueciéndola — y la formulación de una política revolucionaria. Comentando las enseñanzas de Lenin en "Nuestro Programa" y "Las tareas inmediatas del Poder soviético" dijo R. Arismendi: "Todo Partido debe elaborar — inspirado en el marxismo-leninismo — una teoría de su revolución. Pero también una táctica flexible y concreta, que en cada momento impulse el proceso revolucionario" (R. Arismendi, "Lenin, la revolución y América Latina", en O. E., Bs. As., t. 1, p. 144).

Esta teoría, de una manera coherente, se elabora a partir de 1955, es decir, del XVI Congreso. Y con ello, por cierto, no desestimamos las anteriores experiencias del movimiento obrero uruguayo en la forja de su independencia de clase, la fundación en 1910 del Partido Socialista, como Partido político de la clase obrera, y en particular la rica historia de nuestro Partido en sus tres décadas primeras a partir de los actos definitivos de 1920, la fundación del mismo, la defensa ardiente de la primera revolución proletaria, la adhesión a la causa de Lenin y a la Internacional Comunista. Es cierto que hubo inmadurez, insuficiencia y aun errores serios, pero los 35 años anteriores al XVI Congreso no constituyen una historia de errores, sino que están cargados de esfuerzos por difundir el marxismo, sostener los principios internacionalistas, defender los intereses de los trabajadores y amplias masas populares y por crear una conciencia antimperialista y revolucionaria en el pueblo uruguayo.

En 1955 se parte de muy ricas tradiciones de lucha. El cambio cualitativo que se produce puede definirse en forma apretada, diciendo que **el Partido elabora un plan político por el poder**. Cuando decimos plan no es al nivel empírico, sino alumbrado por una teoría de la revolución uruguaya; plan no semejante

a una conjura, sino como la unidad de los principios teóricos con la estrategia y la táctica concreta promoviendo la lucha de las masas. Cuando decimos plan político por el poder, hablamos de la revolución agraria y antimperialista, antesala del socialismo y de los caminos de aproximación hacia ella e involucra no solo el papel del Partido, por cierto muy remarcable, sino las alianzas de clases indispensables y la hegemonía del proletariado.

En el XVI Congreso se está aún a cuatro años de la revolución cubana, pero el Partido, sensible al encrespamiento de la revolución latinoamericana — principalmente los acontecimientos de Bolivia y Guatemala — y al comienzo de la crisis de la dominación yanqui en el continente, advierte también la maduración de la crisis de estructura en el país; en vez de una posición de expectativa, de una política pragmática o espontaneista, se sumerge en la lucha de clases y la alienta con objetivos claros programáticos, estratégicos y tácticos.

Correlación entre las tareas revolucionarias y la estrategia antifascista

A veces se insinúa que cuando el fascismo ha asestado poderosos golpes, debilitando al movimiento obrero y popular, cuando el poder democrático avanzado — objetivo posible al iniciarse la década del 70 — no está en el orden del día más inmediato ya que lo fundamental ahora es derrotar al fascismo, si vale la pena hablar de estas cosas ... y si la propia teoría no ha sido invalidada.

Cuando en la pugna entre revolución y contrarrevolución, triunfan momentáneamente las fuerzas represivas y reaccionarias, solo con un criterio oportunista o liquidador se pueden borrar las enseñanzas revolucionarias. De estos momentos duros se extraen experiencias para las luchas futuras, pero no se trata de eliminar de un plumazo todo lo que avanzó el movimiento obrero y popular, posición que choca con una realidad intergiversable: en la amplísima columna de pueblo que se opone a la dictadura — y cuanto más amplia mejor — juegan un inmenso papel por la claridad de su orientación, por la limpieza de su conducta, por su tesón y sacrificio, las fuerzas de la CNT, del Frente Amplio, de nuestro Partido.

Hoy se advierte que a pesar del terror fascista y de que tantos valiosos cuadros, militantes sindicales y políticos, están en la cárcel y en el exilio, se mantiene entera la conciencia antifascista. Es en buena parte resultado del proceso acumulativo anterior. Este

es la base de la resistencia a la dictadura, que ha dejado mártires de todos los sectores. Al mismo tiempo es un hecho objetivo que sin la fuerza de los comunistas, sin el sacrificio de sus militantes, sin la línea de los comunistas hubiera sido muy difícil entablar una resistencia organizada a partir de la heroica huelga general. El Partido ha pasado una dura prueba — y la sigue enfrentando —, prueba, no solo en la conducta ante la represión, que la ha pasado con honor, sino como experiencia de un Partido de decenas de miles de afiliados, un Partido de masas y de cuadros, que se ve obligado a pasar a la clandestinidad, que ha seguido en pie a pesar de los duros golpes sufridos.

El golpe fascista "preventivo", que en tantos materiales del Partido había sido analizado como una de las posibilidades de la porfiada pugna ocurrida en el país desde el comienzo de la década del 60, se produjo a pesar del inmenso movimiento de masas, que se hizo más intenso aún en los meses anteriores al golpe. Sin embargo no se congregaron todas las fuerzas que estaban contra él y se había creado una correlación de fuerzas negativa, particularmente en las FF.AA. Pero el golpe nació sin base de masas y ello ha sido una constante desde 1973. Las causas residen no solo en el estrecho carácter de clase de la dictadura "rosquera" y en las tradiciones democráticas del país, sino en la batalla de años por la democracia librada por el movimiento obrero y popular a escala de masas.

Aspiramos a la convergencia más amplia, a que confluyan en la lucha contra el régimen fascista, fuerzas que por los más diversos cauces pueden y deben integrarse a la brega común. En el enfrentamiento de todo el pueblo contra la dictadura, la estrategia antifascista de la clase obrera — clase que aspira a un poder democrático avanzado hacia el socialismo — integra nuestra concepción revolucionaria. Ella está abonada por la lucha en favor de las libertades democráticas en muchos años, por el combate contra la tentativa golpista de 1964, por la táctica empleada durante el período de Pacheco y el período "legal" del gobierno de Bordaberry, por las acciones emprendidas en el Parlamento junto a los demócratas más consecuentes del Partido Nacional y también de parlamentarios del Partido Colorado, por todos los planteamientos y la acción del Partido a partir del 27 de junio de 1973 y del golpe en Chile. Por ejemplo, se afirmaba en agosto de 1973: "Derribar la dictadura, es la condición previa para toda solución de los problemas de la República ... Ello se logrará solo por la unión más amplia del pueblo. De la clase obrera, las masas trabajadoras del campo, las capas medias urbanas y rurales, la intelectualidad, los estudiantes, docentes, etc., de todos los

orientales honestos' — tal la postura del Frente Amplio — unidad militante del pueblo por encima de diferencias ideológicas, filosóficas y políticas; entre frenteamplistas, blancos y colorados, entre militares y civiles, entre religiosos y ateos" (R. Arismendi, "Uruguay y América Latina en los años 70", Declaración del PC "A la clase obrera y al pueblo oriental". Ed. cit., p. 212). Después de lo de Chile, más amplia debe ser la táctica y con más ahínco debe buscarse el espectro de los aliados, decía la dirección del Partido en otro documento de setiembre de 1973 titulado "Carta a los cuadros" abarcando el planteamiento unitario no solo a la situación nacional, sino a la necesidad de absorber la contraofensiva imperialista y fascista en el plano continental.

Sabemos que a la derrota del fascismo que ha destruido tantos valores políticos, económicos y sociales, al país le aguarda un período de reconstrucción nacional, pero los objetivos revolucionarios seguirán estando presentes. Y aunque por la gravedad de la situación que vive el país, la "simple" pero muy importante bandera de las libertades democráticas y de la Amnistía, como punto central de una plataforma mínima, es un motivo suficiente para tensar todas nuestras fuerzas, no puede dudarse que si se logra destruir las estructuras fascistas y derrotar a los peores sectores de la rosca y a los elementos más reaccionarios, ello facilitará el camino para cambios democráticos más profundos. Por otra parte la lucha contra el fascismo deja abierta las posibilidades del ensanchamiento de las alianzas tácticas, para medidas más avanzadas.

Es de mucho interés, al respecto, la carta que el hoy Ministro de Nicaragua Tomás Borge le dirigiera en enero de 1977 a Joaquín Chamorro, que era el principal dirigente de la oposición legal (luego asesinado por la dictadura somocista) y hacía críticas al Frente Sandinista. Borge le contestó: "En mi opinión usted es honesto. Para mi eso es suficiente. Tenemos enemigos comunes y la tarea de darle a este país la posibilidad de ponerse de pie para decidir su destino. Esta es una tarea que nos concierne a todos los nicaragüenses. Cuando nuestro pueblo esté de pie ya decidirá por su cuenta el rumbo que ha de tomar. Es posible, entonces, que hombres como usted y hombres como nosotros tratemos de guiar a este pueblo por rumbos diferentes. Pero a lo mejor ¿por qué no? es posible, también, que determinemos marchar por el mismo camino (Subrayado por mí). Dos meses antes de ser asesinado, Chamorro decía que "el régimen dictatorial era el sostén político de un crecimiento económico de cuyo beneficio quedó excluida la mayoría de los nicaragüenses" y por lo tanto "ese sistema económico está en crisis junto con la dictadura que lo ha provo-

cado" (Cuadernos del Tercer Mundo, Diciembre 1979).

Una convergencia real de fuerzas no excluye la posibilidad de una coincidencia más duradera.

Siempre hemos insistido, además, que la amplitud de la convergencia contra el fascismo, no es incompatible con la acumulación de fuerzas revolucionarias, con el papel de la clase obrera y de nuestro Partido, con el desarrollo del Frente Amplio. No solo no es incompatible, sino que la carencia en un aspecto o en otro, constituiría de igual manera una deformación de lo que debe ser una línea justa.

Por lo tanto, creemos útil recordar, aunque sea de una manera muy sucinta, los aspectos metodológicos involucrados en la aportación teórica del Partido a la revolución uruguaya y las conclusiones estratégicas y tácticas que han animado el proceso de creación y desarrollo de la fuerza social de nuestra revolución.

En primer lugar, aunque en la descripción no nos atemos a una cronología, era indispensable ubicar la realidad objetiva del país dentro del cuadro latinoamericano y mundial, a los efectos de formular la Declaración Programática.

Cuadro mundial, crisis general del capitalismo, iniciación de la nueva época a partir de la Revolución de Octubre, caracterizada como de pasaje del capitalismo al socialismo, formación del mundo socialista, hundimiento del sistema colonial del imperialismo.

En el continente, una situación revolucionaria global

En cuanto al continente, ya el XVII Congreso advertía: "Los problemas de América Latina son comunes, pese a la multiplicidad de las situaciones nacionales. El enemigo fundamental, el imperialismo norteamericano, es también común."

Un mismo opresor fundamental, una estructura en crisis bastante análoga — más allá de las diferencias nacionales — la característica general de un importante desarrollo del capitalismo en las últimas décadas, pero deformado por la presencia del imperialismo, del latifundio y de otras supervivencias precapitalistas — menores o mayores según el país —, el papel cada vez más importante del proletariado, caracterizaban el carácter común de los problemas del continente.

Por lo tanto, también el carácter común de la revolución latinoamericana como un solo proceso histórico con dos fases enlazadas, una revolución democrática, agraria, antimperialista, avanzada — con tareas anticapitalistas —

que tiende potencialmente hacia la segunda fase, socialista, asegurada por la hegemonía del proletariado; revolución democrática de la época histórica de tránsito del capitalismo al socialismo. Aunque como dijo Fidel "no hay dos revoluciones iguales".

La revolución cubana transformó la tesis en verdad comprobada y colocó el tema del poder en el plano continental, de una manera descarnada. La revolución latinoamericana, que había comenzado a madurar al iniciarse la década del 50, tuvo un cambio cualitativo con el triunfo del Ejército Rebelde cubano; la sacudida en todo el continente más los sucesos posteriores confirmaron que no solo eran comunes los problemas, sino también la hora de la revolución latinoamericana, entendida en su sentido histórico y no como la ridícula igualdad de horarios y situaciones concretas, es decir, entendida como situación revolucionaria general.

Y si bien el enemigo imperialista logró propinar a las fuerzas populares derrotas importantes, de carácter estratégico, ellas no han podido impedir la marcha de la revolución, la ruptura de las cadenas en uno u otro país extendiéndose al Caribe. Poco después del golpe en Brasil, triunfa la Unidad Popular en Chile. A su vez, después de la derrota del pueblo chileno y de la contraofensiva imperialista en el sur del continente, vence la revolución popular, democrática y antimperialista en Nicaragua y en un pequeño punto del mapa se levanta Grenada con su postura avanzada y antimperialista.

Por otra parte, sin optimismos fáciles — casi todos los regímenes fascistas siguen existiendo — y sin descartar el surgimiento de una nueva situación negativa en tal o cual país, la contraofensiva imperialista en el sur del continente está en proceso de absorción, el pueblo boliviano derrotó al régimen de Banzer, en Brasil se conquista la amnistía política, en Chile hay un ascenso del nivel de las luchas contra la dictadura, el régimen fascista del Uruguay está más aislado que nunca, no ha logrado quebrar la resistencia popular, está jaqueado por el repudio internacional; además se han dado pasos importantes en la convergencia de fuerzas antidictatoriales.

Y sobre todo se rompió el bloqueo continental contra Cuba, crece la resistencia contra EEUU, incluso en gobiernos de la gran burguesía nacional — reformista, fracasada el imperialismo yanqui en utilizar a la OEA contra Nicaragua y se forma allí un extenso frente, que también juega un importante papel en la solidaridad con los pueblos de Chile, Uruguay y Paraguay. Se refuerzan las tendencias al No Alineamiento y a la autodeterminación. Y los vientos revolucionarios de Nicaragua repercuten en Guatemala y El Salvador, que ya tenían situaciones de intensa conmoción, aun-

que los peligros de intervención yanqui aumentan particularmente contra el heroico pueblo de El Salvador.

Y finalmente, el problema de las vías de la revolución. El continente conoce un caso saliente de vía pacífica, la experiencia chilena y siempre hemos sostenido que no fue el camino transitado por el pueblo chileno la causa de su derrota. Pero consideramos que en el continente hay una vía principal, que es la lucha armada. Un antecedente de hace casi 25 años: a principios de marzo de 1956 nuestro Partido propuso coordinar la actividad solidaria de los PPCC de América Latina, anticipando la hipótesis de una etapa revolucionaria nueva en el continente y de que, en general, las luchas serían duras, sangrientas y difíciles. Ello estaba determinado no por la voluntad de los pueblos, sino por el carácter del opresor principal, el imperialismo yanqui, su inveterada política intervencionista en la región, que siempre ha considerado como su "patio trasero", su apoyo en armas y en el montaje de los aparatos de represión a las oligarquías dominantes, la existencia de sangrientas dictaduras.

Apoyándose en las enseñanzas leninistas y en las características del continente, nuestro Partido ha considerado la vía armada, como la forma más probable de tránsito revolucionario, no confundiendo, sin embargo, vías con medios de lucha y el aprovechamiento máximo de las posibilidades legales cuando ello es posible.

Nuestro Partido ha tenido en cuenta "además, que, desde Cuba, la guerrilla, de añosas raíces históricas en estas tierras se había incorporado — con rostros cualitativamente nuevos — al arsenal de nuestra gesta democrática y antimperialista", como dice Arismendi en el artículo "Primavera popular en Nicaragua", y que ello se refuerza con la experiencia del Frente Sandinista, más allá de las derrotas sufridas por diversas guerrillas en los años 60, debido al desprecio de las correlaciones de fuerza, de los factores políticos, del ánimo de las masas, etc.

En resumen, fue muy importante para establecer la estrategia y la táctica del Partido, sentirnos parte de la revolución latinoamericana, no solo emocionalmente, sino, cuestión fundamental para la inteligencia de nuestro proceso, con todas sus particularidades muy marcadas.

En este esfuerzo por comprender la realidad de conjunto del proceso revolucionario continental ha sido muy importante la consideración de la valiosa experiencia de los otros partidos hermanos. Este enfoque común se expresó en la trascendental Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe realizada en junio de 1975.

Los objetivos estratégicos y tácticos trazados por los Congresos

La primera necesidad que vio el Partido al salir de la crisis interna de 1955, para darse una línea revolucionaria coherente, restablecer las relaciones con las masas y encabezar la lucha de clases con una brújula certera, fue el estudio y la aprobación de una Declaración Programática que trazara los objetivos estratégicos y que estableciera las bases de la táctica, y al mismo tiempo que aprobaba nuevos Estatutos para corregir las deformaciones de la vida interna del Partido, asentándola en la práctica del cumplimiento fiel de los principios del centralismo democrático.

El Partido define el carácter antimperialista y agrario de la etapa revolucionaria y caracteriza como enemigos fundamentales al imperialismo, particularmente yanqui, a los latifundistas y a los grandes capitalistas, dominantes en la banca, la alta intermediación y en algunas poderosas industrias enlazadas con el capital extranjero, la banca y el latifundio. Para ello fue necesario clarificar la estructura del país, como una nación dependiente del imperialismo, en la que se mantenían ciertas supervivencias precapitalistas — en primer lugar el latifundio —, pero en la que el desarrollo capitalista había tenido ya en el momento de formularse la Declaración Programática un avance relativamente importante, aunque deformado por la incidencia del imperialismo — no solo como fenómeno externo, sino interno, incrustado en la estructura del país — y el alto grado de monopolio de la tierra. El Partido analizaba que en la segunda mitad de la década del 50 se iniciaba la maduración de una crisis de estructura que en definitiva solo podía resolverse por un cambio revolucionario a través de una poderosa coalición de fuerzas populares, que se categorizaba como Frente Democrático de Liberación Nacional. La clase obrera estaba llamada a ser la fuerza dirigente, a través de un fuerte Partido Comunista y la unidad sindical de los trabajadores. El núcleo central del Frente — se definía en la Declaración Programática — es la alianza obrero-campesina, y en torno a ella se aglutinarán las capas medias urbanas, intelectuales y estudiantes, empleados y funcionarios, jubilados y pensionistas, artesanos y pequeños comerciantes. Se afirmaba también que la fuerza y la amplitud de masas del movimiento determinarían incluso la participación de la burguesía nacional, entendida como burguesía media.

Fue fundamental en esos años, estimar en su real dimensión el desarrollo capitalista del país y, a su vez, no hacerlo desde el punto de vista apologetico, sino del punto de vista del proletariado, que ya en la década del 60

significaba cerca de 30 % de la población activa del país. Esta concepción significaba: a) importante desarrollo capitalista, que se expresaba en el predominio de la producción industrial en la renta nacional, peso del sector estatal, importantes índices de concentración del capital y de las fábricas de más de 500 obreros en las ramas más importantes de la industria, penetración del capitalismo en el campo, pero considerando que el desarrollo capitalista se desenvuelve por el camino más largo y doloroso dentro de la estructura dependiente del país y con gran peso del latifundio; b) el desarrollo burgués ya se ha procesado y se procesa, desarrollo deforme, pero la burguesía ya no puede realizar otro; sin cambios revolucionarios no habrá soluciones para la crisis de estructura del país; c) los objetivos de la revolución agraria y antimperialista incluyen medidas anticapitalistas, no solo contra los monopolios extranjeros, sino incluso contra los sectores más poderosos de la burguesía monopolista, estrechamente enlazada al imperialismo; d) diferenciación entre gran burguesía y burguesía nacional — estimada como burguesía media fundamentalmente y una diferenciación importante desde el punto de vista de la táctica, entre burguesía vendida, estrechamente ligada al imperialismo, y gran burguesía conciliadora, que tiene sus capitales invertidos principalmente en la industria y que, si bien dispuesta a hacer concesiones al imperialismo, es golpeada por la política expoliadora yanqui.

En años posteriores a la Declaración Programática, se analiza la evolución de la gran burguesía, el desarrollo del capital financiero, de una gran burguesía monopolista que se aprovecha del aparato de Estado, que tiene como centro la banca y con grandes intereses en la industria, en los frigoríficos, en el comercio exterior y en el propio campo, conformando una trenza, que le ha valido el nombre de "rosca", reducida capa pero poderosa, que ha sido la sostenedora del fascismo. Es en beneficio de las transnacionales y de este reducido sector monopolista que se realiza la política económica de la dictadura, expoliando a los trabajadores, a las capas medias y perjudicando también a importantes sectores de ganaderos e industriales, aunque estos hayan aprovechado en cierta medida las migajas que les deja la rosca, en su ofensiva contra la clase obrera, las conquistas sociales y los derechos sindicales.

La Declaración Programática estaba acompañada de un importante documento táctico llamado "Plataforma política inmediata", que teniendo en cuenta la nueva correlación de fuerzas en el mundo y el nuevo momento que comenzaba a registrarse en América Latina y, sobre todo, la agravación de la crisis

en el país como consecuencia de la política de sometimiento a los planes norteamericanos y el enorme descontento de las masas, incluso la inquietud de la burguesía nacional y las críticas de sectores de la gran burguesía y los terratenientes, planteaba como un gran objetivo táctico el **cambio en la correlación de las fuerzas políticas**. Este significaba no solo arrancar algunas conquistas a los gobernantes de ese entonces, de la gran burguesía conciliadora, sino el desplazamiento de los agentes más descarados del imperialismo, medidas de defensa de progreso social, de la soberanía nacional y una política exterior independiente. "El logro de esta nueva correlación de las fuerzas políticas ... exige que se estimulen las tendencias patrióticas y democráticas que existen en los diversos partidos y en la actividad política y social; supone un amplio intercambio de opiniones entre todos los sectores patrióticos y en particular, un fecundo diálogo entre comunistas y socialistas; implica acrecentar la gravitación de los movimientos democráticos, populares y obreros, en las decisiones políticas; significa ir conquistando para la clase obrera y su Partido, un papel más destacado en la vida nacional; exige barrer, por la vía de una reforma constitucional y de leyes apropiadas, los obstáculos legales al desarrollo y unidad de las fuerzas obreras y democráticas" (Plataforma Política Inmediata).

En realidad, la lucha por el logro de este cambio en la correlación de las fuerzas políticas y sociales, cubre toda la etapa hasta el golpe, aunque estos caminos de aproximación a la revolución uruguaya no los podemos mirar estáticamente, ya que no era la misma situación, la existente en 1958 cuando esa Plataforma se formula, que en 1970, cuando el XX Congreso de nuestro Partido afirmaba que la conquista de un poder democrático avanzado era un objetivo maduro, sobre la base del avance en la construcción de la fuerza social de la revolución.

Cuando el proceso se inicia a mediados de la década del 50, fue menester analizar las particularidades del país, las facetas positivas y negativas, que surgían de su conformación política, económica y social y de las huellas dejadas por la "guerra fría": a) una clase obrera, ya numéricamente importante, que comenzaba a manifestar grandes deseos de lucha, pero que sólo una parte estaba guiada por conceptos clasistas; el movimiento sindical se caracterizaba por su división, debilidad y dispersión; algunas organizaciones se encontraban bajo la dirección de agentes yanquis, y en el mejor de los casos, por dirigentes sin una ideología proletaria y con una orientación "apolitica"; b) debilidad de nuestro Partido y división en la izquierda; c) tradiciones democráticas muy poderosas, pero

que venían envueltas en el nacional-reformismo, negando la necesidad de las transformaciones revolucionarias; d) importante peso de la pequeña burguesía, pero en cuyo seno penetraba el anticomunismo; en filas estudiantiles dominaba el "tercerismo" con sus prejuicios frente al mundo socialista, frente a la clase obrera y a nuestro Partido; e) tendencias progresistas en sectores de los partidos tradicionales — partidos heterogéneos —, pero institucionalización del bipartidismo como un obstáculo al proceso político real; f) diversas concepciones erróneas en el seno de la izquierda.

Era una profunda batalla que había que librar en todos los planos de la lucha de clases, en el frente político, en el frente ideológico.

El XVI Congreso y el XVII Congreso sentaron la estrategia del Partido y las bases de la táctica. El XVIII Congreso, el XIX y el XX dieron grandes aportaciones en los caminos concretos de aproximación a la revolución, en los grandes temas de la aplicación de los principios tácticos, leninistas y del desarrollo del Partido, indudablemente solo se puede tener una visión completa, si se recuerda lo que fueron estos años de lucha ardiente, múltiple, sacrificada y sin tregua, de paros, huelgas y movilizaciones incesantes. En pocos años la situación comenzó a cambiar. Ya cuando se reúne el XVIII Congreso en 1962, se había formado la Central de Trabajadores (aunque no abarcaba aún a todas las fuerzas), se registraron luchas conjuntas de trabajadores y estudiantes bajo la consigna de "obreros y estudiantes, unidos y adelante", se plasmaba el Plenario de la Cultura y el Pueblo Trabajador, la solidaridad con Cuba enfervorizaba a nuestro pueblo.

El XVIII Congreso puso el acento en los caminos de la formación del Frente de Liberación y en dos cuestiones propiamente tácticas: en el establecimiento de la etapa, en el sentido de si era una situación revolucionaria concreta o de acumulación de fuerzas — pronunciándose por esta segunda opción — y los métodos y las formas de lucha derivadas de la definición de este problema.

"La revolución no puede ser nunca el producto — como se piensa en algunos sectores de las capas medias — de un impacto genial que despierte súbitamente la emoción del pueblo o de ciertas acciones individuales o de grupos, aislados de las masas", decía Arismendi en el informe del Comité Central al XVIII Congreso, y agregaba: "Comprenderá siempre y antes que nada, además de los procesos objetivos, la capacidad de movilizar, organizar y conducir a la lucha a las multitudes populares".

Una de las tareas en la construcción de la fuerza social de la revolución consistía en consolidar y ampliar la unidad sindical de

la clase obrera, elevando su conciencia de clase, mientras el Partido se planteaba como objetivo la conquista ideológica de la mayoría de la clase obrera para las ideas del marxismo-leninismo.

En cuanto a la unidad sindical no se trataba de unificar a los sindicatos solo por algunas reivindicaciones, sino de ir formulando un Programa, que permitiera a la Central obrera y a los sindicatos jugar su papel en el combate por los grandes objetivos liberales.

Desde el principio del proceso fuimos partidarios de construir la unidad sindical desde formas de unidad de acción, formas embrionarias de unidad orgánica hasta llegar a la Central y seguir reforzando los lazos con los sindicatos que aún no estaban en ella.

Pero el planteamiento unitario no se limitaba al proletariado, sino que comprendía el desarrollo del frente único de la clase obrera, de los empleados, de las capas medias urbanas, particularmente del estudiantado y la intelectualidad, que se tradujo en la práctica en la realidad de los Plenarios, del Congreso del Pueblo — la más amplia conjunción desde el punto de vista social — en la actividad de la Federación de Estudiantes junto a la Central de Trabajadores y a la CNT luego.

Al mismo tiempo, un llamado al conjunto de las fuerzas democráticas para encarar el problema de la incorporación de las grandes masas rurales a la lucha general del pueblo, un esfuerzo especial en la organización de las mujeres, los jóvenes, la intelectualidad y en la promoción de la solidaridad, particularmente con la revolución cubana.

Y una tarea prioritaria, la unidad en el plano político de los sectores patrióticos y democráticos, que había madurado por el proceso acumulativo de las luchas, por la agudización de la crisis del país, por la tendencia en los partidos tradicionales al desprendimiento de grupos avanzados, por una mayor coincidencia con fuerzas de izquierda y por la influencia de la situación internacional, particularmente por el influjo de la revolución cubana.

La consecuente línea unitaria del Partido, partía de consideraciones de principio en cuanto al frente de liberación y respondía a la siguiente pregunta: ¿se trataba de apoyar a las fuerzas burguesas "menos malas" como sostenían algunos, o lo central era constituir una fuerza unitaria del pueblo, capaz de gravitar en el proceso político del país, abierta al diálogo con todos los sectores democráticos, pero como una fuerza independiente? Evidentemente había que adoptar el segundo camino.

Siendo partidarios de la unidad sin exclusiones, al no poder aún unir a todas las fuerzas antimperialistas, fuimos partidarios de constituir un núcleo gestor de una unidad

más amplia, un polo de atracción para las masas que miraban hacia la izquierda. Así apoyamos la constitución del F.I. de L., que jugó un destacado papel en el proceso hacia el Frente Amplio.

La formación del Frente Amplio significó un cambio cualitativo. La agudizada crisis del país, la constitución de la CNT algunos años antes, la pujanza del movimiento obrero y popular, el desarrollo de nuestro Partido, posibilitó que nuestro XX Congreso proclamara: "Maduran las premisas de una alternativa de poder democrático, avanzado y patriótico."

Una concepción dialéctica de la acumulación de fuerzas

Cuando el XVIII Congreso, el Partido define el momento como un período de acumulación de fuerzas, parte del hecho de que la correlación favorecía todavía a las clases dominantes, y al mismo tiempo había amplias posibilidades para la labor legal y el trabajo de masas del Partido, con vistas a construir en los diversos planos, social y político, la fuerza de la revolución uruguaya: se tomaba en consideración, además, las tradiciones institucionales democráticas y ciertas concepciones ideológicas imperantes derivadas de ello, aun en medio de un clima de aguda lucha de clases en el que estaban en germen los planes de algunos sectores de las clases dominantes para ir "vacando" las instituciones democráticas y restringir o reducir a una mínima expresión las libertades.

Sin embargo, como se sostuvo en el XVIII y en el XIX Congreso, no se concebía la etapa de acumulación de fuerzas como un prolongado período "pacífico", de ritmo obligatoriamente lento; por el contrario, "la conmovida situación del continente y la agudeza de los procesos mundiales, conjugándose con nuestras realidades, tienden a introducir factores críticos, que pueden actuar como aceleradores del desarrollo social"; y recordándose una de las directrices tácticas del marxismo, se afirmaba que el enfoque de la táctica no debe ser el de los evolucionistas, que solamente ven los cambios lentos y, glosando a Marx, que "en los grandes procesos del desarrollo histórico, veinte años equivalen a un día, pero hay días que condensan esos veinte años".

Tales afirmaciones las hacía Arismendi en el XIX Congreso, no solo apoyándose en las tesis definidas en el Congreso anterior, sino en la práctica concreta de lo ocurrido en el lapso entre uno y otro, es decir, la tentativa golpista de 1964 y la actuación del Partido y del movimiento obrero y popular que tanto

contribuyó a frustrarla, como asimismo la posición legalista de la gran mayoría de los oficiales de las fuerzas armadas en ese momento.

Algunos años después, el golpe represivo, esta vez efectivamente realizado, también actuó como un coagulante de la crisis política. La preparación política e ideológica de la clase obrera posibilitó responder al golpe con la huelga general, la acción más heroica y más profundamente revolucionaria que realizó el proletariado en la historia de nuestro país. Una huelga general activa con ocupaciones de fábricas y combativas demostraciones obreras. Pero la correlación de fuerzas — como hemos dicho — no era favorable al pueblo, particularmente porque la derecha había ganado la batalla en las fuerzas armadas y logrado unificar a grandes sectores de la misma en una orientación regresiva. Los jefes fascistas aprovecharon, entre otras cosas, el impacto producido en las FF.AA. por determinadas acciones insensatas, de terrorismo individual. Y a pesar de que, particularmente, desde febrero de 1973 a junio de 1973, el movimiento obrero, el Frente Amplio y nuestro Partido procuraron con la movilización popular una diferenciación en las fuerzas armadas, los jefes de derecha impulsaron su rumbo reaccionario. La huelga general, que duró 15 días, no podía prolongarse más a riesgo de una gran derrota y de frustrar el futuro del movimiento y en la relación de fuerzas existentes no era posible tampoco pasar a otras acciones de abierta ofensiva. Pero el enfrentamiento a la dictadura mediante la huelga general, que cavó una profunda zanja entre el pueblo y el régimen dictatorial — frustrando la consolidación de éste — impidió asimismo que los trabajadores se desmoralizaran, facilitó un repliegue organizado, pasar a nuevas acciones de lucha y derrotar desde el inicio el intento dictatorial de fabricar "sindicatos" a su servicio.

Después de la huelga general, nuestro Partido se fijó 5 direcciones de trabajo: 1) Desarrollo de la unidad y organización de la clase obrera en las nuevas condiciones, como principal fuerza de la resistencia; 2) forjar la alianza con las capas medias de la ciudad y el campo; 3) lograr la unidad de las fuerzas antidictatoriales; 4) continuar la política de diferenciación en las fuerzas armadas, insistiendo en la necesidad de que los militares patriotas se integren a las fuerzas que combaten la dictadura; 5) seguir afirmando el papel del Partido y de la Juventud Comunista en la animación de la resistencia antidictatorial, mantener la estructura del Partido y su centro interior, y posteriormente se agregó la tarea de organizar también el Partido en el exterior, con los cuadros que tuvieron que salir del país.

En medio de serios golpes represivos, el Partido ha pasado dignamente las duras confrontaciones, se ha esforzado en forma permanente en organizar las luchas de los trabajadores, en mantener la organización y la prensa clandestina, a la vez de bregar consecuentemente por la más amplia convergencia antidictatorial. Asimismo en el exterior el Partido ha apoyado la labor de la Comisión Coordinadora de la CNT en el exterior y la labor del Frente Amplio — cuya vigencia es un aporte a la unidad de todas las fuerzas contra la dictadura — y a la organización de la más vasta solidaridad con nuestro pueblo.

El Partido: problema cardinal

Han sobresalido en las condiciones de la lucha antifascista, las cualidades del Partido forjadas en estos 60 años y en particular en estos 25 años últimos de forja efectiva de la fuerza social de la revolución uruguaya. Solo a los efectos del análisis se puede separar dentro de la teoría de la revolución uruguaya, los aspectos concernientes al desarrollo del Partido, ya que en la vida el desenvolvimiento del Partido y su transformación en una **fuerza real**, ha estado indisolublemente unido a la aguda lucha de clases de estos 25 años, en la que el Partido ha desempeñado el papel de una efectiva vanguardia.

El problema del Partido, como cuestión cardinal de la revolución uruguaya, ya fue planteado por el XVI Congreso al iniciarse este proceso, unido a las definiciones estratégicas, al establecimiento de las bases de la táctica, a una concepción justa de relaciones con las masas, a la obtención de los medios para llegar a ellas e influir en su conciencia. Y el Congreso encaró la tarea de la formación de la dirección del Partido, de la acertada selección de viejos y nuevos militantes, de elevación de cuadros obreros vinculados a los centros fundamentales del proletariado, de trabajo colectivo. La formación de la dirección de un partido revolucionario es siempre un proceso de formación ideológica y experiencia común.

Para la transformación del Partido en una efectiva vanguardia se tuvieron muy presentes las enseñanzas leninistas en cuanto a las etapas del desarrollo del Partido, la primera cuando se inicia la constitución del Partido, la segunda cuando el Partido comienza a intervenir en las acciones de los trabajadores, es decir, cuando comienza a realizarse la fusión de la ideología comunista con el movimiento obrero espontáneo y tercera etapa cuando el Partido llega a ser una fuerza política capaz de llevar tras de sí no solo a la mayoría de la clase obrera, sino a las grandes masas del pueblo.

Y por eso, ya en el XVIII Congreso se plantean dos objetivos centrales: ganar ideológicamente a la mayoría de la clase obrera y elevar el papel político del Partido en la vida nacional.

A pesar de los éxitos que existían en 1962, en el crecimiento del Partido, en el XVIII Congreso se analiza con responsabilidad y con espíritu autocrítico, la necesidad de superar insuficiencias e inarmonías, como la distancia entre la capacidad de movilizar grandes masas y el tamaño aún pequeño del Partido, en ese momento, y el nivel de organización del Partido, la distancia entre el ritmo de crecimiento del Partido y el proceso de educación política e ideológica de los viejos cuadros y nuevos afiliados, la debilidad del Partido en el interior del país, etc. Y al mismo tiempo, la explicación sistemática del carácter del Partido, "su aparición ante las masas con su rostro verdadero", como la fuerza más avanzada, más democrática y más patriótica en la vida nacional, la respuesta viva a la campaña anticomunista, la firmeza ideológica con un espíritu creador, ajena a todo dogmatismo o revisionismo para encarar los problemas de la lucha por la unidad del movimiento comunista y los grandes problemas del mundo contemporáneo como también para desenvolver el debate ideológico con las fuerzas aliadas dentro del país, en un espíritu de "unidad y lucha". Y con una actitud de comprensión respecto a la irrupción de la pequeña burguesía en el proceso revolucionario, pero sin hacer concesiones de principios a posiciones erróneas.

Un problema estaba planteado: ¿un partido de masas? ¿un partido solo de cuadros? La respuesta comprendió la imprescindible armonía de esas dos características: de masas, porque ante un movimiento popular de gran amplitud, el Partido debía aspirar a incorporar a miles de los más lúcidos combatientes de esa gran columna obrero-popular; y de cuadros para asegurar el temple ideológico y ajustarse al principio leninista que mide al Partido por su condición ideológica, su disciplina y su organización.

El Partido no dejó el problema de su crecimiento a la espontaneidad de las luchas; se ajustó a sucesivos planes de crecimiento del Partido en todos los sectores del pueblo y particularmente en los centros fundamentales del proletariado. Y se dio los medios para la relación, movilización y dirección de las

masas, acompañando el contacto vivo de los cuadros con las masas, con la edición de un importante diario, "El Popular", periódicos en las grandes empresas y en el interior del país, audiciones radiales, que jugaban también su papel para el afianzamiento ideológico de nuestras propias filas, como partido de masas. Y junto a todo ello, centros de estudios, cursos, Escuelas, una labor sistemática de educación.

Así se logró formar un gran partido obrero de masas, al que se habían incorporado importantes figuras de la intelectualidad y luchadores provenientes de otras capas sociales, un Partido de 50.000 miembros — 70% obreros — y una Juventud Comunista de 20 mil miembros, con una elevada participación de mujeres, con fuerza decisiva en la clase obrera y con gran peso en la vida nacional, con influencia creciente de nuestra ideología no solo en el proletariado, sino entre los estudiantes e intelectuales y otras capas de la pequeña burguesía.

Y con ello no decimos que los retrasos y las inarmonías hubieran sido completamente corregidas ni que no existieran debilidades organizativas, algunas de las cuales pesaron negativamente en la tan compleja tarea de hacer pasar un partido tan ampliamente de masas a la labor clandestina, tarea, sin embargo, resuelta con éxito más allá de errores cometidos en el fuego de la lucha en la relación entre las necesidades de la intensificación de la labor — con importantes logros de movilización aun en medio de la represión — y las imprescindibles medidas de seguridad partidaria.

Estamos en otro momento de la lucha revolucionaria, con cerca de tres mil militantes en la cárcel, con centenares de cuadros que han tenido que salir al exterior, pero un Partido que ha sabido enfrentar la responsabilidad histórica de luchar contra el fascismo, a pesar que para la casi totalidad de los afiliados se trataba del aprendizaje de la lucha clandestina. La fase actual de la lucha contiene muchos aspectos peculiares, que ensanchan la experiencia del Partido. La derrota del fascismo y el período de reconstrucción nacional nos obligará a afrontar nuevas realidades. Pero siempre será fundamental la asimilación de este acervo de 25 años que hemos comentado.

Abril de 1980.

Conversación con estudiantes latinoamericanos

El siguiente texto, extraído de la grabación, recoge la conferencia pronunciada en el Seminario Latinoamericano de Estudiantes, en Moscú, en noviembre de 1979. La conferencia responde a preguntas escritas adelantadas por los estudiantes y fue seguida por una nueva sesión de preguntas y respuestas.

Compañeros estudiantes:

Es para nosotros muy importante — y además nos toca emotivamente — poder conversar con ustedes, en su mayoría estudiantes de América Latina, y que por lo tanto, están llamados a desempeñar mañana un papel, que puede ser destacado, en la lucha liberadora de nuestros pueblos, en cada uno de los países.

La revolución latinoamericana reclama combatientes en todos los ámbitos. En particular, los necesita en el campo del trabajo intelectual, de la teoría y de la técnica. Uds. han tenido la felicidad, de la que muchos de nosotros hemos carecido, de poder entrar en contacto con la cultura universal y con el pensamiento más revolucionario de nuestro tiempo, el marxismo-leninismo; pero asimismo con los nuevos caminos de la investigación científica, aquí, en Moscú, en la capital de la primera revolución socialista. Los niveles de vuestro aprendizaje y vuestro estudio serán mañana transformados en aportaciones cualitativas a la labor de vuestros pueblos, a la causa de su felicidad social.

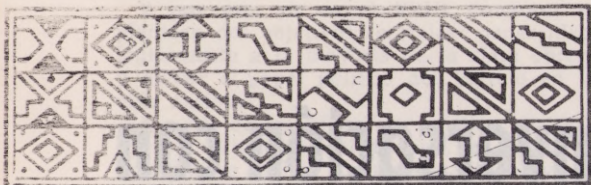
En segundo lugar quisiéramos expresarles, — ya que hoy vamos a hablar poco de Uruguay — el saludo de los comunistas uruguayos, de la juventud y el pueblo uruguayo, de sus combativos estudiantes, y de los miles y miles de presos, en su inmensa mayoría miembros de nuestro Partido y de la UJC, que, aun dentro de las cárceles continúan enfrentando

el fascismo; en nombre de los jóvenes y de los militantes de otras generaciones caídos en el combate contra el fascismo, en la tortura o en la calle; en nombre de los luchadores de la clandestinidad, que a pesar del terror permanente y desenfrenado de casi ya 6 años, siguen asegurando en el interior de nuestro país, la labor organizada y sin pausa del Partido y de la Juventud, así como la publicación de sus órganos de prensa, la labor de unidad de la clase obrera, que también edita sus publicaciones sindicales; y de la Federación de Estudiantes, no menos activa en la difusión de su propaganda; en fin, Partido que aparece como propulsor de la unificación y convergencia de todos los antifascistas.

En este gran momento de América Latina, luego de Nicaragua, se halla en el orden del día el tema de limpiar el rostro del continente de la repugnante pústula del fascismo y las tiranías y entrar en una nueva fase, en una nueva instancia del proceso revolucionario continental.

Tengo que disculparme por no haber tenido tiempo suficiente para dar un carácter más ceñido a esta exposición. Vamos a conversar un poco libremente sobre algunos temas candentes, que creemos fundamentales y, por lo tanto, motivo de debate. Esperamos, pues, que Uds. perdonen si esta parte sale más extensa de lo que pensábamos. Siempre habrá tiempo, si Uds. no se fatigan excesivamente, para continuar dialogando en el terreno de las preguntas y respuestas.

En primer término, nosotros creemos que comenzamos un nuevo período revolucionario latinoamericano, que se ha expresado un poco simbólicamente con este reciente triunfo de la revolución popular en Nicaragua, pero que integra corrientes contradictorias y procesos en marcha en todo el continente.



Segundo, pensamos reflexionar también sobre la razón que determina que en los últimos poco más de 25 años, América Latina, en sus grandes victorias y en sus grandes derrotas, en la continuidad permanente de su lucha en espiral ascendente está siempre presente en el escenario mundial.

Pensamos reflexionar un instante sobre lo que nosotros llamamos las bases materiales de la revolución latinoamericana, y las cau-

sas, por lo tanto, que determinan que no haya solución para América Latina por la vía del dominio imperialista ni tampoco por vía de las panaceas reformistas.

En tercer término, como es un tema polémico — claro está, no para los Partidos Comunistas de la región que coinciden en lo esencial con nuestra opinión — haremos algunas consideraciones sobre el tema del fascismo en nuestro continente.

I. Un nuevo período revolucionario en América Latina

Sobre lo primero. Pensamos que se inicia una nueva hora en América Latina. Como se sabe, nosotros partimos que, más allá de la temperatura diferente de las luchas sociales, del ritmo de desarrollo de las incidencias concretas de la evolución en cada país, América Latina es un continente en revolución. Un continente en el cual las premisas materiales del proceso revolucionario y el desarrollo del mismo, coloca en el orden del día, la necesidad de cambios revolucionarios y eso, se refleja a escala histórico-universal y no solo en la transitoriedad contradictoria de cada país.

Este es un tema sobre el cual hemos ya hablado y escrito muchas veces, pero creemos que en cierta forma es esencial continuar insistiendo sobre él en este momento en que un nuevo avatar, la nueva peripecia del proceso continental confirma su urgencia.

El sobresaltado curso de la revolución

Si Uds. observan este cuarto de siglo, el curso latinoamericano aparece sobresaltado, lleno de vaivenes, con derrotas parciales, con retrocesos, empapado muchas veces de sangre, cubierto por las explosiones revolucionarias, por las luchas guerrilleras, por las acciones del movimiento obrero, por las acumulaciones de fuerzas en la lucha de marco legal, por la acción clandestina de los partidos, por el resquebrajamiento de las viejas estructuras, a veces, incluso por explosiones militares progresistas, por el avance de la revolución y los contragolpes de la contrarrevolución, del fascismo y el imperialismo.

Pero como tendencia general vivimos un proceso que, creemos, desde Cuba se hizo

irreversible. Proceso que, como nos enseñara Lenin, no puede recorrerse como la Perspectiva Nevski, pero que es el resultado del desarrollo de una gran revolución, que convoca a nuestros pueblos uno a uno, por zonas o países, al proscenio y a un gran combate común contra el imperialismo norteamericano.

Es una pugna compleja, dura y difícil. Este combate, a diferencia de algunos de los procesos en Asia y África, enlaza agudamente la lucha antimperialista y las tareas democráticas de la revolución, con una aguda lucha de clases. En él se destaca la presencia de un fuerte proletariado, que se distingue, en los principales países, por su alto grado de concentración, y la creciente polarización social, condicionados por los niveles de desarrollo capitalista de nuestros países que difieren sustancialmente de los niveles que puedan tener o han tenido Asia y África.

Otras veces, para simplificar, hemos tratado de presentar este vasto fresco revolucionario, este vasto panorama de conquistas, como una lucha a brazo partido entre revolución y contrarrevolución, donde nada se produce automáticamente, donde todo hay que crearlo y resolverlo con la acción política de las masas, de las vanguardias, de las fuerzas políticas y sociales de la revolución, pero donde en el centro de la escena — por razones objetivas — se sitúa ya la definición práctica de los caminos de la liberación, transformada de deducción teórica en perspectiva concreta. Ha sido y será una historia convulsa que hubo ya de iniciar una fase nueva, especialmente a partir de los años 50.

¿Por qué tomamos estos años y, a partir de ellos, esbozamos una serie de conclusiones teóricas y políticas sobre el proceso existente? Porque ello corresponde a grandes acontecimientos, que no fueron episodios aislados, sino el umbral de cambios cualitativos del desarrollo revolucionario. A principios y mediados de los años 50 surgen dos revoluciones, en Bolivia, una, la otra en Guatemala. La boliviana se lleva a cabo mediante una insurrección popular, con amplia participación obrera y del campesinado indígena, pero es contenida y deformada en un sentido reformista por la burguesía nacional que controla el proceso. Y la revolución democrática guatemalteca, que posteriormente fue estrangulada por la intervención del imperialismo yanqui, cuando comenzó a radicalizar el curso democrático y liberador.

Estas revoluciones, que para el observador superficial aparecieron como erupciones volcánicas más o menos aisladas, en verdad correspondían a un proceso profundo que se anudaba en esos años en América Latina, y que tomó diversa forma en otros países, y trajo un más profundo desarrollo de las luchas obreras, la irrupción del estudiantado, la pre-

sencia de una intelectualidad que ya no se limita a actuar como "espejo de la revolución" — al decir de Lenin — sino como factor de la misma.

El desenvolvimiento de los PPCC, la incorporación de nuevas fuerzas de las capas medias al campo de la revolución, la caída de diversas tiranías, más notoriamente las de Colombia y Venezuela, el ahondamiento y exasperación de todas las contradicciones en la base material, culminan en una revolución que cambia el curso del continente: la revolución cubana.

Es un cambio cualitativo. La victoria cubana, a través de una auténtica revolución popular, dirigida por Fidel Castro, es un punto de viraje en la lucha liberadora de América Latina. Es la base de un nuevo período que, además, se distingue no sólo por haber realizado radicalmente, en plazos breves, la revolución democrática y antimperialista, sino por haber transitado hacia el socialismo, y por haberlo hecho en forma originalísima en pleno centro del Caribe y a un paso de EEUU.

Nueva fase de la crisis de estructura y de dominación del imperialismo

Estos fenómenos, que así marcan en períodos este cuarto de siglo, son producto de ciertos cambios profundos ocurridos en América Latina y en el mundo.

El primero: la crisis de la estructura económico-social de los países latinoamericanos entra en una nueva fase. El desarrollo capitalista de estos países — que había venido desenvolviéndose en forma mutilada y deformada, desde el comienzo de la independencia política hasta los años treinta — se acelera durante la Segunda guerra mundial y la inmediata posguerra y toma un impulso particular. Pero ese desarrollo capitalista se produce dentro del cuadro de la dependencia del imperialismo, sin romper las relaciones latifundistas de propiedad de la tierra, que van siendo adaptadas y subordinadas lenta y dolorosamente al desarrollo capitalista, factor y a la vez expresión de su deformidad. Conservan así reminiscencias de relaciones precapitalistas — en ciertos países de manera bien definida, en otros menos — y vuelve más brutales las formas de explotación del trabajo. No obstante el desarrollo capitalista no deja de producirse, incluso de acelerarse en ciertos períodos. Ello agudiza la contradicción de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, y crea una gama de nuevas contra-

dicciones que ponen en carne viva la gran cuestión de romper la dominación del imperialismo y la necesidad de cambios democráticos. Pero a la vez, por la época en que vivimos y la modificación estructural de las clases sociales, tales objetivos liberadores aparecen enlazados en un solo proceso histórico, con la perspectiva de la revolución socialista; por lo cual, cuando hablamos de cambios democráticos y antimperialistas no podemos identificarlos con los de Asia y África.

Nuestros países tuvieron su independencia política en el temprano siglo XIX, salvo las excepciones conocidas.

Y esto no es una distinción baladí. Por lo demás, esas diferencias son inmensas en las conformaciones superestructurales, signadas por diferentes historias singulares. América Latina no vivió el llamado por Marx "modo de producción asiático", salvo en su "parentesco" (no somos afectos a transformar el "modo de producción asiático" en una categoría "residual" reservorio de las sociedades no clasificadas) con las antiguas civilizaciones precolombinas de México, maya y del gran Incaico; el continente no conoció el feudalismo clásico sino la combinación de sus formas de explotación tardía por España y Portugal con formas tributarias y alternativamente el renacimiento masivo de la esclavitud; pero también el continente conoció las formas clásicas de colonización casi pura con trasplante de las relaciones mercantiles (particularmente en la cuenca del Plata). La propia guerra de independencia, con todas sus frustraciones, corresponde al tiempo de las grandes revoluciones burguesas. Y cuando llegamos al siglo XX, las reminiscencias semif feudales (o semiserviles) y precapitalistas van siendo adaptadas y subordinadas al desarrollo capitalista en el marco de la dependencia del imperialismo.

El sometimiento al dominio imperialista se produce como países dependientes — como explicara Lenin —, en pocos casos coloniales o semicoloniales. Ocurre que incluso en varios países se conforman esquemas constitucionales típicamente burgueses, inclusive con la vigencia, a veces, de formas democráticas, como por ejemplo, en Uruguay, Chile — o en Argentina en ciertos períodos — o en Colombia y Costa Rica, etc. Sin hablar de la singularidad mexicana después de la revolución. O como acontece en otros países, ya avanzado el siglo XX.

La tareas democráticas y anticapitalistas en América Latina — siempre vigentes — aparecen pues bien diferenciadas de las africanas y asiáticas, salvo en su contenido histórico de coincidencia en la lucha por la ruptura del sistema de opresión imperialista mundial.

Un rasgo característico de América Latina es la presencia de un fuerte proletariado in-



El VI rey inca Ingaraca. (Foto APN).

dustrial de tipo moderno, con una escuela relativamente larga de acción sindical y la existencia de Partidos Comunistas de vieja data, siempre relativamente hablando.

La crisis estructural de las sociedades latinoamericanas se transforma cada vez más, a partir de mediados de los años 50, en crisis global de estas sociedades. El desenvolvimiento económico-social y cultural de estos países, el desarrollo de sus fuerzas productivas, la necesidad de cambios democráticos y agrarios, la tendencia a la autodeterminación económica y política, que aparece en unos como resistencia y en otros como enfrentamiento al imperialismo, se transforma, se vuelve un tema social y político agudo, que cuestiona las bases y las superestructuras de estos países. Alumbran las condiciones de nuevas realidades políticas.

Segundo, aquí comienza para nosotros lo que hemos llamado la crisis de la dominación política del imperialismo norteamericano en nuestro continente, dicho de otra manera, la crisis de la política de dominación de América Latina.

El imperialismo norteamericano, que desde largo tiempo buscó dominar el continente, que se adueñó del Caribe y de Centro América, que se vuelve potencia dominante luego de disputar con Inglaterra la América del Sur, pasa a tener influjo y preponderancia total sobre América Latina. Desplaza a Inglaterra en el primer puesto de las inversiones, del comercio exterior, del contralor de las materias primas. Y monta una superestructura

política de dominación, expresada en la OEA, en el plano jurídico, en la Junta Interamericana de Defensa y en los pactos bilaterales en el plano militar; subordina los organismos de policía y represivos. Y como instrumentos económicos nuevos de dominación panamericana, con toda una red de organismos financieros y Bancos (desde el FMI al BID) o con el auge de las transnacionales.

Es más, en el tiempo de la "guerra fría", EEUU cubre el continente de dictaduras militares, propugna la ilegalización de los PPCC, ata a nuestros países a su estrategia mundial, lleva a Corea a colombianos y portorriqueños y procura hacerlo en más amplia escala aunque fracasan sus presiones sobre otros países.

Estas formas de dominación norteamericana en el continente, brutales y descaradas, agudizan los antagonismos con nuestros pueblos. A principios y mediados de los años 50, esto comienza a manifestarse en forma variada. Ello se refleja en las revoluciones boliviana y guatemalteca, en la caída de diversas dictaduras, en el crecimiento del sentimiento antimperialista y el ensanchamiento de las bases sociales y políticas de la lucha contra el dominio norteamericano que toma formas más agudas y se enlaza con una viva lucha de clases, con un papel activo y a veces determinante de la clase obrera. Aparece una gama de nuevas contradicciones, que en torno a ciertas cuestiones económicas lleva a sectores de la burguesía — propensos a entenderse políticamente con el imperialismo por razones de clase — a protestar por las formas de esa explotación que traban drásticamente la aspiración desarrollista.

EEUU, en ese instante, ya no puede dominar más sobre la base sola de la intervención militar, ya no es dueño absoluto de las condiciones para arrasar con sus "marines" a todo gobierno que no se alinee en los grados más abyectos de la sumisión. Y aunque el intervencionismo militar directo sigue en uso en su arsenal, como lo demostrara en Santo Domingo, está ahora obligado a servirse de otros instrumentos, mucho más después de Cuba, derrota norteamericana en todos los sentidos.

Cambios sustanciales de la correlación de fuerzas en el mundo

A mediados de los años 50, esta nueva realidad latinoamericana es inseparable del fenómeno mundial. Entonces en el plano internacional han ocurrido dos cambios esenciales. Entramos en la tercera fase de la crisis gene-

ral del capitalismo. Los países socialistas, particularmente la Unión Soviética, se recuperan de la guerra. Comienza a modificarse la correlación internacional de fuerzas en el plano económico, en el plano político y en el plano militar. Lo que evidenciará más tarde, en símbolo apretado, el primer spútnik. El socialismo comienza a determinar, con otras calidades, el proceso internacional. En tercer lugar, como parte de este mismo proceso, se produce y se acelera la disgregación del sistema colonial del imperialismo.

En una palabra, la crisis de estructura de la sociedad latinoamericana transformada en crisis global de nuestras sociedades, se enlaza con una situación internacional determinada, histórica, política, social, militar, de vigorización del papel del mundo socialista, de quebrantamiento del dominio imperialista en todo el ámbito colonial y dependiente, y de elevación de la misión histórica de la clase obrera internacional.

Esto es parte del secreto de que Cuba haya sobrevivido a los planes de invasión del imperialismo yanqui, y del fracaso de EEUU en sus proyectos de montar una nueva y gran política para el continente, tal como quiso hacerlo Kennedy frente a los acontecimientos de Cuba y la nueva realidad latinoamericana, con la llamada "Alianza para el progreso".

La Alianza para el progreso tenía dos caras: una, lograr complacencias para la invasión de Bahía de los Cochinos; otra, tratar de agrupar a las clases dominantes de América Latina, y a la vez, neutralizar con el espejismo desarrollista a las vastas capas de la pequeña burguesía intelectual y a sus técnicos. Esta política es derrotada estruendosamente en Bahía de los Cochinos. Es vencida en la crisis de los cohetes, en la que debe reconocer ante la ayuda internacionalista soviética, lo que significará, junto y ante todo por la entereza cubana y por la solidaridad de nuestros pueblos, la renuncia a la invasión directa.

La pervivencia de Cuba y el alejamiento del espectro de la guerra mundial, son los dos resultados más notables de la "crisis del Caribe".

La Alianza para el progreso fracasa, a la vez, por su incapacidad de montar una gran operación reformista y desarrollista en el continente, sin alcance práctico ante la profundidad de la crisis de estructura de nuestras sociedades. Fue sin duda, la más peligrosa e imaginativa maniobra, frente a la cual, la política Carter resulta un pálido fantasma.

Ante la gravedad de la problemática estructural de la crisis latinoamericana, agudizada por las coyunturas críticas, ante el creciente nivel de desarrollo impetuoso del antimperialismo y de las corrientes liberadoras en el continente, ante la revolucionarización de

grandes masas, en particular de la clase obrera, y por la radicalización de las capas medias, de los intelectuales y estudiantes, estimulados por el ejemplo cubano, la Alianza para el progreso muere antes mismo de que asesinen a Kennedy.

Las sucesivas "doctrinas" — cada Presidente desde Johnson a Nixon, y ahora Carter ha puesto a volar una — lanzada por Washington con vistas a ensanchar las bases sociales, políticas e ideológicas de dominio de América Latina, se han ido desmoronando sin ningún impacto profundo.

El imperialismo norteamericano, cuando una América sobresaltada emerge de los años sesenta y avanza hasta comienzos de los años 70, en particular, desde la victoria en Chile de la Unidad Popular, ve, a la vez, reducido su poder mundial, sufre grandes derrotas internacionales, en especial fracasa en Vietnam. Se suman a ello sus propias contradicciones internas, y las surgidas entre los grandes centros del capitalismo mundial.

En esta correlación mundial, siempre más negativa para él, el imperialismo norteamericano arroja a un costado todas las máscaras y todas sus clásicas e hipócritas invocaciones morales, y pasa a utilizar desnudamente el recurso de la implantación de regímenes fascistas en nuestra América. Se suceden los golpes en Bolivia, Uruguay y Chile.

El papel de la clase obrera unificada en una central sindical que agrupa a todos los asalariados — la C.N.T. — aliada a los estudiantes y a las fuerzas principales de la intelectualidad, coincide — en el Uruguay — con el surgimiento del Frente Amplio, unidad de toda la izquierda con los demócratas cristianos y representantes destacados del ala democrática de las Fuerzas Armadas.

En otros países, con formas originales y varias, se manifiestan corrientes renovadoras, de contenido antimperialista, en la revolución peruana, en la reivindicación del canal por Panamá, en el Caribe, y se afirma, de muchas maneras, la tendencia a la resistencia a EEUU y a la No Alineación, que involucra a gobiernos de la burguesía nacionalreformista. Se rompe en Argentina la pseudofatalidad de cuarenta años de dictaduras militares, etc.

El imperialismo juega la carta del fascismo

En ese cuadro, EEUU juega la carta más peligrosa para nuestros pueblos, la carta del fascismo.

Pero ella es también la más negativa — en el largo plazo — para la dominación por EEUU.



Navio de la carrera de Indias. Grabado en madera español del siglo XVIII. (Foto APN).

Porque estrecha las bases de su dominación en los planos social, político e ideológico, y lo exhibe desnudo como el enemigo mortal de la libertad, la democracia, la independencia y el progreso social, con todas las consecuencias de futuro.

Los golpes en Chile, en Uruguay, como antes en Brasil y en Bolivia, ya no equivalen al vaivén de las viejas tiranías. Constituyen una operación en vasta escala, para establecer gobiernos estables de carácter fascista en el continente, abiertamente contrarrevolucionarios y antidemocráticos, con vistas a asegurar, por un largo período la dominación yanqui. Sobre esto del fascismo volveremos más adelante.

Desde 1977, hemos calificado la experiencia fascista como una contraofensiva del imperialismo. El fascismo fue una seria derrota para la revolución latinoamericana. Cambió la geografía política del Sur. En ese instante — a mitad de los años 70 — tenemos fascismo en Chile y en Uruguay, dictaduras de intención fascista como en Bolivia, viejas dictaduras remozadas como en Paraguay, estructuras fascistas en Brasil. Más las añosas tiranías centroamericanas, pero tecnificadas y modernizadas.

La ofensiva y el avance de estas fuerzas sostenidas por el imperialismo, son instrumentos de presión sobre otros países. En aquel momento señalamos el enorme peligro. Pero señalamos también la fragilidad de las dictaduras fascistas, si se las enfrentaba por todos los medios y por la congregación de todos sus adversarios en pueblos y gobiernos. En el continente había y hay fuerzas suficientes para

derrotarlos, con una gran estrategia continental, nacional, apoyada por la solidaridad mundial. Había y hay fuerzas suficientes para enfrentar al fascismo y detenerlo, y abrir una nueva etapa liberadora.

Toda subestimación del peligro y aun de la caracterización de estos regímenes, involucra proyecciones mortales para América Latina. Se trataba de ver el fenómeno, de aislarlo, de enfrentarlo y de crear las condiciones para su derrota. A ello se abocó la Conferencia de los PPCC del año 1975 realizada en La Habana. Conferencia que plantea la necesidad de una gran estrategia antifascista inserta en la lucha histórica, antimperialista y democrática de nuestros países.

Estrategia antifascista que tratará de conformar dentro de cada país la unidad y convergencia de todos sus adversarios, y en el plano continental de promover la coincidencia de pueblos y gobiernos capaces de enfrentarse al fascismo en función de sus propios intereses. Se trata del aislamiento del fascismo tanto en el plano interno como en el continental y mundial.

Había, desde luego, que ganar una batalla de fondo, sin la cual, todas las otras habrían de fracasar. La batalla de la supervivencia y del desarrollo de la lucha en medio del terror fascista. Y esta batalla la ganaron los PPCC y los pueblos de América Latina.

Entre los elementos de fragilidad de estos regímenes, está el hecho de que no podían repetir el sostén por partidos de masas, al estilo clásico de algunos fascismos europeos, ni lograr un verdadero apoyo de masas. Por lo demás, su política económica agudizaría la crisis estructural de las sociedades latinoamericanas. El fascismo, que en lo inmediato, era negocio para el imperialismo, en perspectiva estaba llamado a estrechar las bases político-ideológicas de su dominación.

Pero había que sostenerse frente al terror fascista. Sostenerse frente al horror de las prisiones y las torturas, de los asesinatos, de los arrasamientos de todas las formas democráticas, del montaje de las estructuras estatales del fascismo. Había que asegurar, en particular, la pervivencia y el combate de los PPCC dentro de cada país, primeros enemigos y por lo tanto el primer blanco del fascismo.

Hoy es visible que el fascismo y el imperialismo no pudieron romper su aislamiento exterior, éste se acentuó, y se acompaña de su aislamiento político interior. A pesar de los miles de muertos, presos, torturados, desaparecidos, asesinados, la clase obrera y los pueblos, en lo esencial, ganaron esta batalla. Para dar un ejemplo: nuestro Partido, solo con lo que tenemos en la cárcel podríamos montar un Partido completo en cualquier país, incluso de Europa. Sin embargo nuestro Partido sigue en pie, sigue vivo y combatiente. El gran cri-

men contra Chile no pudo abatir ni hacer desaparecer la gran fuerza de la resistencia interior que hoy se agranda y desarrolla. Y hoy vivimos ya otro momento de América Latina, de crecimiento de las tendencias democráticas, de avance del proceso liberador, de nuevas victorias, con la caída de la dictadura de Bolivia, con el resquebrajamiento del régimen brasileño, etc., pero, muy particularmente, con la heroica revolución de Nicaragua, que estremece, en especial a América Central y repercute objetivamente en los combates heroicos de El Salvador y Guatemala.

Se profundiza el aislamiento del fascismo

Estas condiciones — compañeros — determinan no sólo los factores de nuestra orientación, sino que también gravitan para que otras fuerzas traten de interferir en el proceso latinoamericano, de modo tal que no desemboque en situaciones revolucionarias, de democratización profunda, sino para que transite por soluciones guiadas por el imperialismo o limitadas en ciertos proyectos reformistas.

Sin nuestra lucha, sin la fragilidad de las dictaduras fascistas, no tendríamos la llamada "política Carter" de los "derechos humanos" en América Latina. Sin olvidar el "streap-tease" de la política Carter en Nicaragua y ahora en El Salvador. Sin la magnitud de los procesos latinoamericanos y sus luchas, no tendríamos a la socialdemocracia interviniendo activamente en el continente, tratando de involucrar y arrastrar tras ella a los grandes partidos nacional-reformistas de masas de diversos países.

Tampoco tendríamos el tan vivo reflejo de las luchas en el seno de la Iglesia y aún, en varios casos, en el seno mismo de las fuerzas militares.

Frente a la política de Carter — hemos dicho muchas veces — no basta con señalar que no pretende la democratización real de América Latina ... Y pese a las dificultades que sus primeros discursos y denuncias crean a las dictaduras fascistas del sur, la política Carter no llegará — ni lo pretende — a ser factor real de su derribamiento. Carter busca apenas ensanchar las bases de la dominación de EEUU, mediante procesos controlados de cambios que se anticipen a explosiones populares, previsibles por el aislamiento de los gobiernos fascistas.

Pero no alcanza tampoco con esta clasificación. Es menester además oponerle también una praxis revolucionaria, una política de uni-

dad de pueblos capaces de defender y liberar presos, de combatir por una auténtica democratización y en cuya base solo puede estar la lucha de masas, la acción independiente de los pueblos, la lucha y la unidad de todos los antifascistas. Solo ello prevendrá los cambios cosméticos propugnados por Carter y respecto a los cuales siquiera es consecuente.

Hemos insistido sobre estos aspectos al tratar el tema de la socialdemocracia. La socialdemocracia encara un proyecto para que no haya "nuevas Cubas" en el continente. Pero al mismo tiempo la socialdemocracia y sus aliados o representantes, principalmente los grandes partidos burgueses nacionalreformistas, son potencialmente aliados nuestros en la lucha contra el fascismo. Es decir, que aquí no puede bastar la lucha ideológica, y menos el doctrinarismo, enfrentamos la tarea de la unidad.

Cuando decimos unidad de pueblos y gobiernos, hablamos de aquellos gobiernos que dan solidaridad al pueblo de Uruguay y que, en su mayoría son los mismos que colaboraron en la revolución nicaragüense, allí encontramos a Jamaica dirigida por un partido vinculado a la Segunda Internacional; a México, gobernado por un partido de la burguesía nacional-reformista; a Venezuela, cuyo gobierno bajo A. Pérez ayudó a Nicaragua, era también nacional-reformista. O a los gobiernos de Panamá, Costa Rica y otros.

Somos lógicos: si nosotros predicamos el unirnos o converger con los partidos nacional-reformistas de Uruguay, para derrotar el fascismo, debemos buscar la solidaridad de partidos y gobiernos nacional-reformistas para derrotar el fascismo.

Nuestra labor principal se dirige a los pueblos, en particular a la clase obrera y fuerzas de izquierda; pero a la vez, a todos los adversarios del fascismo en América Latina y el mundo. Es el carácter contradictorio en sentido dialéctico de nuestra lucha.

En esa convergencia antifascista incluimos a la Iglesia, principalmente, de América Latina. Hubo quienes manifestaron fastidio cuando el Papa fue a la ciudad de Puebla e hizo un discurso proclive al ala derecha de la Iglesia latinoamericana. En realidad, el discurso de Puebla no fue lo que esperaba el continente. Y no por la insistencia catequística del Papa, en lo que está en su derecho. Me refiero a esa parte en que el Papa insistía en lo que los comunistas llamamos el "tema del Partido" (hilaridad en la sala) ... Reclamó mayores conquistas para la Iglesia, dar preferencia a la formación de una mayor cantidad de "cuadros", de sacerdotes, y limitó la intervención en la cuestión social y previno contra la militancia avanzada de los sacerdotes. No planteó, sin embargo, detener la participación de representantes de determinadas iglesias que ac-



túan, o ven con buenos ojos, en la lucha antifascista en Uruguay, en Chile, en Brasil, en Nicaragua, en El Salvador, ahora en Bolivia, pese al tono reticente del discurso papal. Por lo demás, la realidad de la Iglesia católica — y otras — en el continente, minada por contradicciones entre sus diversas corrientes, no debe verse como obstáculo insalvable para la unidad antifascista, e incluso revolucionaria en muchos casos como lo comprueba la experiencia continental. En sectores de la Iglesia aun se están reflejando la convulsa insurgencia antimperialista y transformadora de nuestros pueblos.

Crece la tendencia a la democratización

Cuando decíamos, hace un instante, que se abría un nuevo periodo iniciado por Nicaragua, pretendíamos decir dos cosas: primero, la heroica pugna nicaragüense ha desembocado en una revolución popular, avanzada, antimperialista, que pese a todas las complejidades y peligros que afronta, apunta hacia cambios mayores. Pero en línea general, este hecho caracterizador del proceso se acompaña por un avance creciente de la tendencia a la democratización en los países de América Latina, en medio de todos los conflictos y pese a las contradicciones, avances y retrocesos.

Podrían distinguirse, a primera vista, estos elementos: aislamiento de las dictaduras fascistas en Chile y Uruguay, aumento de la lu-



cha interna, de la movilidad, de la resistencia y de la acción de los partidos, resquebrajamiento de la dictadura en Brasil. (Uds. se han despedido estos días de Prestes, que está ahora en Brasil). Podríamos analizar de paso, este resquebrajamiento, que la lucha popular busca transformar en verdadera democratización. El fascismo en Brasil se resquebraja, bajo la acción del pueblo, de los embates económicos y de las acciones de las masas obreras y de los sectores avanzados, que se desarrolla y profundiza a pesar de proyectos limitativos de las cúpulas militares y de la pervivencia de estructuras fascistas de diverso tipo. El proceso brasileño puede convertirse en irreversible, con todas las consabidas repercusiones continentales.

Cayó la dictadura en Bolivia y hoy vienen las noticias de que Natush renunció a formar gobierno. La respuesta al golpe fue la huelga general y la acción del pueblo unido. Desde la Huelga General de Uruguay, de 16 días, con ocupación de fábricas, no se había producido una respuesta obrera tan coherente y generalizada. Pero lo de Bolivia supera lo de Uruguay, pues las fuerzas democráticas y los adversarios de la dictadura se sumaron a la resistencia activa. El Parlamento como cuerpo político plural fue órgano de unidad de partidos. En Uruguay estuvieron contra la dictadura todos los partidos pero no se integraron al combate activo, protagonizado por la clase obrera y las fuerzas de avanzada, en primer lugar nuestro Partido. En Bolivia resistieron sectores militares, comprobando una vez más, que no es fatal la unidad antipopular de las FF.AA. Claro está que todo esto se produce luego de haber caído la dictadura anterior y en un proceso de democratización ya iniciado. Pero es también un índice de la nueva realidad continental. Los países del Pacto Andino plantean que no reconocerán al gobierno Natush.

Vengo ahora de Perú, del Congreso del Partido hermano. No es tan fácil realizar un balance de los hechos peruanos en pocas palabras. Sin duda ha habido un retroceso marcado respecto a los cambios revolucionarios de la época de Velasco Alvarado. Pero sin duda también se ha puesto en marcha o despertaron en ese proceso fuerzas inmensas de avance en el país. Hay una clase obrera que se está uniendo, campesinos organizados en acción

y posibilidades de una importante unión de las principales fuerzas de izquierda. Con todas las dificultades, porque allá es el único lugar de América Latina donde proliferan grupos políticos "pro-chinos", sometidos a las volteretas y a los cursos del maoísmo, donde hay igualmente fuerzas trotskistas no despreciables, consuetudinariamente antiunitarias. Pero la unidad de la clase obrera y del pueblo, forjada a partir de los principales partidos revolucionarios, el PC y el PSR y otros, es un acontecimiento significativo y la unidad de la izquierda es la primera forma, también, del esclarecimiento ideológico.

En el Caribe, Grenada y otras pequeñas islas, hoy se plantan ante EEUU con una posición independiente. Son elementos de un nuevo período que vemos desenvolverse. Podríamos sin duda, mostrar muchos otros índices de este curso emergente.

"Acabar con el fascismo y las tiranías en América Latina"

Muchos de estos elementos de la actual realidad del continente no surgen aisladamente. Tienen que ver con las bases materiales de la revolución latinoamericana, con la crisis de la política de dominación de EEUU, con la acumulación de una experiencia revolucionaria que viene de mediados de los años 50 y que tiene otra calidad desde la Revolución Cubana y que supone también la incorporación a la lucha de capas más amplias, y también con el aumento de las contradicciones entre sectores de la burguesía y el imperialismo, por más que no lleguen a un nivel revolucionario, y son influidos por toda la realidad internacional en movimiento de nuestra época.

El triunfo de Nicaragua abre en realidad un período, que inscribe en el orden del día a nivel de consigna "Acabar con el fascismo y las tiranías de América Latina", como primer requisito de un cambio y una continuidad del proceso revolucionario latinoamericano sobre planos más altos. Para ello, como repetimos hasta la machaconería, es menester unir todas las fuerzas para derrotar el fascismo, unir



pueblos y gobiernos, unir las fuerzas antifascistas, unir la izquierda, unir y desarrollar, en el seno de la unidad más amplia, los partidos y movimientos que representan realmente las fuerzas motrices de la revolución, desarrollando en particular los PPCC y afirmando el papel de la clase obrera. Todo esto debe comprenderse dialécticamente y hacerse no como tareas contrapuestas, sino como procesos enlazados. Las tareas democráticas, generales, antifascistas, no se oponen sino que se unen contradictoriamente a las tareas de conformar las fuerzas de la revolución, de la izquierda, que irán mucho más allá de la lucha antifascista y de la simple batalla democrática.

Por lo mismo, el papel de los partidos obreros y comunistas, de su dimensión y papel político, de su conquista real y no por un estatuto, de la función de vanguardia, es cuestión práctica fundamental promovida por la vida misma.

Nicaragua enseña además otras cosas. Muestra que es posible, aun tan cerca de EEUU, derrotar al imperialismo yanqui. Muestra el carácter invencible de un auténtico proceso revolucionario, que en Nicaragua se vuelve una revolución popular que derrota con las armas en la mano la tiranía de Somoza apoyada por Carter, destruye el aparato burocrático-militar del Estado y construye uno nuevo. En su vanguardia están fuerzas democrático-revolucionarias y antimperialistas como el Frente Sandinista, pero a la vez la revolución triunfa por la unidad más amplia, enseñando que el radicalismo de un proceso no se contradice con una justa política de unidad de todas las fuerzas susceptibles de ser unidas. Y esto fue imprescindible para vencer a un enemigo feroz, pero también lo es ahora para enfrentar los peligros. Los nicaragüenses, con gran inteligencia han sabido resolver ambas tareas. Así como lograron en su torno la unidad más amplia de pueblos y gobiernos, desde la Cuba revolucionaria hasta otros gobiernos adversarios de Somoza, también marcan — en esta etapa — con la unidad interna más amplia que abraza desde sectores de la burguesía hasta la clase obrera, desde los revolucionarios de inspiración marxista o marxista-leninista, hasta hombres de distinta extracción social que combatieron a Somoza; todo ello está indicando su responsabilidad y

conciencia de las etapas a recorrer, como de los riesgos que los acechan: la hostilidad de EEUU y sus planes intervencionistas, la variedad de tiranías vecinas, enfeudadas al dólar, súmanse a la problemática tremenda de un país semidestruido.

Y a la vez, los revolucionarios nicaragüenses aseguran las premisas económicas y políticas del triunfo de los objetivos de la revolución. Conforman el nuevo Estado, el nuevo poder político, realizan la reforma agraria, nacionalización de la banca y las minas, dan la batalla de la alfabetización y la educación del pueblo. Y consolidan la unidad del Frente Sandinista.

Es una auténtica revolución democrática y antimperialista que tiene en sí misma los elementos para su ulterior desarrollo. Un observador de la perspectiva puede pensar que más tarde o más temprano Nicaragua deberá avanzar hacia el socialismo. Pero éste es un problema que tendrán que presentárselo los propios revolucionarios nicaragüenses y que no se gana nada con anticipar. La revolución nicaragüense marcha sin apresurarse, sin pagar tributo al radicalismo, denunciando a los charlatanes de "izquierda" — como hicieron con el llamado "batallón Simón Bolívar", y ahora con otros que pretenden enseñarles a "hacer la revolución". La primera tarea es dar a los nicaragüenses la mayor solidaridad y no pedantescos consejos doctrinarios.

Después de Nicaragua, se estremecen Guatemala, El Salvador particularmente, etc. Ahora se trata de derrotar las dictaduras de Chile, Uruguay, Guatemala, El Salvador, Paraguay, Haití; de profundizar el proceso brasileño, de defender la democracia en lugares como Colombia donde se la defiende a brazo partido en lucha ejemplar. Pero sobre todo la agudización del curso salvadoreño exige la más urgente solidaridad.

Las vías de la revolución

También Nicaragua plantea el gran tema de las vías de la revolución, tan discutido en América Latina. Con las armas en la mano triunfó la revolución en Cuba y triunfó en Ni-

caragua.

La primera pregunta que surge — porque aparece en ciertos lugares — es ésta: ¿Hicieron mal los chilenos en ganar las elecciones y tratar de avanzar al socialismo por una vía no armada? Sería una forma general y simplista, si se saca esta conclusión. No están excluidos vías y caminos como los que tomó Chile de manera justa en sus condiciones, y que también puede tomar algún otro país. Las causas de la caída del gobierno de la Unidad Popular no se hallan en haber tomado el camino de ganar las elecciones, llegar al gobierno de Allende, y apoyándose en el pueblo, realizar transformaciones de cara al socialismo. Las causas, entre otras, se encuentran en que la conspiración imperialista y la reacción interior logró dividir una parte del pueblo chileno y sobre todo porque el gobierno chileno no encontró los caminos para diferenciar a las FF.AA., aislando a los jefes fascistas, para destruir o ir destruyendo el viejo aparato burocrático-militar del Estado, sustituyéndolo por las estructuras de un nuevo Estado, acorde con los cambios revolucionarios que emprendían el gobierno y las fuerzas de la Unidad Popular.

Cuestión ésta que se plantea como problema en un proceso revolucionario principalmente no armado, de modo diferente que en una insurrección armada o guerra revolucionaria del pueblo, que de entrada destruye ese aparato y lleva, en sí mismo, en el pueblo en armas, los embriones de la estructura del nuevo poder estatal. Formas peculiares adquiere todo esto en el cuadro de una dualidad de poderes.

El problema no es pues, que la vía chilena fuese errónea en sí misma. Puede ocurrir que en otro lado se transite por una vía, en su esencia, parecida a la chilena.

También es verdad, que nosotros creemos que, por ciertas características de América Latina, por la presencia intervencionista del imperialismo, por la hipertrofia de los aparatos represivos policial-militares, por la técnica preventiva de contrainsurgencia, que busca transformar a sectores de las fuerzas armadas en legiones de ocupación, por la violencia de la lucha de clases, etc., la vía más probable del proceso revolucionario, en muchos países de América Latina será la armada. Sea ésta guerrillera o inmediatamente insurreccional o, como ha sucedido en Nicaragua, combine la forma guerrillera e insurreccional. Pero ello solo y siempre en el cuadro de la lucha política de masas y de la amplitud de las alianzas como mostrara la concepción de Fidel en Cuba y ahora — nuevamente — la experiencia de Nicaragua.

Este planteamiento — que es consecuente al que siempre hiciera nuestro Partido — debe llevarnos a reflexionar sobre las causas, del por-

qué tantas guerrillas fracasaron en los años sesenta en América Latina. Triunfó en Cuba, ahora en Nicaragua, se desarrolla peculiarmente en El Salvador, pero fue derrotada en muchos otros lugares.

En el prólogo de la edición en ruso de mi libro "Lenin, la revolución y América Latina" — escrito en 1970, en tanto que el prólogo y la edición rusa es de 1972 — afirmábamos:

Lo que ha fracasado en América Latina es el "guerrillerismo" y no la guerrilla. Fracasó el intento de transferir el ejemplo cubano, sin digerir hasta el fin la experiencia cubana, sin tomar en cuenta los factores políticos de la revolución, la existencia o no de una crisis revolucionaria o prerrevolucionaria, por la prescindencia de las correlaciones de fuerzas y el menosprecio de la labor de las masas. Se cayó, a veces, en una concepción "elitista" o blanquista del proceso revolucionario, se creyó que la guerrilla misma era capaz de crear en todas las condiciones, el cuadro político de la revolución. El menosprecio hacia los PPCC y la actitud negativa ante éstos, y la incomprensión del papel de la clase obrera, todo eso quebró en los años 60, en medio de luchas heroicas y del sacrificio de auténticos héroes de la revolución.

Agregábamos que eso no quiere decir — in limine — que todas las guerrillas comenzadas entonces estaban condenadas de antemano y que fuera fatal su derrota.

El ejemplo de Nicaragua nos ilustra este concepto. Los sandinistas empezaron la guerrilla y fueron derrotados militarmente una primera vez, comenzaron la guerrilla tiempo después y fracasaron y solo en la tercera vez ("que es la vencida" según el dicho popular), en un cuadro político determinado, — detonado aparentemente por un hecho habitual entre los crímenes somocistas, el asesinato del periodista Chamorro por Somoza — y que crea una clara situación revolucionaria, la guerra se integra en la lucha de todo un pueblo y en un cuadro insurreccional.

Sin la guerrilla, la insurrección derrotada en Managua, quizás no hubiera podido continuar, pero la guerrilla, por sí sola, quién sabe si hubiera logrado transformarse en un levantamiento total del pueblo, en la insurrección victoriosa en la que el FSLN se volvió vanguardia real. Esta apreciación no aminora el logro de los sandinistas, sino que lo agranda. Y nos ofrece grandes enseñanzas acerca de las cuales es necesario reflexionar.

¿Todas las guerrillas latinoamericanas estaban, pues, condenadas al fracaso? Yo no me atrevería a afirmarlo. Marulanda hace 30 años que está peleando en Colombia; eso demuestra que la guerrilla no es tan fácil de destruir si está basada en las masas y es un fenómeno históricamente auténtico.

Por lo tanto, lo que debemos hacer es aprender de la propia experiencia, no hacer honor a la sentencia popular que dice que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra. Sacar de la experiencia singular, las conclusiones necesarias para comprender que frente a las dictaduras fascistas y las tiranías, cuando están cerradas todas las vías de la revolución, el camino más probable es terminar con ellas mediante la lucha armada. Es claro que con esto no se juega y que reclama no sólo condiciones técnicas sino también políticas.

Lo que no quiere decir, que como los dioses de la antigüedad, tengamos en la mano todos los rayos y relámpagos y podamos distribuir y decidir guerrillas y levantamientos armados cuándo y cómo sea. La clase obrera uruguaya respondió al golpe con una huelga general de 15 días con ocupación de fábricas y enfrentamientos de masas, etc. Durante la huelga general, para un estudioso, no hubiera sido justo excluir la hipótesis de su transformación en levantamiento armado. Fueron factores políticos, de correlaciones de fuerzas los que determinaron que la clase obrera y el pueblo de Uruguay no pasara a la huelga general insurreccional. Hubiera sido un baño de sangre y el aplastamiento por años del movimiento revolucionario, la masacre de miles de cuadros sin ninguna perspectiva militar de triunfo. Y no parece que alguien creyera que era suficiente enfrentar el golpe militar con



Vaso de Pacasmayo. (Foto APN).

la sola huelga general de los trabajadores y estudiantes. También esta experiencia confirma la aseveración de Lenin de que con la insurrección no se puede jugar.

II. Las bases materiales de la revolución y de la crisis de la sociedad latinoamericana

Estamos en el segundo tema, el problema de las bases materiales de la revolución y de la crisis de la sociedad latinoamericana. He hablado con insistencia sobre esto y he recordado que la crisis estructural, era la misma y era a la vez diferente de la que hablaban los partidos comunistas en los años 30, que se había producido un cambio cualitativo en los años 50, motivado por los niveles del desarrollo capitalista, dentro del cuadro de la dependencia del imperialismo.

Esta crisis la hemos definido en muchas oportunidades y a ello nos hemos referido di-

rectamente a principios de los años 60, en artículo para "El Comunista" (revista teórica del CC del PCUS) y que forma la primera parte de mi libro "Problemas de una revolución continental", donde se estudian las bases materiales de la revolución latinoamericana.

Pero desde entonces ha pasado el tiempo. Y en aquel momento era pertinente, sin duda, la discusión sobre si los países de América Latina eran o no capitalistas. Había en aquellos tiempos mucha gente — como resabio de anteriores concepciones — que hablaba de países semicoloniales y semif feudales, o que creía que

los niveles de desarrollo económico-social de los países latinoamericanos estaban determinados, principalmente, por la existencia de relaciones semif feudales de producción, etc.

El cambio de eje de este planteamiento, supone que los países de América Latina son países de desarrollo capitalista deforme. En la mayoría de ellos se ha mantenido el dominio del latifundio — que por otra parte, no es en su mayoría ya el latifundio feudal o semifeudal, sino subordinado al capitalismo, que conserva formas de relaciones precapitalistas, más en unos países, menos en otros, pero que en su conjunto, supone la producción capitalista, es decir, basada en el trabajo asalariado.

Carácter global de la crisis

Es toda la estructura que se ha creado, desarrollado y reproducido, lo que está en crisis en el momento actual. En una conferencia en la Escuela del PSUA, en Berlín, nos preguntábamos cómo definir la base material de la crisis de estructura económico-social latinoamericana. Y respondíamos en forma muy sintética:

“El desarrollo deforme del capitalismo, reproducido, y que sigue reproduciéndose en dependencia del imperialismo y que conservó y subordinó arcaicas relaciones sociales, fundamentalmente el latifundio, y — en unos países más en otros menos —, resabios de otras relaciones precapitalistas.

Las sociedades latinoamericanas — excepto Cuba — son capitalistas y dependientes del imperialismo, aunque varían el grado de desarrollo capitalista, el peso de la maraña de pasadas relaciones sociales, los niveles y formas de la dominación del imperialismo particularmente el estadounidense. En todas ellas; el latifundio integral, con gravitación fundamental, las bases estructurales económico-sociales.

A efectos del estudio, es posible dividir las estructuras establecidas por el desenvolvimiento capitalista principalmente en la industria, de aquellas derivadas del monopolio latifundista de la propiedad privada de la tierra, o de las originadas, también en la industria y las relaciones agrarias, por la penetración y la dependencia del imperialismo. En la vida, es decir en el funcionamiento general de la economía y de toda la sociedad, este conjunto de relaciones sociales chocan entre sí o se entrelazan, se subordinan u oponen, pero todas ellas caracterizan las actuales estructuras de las sociedades latinoamericanas.

El proceso deforme del desarrollo capitalista, determina la nueva conformación de las clases dominantes; el capital financiero y los monopolios nativos, muchas veces propietarios o controladores de latifundios —, así como la gran burguesía intermediaria, son hoy los principales puntos de apoyo del imperialismo. Esto ocurre directamente o a través de las conexiones establecidas dentro de la red financiera y comercial.”

Y agregábamos que la crisis estructural, en su fase actual, no es sólo crisis de la dependencia, o sólo crisis de las arcaicas relaciones de producción basadas en el latifundio, o crisis de las relaciones capitalistas desenvueltas principalmente en la década de los 30 y durante y después de la segunda guerra. Es crisis de todas las estructuras, es crisis de toda la base material, que se ha ido transformando, en diversos niveles, en crisis global de las sociedades latinoamericanas.

Base material, papel de las clases y fase del proceso

Todo esto, sin duda, merece más desarrollo, un análisis más detenido, pero nos confinamos al limitado marco de esta exposición.

Anotaba, además, que esto no es una definición académica, por el contrario, tiene que ver con las fuerzas motrices de la revolución, con el papel de la clase obrera en la revolución.

Si nosotros no vemos los niveles de desarrollo capitalista en América Latina, sin perjuicio de los desniveles (el sur de América Latina y México no es igual que América Central), entonces no veríamos, en la inmensa mayoría de América Latina, el papel fundamental del proletariado y la agudeza de la lucha de clases. No veríamos que en la vida latinoamericana están dadas las premisas — premisa objetiva no significa resultado fatalmente obligatorio — para la transformación de la revolución democrática y ant imperialista en revolución socialista, como un solo proceso histórico.

Si caemos en la otra deformación, entonces no veremos lo que llamamos — un poco libremente — el factor nacional, es decir, no veremos el papel del imperialismo. Si creemos que el desarrollo capitalista de nuestros países ha minimizado el factor nacional y el papel del imperialismo y que ello coloca en el orden del día el objetivo del socialismo, como etapa primera y tarea inmediata de la revolución, corremos el riesgo de reducir la base

de las alianzas, del sistema de alianzas con que el proletariado es capaz de enfrentar al imperialismo; corremos el riesgo de saltar las etapas y por lo tanto de quemar las bases y las perspectivas del propio triunfo del socialismo.

Como ven, compañeros, el establecimiento de los niveles de desarrollo capitalista no es un debate académico — con perdón de nuestros académicos —, sino que es un palpitante problema acerca del carácter de la revolución, de las fuerzas motrices y de la estrategia revolucionaria y del papel del proletariado.

En torno al problema de la "dependencia"

Pero, compañeros, definir el grado de desarrollo capitalista de América Latina no significa creer en la posibilidad de una liberación automática del imperialismo. Es verdad que en cierto sentido se puede hablar que el desarrollo capitalista del continente — que sigue incrementándose — se ve acompañado de formas crecientes de dependencia del imperialismo en el plano económico. Esto se revela dramáticamente en la modificación de la estructura de la importaciones latinoamericanas que han dejado de estar constituidas por artículos manufacturados de consumo inmediato y duradero, y que ahora son en lo esencial importaciones de medios de producción cada vez más complejos y sofisticados, e incluso de materias primas industriales para las nuevas ramas básicas y mecánicas, y lo que puede constituir un instrumento de presión cada vez mayor, incluso de combustibles y sobre todo de alimentos deficitarios de la producción de la región. Pero, se debe recalcar con fuerza que los elementos de subordinación económica pueden volverse, además formas de dependencia en el plano político, en un marco dado de correlación de fuerzas, pero que no se identifican ni se convierten automáticamente uno en otro.

Aumento de la dependencia... Se pueden recordar las formas clásicas de esta dependencia expresada en la vieja división capitalista internacional del trabajo. El circuito que nos integraba como productores de materias primas y como receptores de productos manufacturados, que suponía además el necesario ingreso del imperialismo en la explotación de minas, ferrocarriles, plantaciones y el sector de comercio exterior y crediticio, a lo más un desarrollo contenido de industrias de semi-elaboración de materias primas y alimentos



(en la cuenca del Plata, la industria frigorífica elaboradora de carnes, lanas, cueros y subproductos, p. ej.).

El desarrollo capitalista ha traído varios cambios. Muchos de estos sectores, si deficitarios para la explotación imperialista, o también, si considerados vitales para el desarrollo autónomo por los países latinoamericanos, han sido nacionalizados en vasta escala. Y al mismo tiempo, los cambios estructurales de la división capitalista internacional del trabajo han modificado el contenido y destino de las inversiones imperialistas. El imperialismo comenzó a penetrar en el desarrollo industrial mismo del continente y progresivamente realizó y multiplicó esta actividad con el surgimiento y despliegue de la tupida red de las corporaciones transnacionales, con la implantación de filiales de grandes empresas que sirven de base para la producción en gran escala.

Pero al mismo tiempo — el imperialismo no es omnipotente ni omnividente — se desplegó en América Latina un sector monopolista privado nativo, que además de su interés de clase común al del imperialismo, tiene además "sus" propios capitales, "sus" propias empresas, "sus" propios intereses, que, con una frecuencia diversa según los países, entra en contradicción con la extorsiva y prepotente rapiña imperialista, ya no en "defensa" de "su" propio pueblo, sino en dura y rapaz competencia capitalista.

El desarrollo capitalista, trajo aparejado en América Latina grandes contradicciones en el desenvolvimiento del sector estatal. Aumentaron las nacionalizaciones. El desarrollo de la industria, sobre todo en países sin base de materias primas, minerales y combustibles, en particular petróleo, modifica el carácter de la dependencia y de las relaciones. Nuestros países iniciaron un período —popularizado en la expresión de la economía burguesa como período de “sustitución de importaciones” — en el cual se debió pasar también a importar materias primas para la industria, petróleo u otros productos energéticos, maquinaria para la industria, en particular, maquinaria pesada, disminuyendo como se sabe, la importación de maquinaria liviana, por cuanto el desarrollo de la industria metalúrgica, mecánica y de otras ramas productoras de bienes intermedios, en nuestros países, así como la instalación de las propias empresas imperialistas ha orientado su producción al mercado interior de muchos países del continente.

Pero tampoco esto es así, en términos absolutos, porque varios países importantes de América Latina comienzan a desarrollar su siderurgia, sus plantas de fabricación de maquinaria y equipos, sin duda muchas veces dependientes del imperialismo, porque el imperialismo ha trasladado al continente sus propias plantas, pero también, crecientemente, como resultado del esfuerzo conjunto del capitalismo de Estado y de los sectores monopolistas privados que comienzan a “pararse sobre sus propios pies”. En fin, muchos países han nacionalizado la producción, refinación y a veces, la distribución, del petróleo, etc. Hay toda una serie de modificaciones de relaciones sociales y aun tecnológicas que exigen un detenido estudio colectivo de los especialistas, pero sobre todo de los Partidos.

Pero si nosotros observamos los índices clásicos de la dominación imperialista, tales como la exportación de capitales, tomada en su dimensión global a valores constantes de los años 60, las inversiones directas han pasado de 4 mil millones en la inmediata posguerra a 25 mil millones a mediados de los 70, crecimiento cuantitativo que no puede hacer olvidar el carácter modificado de las inversiones, que ahora interfieren en el propio proceso de desenvolvimiento industrial de nuestros países y que lo hacen mediante un nuevo tipo de empresa, la corporación transnacional, que instala sus enormes bases particularmente en los tres grandes países del continente, como Argentina, México, y sobre todo Brasil.

Segundo elemento clásico: el comercio no equivalente. Sigue aumentando la distancia entre el precio de los productos de exportación del continente y el de los productos

originados en los países imperialistas, crece así fantásticamente el saqueo de nuestras riquezas y los beneficios obtenidos por el imperialismo del mecanismo de comercio no equivalente.

Pero a la vez, se transforma en decisivo, y esto es nuevo, otro elemento de la explotación imperialista, de enorme proyección para América Latina: el endeudamiento externo, estimado ya en más de 100 mil millones de dólares en valores de mediados de la década. Las cifras, como se sabe, crecen a niveles por decir geométricos y cualquier publicación de manejo cotidiano entre periodistas, las proporciona. Lo que más importa, en este nuevo mecanismo, es por un lado, la transformación sustancial de los actuales mecanismos de crédito, con la irrupción volcánica de la banca privada internacional como principal proveedor de crédito (de un poco significativo 5 % del crédito mundial a más de la mitad, ¡en sólo 5 años!). Y por otro lado, las formas del llamado “crédito público multilateral” que sigue siendo el principal para la gran mayoría de los países del continente. Se trata del crédito “otorgado” por el FMI, el BID, el Banco Mundial, la AID, etc. mediante los cuales el imperialismo, y particularmente el yanqui, por su peso accionario y de capital determinante, unifica en sus manos instrumentos potentísimos de presión, sea por créditos ligados, sea mediante la descarada “declaración de guerra” en el crédito a los países renuentes a aceptar sus imposiciones, sea porque sin sus avales no se obtiene crédito en ninguna otra fuente privada o pública dentro del marco capitalista, sea porque impone siempre que se desarmen las defensas económicas de los países, que se aplaste las condiciones económicas de las masas, y que se abra, en forma irrestricta, la puerta a la inversión privada de las trasnacionales, y con gran frecuencia, para imponernos gastos de infraestructura que solo interesan al despliegue logístico de las fuerzas militares de intervención (las rutas 5 y 26 en Uruguay). En fin, transforman la deuda externa en una de las fuentes principales de succión y descapitalización de estos países, “vincula” las corrientes de comercio con el país acreedor, condiciona la independencia de cada país imponiendo una política entreguista.

He aquí en los tres mecanismos de explotación clásicos y ahora potenciados, el rostro reconocible de las “formas transfiguradas de la plusvalía”: la ganancia de empresario, la ganancia comercial y el interés del capital. Los actuales procesos impulsados objetivamente por el desarrollo del sistema imperialista son un homenaje a Marx, a su capacidad teórica. Hoy se entrelazan, se identifican, se trasmutan unas en otras todas estas “formas transfiguradas de la plusvalía”. Gran parte

de la llamada "deuda externa" de América Latina no es en realidad, la forma clásica del crédito; es una forma solapada de inversión directa de las transnacionales, que ahora prefieren ya no "invertir" directamente en su filial, sino "prestarle" a su filial, por lo cual la inversión de capital productivo del imperialismo, aparece registrada en la "columna" del capital-crédito, y el beneficio de empresa se evade bajo forma de interés de capital. El comercio intra-firma, es decir el "comercio" entre casas matrices y filiales, con sus ya conocidas prácticas de "sobrefacturar" lo que la filial compra en la matriz, y de "subfacturar" lo que la filial vende a la matriz, es otra forma de exportar beneficio de empresa bajo la forma fraudulenta de beneficio comercial de la casa matriz y de "pérdida" comercial de la filial. Y podríamos seguir. Aunque sea sumariamente, mencionar otro fenómeno de tendencia creciente, el cambio entre la correlación de fuerzas interimperialistas en América Latina. EEUU ya no es el principal y casi único "partenaire" comercial del continente. El conocido predominio del comercio exterior de Europa Occidental y Japón en el mercado mundial se expresa igualmente en América Latina. Pero ya tampoco EEUU es el monopolio inversor de capital, en algunos países — nada menos por ejemplo que en Argentina y Brasil, — EEUU tiene cifras inferiores al de Europa Occidental y Japón. En Brasil, según cifras de la encuesta de la revista Visão, sobre las principales 5 ó 6 mil empresas industriales, Europa Occidental posee ya más de dos tercios de las inversiones y retira otro tanto del total de beneficios de empresa. La concurrencia interimperialista conduce naturalmente a facilitar la capacidad de maniobra de las clases dominantes de nuestros países, y en el peor de los casos, a la "elevación del precio" de su colaboración y entreguismo.

Cuantiosos son los flujos de riqueza que se evaden de América Latina. Sin duda, si abrazamos este conjunto de factores arriba analizados, podemos decir que, pese al desarrollo capitalista de América Latina, en el plano de la explotación económica, el grado de explotación relativa del continente es mucho mayor que antes. Relativa, decimos. Pero es un grado de explotación diferente. Porque no hay aquí un cuadro de explotación colonial, éste no es un rasgo del continente.

En consecuencia de todo lo explicado, el carácter de las contradicciones manifestadas abarcan el conjunto de la sociedad, crean un cuadro de inestabilidad permanente y precipitan todos los elementos de confrontación del desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción con sus correlativas consecuencias sociales y políticas.



Esclavista y esclavos. Reproducción de un bajo relieve de Palenque. (Foto APN).

Aquel que se limite a medir cuantitativamente — en forma evidentemente no dialéctica, simplista — los niveles de explotación de América Latina de fines del siglo XIX o de las vísperas de la segunda guerra mundial y con tal criterio lo comparara con el actual nivel de explotación podría sacar la conclusión de que aumentó solamente la explotación. Tendríamos así todo un crecimiento de la explotación y de la dependencia, que recibiría así un tratamiento analítico que se basa en índices puramente cuantitativos y que no se plantea el problema de la explotación y la dependencia con medidas dialécticas y económicas de desarrollo.

Porque América Latina de hoy, por su grado de desarrollo capitalista, por el papel del sector estatal, por el desenvolvimiento de la industria nacional y sus vínculos con el mercado interno, por los niveles nacionales, por los cambios del desarrollo capitalista en el campo, etc., y por otro conjunto de factores — abrevio — crea un nuevo tipo de relaciones con el imperialismo, que conduce a un grado de contradicciones solo superables por transformaciones de fondo, es decir, por medidas de liberación democrática.

Claro que se suman otras formas de las que yo no he hablado, entre otras las que someten gran parte de la industria latinoamericana a la dependencia tecnológica, "royalties", pagos

de patentes, de "marketing", de "managing", etc. (Vale la pena recordar que tampoco es demasiado nuevo, salvo en su masividad: no en balde Uruguay tenía una de las mejores industrias textiles del mundo, y exportaba "casimir inglés" ... que salía de Uruguay con el sello inglés "en el orillo" de los paños.) Y así podríamos hablar de cantidad de diversos temas, entre tantos, el de los mecanismos de asociación del desarrollo nacional con la dependencia tecnológica (patentes, "royalties", etc.) en el cuadro del desarrollo tumultuoso de la revolución científico-técnica. Se menciona que la industrialización de nuestros países se produce fundamentalmente sobre los elementos tecnológicos sobrepasados, perimidos en los países imperialistas. En parte es verdad. Pero en otra parte no es verdad. Porque lo que se invierte en América Latina no siempre es tecnología atrasada: en la producción de automóviles, de armas, y obviamente, en la producción de artículos que solo se producen en América Latina y no en los países imperialistas, se hace con una tecnología que no es inferior a la de los países imperialistas. El propio mecanismo del "comercio intrafirma", de complementación de partes y componentes entre casas matrices y filiales supone el homogéneo desarrollo de los "talleres" de la corporación transnacional en su conjunto, independientemente del país de asentamiento. En fin, está además el viejo problema de las diferencias de salarios entre casas matrices y filiales, o entre filiales imperialistas y las empresas locales. Imposible extendernos sobre esto en el marco de esta exposición.

Retomando, pues, el curso de nuestro razonamiento. Por eso, pretender hablar de los niveles de desarrollo del capitalismo en relación con el imperialismo, con el cartabón de los años 30 o principios de los 40, es hablar de dos cosas cualitativamente diferentes. Y ya nos explicaban en aritmética elemental que no se puede sumar zapallos y sombreros.

Es sobre la base a que aludíamos, que se anudan todas las contradicciones de la crisis de la sociedad latinoamericana. ¿Por qué el fracaso de los planes para el desarrollo? ¿Por qué los índices desesperados de la CEPAL? ¿Por qué sectores de la burguesía nacional-reformista del continente y otras, ingresan al SELA con Cuba, pese a EEUU y sin EEUU, o se forma el Pacto Andino (sin desmedro de su carácter todavía bastante inofensivo)?

Es decir, hay una nueva realidad que se refleja también en las contradicciones con el imperialismo. ¿Por qué en la OEA hoy se vota a veces contra el fascismo en Uruguay o contra la Nicaragua de Somoza y se frena la intervención imperialista? Se está reflejando cambios en la realidad de América Latina.

Otro aspecto que interesa sin duda, es el

tema referente al sector estatal. El desarrollo del sector estatal en América Latina es de gran importancia. En Uruguay hace unos años poseía el 28 % de los capitales invertidos, el 32 % de la maquinaria, el 20 % del valor de la producción total. ¿Cuánto significa en Argentina, Brasil, México, incluso en Chile a pesar del huracán entreguista de la Junta; en Venezuela, Bolivia, Perú, etc.?

† El sector estatal, es sin duda inicialmente un instrumento de resistencia contra el imperialismo, nace sobre la base de nacionalizaciones, pero también con un esfuerzo independiente de inversión (En Uruguay la industria eléctrica nació ya como estatal, a principios de siglo); nace con el fin de ser un instrumento que facilite la industrialización, como en el caso de la energía, para procurar a la industria nacional recursos energéticos baratos no expuestos a la extorsión imperialista (así lo fundamentaba a principios de siglo en nuestro país el propio Batlle y Ordóñez y sus ministros Pedro Cossio y José Serrato, claro está sin utilizar los calificativos de "capital imperialista"). Incluso, instrumentos clásicos de la dominación imperialista — como los ferrocarriles y el transporte por mar — conducen al ensanchamiento del mercado interno y a su constitución, y cuando pasan a manos del Estado, aceleran la completación del mercado y estimulan el ya creado. Se vuelven, en esta medida, instrumentos de desarrollo independiente, naturalmente en el marco posible de una sociedad capitalista como la de nuestros países.

¿Cuál es el fenómeno actual? El fenómeno del fascismo en una serie de nuestros países, incluye obligatoriamente la tendencia a la inversión del papel del sector estatal, por la subordinación al capital financiero extranjero y nativo. A veces para argumentar la afirmación que niega el carácter fascista a las dictaduras que nosotros calificamos de fascistas, se suele decir: ¿cómo pueden ser fascistas las dictaduras que aplican la política económica "liberal" de Milton Friedmann y el FMI? Bien. Qué decir frente a este "argumento", a un objetor que cree de verdad que la política de Friedmann o el FMI son "liberales". Si, cierto, se llama "liberal", pero ... es la política del capitalismo monopolista de Estado y de los monopolios en el cumplimiento de sus tareas imperialistas. ¿"Liberalismo" económico? Está bien que lo invoquen los agentes del FMI, pero el FMI ¿es acaso el liberalismo económico? ¿o hace la redistribución de la riqueza de nuestros países en función de la crisis energética y otras, en beneficio del capital financiero, la oligarquía y el imperialismo?

• Volviendo al tema. A veces, los fascistas, en determinados países — no en todos — privatizan determinadas industrias estatales. Para

ellos, lo más importante es privatizar las industrias, poner la refinación del petróleo al servicio de los bancos, darles el control del comercio frigorífico y de la banca al capital imperialista, levantar el papel del capital financiero, polarizar las fuerzas en su favor. El instrumento aparente es el de "liberalización", porque apunta contra las defensas tradicionales montadas por los países de América Latina en el plano estatal y del sector estatal, contra la explotación imperialista.

Difícilmente la utopía regresiva de Milton Friedmann y del FMI podría haber sido aplicada si hubiese sido resistida ya no solo por el proletariado, sino también por las capas medias, la burguesía y sectores del campo. No podrían haberlo hecho sin la política terrorista y sin la modificación fascista del aparato del Estado. Justamente la empresa fascista es la herramienta política del "tratamiento de choque" de expropiación de la riqueza de nuestros países en beneficio del capital financiero y del imperialismo. Además, con el espejismo del llamado "nuevo crecimiento sano" y en los hechos como instrumento de pasaje práctico a formas de capitalismo monopolista de Estado, aún en países dependientes.

Las fases de la revolución y la nueva realidad de clases

Todo esto trae enormes contradicciones sociales, clase obrera y pueblo contra imperialismo, pero también contra la oligarquía financiera y latifundista, contra la gran burguesía monopolista. Por eso, la revolución latinoamericana desde su comienzo hace confluír los objetivos democráticos, antilatifundistas y antimperialistas, con los objetivos anticapitalistas, es decir antimonopolistas, ante sectores de la gran burguesía vinculada al imperialismo, el capital financiero, etc. Por lo mismo enlaza estrechamente los factores nacionales antimperialistas y sociales, radicaliza el curso de la revolución, y hace que potencialmente, como tendencia, la revolución latinoamericana sea un solo proceso histórico en sus dos fases: antimperialista y democrática, y socialista.

Potencialmente, no quiere decir que obligatoriamente deba transcurrir así. Depende de la correlación de clases, del papel del proletariado, del sistema de alianzas, del papel de los partidos, de las fuerzas avanzadas. Cuando se afirma que Nicaragua irá al socialismo se puede afirmar toda su probabilidad;



pero entonces sí que necesita un partido marxista-leninista y la clase obrera como fuerza de vanguardia. Obligatoriamente. Y Fidel, que poseía una honda inspiración socialista, cuando planteó explícitamente objetivos socialistas, formó el Partido de vanguardia, marxista-leninista.

Y esto, compañeros, plantea otros grandes temas.

Los países de América Latina tienen, en su inmensa mayoría, un proceso de urbanización muy particular. Una parte de esa urbanización surgió desde la época de la formación de emporios comerciales en las capitales. Pero en gran parte como proceso del desarrollo deforme capitalista. En la mayoría de las capitales hay grandes centros de población, el 70 % de la población activa del Uruguay (1963) es asalariada y la clase obrera el 65 % de los asalariados. En Montevideo — según cifras más recientes del censo de 1976, los asalariados (68,7 %) más los desocupados (12,7 %) constituyen el 81,4 % de la población activa. Y sumamos las cifras porque juntos, asalariados activos y desocupados son la parte activa y de reserva del "ejército industrial", de la clase obrera y los asalariados. Estas son cifras que muestran hasta qué punto ha madurado y sobremadurado el aburguesamiento de las relaciones sociales, la proletarianización aplastante de los trabajadores directos del Uruguay. Pero ¿cuántos son en Buenos Aires, São Paulo, Rio de Janeiro, Santiago. México,

Bogotá, etc.? En fin, en otros países los grandes centros se encuentran también en otros lugares, no solo en las capitales.

En esta proletarianización acelerada de la población y en esta comunidad de habitat y de coexistencia en la clase, de clase obrera y asalariados en general, se plantea de otro modo el problema de las capas medias. Se afirma, muchas veces, que el gran papel del estudiantado, de la intelectualidad, en la revolución latinoamericana, es propio de los países dependientes y atrasados. Pero en América Latina tiene una forma y característica particular: En su tiempo, nuestro Partido dedicó a ello ciertos trabajos. Yo publiqué un libro llamado "Encuentros y desencuentros de la Universidad con la revolución", realizamos un gran seminario en el cual participaron destacadas figuras universitarias, incluidos invitados extranjeros. Nuestro camarada José L. Massera publicó otro trabajo sobre la revolución científico-técnica y la revolución en América Latina.

Pero además es un gran tema el de la radicalización de las capas medias, su incorporación al campo de la revolución. La participación de los estudiantes y los intelectuales es un fenómeno latinoamericano, incluso, dentro del cuadro de crecimiento permanente de estas capas y de la reducción casi permanente de la población rural (en Uruguay el 86 % de los egresados universitarios es asalariado — cifras de 1972 — y según el censo de 1976 la población activa rural descendió de 185 mil [en 1963] a 173 mil personas, y eso en el país de mayor urbanización del continente).

Significa acaso que en numerosos países el campesinado, los trabajadores del campo, han dejado de ser aliados privilegiados del proletariado? Evidentemente no es así. Pero, tampoco se puede ignorar que, desde el punto de vista de las fuerzas que ingresan en la revolución, con esta estructura de clase latinoamericana, no es posible reducirse a esquemas y creer que nos hallamos en la Rusia de 1905, o en las condiciones que manejábamos los comunistas en los años treinta.

Se trata de una nueva realidad de clases, donde han surgido nuevas fuerzas sociales que incorporan al proceso revolucionario todas sus confusiones, sus radicalismos, sus vacilaciones — todo cuanto se quiera — pero que constituyen una enorme fuerza revolucionaria que el proletariado debe ganar para sí.

O el famoso tema del papel de las burguesías nacionales latinoamericanas. Habitualmente solemos decir que la revolución latinoamericana tiene por fuerzas motrices a la clase obrera como vanguardia, aliada a los campesinos, las capas medias, estudiantes, intelectualidad. De las fuerzas de la revolución dependerá qué sectores de la burguesía media o nacional, habrán de pasar al campo de la

revolución o habrán de neutralizarse. Esto es perfecto, esto es lindísimo, porque aquí está resuelto todo.

Solo que en la vida de las clases sociales, en la realidad de los partidos, en la realidad de las concretas relaciones entre partidos y clases, no se presentan claramente deslindadas. Claro, que tampoco es verdad que siempre nos hayamos expresado en esta forma por demás sumaria. Por nuestra parte, ya desde 1959 escribimos contra esa reducción de la realidad a los esquemas más abstractos y generales. Se ha dicho muchas veces que la burguesía en América Latina se divide en burguesía entreguista y en burguesía nacional. Ni más ni menos. Pero ¿es realmente solo así? En este esquema maniqueo, dónde se ubica el APRA (¡nadie tema de que busquemos su incorporación!), los ADECO de Venezuela, el PRI mexicano, los figueristas, los sectores burgueses que apoyan a Torrijos, dónde los sectores importantes de la gran burguesía brasileña que se reconoce en el MDB y que se ha manifestado contra la dictadura, y que en un clima nacionalista entran en fuertes contradicciones con el imperialismo norteamericano. En fin, dónde colocar a la mayoría de los batllistas del Uruguay, o nuestros buscados presuntos aliados del Partido Nacional. Son partidos heterogéneos, habitualmente son, según su propia expresión, "pluriclasistas" y cuando gobierna la burguesía incorpora a otras clases. En resumen, ¿realmente se puede afirmar sueltamente que Andrés Pérez, o Figueres, o López Portillo integran la gran burguesía vendida al imperialismo norteamericano? ¿Se puede decir que son la burguesía nacional media, es decir, una burguesía que no está entrelazada con el imperialismo y que entra en contradicciones con él, en el mercado interior, y que, por lo tanto, potencialmente, como está desempeñando en Nicaragua, puede jugar un papel entre las fuerzas motrices de la revolución? En Cuba no desempeñó ese papel. En Uruguay, difícilmente pueda hacerlo. En otros países, la vida y la correlación de fuerzas lo habrá de decidir.

Hace ya mucho tiempo, casi un cuarto de siglo, escribimos que se podía hablar principalmente de una burguesía media como aliado potencial, pero que no había que exagerar su papel revolucionario en el cuadro de la lucha de clases en América Latina, y que en este sentido no eran admisibles confusiones ni identificaciones con las realidades y procesos que vivían Asia y Africa, que no se trataba de buscar Nehrus, Sukarnos y otros en América Latina, pero que había que estudiar en concreto los fenómenos a nivel nacional. Porque aun en el cuadro global de una gran burguesía, hay en su seno sectores que están en contradicción con el imperialismo; que en el plano general de clase mar-

charán sin duda con el imperialismo, pero que en el cuadro de sus intereses reales, (como clase de empresarios que se considera como propietaria de su mercado nacional) sus contradicciones son permanentes con el imperialismo. Y de eso se trata cuando apreciamos lo que ocurre ahora en la OEA, o en otro plano cuando analizamos lo ocurrido en Nicaragua. Y es ese complejo panel de la composición interna de la burguesía el que se expresa en la oposición al fascismo, en el apoyo que muchos y amplios sectores latinoamericanos ofrecen a la lucha del pueblo chileno, uruguayo y también e incluso, a nuestro Partido. Con todas sus contradicciones.

Hemos siempre sostenido que, dentro de la misma gran burguesía, era necesario distinguir entre los sectores vendidos, más estrechamente vinculados al capital financiero, sectores de la gran burguesía latifundista y el comercio de intermediación y algunas grandes industrias — lo que hemos llamado la oligarquía y más tarde la "rosca", por un lado, y por otro lado, los sectores de la burguesía que tienen contradicciones de distinto grado con el imperialismo y que deseando un desarrollo burgués de su país, debido a la tardía hora en que han llegado y al proceso avanzado de la revolución latinoamericana con su áspera lucha de clases y el proletariado transformado en una fuerza madura y consciente, ya no pueden volverse una fuerza estratégica de la revolución ni potencialmente su fuerza motriz, pero sí pueden intervenir en su proceso al nivel táctico, en la medida que su resistencia al imperialismo se acrecienta. Todo ello se podría comprobar más prolijamente si buscáramos los ejemplos en la política exterior de ciertos países, incluso en las tendencias de algunos hacia la No Alineación.

En nuestro país, calificábamos a este sector como gran burguesía conciliadora, en términos generales, ahora, para facilitar la comprensión la llamamos burguesía nacionalreformista, calificación más clara, porque es definición política y une los dos elementos más propiamente políticos de la historia política concreta de nuestro país. Para expresar gráficamente la contradicción que vive esta clase y su doble ánimo, solíamos decir, en tiempos de la guerra fría, que es una burguesía que "tiene su corazón en Washington, pero su bolsillo en Montevideo".

ARTE O NUEVO MODO DE BENEFICIAR LOS METALES DE ORO Y PLATA, Y DE PLATA CON LEY DE ORO, POR AZOGUE.

Es igualmente de oro y plata el método de sacar la Plata de los Pabillos, y sacar el oro que mucho le benefició por fuerza de agua de azogue, con mercurio, caldo, y una vez más se lea y se hable, a favor de las Minas, y por conductos, del Publico, y del Fisco.

LO INVENTO
EL Sr. D. JUAN ORDÓÑEZ MONTALVO
Cienega Periboyra, Catagual Tiradaga del mas antiguo
de S. Iñigo en Azcoena.

LO SACA A LUZ
D. JUAN MORENO Y CASTRO
Marques de Valle-Ameno.

En la imprenta de B. Tena, en Azcoena, Año 1758.

Portada de un libro de la técnica de beneficio de plata y oro por el método de azogue. México, 1758. (Foto APN).

La especificidad del proceso latinoamericano

Precisamente, compañeros, la complejidad de la situación latinoamericana y el entrelazamiento de la lucha antimperialista y democrática y de la lucha social de clase, producto del desarrollo capitalista, de la profundidad de las crisis de las sociedades latinoamericanas, determina que la revolución esté en el orden del día y que con Cuba haya ya socialismo en América Latina y que pudo éste cristalizar en Chile, y que pueda haberlo en otros países... No son pequeñas cosas.

Por eso, comparar América Latina con Asia y Africa es, desde luego, por lo menos ajeno a la realidad. Coincidimos con Asia y Africa porque somos los tres continentes donde se han asentado colonias, semicolonias y la dependencia, pero con diversa repartición de estos elementos comunes. América Latina fue durante largo tiempo y casi solitariamente el continente clásico de la dependencia, fue incluso el material concreto con el cual Lenin elaboró su concepto de "países dependientes" (es profundamente interesante seguir la pequeña historia de la elaboración de este concepto por Lenin en sus "Cuadernos sobre el imperialismo") — como se sabe Lenin jamás confundió las particularidades de América La-

tina con las de Asia y Africa — Y fue el continente clásico de la dependencia a pesar de que existieran colonias en el Caribe y en ciertos enclaves del continente y otras islas (Belice, las Guayanas, Malvinas etc.). Pero eran eso: enclaves coloniales en un continente que había realizado en lo fundamental su revolución de independencia hace un siglo y medio largo. Lo que determinó, desde muy temprano, que la historia política y de la estructura social de América Latina se separara bastante esencialmente de la historia política y la estructura social de Asia y Africa.

Nos ha tocado en suerte ser secretario de la Comisión política de la Conferencia Tricontinental de Asia, Africa y América Latina cuando su fundación; acabamos de realizar una gran Jornada de solidaridad afrolatino-americana en Angola, donde se expresara una fervorosa solidaridad de los pueblos y revolucionarios africanos con nuestro pequeño Uruguay. Es decir conocemos en profundidad el inmenso papel de la comunidad estratégica de intereses de nuestros pueblos, de los pueblos de Asia, Africa y América Latina. Eso es una cosa: la gran coincidencia contra el imperialismo, de parte de las fuerzas más oprimidas y más explotadas por el imperialismo.

Pero desde el punto de vista de la historia, casi todos nuestros países fueron independientes a principios del siglo XIX o, como Cuba, al comenzar este siglo. Este no es un hecho político formal. Eso modificó la historia, las estructuras y las características de nuestras clases. Modificó la historia de la acumulación interna de riqueza material, adelantó la hora de su conversión en capital, precipitó una más temprana comparación de las clases modernas, burguesía y proletariado y en consecuencia hizo de la lucha moderna de clases, una parte creciente e irreversible de la historia en general de América Latina.

Y ésta es hoy la consecuencia del carácter desfasado del proceso autónomo de los tres continentes. Los niveles de desarrollo capitalista en nuestros países no tienen nada que ver con los de Africa y Asia, salvo contadas excepciones. Desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción (¡por favor! ¡no estamos hablando de la acumulación de palacios y Rolls Royce!) el país más desarrollado de Asia es menos desarrollado — como conjunto — que Argentina, Brasil y México, también incluso que Chile, Uruguay, etc. Es decir, desde el punto de vista de las estructuras sociales, son problemas diferentes.

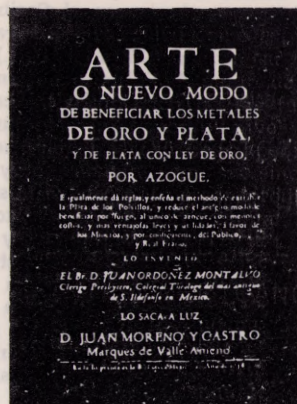
No es casual que el grueso de la revolución africana fue esencialmente política en su comienzo. No es casual que el tema del neocolonialismo se plantee de inmediato. No es casual que el gran problema que tuvieron o

tienen los países revolucionarios es la carencia casi total de proletariado, es la existencia de relaciones clánicas, tribales, de odios y enfrentamientos tribales y raciales, como secuela de la política colonial y del trágico destino africano de reservorio de mano de obra esclava en la prolongada etapa de la acumulación original del capitalismo. No es casual que en Asia, incluso en países tan desarrollados como India, y tanto más en Indonesia, Filipinas, etc., la inercia de la comunidad agraria, de la consanguinidad, de las castas, sean todavía hoy un problema a resolver. Ni es casual que en China y Kampuchea, la revolución haya pagado un pesadísimo y dramático tributo a estas diferencias radicales de estructura, que, por ejemplo, Cuba no se vio obligada a pagar, a partir del nivel relativamente alto de las relaciones capitalistas que heredó su revolución socialista.

Y se podría seguir: qué tiene que ver el proletariado de América Latina con el africano o asiático; qué relación existe entre el "coolí" chino de antes de la revolución con el proletariado de San Pablo, Buenos Aires, México, Santiago, Montevideo, Caracas, Bogotá, etc. Absolutamente nada que ver.

En fin, se suele plantear que el acelerado curso de la revolución científico-técnica acentúa las diferencias entre el desarrollo de América Latina y los grandes centros del imperialismo, y que con ello se profundiza el atraso de América Latina. Sí, es verdad. Pero, también es cierto, que asimismo acentúa esas diferencias incluso con países de Europa, con Portugal, España, Grecia, y se acentúa — en otras medidas — incluso entre los propios países imperialistas. Por qué asombrarse que siga teniendo validez la ley leninista del desarrollo desigual, tanto más desigual cuanto más avancen las fuerzas productivas. Sin duda, que eso no puede constituir un "descubrimiento científico". Pero, si esa diferencia cuantitativa entre los índices de producción del imperialismo y América Latina se intenta transformarla en una desvalorización del nivel alcanzado de las relaciones capitalistas en América Latina, entonces el asunto cambia, nos encontramos ante un "regreso" científico. Lo que sirve para medir el grado de desarrollo capitalista — según un hombre de mucha barba que se llamara Carlos Marx — es el sistema generalizado de intercambio de mercancías y el paso de los productores directos masivamente al trabajo asalariado y el despojo de sus medios de producción acumulados como capital, estrechamente unidos y actuantes unos con otros. Y hay, sin duda, capitalismo más o menos desarrollado según el grado de fuerzas productivas expropiadas por el capital, lo que se expresa empíricamente en mayor o menor desarrollo de la tecnología, mayor concentración del capital

y de la producción, es decir mayor nivel de desenvolvimiento de las fuerzas productivas como "fuerzas productivas del capital". Por eso la caracterización como capitalista de una sociedad debe buscarse en su base, las relaciones de producción, punto de partida de la ulterior expropiación de las fuerzas productivas, y se mide por el nivel cualitativo de estas fuerzas productivas, pero no tomadas "tecnológicamente" en sí, sino como nivel cualitativo de las fuerzas productivas expropiadas y convertidas en capital.



III. El debate sobre fascismo en América Latina

Y sobre esta base, compañeros, es que surge todo el problema del fascismo y todos los debates conocidos. Nos adelantamos a decir que sobre esto no hay desacuerdos entre los Partidos Comunistas de América Latina. Los desacuerdos surgen de vez en vez, cuando el debate sale del modesto terreno de los políticos para ingresar en el debate entre científicos. Y es verdad, que comienzan ya a caer o a descomponerse las dictaduras fascistas y todavía se persiste en discutir o problematizar el análisis y las conclusiones de nuestros Partidos en torno al fascismo.

Tiranías de antaño y fascismo hogaño

El fenómeno del fascismo es nuevo en América Latina. Es nuevo como estructura fascista del Estado, como su expresión en gobiernos caracterizados como fascistas, independientemente de que en el pasado de América Latina siempre hubo tiranías asesinas, terroristas; por más que la tortura "civilizada" que hoy aplican los fascistas uruguayos, ya se aplicaba en forma más primitiva y más grosera y más bestial por las dictaduras de viejo cuño.

Pero ése no es el gran tema. El tema es, si los regímenes instalados, a partir de la contraofensiva del imperialismo y el fascismo en América Latina para cerrar el paso a la revolución latinoamericana, son regímenes fascistas o son simplemente "ricorsi" de las viejas tiranías latinoamericanas.

No es lo mismo "el Sr. Presidente" de Miguel Angel Asturias, o el dictador de "El Otoño del Patriarca" o de "El Recurso del Método" Son y representan socialmente otras clases sociales. Representaban la burguesía comercial entreguista, el imperialismo y sectores del latifundio tradicional. Los dictadores, las "juntas" de hoy, representan el capital financiero, las oligarquías financieras y bancarias y ciertos sectores del latifundio (a su vez, diverso del tradicional).

El desarrollo capitalista de América Latina y la hipertrofia del capital financiero y los monopolios, aburguesando incluso sectores del latifundio, ha modificado la estructura de las clases dominantes del continente. Como se puede demostrar con cifras, con estadísticas, con estudios sociológicos. Y esto sucede en Chile, en Argentina, en Uruguay, en Brasil, está sucediendo en Perú, sucede en Colombia como lo demuestran los estudios de su Partido y de otros especialistas; se halla en marcha en Venezuela, y se desenvuelve en medidas altas en México, etc.

Segundo, no se trata solo del problema de la modificación de las clases dominantes. Porque estas dictaduras, son, como lo fueron los regímenes fascistas clásicos, la respuesta contrarrevolucionaria, terrorista, con su montaje de la estructura de un nuevo aparato de Estado, de una nueva estructura estatal por las oligarquías y el imperialismo, como respuesta — decíamos — al auge de la revolución, al desarrollo altísimo de la lucha de clases.

Tercero, va unido a un proceso económico de ajuste de la economía del país. Surge de inmediato un índice de incremento en favor del capital financiero, del imperialismo y de la oligarquía financiera, de lo que algunos economistas llaman el paso del capitalismo medio y monopolista a formas de capitalismo monopolista de Estado.

Cuando realizamos análisis de este tipo, no nos dejamos vencer por simples reacciones emocionales, o para decir rabiosamente un insulto más descalificante a la dictadura de nuestro país (o de nuestros países, calificados como fascistas). Como si nos facilitara la tarea dejar de decirles tiranos o dictadores y pasar a decirles fascistas, como insulto de mayor calibre. Tal como hacen, pero a la inversa, los que llaman a estos gobiernos "fascistoides", al mismo tiempo que niegan validez científica a nuestros análisis.

No. No es éste el problema. El problema es el del análisis real. Muchas veces hemos criticado justamente a la tendencia de ultrazquierda por su ligereza en calificar como fascista a todo gobierno represivo, como ocurriera en nuestro país, cuando gobiernos constitucionales, que aplicaban una política de violencia antipopular, eran definidos ya como fascistas, sin advertir que justamente la lucha popular decidía al mismo tiempo la permanencia de los mecanismos del Estado democrático-burgués (elecciones, actividad del Parlamento e instituciones representativas, actividad de los partidos incluido — sobre todo — del partido de vanguardia y del frente democrático, actividad y lucha desplegada de las organizaciones de masas, etc. y por eso mismo impedía, hasta que la lucha no llegara a su desenlace, que ese gobierno y ese Estado fueran fascistas.

La definición dimitroviiana y el fascismo latinoamericano

Cuando se realiza una discusión entre camaradas, cuando el tema se halla a nivel científico, conviene siempre apelar a la historia del movimiento y a las conclusiones científicas elaboradas por nuestro movimiento, como

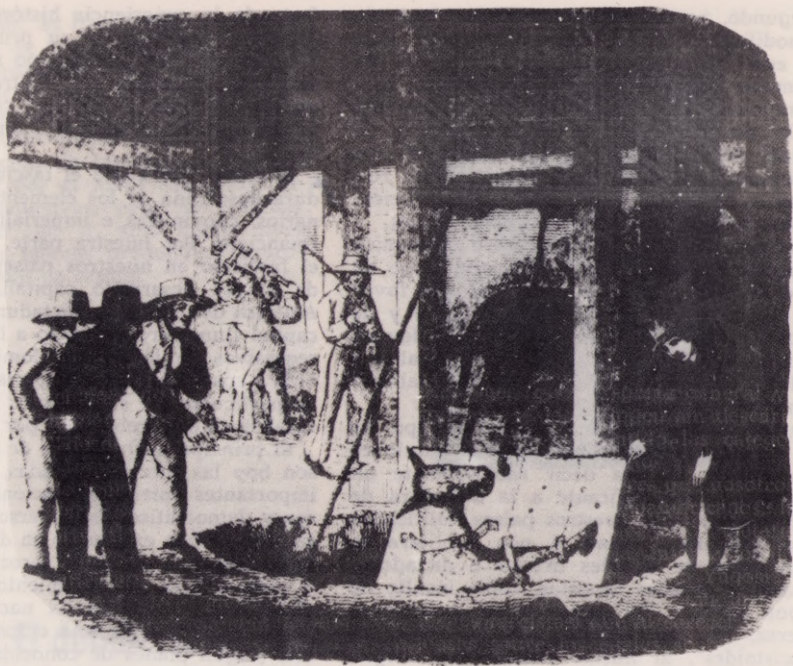
fruto de la experiencia histórica de la lucha contra el fascismo en su primera aparición. Y en esto es casi obligatorio recordar la clásica caracterización de Dimitrov, que por supuesto no agota la realidad, como no lo hace jamás ninguna definición, como señalaba Lenin.

Dimitrov decía que el fascismo es la dictadura descarada de los elementos más reaccionarios, chovinistas e imperialistas del capital financiero. Por nuestra parte, afirmamos que el fascismo en nuestros países, en los países de mayor desarrollo capitalista relativo de América del Sur, es la dictadura descarada del capital financiero enlazado a los sectores más regresivos de las clases dominantes, promovido y sostenido por el imperialismo de EEUU, en particular por sus círculos más belicosos y recalcitrantes encabezados por el Pentágono.

El principal instrumento de estas dictaduras son hoy las fuerzas armadas, a pesar de las importantes corrientes nacionalistas, patrióticas y democráticas de diverso género que en su seno se han expresado en diferentes países. Es la tentativa de ajuste feroz de cuentas con la clase obrera, el movimiento liberador e incluso con las tendencias nacionalreformistas de la burguesía. Es una empresa de exterminio, (según planes de conocida inspiración de la CIA y el Pentágono) de los cuadros comunistas, antimperialistas y democráticos.

Las nuevas inversiones e implantaciones de capital de los monopolios imperialistas y el fortalecimiento de los monopolios nativos y los grandes terratenientes a costa de toda la sociedad, los constriñe — según su propia confesión — a barrer todas las formas democráticas y adecuar el aparato de Estado a la función de total ejecutor y guardián de ese forzado reajuste general, económico, social y político. Ya me he referido a la política económica del fascismo. El fascismo no ha logrado estructurar partidos de masas (¡no les faltaron ganas!). A falta de partidos de masas como los que particularizaron al fascismo alemán e italiano, las FF.AA. controladas por mandos de ultraderecha, capturan con pretensión vitalicia, los resortes del aparato de Estado. (fenómeno propio también de ciertos fascismos de Europa central y oriental). La formación en algunos países de un complejo económico-militar, con su cara infaltable, la corrupción, completan el cuadro. No hace falta decirlo, en las proporciones y escala de nuestros países.

El fascismo latinoamericano es eminentemente entreguista. Es decir, está unido al imperialismo norteamericano. No hace falta hacer una pormenorizada descripción de otro aspecto del fascismo analizado, el ajuste feroz, terrorista, de cuentas con la revolución, con nuestros Partidos, con los revolucionarios y demócratas. Es por todos conocido.



Introducción de una mula en el socavón de una mina. Siglo XIX, México. (Foto APN).

La restructuración del aparato de Estado en sentido fascista, la liquidación de Parlamentos, la supeditación del tradicionalmente autónomo poder judicial a la jerarquía administrativa de las fuerzas represivas, el control de la universidad, de los centros de enseñanza, para la maceración ideológica de las jóvenes generaciones y liquidación del papel revolucionario de la juventud y los estudiantes, la introducción de los militares en todos los sectores del aparato de Estado, que no es sino la peculiar política del fascismo en el reclutamiento del aparato de Estado.

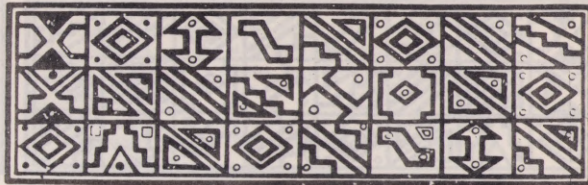
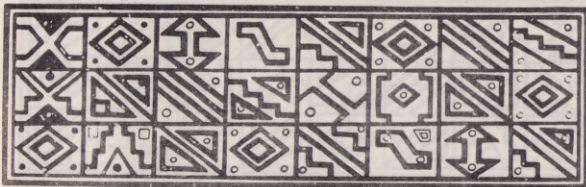
En el plano de su definición anticomunista y contrarrevolucionaria en política exterior, predica la tercera guerra mundial y la total entrega al imperialismo.

Pensamos que esto es suficiente para demostrar la coincidencia entre el método y los resultados teórico-políticos dimitrovianos, de la III Internacional, y los realizados en la situación concreta del fascismo latinoamericano por nuestros partidos.

Sobre algunas otras objeciones a la caracterización de nuestros partidos

Nos adelantamos a otras objeciones, aquellas que recalcan que el fascismo es exclusivo de los países de alto desarrollo capitalista, imperialistas y que no puede darse en países de menor desarrollo, que además son dependientes, donde no tienen partidos de masas.

Bien. ¿Acaso es un rasgo obligatorio del fascismo poseer partidos de masas? Argumentaría primero, que quienes reclaman la puntual comparecencia de los partidos de masas en el fascismo latinoamericano, rigurosamente organizados como en Italia o Alemania, están reclamando la repetición puntillosa de los fenómenos históricos, aun en sus detalles y en sus peculiaridades históricas, que hacen al fascismo en Alemania, fascismo alemán y al fascismo en Hungría, fascismo húngaro; preten-



den, pues, que categoría general y fenómeno concreto se identifiquen sin descarte, es decir que pierdan su sentido las categorías de lo abstracto y lo concreto.

Pero, Dimitrov, antes que nosotros los partidos comunistas latinoamericanos, había dado su respuesta a esta objeción metafísica. En el VII Congreso de la Internacional, Dimitrov decía que en países como Yugoslavia, Rumania, Hungría, etc. se habían instaurado regímenes fascistas, que al carecer de partidos de masas sobre los cuales sostenerse, utilizaban el ejército y la policía para el cumplimiento de las funciones atribuidas a tales partidos en otros regímenes fascistas, de modo tal que les permitiese modificar la estructura del Estado y entre tanto intentar la formación de tales partidos. En una palabra, la objeción se disuelve, porque el fenómeno concreto era también preexistente en los países de Europa en los años del surgimiento del fascismo y porque ya el Séptimo Congreso de la III Internacional supo deslindar las especificidades del fascismo en los países donde carecía de partidos de masas.

Fenómeno, que, a poco andar del análisis, vemos brotar por doquier, como especificidad muy general — si se nos permite la paradoja —. ¿Cómo ha sido calificado el régimen de los "coroneles griegos"? En primer lugar el Partido Comunista, alma de la resistencia y la derrota del fascismo griego, y naturalmente, el consenso indiscutido del movimiento en su conjunto, jamás dudó en calificar como fascista al régimen de la junta militar griega.

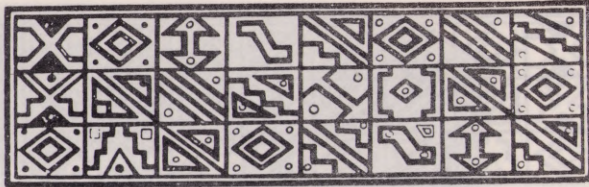
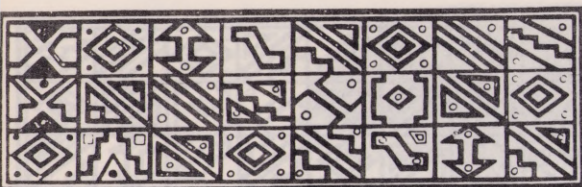
El otro "argumento": son incompatibles el carácter de fascismo y la simultánea calidad de país dependiente. El Partido Comunista de Portugal, los informes y escritos de Alvaro Cunhal que conocen Europa, el fascismo y conocen su país, siempre han caracterizado el régimen de Salazar (y luego Caetano) como fascista, hasta que fue volteado por la revolución de los claveles. En documentos incluso recientes, el camarada Cunhal confirma que en Portugal había una dictadura del capital financiero y de los grandes latifundistas, al servicio

del imperialismo, caracterizando así el fascismo portugués, de no muy diversa manera a como lo hacen nuestros Partidos. Y desde Lenin en sus ya clásicos análisis de "El Imperialismo fase superior ...", confirmado por todos los análisis y documentos del Partido Comunista Portugués, se caracteriza a Portugal como país dependiente. Tenía colonias, pero era un país dependiente. Salvo que se afirme que Lenin y el Partido Comunista de Portugal se equivocaron. Cosa que pudo haber ocurrido. Pero ocurrió que no se equivocaron, porque son dialécticos y no metafísicos. En resumen, Portugal era un país dependiente y fascista. Y así caminaron juntas ambas definiciones durante 40 años. ¿Por qué nos está vedado a nosotros, los modestos comunistas uruguayos, de realizar un análisis semejante?

En fin, un tercer "argumento": el fascismo es propio solo de países de alto desarrollo capitalista.

Yugoslavia, Rumania, Hungría, Bulgaria, etc. no alcanzaron entonces el desarrollo capitalista logrado actualmente por los países latinoamericanos, donde está en discusión. Eran mucho más atrasados. Pero aún más. Y era válida esta afirmación en la comparación contemporánea de muchos de nuestros países con los de Europa Central y Oriental. En los años 30, p.ej. Argentina y Uruguay eran países capitalistas, con resabios precapitalistas. Y, por el contrario, en casi todos estos países de Europa central y oriental, salvo en Bulgaria, hubo que hacer la revolución agraria antifeudal, desde el punto de vista del campo y de los niveles de desarrollo capitalista.

De acuerdo a los antecedentes históricos concretos — no le reconocemos estatura a las construcciones especulativas — parecería que se puede hablar de fascismo en países dependientes, en países donde carece de partidos de masas como el "fascio" italiano o alemán. Se puede hablar de fascismo en países que no son de muy alto desarrollo capitalista o imperialistas. (O en caso contrario llegaríamos al extremo de que solo puede haber fascismo en



EEUU, Japón, Inglaterra, Alemania Federal, Italia, Francia, Canadá y algunos otros).

Creo, compañeros, que a veces, también se erra cuando se considera el fascismo en una dimensión economicista, como si el fascismo fuese la forma de pasaje obligatoria del capitalismo monopolista al capitalismo monopolista de Estado. Esto es, (a veces) parte de la verdad, puede ser una verdad, es decir una tendencia de las clases dominantes de un determinado país. Pero así planteado es una reducción economicista, porque excluye — nada menos — el carácter contrarrevolucionario del fascismo, su función de ajuste de cuentas con la revolución en ascenso, con la clase obrera y el pueblo, la intervención del imperialismo. Es decir, se llega a una definición puramente del nivel económico del proceso y que además contiene en sí los elementos de una contradicción con la realidad. Alemania era ya un país de viejo capital monopolista de Estado antes de irrumpir el fascismo en 1933. ¿Por qué no hubo necesidad de fascismo en EEUU y la inmensa mayoría de los países donde el capital monopolista de Estado es ya su forma de existencia? Pero, en América Latina ¿por qué un tránsito tal no necesitó del fascismo en México ... y "cruz diablo" que no lo haya tampoco.

* * *

Compañeros, creo desde este punto de vista — y discúlpenme la extensión de la apertura de este debate — que las discusiones que no se hacen directamente, defecto actual en el movimiento, deben sin duda hacerse mejor si las realizamos directamente, en torno a una mesa, en una conferencia de camaradas para arribar a acuerdos e intercambios de opiniones y experiencias. El fascismo está ahí, frente a los comunistas y ha determinado que la Conferencia de los Partidos del continente haya debido incluir un capítulo especial sobre el carácter fascista de las dictaduras de América Latina.

Pero esto tiene una enorme proyección. La estrategia frente al fascismo es una: unidad y

convergencia de todos los enemigos del fascismo. Hay que voltear al fascismo. Y la estrategia y la táctica confluyen en un objetivo: sacudirse de encima el fascismo por cualquier medio, reunir todas las fuerzas. Decimos unidad y convergencia y no solo unidad. Porque hay fuerzas con las cuales jamás nos vamos a unir en un proceso democrático avanzado, pero que, por razones diversas, se encuentran hoy con el fascismo que les pisotea la cabeza desde el punto de vista económico. Puede ocurrir incluso, con ciertas fuerzas de las más conservadoras, que hoy conversemos con ellas de cómo derribar el fascismo, aunque más tarde tales fuerzas por sus intereses de clase conmovidos puedan reclamar la represión contra el ascenso obrero y popular. Podría ser esto lo que pudiera ocurrir con ciertos altos sectores ganaderos del Uruguay.

Concluyo, compañeros, pidiéndoles perdón por lo extenso de mi intervención, por más que en esto de arrepentimientos siempre es bueno recordar lo que Eloisa le escribiera a Abelardo cuando fuera internada en el convento: "Sufro mucho por los pecados cometidos, pero más todavía por los que no podré cometer".

LA POLITICA
LATINOAMERICANA DE
REAGAN A LA LUZ DE UN
DOCUMENTO DEL CONSEJO
INTERAMERICANO DE
SEGURIDAD

**LA PERRA
OTRA VEZ
EN CELO**

POR RODNEY ARISMENDI

"¡Hombres, no celebréis todavía la derrota de lo que nos dominaba hasta hace poco! Aunque el mundo se alzó y detuvo al bastardo la perra que lo parió está otra vez en celo."

Bertolt Brecht "La resistible ascensión de Arturo Ui"

La advertencia del gran poeta alemán irrumpe en la memoria apenas se ingresa al texto de **Una nueva política interamericana para los años 80** (1), material reservado escrito para el Consejo Interamericano de seguridad de EEUU. Todo hace creer que este documento marca una directriz vertebral en los planes del gobierno Reagan. Es una especie de **Mein Kampf** que estructura y resume en lenguaje descarnado la doctrina política y militar imperialista hacia América Latina y el Caribe, sin esmaltar sus rasgos más brutales.

No se refiere a los grandes problemas económicos y sociales que antagonizan nuestros países con el imperio del Norte, ni menciona el añoso interés de EEUU por las riquezas infinitas y múltiples de nuestras tierras expoliadas por los monopolios, incluso en sus últimas forma: transnacionales. No pretende tampoco catapultar una "gran política" — al estilo de la "alianza para el progreso" — dirigida a agrupar y neutralizar a sectores de la burguesía y la pequenoburguesía de estos países con vistas a la contención de las tendencias democráticas, antimperialistas y revolucionarias. Apenas si esboza, en cuanto a temas económicos, algunas parvas iniciativas financieras, pretendidamente de **ayuda**, junto a proposiciones parciales dirigidas a un **modus vivendi** con el gobierno brasileño.

Lo único que aparece categórico en materia económica, es el propósito proclamado de colocar todo el petróleo de América Latina y el Caribe a disponibilidad absoluta de Washington, con un primer plazo hasta 1985, año en que ya estaría monopolizado el suministro de México, y EEUU se libraría por ello de su "dependencia ... del golfo Pérsico."

Es un texto basado en el principio del desempeño hegemónico de EEUU en el mundo, cuestionado por el "comunismo internacional", categoría política demonizada que abarca desde la URSS y los países socialistas a los nuevos Estados emergidos de la disgregación del sistema colonial, a todos los movimientos de liberación nacional y a las fuerzas políticas — partidos y gobiernos —, que realizan una política exterior independiente, de paz y soberanía.

En esta concepción ecuménica, América Latina y el Caribe, a través de "las relaciones interamericanas", deben ser "Escudo de la se-

guridad del Nuevo Mundo y espada de EEUU en la política del poder global." ... "Históricamente la política latinoamericana de EEUU no ha estado nunca separada de una distribución global del poder". Es "base del pluspoder" — dice — para contrarrestar las actividades en Europa, Asia y África."

I. Espada de EE.UU. en la política global de poder

Se subraya aquí, otra vez, el clásico pensamiento imperialista yanqui respecto a América Latina. Este ha sido el fundamento geopolítico de más de un siglo de intervenciones al Sur del río Grande, arropadas con la llamada doctrina Monroe, la que — como lo demuestra Guillermo Toriello — (2) siempre fue un gran fraude, sin base histórica ni jurídica, esgrimiendo nebulosamente por EEUU como hoja de parra para sus peores fechorías.

Si se demitifica esta idea central queda apenas la afirmación tan conocida de que el hemisferio es coto privado de EEUU, y línea de partida en ambos océanos hacia la captura del cetro mundial. En 1912, el canciller Elihu Root estaba seguro que "hacia 1950 la frontera de EEUU abarcaría el continente entero." Era una utopía imperialista; no tenía en cuenta las leyes del desarrollo capitalista, que conducen a la revolución socialista, ni el papel en ella de la eclosión de los pueblos coloniales y dependientes. Pero el sueño rapaz de Root, formulado de otra manera y debiendo atenderse a otras realidades, sigue guiando a los estrategas del Norte. En el periodo de la guerra fría, luego del pasaje de EEUU a principal dominador también de América del Sur, se levantaron variadas arquitecturas hemisféricas para el control total de América Latina y el Caribe, tanto en el plano político y militar, como en el económico. El llamado **plan Truman** de coordinación de las fuerzas armadas del hemisferio — que engendrara luego la Junta Interamericana de Defensa y otras formas supranacionales — y el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), de Río de Janeiro, completado por las reuniones de Bogotá, Caracas y otras, reflejaron en lo fundamental el avance imperialista hacia el control de América Latina y el Caribe. En particular, allí se resumía la función estratégica que EEUU asignaba a nuestros países en su concepción hegemónica mundial. El hemisferio aparecía así como inmenso macizo de polo a polo, base de partida en los dos océanos, santuario económico, político y militar de EEUU, y retaguar-

día del agresivo Tratado atlántico. América Latina y el Caribe tenían el triste destino de ser cantera de materias primas, territorio económico general a disposición del imperio, y nuestros pueblos serían la potencial carne de cañón. Los ejércitos de América Latina debían cumplir labor de gendarmería contra sus pueblos y ser los centinelas de cada pozo de petróleo, de cada mina, de cada empresa dominadas por los monopolios yanquis. De esta concepción se desprende natural la llamada **doctrina de la guerra interna contra el comunismo internacional**, aplicada hasta nuestros días en las formas más bestiales por las dictaduras fascistas y otras tiranías del cono sur. Todo ello pretextado por la histeria bélica y la batahola anticomunista y antisoviética.

Constante histórica de la política del imperialismo de EEUU hacia América Latina

Durante casi dos décadas, desde el final de la gran guerra antinazi, EEUU, que arrastrara a otras potencias imperialistas, obligó a la humanidad a vivir al borde del abismo de la guerra nuclear — según la fórmula de Foster Dulles —, encendió guerras locales en distintos continentes, planeó la agresión atómica a la URSS, incluso con fechas para su inicio — como lo han revelado publicistas y exgobernantes de EEUU —, impulsó golpes de Estado y asesinatos de presidentes, ministros y líderes políticos, instauró dictaduras de diverso tipo en todas las latitudes posibles, retoños del viejo fascismo o nacimiento de sus nuevas formas. Era la época en que Al Capone "defendía la democracia" contra las "trampas rojas" y el comunismo.

América Latina recuerda bien ese periodo. El panamericanismo y las estrofas cacofónicas del "himno de las Américas" encubrieron la tremenda explotación del continente por EEUU, y decoraron el paisaje político con tiranías principalmente militares que, empapadas en sangre de los pueblos, salvaban Occidente del comunismo y votaban serviles en los cónclaves de la OEA, llamada con razón **ministerio de colonias** de Washington.

Sobre este fondo común, la estrategia de EEUU tuvo variaciones, pero ellas no afectaron la dirección y la metodología principales. Fueron las derrotas del imperio — entre éstas centralmente la histórica victoria del pueblo vietnamita — que ayudaron a gestar una nueva situación capaz de superar la guerra fría y alejar el espectro de la hecatombe nuclear. Entre esas derrotas, la victoria de Cuba y el ascenso de la brega democrática, independentista y revolucionaria de América Latina tuvieron importancia para el continente y para el mundo. Todo el andamaje del panamerica-

nismo y del dominio yanqui empezó a crujir y entró en crisis irreversible. A pesar de la dureza de las pruebas, incluso de vaivenes y derrotas, de las contraofensivas del imperialismo y el fascismo como la que instauró en Uruguay, Chile y otros países, dictaduras fascistas, una nueva hora nació en el continente como lo probaría más tarde, en punto culminante, la revolución en Nicaragua.

El cambio en la correlación mundial de fuerzas — económica, política, militar, histórica — entre la URSS y los países socialistas, y el imperialismo, la culminación del proceso de disgregación colonial por grandes victorias revolucionarias y la mudanza de la geografía política internacional, en favor de la paz, la democracia, la liberación nacional y el socialismo crearon bases objetivas para el alumbramiento de la distensión. Esta coincide con los intereses incluso de supervivencia de la humanidad. Es evidente, que no existe alternativa para la coexistencia pacífica y la distensión, salvo la catástrofe de una guerra con las actuales armas de destrucción masiva.

El impulso de la carrera de armamentos y el deterioro de la distensión, iniciados ya bajo Carter, colocan otra vez al mundo ante tremendos peligros, agrandados por los actos y discursos belicistas irresponsables del presidente Reagan y sus acompañantes, que han alarmado incluso a sus socios de la coalición atlántica.

Sin ninguna concesión al fatalismo — ni en el mundo ni en América Latina el imperialismo puede hacer libremente lo que desee — es menester conciencia del terrible riesgo. Peligro para la paz mundial y concomitantemente para la independencia, el progreso, la democracia y el cambio social en América Latina. Las nuevas propuestas de la Unión Soviética, formuladas por Brézhnev desde la tribuna del XXVI Congreso del PCUS — que transcribimos en este número — constituyen una serena y positiva contribución a la búsqueda de caminos de paz y de distensión. La actual correlación mundial de fuerzas gravita en favor de esa búsqueda, no obstante la burda vociferación con que el excowboy de películas inaugura su periplo como Presidente de la primera potencia del imperialismo. En el XXVI Congreso del PCUS dijimos que la unidad en defensa de la paz era la más amplia y urgente tarea de la humanidad. Y que esa brega se conjuga con la histórica batalla por la democracia y la autodeterminación económica y política de los pueblos de América Latina.

Emancipación latinoamericana y paz mundial

El documento llamado de Santa Fe, seguido por las declaraciones de Reagan, Haig, la se-

ñora Kirkpatrick y otros, nos exhibe esa unidad dialéctica entre política belicista y explotación e intervención de EEUU contra nuestros pueblos.

En la parte introductoria — **Fundamentos para una nueva política exterior** — se sientan las premisas mundiales de la línea latinoamericana en términos de una filosofía política monstruosa. No en balde lo hemos parangonado con el *Mein Kampf*.

“... la política exterior — dice — es el instrumento por el cual los pueblos aseguran su supervivencia en un mundo hostil. La guerra y no la paz es la norma que rige los asuntos internacionales.” ... “contener a la URSS no es suficiente. La distensión es la muerte.” ... Estados Unidos debe tomar la iniciativa o perecer. Estamos casi sobre la tercera guerra mundial.”

La invocación a una tercera guerra mundial en ciente o ya comenzada, integra hace tiempo la trama política y el condimento de los cursos de contrainsurgencia o de otra índole, dados a los militares y policías latinoamericanos en las escuelas del Canal de Panamá, de EEUU, e incluso sirve como justificación moral de las lecciones especializadas de torturas. En las celdas y los centros de tormentos de Uruguay, por ejemplo, el verdugo más mediocre lo repite a los presos políticos. No es fortuito que tanto Pinochet como los generales fascistas de Uruguay lo proclaman diciéndose vanguardias de la defensa de Occidente en la tercera guerra ya iniciada. A esa “doctrina” se remitió el cónclave de ejércitos americanos reunido en Bogotá luego de la victoria de la revolución en Nicaragua. Esta ha sido la única coartada ideológica de los regímenes fascistas del Sur y de las tiranías centroamericanas, eslabonada a la tesis de la guerra interna, también de oriundez estadounidense. Desde esta plataforma, el documento de Santa Fe aprecia la situación política y los empeños de América Latina y cada uno de sus pueblos por defender la identidad nacional, volver más reales la independencia y la soberanía, y abrirse paso hacia el desarrollo y el progreso sociales:

“América Latina y el Sur de Asia son escenarios de las refriegas de la tercera fase de la tercera guerra mundial” ... “Hasta el Caribe, lugar de tránsito marítimo y centro de refinación de petróleo de Estados Unidos, se está transformando en un lago marxista-leninista.”

En consecuencia, es indispensable una política exterior integral y global, enmarcada por esta trágica disyuntiva:

"Pax soviética o una contra puesta protección y proyección mundial del poder americano, es la alternativa. La hora es de decisión, no puede ser pospuesta."

Pocas veces se encuentra por escrito, sin rOPA alguna, el pensamiento central de los círculos más agresivos y aventureros del imperialismo de EEUU con vistas al dominio del planeta. La jerga destinada a la intoxicación y la guerra psicológica se mantiene solo a los efectos de agitar las sábanas del fantasma de la amenaza soviética, de proclamar el imperio en peligro y de trazar la frontera de la seguridad de Estados Unidos en todas las latitudes. El objetivo central y único es la **protección y proyección mundial del poder americano** (de Estados Unidos), al que deben someterse todos los países, cualquiera, sea su interés nacional y su régimen político, atribulados por la presunta **pax soviética**. A contrariu sensu, todos los gobiernos, partidos y movimientos que no aceptan o se han liberado de la exhaustiva protección de Estados Unidos, son considerados enemigos y por lo tanto susceptibles de ser bloqueados, derribados por conspiración y desestabilización o por asesinato de sus líderes, y objetos de potenciales invasiones. Mucho más concretamente en América Latina y el Caribe, considerados **traspatio, mare nostrum** y núcleo interior para la proyección mundial de EEUU. Un planteamiento de esta índole supone, evidentemente, transitar a menudo por el filo de la navaja de la hecatombe nuclear.

Agresión contra todo gobierno democrático en América Central y el Caribe

El documento de Santa Fe rezuma este belicismo recalcitrante, en tono de cruzada ideológica, cuando propone líneas de acción frente a Cuba, América Central y el Caribe. Parte de estos dos presupuestos: a) "el Caribe se está transformando en un lago marxista-leninista"; y b) los países del Caribe son "el suave bajo vientre de EEUU" ... "factor de la ecuación global de su seguridad" ... "amenazados por la irrefrenable actividad soviética con base en Cuba."

Este punto de partida lo lleva a individualizar a Cuba como principal enemigo a destruir, a colocar en la mira a Nicaragua por el carácter democrático y antimperialista de su revolución, pero, simultáneamente, a actuar — como lo especifica el texto de Santa Fe — contra el gobierno de Panamá, contra Manley en Jamaica, contra Guyana y Granada. Guyana — bajo el gobierno de Burnham — es calificado de "un Estado marxista prosoviético". Sin olvidarse de la hostilidad contra las fuerzas democráticas de Costa Rica y Vene-

zuela, y sin descartar maniobras contra México, a pesar de que propone toda una zorruna política especial a su respecto. Son gobiernos y partidos de muy variados matices. Todos son culpables ante el imperialismo, por tender a la independencia en su política exterior, por reivindicar el patrimonio nacional, por ser adversos a las tiranías paridas y tuteladas por EEUU. Explicitamente no les perdonan el apoyo al pueblo de Nicaragua y la promoción de relaciones correctas y amistosas con Cuba. **Los únicos amigos seguros para EEUU, por lo que se ve, son las tiranías de la zona.** Así lo dice sin remilgos el documento: debe dárseles ayuda ya que "se encuentran bajo el ataque de minorías armadas." La alusión es ostensible: se trata de intervenir en mayor grado en apoyo de las dictaduras genocidas de El Salvador y Guatemala, enfrentadas por la lucha democrática y revolucionaria de sus pueblos. La agresiva y escandalosa actitud del gobierno Reagan frente a El Salvador, la intervención desembozada y las provocaciones subsiguientes en América Central y el Caribe, especialmente contra Cuba y Nicaragua, han ilustrado muy pronto acerca de la importancia del documento de Santa Fe en la estrategia del nuevo gobierno de EEUU.

El documento propone declarar norma imperativa o dictado esta versión libre de la llamada doctrina Monroe:

"Ninguna potencia extranjera hostil será autorizada a mantener bases o aliados militares y políticos en la región."

Este principio apunta contra todo gobierno que no se someta integralmente a EEUU, que podrá ser acusado por lo menos de alianza política con países socialistas o no alineados. O simplemente — **remember Guatemala** —, que haya osado aplicar leyes nacionales a monopolios estadounidenses. En el caso actual y cercano de Nicaragua, amiga política de Cuba y que ha tendido lazos amistosos con países socialistas y con todas las fuerzas avanzadas del mundo, Estados Unidos habría establecido, por sí y ante sí, el derecho de castigarla por todos los medios. Por lo demás, como tantas veces lo ha dicho Fidel Castro, ¿quién otorgó poderes a la corrupta oligarquía financiera del Norte, a su Pentágono y su tenebrosa CIA, para determinar y condicionar el régimen político y la opción ideológica de nuestros pueblos?

No menos monstruoso es el planteamiento respecto a Panamá. Propone lisa y llanamente dejar de lado los tratados canaeros firmados por Carter, e involucrar a las fuerzas armadas de América Latina en demostraciones en el mar Caribe. **Para ello se debería pasar el canal al control de la JID**, y establecer una zona de seguridad, para poner sobreaviso "a los so-

viéticos y sus aliados de que estamos preparados para defender nuestros intereses vitales."

Los asesores proponen la guerra contra Cuba

Este plan vesánico, digno de Hitler o Foster Dulles, culmina con la propuesta de guerra contra Cuba.

"EEUU — dice — no puede seguir aceptando el status de Cuba como Estado vasallo de la URSS."

El imperialismo del dólar, que conoce y practica solo relaciones de dependencia y vasallaje, no concibe o finge no concebir que Cuba sea parte de la comunidad socialista, y sea, a la vez, libre y soberana como nunca. Esto le confiere el carácter de trinchera avanzada de una América Latina que se ha puesto en marcha, por cauces diversos, con movimientos políticos heterogéneos, de variadas profundidad y contenidos de clase, empero coincidentes en su anhelo de independencia económica, autodeterminación plena, democracia y progreso social. Cuba socialista, que abatió el mito de la fatalidad de la coyunda yanqui, fue y es al mismo tiempo síntoma de esta dinámica latinoamericana tendiente a la segunda independencia y estímulo precipitante en su desarrollo. La revolución cubana evidenció la crisis de la política de dominación de Estados Unidos sobre el continente, crisis que ha seguido profundizándose y que ya ni la fuerza ni la corrupción política podrán detener, porque ella refleja el avance ineludible hacia la liberación de nuestros pueblos. La oscilación constante de los gobiernos de EEUU en los últimos veinte años, entre la demagogia panamericanista con vistas a ampliar las bases de su hegemonía, y la práctica retornada y permanente del *big stick*, de las intervenciones, de la instauración de regímenes fascistas como en el Sur, o el pasaje actual de las oraciones sobre derechos humanos de Carter, al desenfreno imperialista de Reagan, registra el fracaso para acomodarse frente a una América Latina que quiere ser libre y ha empezado a serlo. Es decir, testimonio sobre la crisis de la política de dominación de nuestro continente, que Cuba volvió irreversible.

Durante más de veinte años, EEUU bloqueó a Cuba, organizó invasiones y bandas armadas, planeó el sabotaje, intentó el asesinato de Fidel y otros dirigentes, sin embargo, Cuba sigue en pie y más firme que nunca. La entereza cubana, el apoyo soviético y de otros países socialistas, la solidaridad mundial y específicamente la latinoamericana, derrotaron todos

los planes. No obstante, pese a esta larga ristra de agresiones y crímenes, es la primera vez, desde la crisis del Caribe de 1962, que en un documento del gobierno de EEUU se plantea cínicamente y abiertamente la guerra contra Cuba. El documento de Santa Fe lo hace. Propone "acciones punitivas" inmediatas como anticipo de mayores si Cuba presta solidaridad a otros pueblos de América Latina. Pero, en verdad el postulado de fondo es la exigencia de que los revolucionarios cubanos rompan sus relaciones internacionalistas con la URSS y renuncien a su colaboración con los gobiernos de África liberada.

"En caso contrario y si la propaganda falla debe lanzarse una guerra de liberación contra Castro."

La respuesta — premonitoria, o con pleno conocimiento de la amenaza — la dio Fidel Castro en el Segundo Congreso del Partido Comunista de Cuba. El trabajo socialista y la defensa se entrelazan inseparables, en las tareas de la gloriosa Isla. El pueblo entero combatirá hasta los últimos extremos ante un bloqueo o una invasión. Los revolucionarios cubanos no trafican con los principios, ni son susceptibles de intimidación. El gobierno de Cuba, que es partidario militante de la paz y la coexistencia pacífica, desea relaciones normales con EEUU; pero no está dispuesto a abdicar sus principios, ni someterse al dictado brutal del imperio. "No rechazaremos el ramo de olivo si se nos ofrece, pero tampoco retrocederemos ante la agresión." ... "¡Cuba no podrá jamás ser doblegada!" ... "Estamos por entero entregados al trabajo creador, pero con la misma resolución nos preparamos para defender la patria, por cuya liberación se combatió durante más de cien años. Lucharemos por cada palmo de nuestra tierra hasta la muerte si es que el imperialismo osa agredir a nuestra patria socialista." (3)

¡Cuba no está sola!, se ha repetido, con palabras y con actos, en los más de veinte años de su revolución. Junto a Cuba se alinearán una vez más, como en su hora al lado de Vietnam, los pueblos del mundo. Tiene y tendrá la solidaridad de la Unión Soviética y los países socialistas, de pueblos y de gobiernos progresistas de todo el planeta, y, en particular de América Latina y el Caribe. Una agresión a Cuba tocaría límites extremos entre la guerra y la paz mundial. No solo los revolucionarios y las fuerzas avanzadas, sino todo gobernante y dirigente político sensatos rechazarán esta aventura de imperialistas enloquecidos.

Por lo mismo, en EEUU ya se levantan voces de advertencia — parlamentarios, Iglesias, intelectuales, organizaciones populares — contra la manifiesta tentativa del gobierno yanqui de intervenir militarmente en América

Central y el Caribe, y de amenazar a Cuba con el bloqueo y la invasión. Esas voces evocan el espectro de un nuevo Vietnam, la derrota ignominiosa que traumatizara al estadounidense medio. Asoman incluso las primeras contradicciones en los elencos imperialistas, luego del fracaso de las misiones por Europa y América Latina que buscaban apoyo y complicidad para la intervención en El Salvador con proyecciones agresivas respecto a Nicaragua y Cuba. La digna réplica del gobierno panameño y la reafirmación por López Portillo de la amistad cubano-mexicana, son expresivas. Reflejan la realidad, la actual realidad del mundo y de América Latina. Sintomatizan las amplias fuerzas que se oponen al desenfreno del Norte.

Sin embargo, no debemos subestimar el peligro. Incurrir en una actitud desaprensiva, de ingenuo optimismo — oh, el cándido de Voltaire — sería desconocer la esencia del imperialismo, olvidar su historia del último siglo, aparte de algonodarse los oídos para no escuchar lo que a gritos anuncian los gobernantes de Washington reiterando a los pequeños monstruos fríos del Comité de Santa Fe.

El riesgo acecha a todo lo democrático y liberador de América Latina. Contra tal amenaza debe alistarse el mundo, pero, ante todo, deben erguirse nuestros pueblos en toda su estatura. El apoyo a Cuba y Nicaragua, la solidaridad con El Salvador y Guatemala, el sostén a la reivindicación patriótica de Panamá sobre el Canal, se enlazan estrechamente con el combate contra el fascismo y las tiranías de Uruguay, Chile y otros países, y por la democracia, la plena autodeterminación económica y política, y el socialismo, de todos nuestros pueblos.

II. Comienzos de Reagan segun las pausas de Santa Fe

"Ni los crímenes ni la fuerza podrán frenar los procesos sociales. La historia está con nosotros y ella es obra de los pueblos".

S. Allende — Postrer mensaje

Apenas traspuesto el umbral de la Casa Blanca, las palabras y los hechos de Reagan convalidaron el informe de Santa Fe en tanto referencia basilar de su política latinoamericana. Hasta la jerga del documento — primaria como la usada en los menesteres de la guerra psicológica — transparece en las declaraciones de Reagan, Haig, Weinberger, la señora Kirkpatrick y de voceros gubernamentales.

El motivo ocasional de escándalo fue la heroica lucha del pueblo de El Salvador. Con el pretexto de que la Junta genocida era víctima de agresión soviética a través de Cuba y Nicaragua, Reagan y sus acompañantes incrementaron todas las formas de la intervención en el pequeño país, afirmando estar dispuestos incluso a la invasión para detener la insurrección democrática. El general Haig amenaza a Cuba con el bloqueo y la agresión directa. El gobierno de EEUU suspende créditos a Nicaragua, entre ellos el llamado "del pan" — forma de guerra alimentaria — (4) y estimula abiertamente el recrudecer de provocaciones armadas en las fronteras; sugiere la posibilidad de una guerra centroamericana en la cual las tiranías vecinas serían armadas y conducidas por EEUU. Sin recato alguno, se lleva en Miami el adiestramiento militar de exguardias somocistas y mercenarios cubanos.

Combinando el chantaje intimidatorio y el belicismo sin máscara, Washington pasa a organizar una gigantesca maniobra militar en el Caribe. Toma por base el Canal de Panamá — en burla ostensible de los Tratados recientes — y monta una suerte de ensayo general de lo que podrían ser acciones de guerra contra Cuba y otros países de las Antillas y América Central. Entre otros acontecimientos de carácter provocativo, grandes portaviones — como el Nimitz provisto de dotación nuclear — se aproximan a Guantánamo, porción de tierra y mar usurpada a Cuba por el imperialismo.

El diablo se viste de sacristán, o el gobierno de EEUU y el terrorismo

El 29 de enero, el general Haig, en su primera rueda de prensa como Secretario de Estado, declara:

"La lucha contra el terrorismo va a ocupar el lugar que hasta ahora han tenido los derechos humanos en el orden de prioridades de nuestra política internacional" (Agencia EFE, "El País" de Montevideo, 29 de enero de 1981).

Este portavoz imperialista no se refiere al terrorismo, tal como lo conocen, definen y condenan las fuerzas avanzadas, o como lo identifica cualquier diccionario de ciencias políticas. Recoge y reitera la denominación que Hitler y Goebbels daban a la Resistencia europea. Así, el gobierno de EEUU equipara oficialmente el terrorismo con la lucha revolucionaria por la democracia, la liberación nacional y el socialismo.

Proyectada históricamente, esta equiparación supone calificar como terroristas a todos los libertadores de ambas Américas, desde Bolívar a Jorge Washington. Ya por entonces, la Santa Alianza lo hacía; así decidió la invasión de Uruguay — la Banda Oriental — por los ejércitos portugueses para "terminar con el anarquista Artigas". En términos actuales caen bajo esa inculpación gran parte de los gobiernos, que hoy se sientan en la Asamblea de las Naciones Unidas, surgidos del derrumbe de los imperios coloniales y de la gran revolución de nuestro tiempo. En lo inmediato, el gobierno Reagan califica de este modo a los revolucionarios de El Salvador y Guatemala. Como se sabe, estos movimientos congregan luchadores de extracción o militancia comunista, demócrata cristianos, socialdemócratas afiliados a la Internacional Socialista, así como sacerdotes católicos, intelectuales independientes, personalidades universitarias y otros. Por extensión, si la heroica resistencia actual de los pueblos de Chile, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Haití y demás — subyugados, torturados y escarnecidos por dictaduras fascistas o de corte fascista —, subiera a planos más altos y debiera recurrir a las armas (a lo que tendrían legítimo derecho de acuerdo a resoluciones de la ONU), el gobierno de EEUU marcaría con el estigma de terroristas a los patriotas insurrectos. Tal la criminalidad potencial de la formulación estadounidense.

El 29 de enero, William Dyess — vocero oficial del Departamento de Estado — asombra a los corresponsales de la prensa mundial con nuevas explicaciones acerca de la lucha contra el **terrorismo**, en su calidad de **doctrina** identificatoria del nuevo gobierno.

Dyess otorga una definición:

"Llamamos **terrorismo** — dice — el apoyo financiero, el entrenamiento y la venta o entrega de armas a grupos revolucionarios que combaten a regímenes **legítimamente** establecidos." (EFE, 29 de enero de 1981. El subrayado es mío — RA).

Ejemplifica: lo de El Salvador es **terrorismo**.

La definición es inefable y el ejemplo centroeuropeo escogido cae pesadamente sobre la cabeza de EEUU. Por si no alcanzara, días después Reagan nos ilustra acerca de cómo su gobierno hace bafa de sus propias definiciones. Anuncia su decisión de entregar grandes cantidades de armamento, en particular pesado, a los cabecillas feudales de Afganistán, que actúan notoriamente desde Pakistán, a partir de campos organizados por la CIA, y a Savimbi, el exaliado de la PIDE portuguesa, culpable de matanzas de todo tipo en el territorio austral de República Popular de Angola, en correrías que parten del territorio de Na-

mibia, bajo el ala protectora de los racistas sudafricanos. Son dos muestras de la conducta del gobierno de EEUU en materia de enunciados **doctrinarios**. Claro está, el señor Reagan puede excusarse diciendo que ni los feudales afganos, ni las bandas canibalescas de Savimbi son **revolucionarios** ... en la acepción verdadera, científica y social del vocablo.

La misma dualidad se descubre respecto a la definición de los "gobiernos **legítimamente** establecidos".

La junta "militar-demócrata cristiana" de El Salvador nació de un golpe de Estado contra la dictadura de Romero, uno más en la serie de golpes y contragolpes que, con bendición de Washington, a través de cincuenta años han atormentado este pequeñísimo país. Pinochet surgió de un cuartelazo fascista — organizado y financiado por el gobierno de EEUU — contra Allende, Presidente elegido por el pueblo de Chile. El folclórico tirano Somoza inició un régimen siniestro continuado por sus descendientes, a consecuencia de la invasión de Nicaragua por los **marines** estadounidenses. El golpe de Estado en Uruguay, inspirado por el Pentágono, se impuso sobre la destrucción de un régimen institucional democrático de larga tradición ... Se puede seguir amontonando ejemplos.

¿Cómo funciona el concepto de **legitimidad** — invocado por el señor Dyess — en todos estos casos?

El gobierno Reagan los considera sus amigos, con excepción de los vencidos Somoza, motivo de expresada nostalgia por el Comité de Santa Fe y de revertido encono contra sus vencedores del Frente Sandinista.

La respuesta es, pues, clara: la única norma objetiva de esa legitimidad es su coincidencia, o servicio, con los intereses imperialistas, con su concepción de una América y un Caribe dependientes de EEUU a todos los niveles: militar, político y, desde luego, económico. Recuérdese el legendario: "Lo que es bueno para la General Motors es bueno para Estados Unidos". O sea, lo que fue bueno para la United Fruit cuando se trató en 1954 de Guatemala, o para la ITT y la Braden, cuando en 1973 le llegó el turno a Chile.

La definición es fraudulenta, de ocasión, amañada para criminalizar el derecho de los movimientos democráticos y populares a solicitar ayuda — esta sí legítima — en su desigual contienda por la libertad, la independencia y el progreso social de sus patrias, frente a fascismo y tiranías instaladas y armadas hasta los dientes por el gobierno de EEUU y otros imperialistas. Incluyo aquí el derecho legítimo de beligerantes a comprar armas en cualquier país que las venda.

Por otra parte, si nos atenemos a la verdadera acepción de la categoría política **terrorismo**, ella encaja justamente a la conducta,

pasada y presente, de los imperialistas del Norte. Parte considerable de esa historia de "capa y puñal" la hemos sufrido los latino-americanos.

Para no ir muy lejos, basta con evocar en breves párrafos las denuncias del Congreso de EEUU luego de lo de Watergate. Los informes de los investigadores, sobre todo el documento de la comisión presidida por el senador Frank Church (346 páginas. Noviembre de 1975) comprueba la injerencia política, militar, de inteligencia — habitualmente por medios terroristas — en numerosos países, incluyendo el asesinato de líderes políticos, previo visto bueno presidencial. Allí se registran trece años de actividad de la CIA en Cuba, Congo, Vietnam, República Dominicana, Chile, Guatemala, Perú, Laos, Irán, Indonesia y otros países. El relato de los atentados urdidos contra Fidel Castro, Raúl Castro y otros dirigentes de la revolución cubana superan la más aguda novela de misterio. (5)

Nada más expresiva en cuanto a las andanzas en el Caribe, que la confesión de Lyndon B. Johnson, el ex-Presidente, el 30 de julio de 1973:

"Lo cierto es que en el Caribe habíamos montado una sociedad anónima dedicada al asesinato".

El rancho de Texas pudo usar los términos con propiedad, aunque más no sea por haber heredado el sillón presidencial que ocupara John Kennedy, asesinado — según todas las evidencias — con participación protagónica de la CIA. Aunque no debió hablar en pretérito. La sociedad continúa su cosecha roja — para servirnos del título de la obra ya clásica de Dashiell Hammet —. Y el presidente Reagan, siguiendo las huellas marcadas por los estólidamente asesores de Santa Fe, hace hoy en ella inversiones millonarias.

Relaciones con la Unión Soviética y pretendido terrorismo

En la misma declaración, W. Dyess extiende el planteamiento a la suerte de las relaciones con la Unión Soviética, o sea, al futuro de la coexistencia pacífica, la paz, la distensión, los acuerdos SALT, etc. Condiciona estas relaciones a que la URSS "cese" ... "su penetración en América Latina".

"El papel de la Unión Soviética — dice — en apoyo a grupos terroristas desde Namibia hasta El Salvador, va a ser elemento esencial para determinar el futuro." "Vamos a observar muy atentamente el papel que

desempeñan países representantes de los intereses de Moscú, como Cuba en el Caribe, y Libia en África."

Es un texto de antología. Burdo, groseramente mixtificador, imposible de aprehender siquiera con pinzas en un análisis político serio o en una mesa de negociación diplomática. Pero su torpeza es deliberada, busca encubrir con el alboroto y la vociferación irresponsable, el pasaje del gobierno de EEUU a acciones belicistas y de gendarmería en América Central y el Caribe, así como al intervencionismo desnudo en otros continentes. Sirve a la vez, como tentativa de elusión frente a las proposiciones soviéticas, acogidas favorablemente en los más diversos círculos, en favor del diálogo constructivo en bien de la paz y la distensión.

Valen aquí dos puntualizaciones de carácter doctrinario: a) todo el mundo conoce la postura soviética de repudio al terrorismo enraizada en posiciones de principio del movimiento obrero internacional, en toda la obra de Marx, Engels y Lenin; b) el movimiento liberador de América Latina — la lucha por la segunda independencia de que hablara Martí — no es producto de una supuesta penetración soviética. Es la síntesis de alrededor de un siglo de brega democrática y antimperialista, principalmente contra el imperio del dólar, que luego de la histórica victoria cubana y su avance hacia el socialismo, adquirió carácter irreversible. Las raíces de este gran movimiento, que ha entrado en nuevas fases ascendentes, como lo testimonia entre otros rasgos la victoria de Nicaragua, están enclavadas en la realidad económica, social y política de nuestros países. Y ha tomado dimensión histórica en nuestra época, inaugurada por la revolución de Octubre, y en particular con la nueva correlación mundial de fuerzas. La pretensión del nuevo gobierno de EEUU de condicionar su diálogo con la Unión Soviética, o sea, las cuestiones de la paz mundial, a un compromiso de petrificación de las actuales relaciones económicas y sociales de América Latina y a un *statu quo* para los fascismos y tiranías al servicio del dólar, es un chantaje sin perspectiva, además de ser una utopía reaccionaria. Nadie, aunque quisiera, podría darle a EEUU garantías de un estatuto vitalicio para sus hijos predilectos, fascistas y tiranuelos del Sur y el Caribe, y su dominio imperialista sin sobresaltos en todo el hemisferio.

"Hijos de perra bien nuestros"

Los propósitos del nuevo gobierno de EEUU están a la luz del día. Lucha contra el terro-

rismo en sustitución de doctrina de los Derechos Humanos, significa pasar a sostener activamente a las tiranías fascistas y otras dictaduras del cono sur y a hostilizar a los gobiernos progresistas que tratan de independizar de EEUU su política exterior.

El 28 de enero, Reagan asevera, en su primera conferencia de prensa como Presidente, que su objetivo es "detener el avance del socialismo en América Latina", por lo tanto celebra la derrota de Manley — ex-gobernante de Jamaica y líder de un partido adherido a la Internacional Socialista — que "permite regresar a un sistema de democracia capitalista occidental."

Como se ve, no se trata de un agente del movimiento comunista internacional. En Jamaica imperaba precisamente una "democracia de tipo capitalista occidental" aunque Manley y su partido adoptaban medidas progresistas y resistían los dictados de Washington.

Horas antes de esa conferencia de prensa, William Dyess anunció que "a partir de ahora, EEUU no va a exponer sus quejas o críticas a otros gobiernos, sino a través de canales diplomáticos privados". Las agencias noticiosas indicaron de inmediato que "este cambio de política mejoraría las relaciones de Washington con los regímenes de Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y Chile." ("El País", Montevideo, 30 de enero de 1981).

Escaso tiempo después, la Casa Blanca regulariza sus relaciones con Pinochet, justamente en el aspecto relacionado con el terrorismo. Levanta las medidas adoptadas por Carter a raíz del asesinato en EEUU de Orlando Letelier y su secretaria, por agentes de la dictadura de Chile. Sobran otros ejemplos. (6)

Una simple compulsa de textos comprueba que estas medidas fueron anunciadas, incluso con el mismo léxico, por el documento de Santa Fe. Parafraseándolo ostensiblemente, la señora Kirkpatrick — actual embajadora yanqui en la ONU, con rango de ministra — reitera la premisa:

"Por comparación, estos regímenes autoritarios (se refiere a las dictaduras genocidas de América Latina y el Caribe) no son los peores, cualquiera sean sus defectos. En todo caso, son mejores que los regímenes marxistas." ("L'Humanité", París, 7 de marzo de 1981).

¿Los movimientos de liberación? Jeane Kirkpatrick — belígera y sumaria, amante del lenguaje "musclé" — según el periodista — los descalificó: **"Son solo la expresión de una conspiración comunista internacional" ... "manifestaciones del expansionismo soviético."**

Todos recuerdan el amparo a Somoza que realizara cierta personalidad de EEUU: "es un

hijo de perra, pero es un hijo de perra bien nuestro."

Instaurar y sostener hijos de perra bien de Estados Unidos: he aquí la fórmula política del gobierno Reagan para América Latina.

Para lograrlo plenamente, los consejeros aúlicos de Santa Fe llaman a revitalizar el Tratado de Río de Janeiro, colocando un énfasis especial en la Junta Interamericana de Defensa. Privilegiar ese organismo significará un nuevo impulso al control multiforme que el Pentágono cumple hoy sobre las fuerzas armadas latinoamericanas, supone proyectar la función supranacional de la JID, relacionada siempre con todos los golpes militares que han martirizado a nuestros pueblos. (7)

III. Una política amenazadora y criminal, pero condenada al fracaso

"La Iglesia no puede callarse ante tanta abominación.

Os ordeno en nombre de Dios: detened la represión". *

Monseñor Romero — 24/2/80

Los planes del nuevo gobierno de EEUU ciernen una sombría y amenazadora nube en el cielo de nuestra América. Nos anuncian mayor explotación, fascismo y otras sangrientas dictaduras, más las tentativas de revertir por la intervención directa el movimiento liberador que, desde Cuba, ahora también Nicaragua, ha comenzado a cambiar el rostro del continente. El respaldo por todos los medios a la Junta de El Salvador y los desplantes armados en el Caribe ponen en carne viva esta realidad.

No se pueden descartar los elementos de chantaje, de guerra psicológica, de presión sobre los aliados europeos y de intimidación a los gobiernos y partidos nacional-reformistas latinoamericanos, la intención de imponer, bajo el estruendo de la fraseología irresponsable, determinados objetivos, tanto de política exterior y estrategia de dominación, como de política interior. Y especialmente, aprovechar este clima con vistas a la carrera de armamentos, los gigantescos gastos en implementos nucleares, incluso para vencer al respecto resistencias de aliados europeos, del Tratado atlántico. Pero más allá del redoblar de tambores, debemos tener conciencia de que la línea del actual gobierno de EEUU expresa la esencia del pensamiento de los sectores más agresivos y más ultraizados del imperialismo yanqui. (8) Esta es la medida del peligro real

para la paz del mundo y para América Latina. Y es necesario responder en función de ese peligro.

Por lo mismo no debemos subestimar una sola línea del documento de Santa Fe. La conducta del gobierno Reagan verifica que no estamos ante una opinión más, entre otras diferentes e igualmente válidas. Y menos ante una investigación politológica. Cabe pensar que resume los objetivos últimos y totales de su política latinoamericana.

La cuestión consiste en saber hasta dónde podrán llevar a cabo esta orientación en la actual correlación mundial de fuerzas y en América Latina de hoy.

Nadie puede saltar por encima de sus propias nalgas, reza un sabio decir campesino. Los hechos políticos de estos días han demostrado una vez más los amplísimos sectores que se oponen en el mundo al frenesí belicista y al aventurerismo. Entre esos hechos se inserta la respuesta a las provocaciones estadounidenses en torno a El Salvador.

En cuanto a América Latina, la brutalidad imperialista hará más amplias las fuerzas sociales y políticas que la enfrentan o que resisten a distintos niveles las imposiciones de Washington.

América Latina y el Caribe experimentan profundas transformaciones. No es el continente de tiempos de la guerra fría, ni siquiera aquel de comienzos de los sesenta cuando por orden de EEUU en la OEA, todos los gobiernos — salvo México — rompían relaciones con la heroica isla de Cuba.

Sin embargo, justamente la revolución cubana — y la derrota del imperialismo en sus empeños de aplastarla — fue origen e importante factor del cambio cualitativo que estamos viviendo. Ya a comienzos de los años 70 era posible advertir el desarrollo de un multiforme y heterogéneo movimiento continental tendiente a defender la soberanía y las riquezas de nuestros países, y a realizar mutaciones sociales de distinta profundidad. La victoria de la Unidad Popular en Chile señalaba su polo avanzado, pero allí se incluían el gobierno de Velasco en Perú, las reivindicaciones patrióticas de Panamá, el triunfo de Cámpora en Argentina, el notable ascenso democrático y ant imperialista en Uruguay... Ensancho el campo del análisis, se podía advertir: el desarrollo del movimiento obrero y popular a escala del continente, pero a la vez el perfil ya marcado hacia una mayor independencia política respecto del imperialismo de Estados Unidos, de gobiernos y partidos nacional reformistas de varios países. El restablecimiento de relaciones con Cuba y la extensión de vínculos con países socialistas, fueron todo un síntoma.

La contraofensiva del imperialismo y el fascismo, de 1973, planeada descocadamente por

el gobierno de EEUU, Kissinger al frente, con los golpes de Estado en Chile y Uruguay, y los posteriores cambios negativos en otros países de América del Sur, ennegreció el paisaje político, pero no logró revertir el proceso de ampliación de las fuerzas en contradicción con EEUU. Por el contrario, los grandes golpes asestados a nuestros pueblos estrecharon en el plano político e ideológico las bases de la dominación imperialista. Washington apareció en el prosenio, una vez más, en cueros, como empresario de la matanza, de la tortura y del fascismo. Un amplísimo movimiento de repudio al fascismo, y a sus progenitores, se extendió por América Latina y el Caribe, con poderoso respaldo mundial.

Tal como previera a finales de 1973 nuestro Partido, era necesario y posible conjugar contra el fascismo, la unidad y convergencia nacional y democrática en nuestro país, con la unidad convergencia de pueblos y gobiernos democráticos de América Latina y el Caribe, opuestos por principio y potencialmente amenazados por la ola parda o negra instrumentada por Washington.

Por entonces se podía oír a veces esta pregunta: ¿es realista esa orientación, o expresa apenas un deseo piadoso? ¿No dicen ustedes que los niveles de desarrollo capitalista de estos países enlaza obligatoriamente la pugna histórica contra el imperialismo con una aguda lucha de clases?

Este rasgo característico del actual desarrollo de nuestras sociedades es y será un elemento obligatorio del proceso social y político en todas sus vicisitudes. Pero, solo pensando en términos de un marxismo muy rudimentario, se puede creer que la lucha de clases y el potencial poderío del proletariado y las fuerzas revolucionarias, excluyen mecánicamente la posibilidad de insertar una amplia estrategia política de unidad y convergencia antifascista en la batalla histórica de nuestros pueblos por la revolución democrática y ant imperialista. Por lo demás, el carácter avanzado en América Latina de esta revolución, potencialmente propicia a transformarse en socialista, no borra linealmente etapas, fases intermedias y mucho menos las coyunturas políticas en que las alianzas de la clase obrera y el movimiento revolucionario están llamadas a ampliarse considerablemente. Esto es el valor adquirido en cuanto a la táctica antifascista, vale también en cuanto a la táctica a aplicar frente a la política imperialista en sus formas brutales.

Las preguntas de entonces han sido contestadas por la vida. La praxis verifica y sigue verificando la previsión política.

La activa solidaridad de pueblos y gobiernos democráticos con Chile, Uruguay y otros países tiranizados, fue una respuesta. Aunque la contestación más clamorosa surge del apoyo

de los gobiernos de Venezuela (bajo C. A. Pérez), Jamaica (bajo Manley), Panamá, Costa Rica, México y Cuba a la revolución democrática y antimperialista de Nicaragua. En torno al Frente Sandinista se congregaron en muy extensa unidad, personalidades patrióticas y democráticas, sacerdotes católicos, revolucionarios de inspiración marxista y leninista, y representantes de la burguesía y pequeño burguesía enfrentados todos a Somoza. Hoy mismo, la revolución salvadoreña cuenta con la simpatía de muchas de las fuerzas que apoyaron eficazmente a Nicaragua. Entre ellas, gobiernos y partidos nacional reformistas, movimientos vinculados a la Internacional Socialista (9), o pertenecientes a la poderosa coordinación acordada en Oaxaca, también exponentes de la Iglesia católica, fieles a la memoria de monseñor Romero. Y — desde luego — como ocurriera antes con Nicaragua, de partidos comunistas y obreros. Esto se corresponde con el amplio espectro político del Frente Democrático salvadoreño.

Este enfoque estratégico general, que abarca a nivel del continente grandes líneas para la lucha antifascista y para enfrentar las formas más brutales de la política imperialista, como la actual línea Reagan, está llamado a integrarse en la táctica concreta de cada país, como ingrediente ineludible. Una línea nacional está sujeta a la correlación de fuerzas, a la peculiaridad de la lucha de clases, al desarrollo nacional y a la conformación de sus estructuras estatales y políticas, al análisis concreto de la situación concreta en todos sus aspectos. Pero así como se interrelaciona con la dinámica del proceso mundial, se enlaza vivamente a las cuestiones de la pugna latinoamericana contra el imperialismo. En este momento, el empeño por derrotar la actual línea del gobierno de EEUU, y por limpiar el rostro del continente de fascismo y tiranías, es parcela inalienable del esfuerzo nacional y democrático de cada pueblo. No entendemos esto como una dependencia seguidista de la clase obrera, su partido y las fuerzas revolucionarias, aunque prevenimos contra el sectarismo y la inoperancia declarativa. Solo una gran política, capaz de poner a las masas en movimiento, a comenzar por la clase obrera, puede afirmar el papel histórico de vanguardia y la independencia del partido. Pero ser vanguar-

dia supone — como lo explicara mil veces Lenin — un vasto sistema de alianzas en función de los objetivos y el carácter de la revolución, pero también del vaivén político inmediato. Ante la ofensiva fascista de 1973, ese sistema de alianzas se ensanchó para nosotros en nuestro país y a nivel continental, hasta la unidad y convergencia de todos los sectores adversos a la dictadura, manteniendo y desarrollando a la vez el Frente Amplio — coalición democrática y antimperialista — como un polo avanzado.

Frente al fascismo, como frente a la línea Reagan, pensamos que esta unidad dialéctica de amplitud y profundidad es totalmente válida. Supone la unidad y convergencia de las fuerzas más amplias y, a la vez, en conexión estrecha, agrupar a aquellos sectores sociales y políticos correspondientes a las fuerzas motoras de la revolución democrática y antimperialista.

La línea Reagan nos lleva a confirmar estas reflexiones ya reiteradas. El blanco privilegiado de sus disparos son Cuba, Nicaragua y Granada, y los movimientos revolucionarios, ante todo de El Salvador y Guatemala, pero su ataque se dirige — ya lo demostramos — también contra todos los partidos, movimientos y gobiernos democráticos, que, incluso sin ser definitivamente antimperialistas, resisten el dictado de Washington y tienden hacia una mayor autodeterminación económica y política.

La violencia del impacto intimidatorio puede hacer vacilar a sectores de la burguesía nacional reformista o de la pequeño-burguesía, aunque tendencialmente es de prever el ensanchamiento del campo de las fuerzas patrióticas y democráticas. Factor importante de esa ampliación, será el vigor de la respuesta de masas de los pueblos y el acierto de una línea política no sectaria del movimiento revolucionario.

Saber congregarse ese vasto campo — pese a su heterogeneidad y sus contradicciones — es condición de la paralización y derrota de la actual amenaza imperialista. Se trata de tener conciencia del peligro y responder en consecuencia.

4 de abril de 1981

NOTAS

(1) Este informe fue redactado por un grupo de asesores de Santa Fe, EEUU, para el Consejo Interamericano de Seguridad de ese país. ESTUDIOS lo incluye casi enteramente en esta edición. Escrito en 1980, antes de la elección de Reagan, es evidente, sin embargo, la coincidencia esencial de sus concepciones con las ideas últimas del nuevo presidente y sus principales colaboradores.

(2) "El informe de Monroe (en la parte que le han llamado 'su doctrina') es una declaración unilateral estadounidense; carece de generalidad y reciprocidad, invade la jurisdicción soberana de las repúblicas latinoamericanas al irrogarse los Estados Unidos el derecho de controlar las relaciones entre ellas y los países europeos, y es de un inaceptable carácter proteccionista. No tuvo nunca el consentimiento de los Estados

- americanos y mas bien ha sido rechazada por varios de ellos. Carece pues de todas las características de una doctrina; no obliga a nadie, ni al propio gobierno de los Estados Unidos, y no puede pretenderse, por lo tanto, que sea norma de Derecho Internacional." (Guillermo Toriello, *Tras la cortina de banano*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1976, p. 38).
- (3) El entrecuillado es cita del discurso de Fidel Castro en el XXVI Congreso del PCUS.
 - (4) El documento de Santa Fe se refiere abiertamente a la guerra de alimentos, como arma del imperialismo de EEUU Dice: "Los alimentos son un arma en tiempos de guerra. Cuatro de los siete productores de excedentes agrícolas están en el Hemisferio Occidental: Canadá, EEUU, Brasil y Argentina." Si se agrega Australia y Nueva Zelanda, "las Américas (léase EEUU) podrán ejercer potente presión sobre los Estados potencialmente hostiles mediante la retracción de las importaciones de alimentos, como rehén" ... La guerra de alimentos se utilizaría principalmente contra el llamado tercer mundo, "también contra países de América Latina. Lo de Nicaragua lo comprueba.
 - (5) Sobre la organización del terrorismo directamente por la embajada de EEUU, los uruguayos tenemos nuestra pequeña experiencia. Desde el atentado contra Che Guevara, el asesinato de Arbelio Ramírez, el del niño Olivio Piriz, el asalto a la sede del Partido Comunista, las bombas en casas de amigos de la revolución cubana, hasta el "escuadrón de la muerte". Algo dicen en sus libros los ex-agentes de la CIA, Agee y Hevia.
 - (6) Esta línea se extiende ya a Uruguay. El gobierno de EEUU se ha dirigido a la dictadura por sendas cartas del Departamento de Estado y del Pentágono, asegurándole "buenas relaciones" e instándolo a adquirir armamentos modernos, con vistas a las obligaciones comunes en el Atlántico Sur.
 - (7) Los asesores de Santa Fe aconsejan "revitalizar el sistema de seguridad hemisférica" basado en el Tratado de Río de Janeiro, pero elevando en la práctica por encima de la OEA, la estructura militar, o sea la JID, cuyas resoluciones pasadas y presentes serán sostenidas por EEUU. "Las resoluciones" de la JID "sobre la amenaza soviética - cubana han sido totalmente ignoradas" - dice. Propone desarrollar el sistema de seguridad (militar, panamericano) en tres rangos: 1) Tratado de Río de Janeiro; 2) Tratados regionales, cuyo modelo es la *Condeca* (ejércitos contraamericanos), que es "el mayor obstáculo a la subversión cubano-panameño-soviética"; 3) los tratados bilaterales. "La política de EEUU en América Latina debe tener en cuenta la ligazón integral entre la subversión interna y la agresión externa."
 - (8) En el equipo de Reagan se destacan determinados personajes relacionados especialmente con América Latina, ya como integrantes de institutos de elaboración política y estratégica, o como actores en tareas de "inteligencia". Diana Johnstone - en "Monde Diplomatique" - señala que el Center for Strategic and International Studies (CSIS) "parece ser el principal lugar de cultivo para todo lo que concierne a problemas de "seguridad nacional". Este Instituto fue fundado en 1962 por David Abshine, hoy coordinador de política exterior, en relación con el Pentágono, la CIA, el Departamento de Estado y el Congreso. Al Instituto están vinculados exjefes de la CIA, Kissinger y otros. También fue uno de sus fundadores, George Allen, principal consejero personal de Reagan en materia de seguridad. Redactor de manuales de anticomunismo, Allen fue director del Programa de Estudios contra el comunismo del CSIS desde 1962 a 1966. Percibió 60 mil dólares anuales de Overseas Companies of Portugal, durante 1973-1974 por su labor de defensa del colonialismo en Angola y Mozambique. Colaboró con la Administración Nixon en el Consejo Nacional de Seguridad y fue acusado entonces por sus vínculos con autores de fraudes millonarios. Entre los asesores para América Latina se halla James Theberge - relacionado con Kissinger y Rockefeller - . Theberge ya trabajó en el Departamento de Estado, la AID, la USIS, etc, fue embajador ante Somoza de 1975 a 1977, y activo sostenedor del régimen. Fue el primer director de Estudios Latinoamericanos del CSIS, a proposición de Ray Cline, personaje de la CIA, también hoy participante en el gobierno Reagan. A Theberge lo sustituyó en el cargo del CSIS, Roger Fontaine - uno de los redactores del documento de Santa Fe - caracterizado por el periódico dominicano "Vanguardia del Pueblo" como rabioso partidario de la intervención de EEUU en América Latina. Se les suma Pedro A. San Juan, encargado de Asuntos del Hemisferio Occidental del American Enterprise Institute (AEI) y el general retirado Daniel O'Graham, al que el periódico referido llama "agente de enlace con las dictaduras militares de América Latina". Posee vínculos especiales con la tiranía guatemalteca y desde su oficina del Consejo de Seguridad Americana (léase de EEUU) habló a la prensa Robert D'Aubuisson, jefe de las pandillas terroristas de El Salvador. Perteneció a la DIA (Inteligencia del Ejército) de 1974 a 1976. Al AEI pertenece el célebre depredador económico Milton Friedman. Aunque representante en la ONU, a la señora Jeane Kirkpatrick, la debemos incluir a la vez, en este elenco de asesores para América Latina, y según el periódico citado, con especialización en América Central. Profesora desde 1967 de la Conservative Georgetown University, desde 1977 lo fue del AEI. Es autora de ensayos sobre el comunismo en América Latina. Su marido, Evron Kirkpatrick, fue jefe de investigación y análisis de la OSS (Oficina de servicios estratégicos) antecesora de la CIA.
 - (9) Acerca de la política respecto a la socialdemocracia, me remito a mi trabajo *Primavera popular en Nicaragua* (ESTUDIOS Nr. 73) y ediciones en folleto, etc. Destaco además el análisis de Fidel Castro en el Segundo Congreso del Partido Comunista de Cuba.

Dimitrov y la actualidad

A cien años del nacimiento de Jorge Dimitrov, por invitación del CC del Partido Comunista Búlgaro, en el marco de los actos conmemorativos se reunió en Sofía la conferencia teórica DIMITROV Y LA ACTUALIDAD, a la que asistieron unas 140 delegaciones de partidos comunistas, socialistas y socialdemócratas, movimientos de liberación nacional y organizaciones internacionales. Por el PCU estuvo Rodney Arismendi – entre otros laureados del Premio Jorge Dimitrov, máximo galardón búlgaro – cuya intervención damos más adelante. Fue notoriamente destacada la presencia de delegados de partidos y movimientos de América Latina y el Caribe.

En la apertura Todor Zhivkov afirmó que la conferencia contribuiría a afianzar la unidad y cohesión del movimiento comunista y obrero internacional y estimularía la lucha de la humanidad progresista contra el militarismo, por paz sólida y la comprensión entre los pueblos. El informe inicial a la Conferencia lo dió Borís Ponomariov, suplente del Buró Político y secretario del CC del PCUS. Su intervención se concentró en los aspectos más agudamente críticos de la situación internacional. En un pasaje señaló Ponomariov que “De nosotros, los comunistas, de todos los combatientes avanzados la situación exige elevar considerablemente la actividad en lo relativo a resolver los problemas fundamentales, que preocupan las mentes y los corazones de la gente, y, en primer término, garantizar una paz sólida a todos los pueblos”.

En la clausura de la Conferencia, Todor Zhivkov afirmó que, como en tiempo de Dimitrov, el problema crucial de la humanidad es la unión en torno a la lucha por la paz. El inmenso peligro – señaló el dirigente búlgaro – que amenaza la humanidad está agravado por las condiciones de la guerra moderna, que no reconoce fronteras ni clases, y no tendrá vencedores ni vencidos. La tarea estratégica de las fuerzas del progreso es impedir la catástrofe nuclear, problema clave también para el proceso revolucionario mundial. No somos fatalistas, afirmó, no consideramos inevitable la guerra, estamos convencidos que la coexistencia pacífica es la única alternativa sensata a la guerra nuclear y disponemos de posibilidades para impedir la conflagración. Quienes empujan a la guerra son una minoría y la política belicista de EEUU es tan absurda que contradice los propios intereses de Estados Unidos. Subrayó el presidente del Consejo de Estado de RPB, la importancia que para la paz tienen el movimiento de liberación nacional, el de los No Alineados y el gran movimiento antiguerra en países capitalistas. El peligro de guerra proviene de EEUU y algunos de sus aliados, del afán hegemónico de aquel que nunca antes se manifestara con igual magnitud: Washington no quiere resignarse ante el anhelo de los pueblos de disponer de sus destinos. Ratificó Zhivkov el apoyo de Bulgaria a las iniciativas pacíficas de la URSS.

En la Conferencia, clausurada el 15 de junio, Rodney Arismendi manifestó lo que sigue.

RODNEY ARISMENDI EN EL CENTENARIO DE DIMITROV

Celebramos el centenario del nacimiento de Jorge Dimitrov, una de las más brillantes figuras del movimiento comunista, destacada incluso entre la gloriosa pléyade que contribuyera a forjar los cimientos de nuestra época inaugurada por la Revolución Socialista de 1917. Pero Dimitrov es a la vez un héroe del antifascismo; tras-pasa los límites de una ideología para pertenecer a toda la humanidad avanzada coincidente en el afán de paz, democracia e independencia nacional.

Hijo de la clase obrera búlgara, militante sindical y de partido, brillante agitador y publicista, teórico calificado, dirigente de dos insurrecciones, Dimitrov es una de las cumbres nacionales de Bulgaria y de su aguerrido partido, pero a la vez es un arquetipo internacional. En el tribunal de Leipzig habla por todos los pueblos y dirige la clase obrera del mundo como secretario general de la Internacional Comunista en la hora decisiva de su VII Congreso.

Un homenaje a Dimitrov no puede por lo tanto tener nada de ceremonia ritual.

Su obra y pensamiento están esculpidos en el granito de un pasado reciente sobre el que se asientan las gigantescas e irreversibles transformaciones en las que estamos inmersos: la primera Revolución Socialista triunfante y el desarrollo de la Unión Soviética; la victoria sobre el nazifascismo en la segunda guerra, equivalente a una inmensa revolución; la extensión del socialismo a diversos continentes; la disgregación del sistema colonial con todas sus proyecciones; la elevación del papel protagónico de la clase obrera y los pueblos; en fin, el cambio radical de la correlación mundial de fuerzas, que edificó bases objetivas para que la guerra no sea inevitable...

Por lo mismo Dimitrov se integra a nuestro presente como un contemporáneo que marcha junto a nosotros con la alforja al hombro de sus valiosas y vivas enseñanzas.

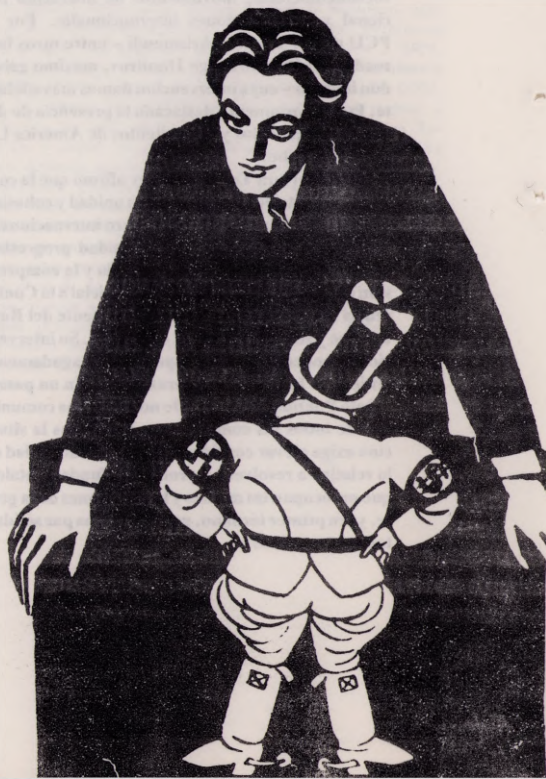
En esta tribuna sería reiterativo recorrer paso a paso su extraordinaria biografía. Destaquemos más bien algunos rasgos de esa su actualidad palpitante.

Dimitrov es ante todo un cuadro comunista, un discípulo de Lenin. Dedicó su vida a la causa de la emancipación de la clase obrera y de todos los pueblos. Por ello saluda la Revolución Rusa y se alista solidario con la Unión Soviética, primera y definitiva victoria del socialismo. Asume plenamente la doble condición distintiva del leninismo, la fidelidad a los principios del marxismo y la fertilidad creadora, ajena a toda consagración dogmática. Son estas condiciones las que hicieron de las enseñanzas de Lenin — teoría y praxis — el marxismo de nuestro tiempo, o sea el eje espiritual de nuestra época, guía para la acción en las más gigantescas transformaciones histórico sociales. Este sentido creador y esta agudeza crítica presiden los memorables documentos de Dimitrov en el VII Congreso de la IC y su célebre análisis del tránsito al socialismo de las condiciones democrático populares de la nueva Bulgaria.

Leninista es asimismo su vigorosa afirmación del internacionalismo proletario inseparable del amor y la dedicación hacia su patria búlgara, inclusive proclamados orgullosamente en las dramáticas circunstancias de Leipzig.

Leninista es el método de análisis del fascismo — a partir de la teoría de Lenin del imperialismo — y la consideración cuidadosa de sus bases sociales y de su carácter como dictadura terrorista de los círculos más reaccionarios del capital financiero. De allí surge la denuncia del fascismo como empresa dirigida no solo contra la clase obrera, sino también contra la paz, la democracia y la independencia de las naciones. De allí se infiere la fundamental distinción cualitativa entre el Estado democrático burgués y el fascista.

"Gueorgui Dimitrov Hoy"
por el artista satírico
búlgaro KARANDASH.



Todo ello permite elaborar una estrategia capaz de unir en un solo frente a pueblos y Estados de diferentes regímenes sociales en defensa de la paz — considerada indivisible — y contra la agresión. Esta estrategia permite desplegar la más amplia y flexible política de unidad capaz de congregar a todos los enemigos del fascismo, en primer término a la clase obrera, por los caminos del frente único, del frente popular o del frente nacional antifascista y antimperialista, en particular en los países coloniales, semicoloniales y dependientes. Esta estrategia es objetiva, con papel protagónico de la Unión Soviética, en la gran unidad de pueblos y Estados que salva a la humanidad en la segunda guerra mundial. En su aplicación la IC se vuelve vanguardia indiscutible de la gesta de la resistencia europea y de la eclosión insurreccional de las masas de todo el mundo.

Quizás entre las aportaciones fundamentales de Dimitrov y el VII Congreso, la lección de la unidad en la brega por la democracia y la liberación nacional sea la más palpitante y actual. Esta lección se agiganta y exhibe toda su fertilidad en estos momentos cuando la defensa de la paz se enlaza vivamente con la lucha de todos los pueblos contra el fascismo y el imperialismo; cuando la mayoría de la humanidad aspira a un nuevo orden económico mundial capaz de reducir la miseria, la explotación y el atraso social. La realidad de nuestro tiempo reclama dramáticamente la unidad de las tres corrientes revolucionarias fundamentales de nuestra época. Exige la unidad de pueblos y Estados para alejar el espectro de la hecatombe nuclear. Plantea la unidad en el plano nacional e internacional de comunistas, socialistas, socialdemócratas, demócratas avanzados, religiosos y laicos, en el más amplio espectro, que enlace dialécticamente la defensa y la profundización de la democracia con los avances hacia el socialismo.

Ello es mucho más acuciante en esta hora en que se agravó seriamente la situación internacional.

Los cambios de la correlación mundial de fuerzas determinaron el avance de la distensión y la posibilidad de afirmar la coexistencia pacífica sobre bases de mutua seguridad. Empero, el imperialismo de EEUU, en particular desde la ascensión de Reagan al poder, ha ennegrecido el horizonte con nuevos peligros. Misiles en Europa, bomba neutrónica, teorización de la posibilidad de la guerra nuclear, impulso frenético del armamentismo, amenazas bélicas contra la Unión Soviética, otros países socialistas y contra los pueblos que se han liberado o avanzan en la

ruta de su liberación. Esta política belicista se traduce a la vez en el estímulo a las fuerzas más regresivas en las distintas partes del planeta; ella conduce a la invasión de Líbano por Israel, a la empresa colonialista inglesa contra Argentina, a las agresiones de Sudáfrica contra Angola y otros países o al desarrollo de una guerra no declarada contra el pueblo de Afganistán.

Fuerzas muy grandes se alzan en defensa de la paz, desde las iniciativas soviéticas al Movimiento de No Alineados o a las gigantes multitudes populares que irrumpen en las grandes ciudades. La resistencia del mundo ha determinado el recomienzo de las reuniones entre EEUU y la URSS sobre armas estratégicas. La humanidad podrá salvarse de la locura nuclear. Solo podrá asegurar la victoria emulando las horas en que el mundo se alzó contra el nazifascismo.

La unidad es también palabra de orden movilizadora en América Latina. El imperialismo de EEUU pretende revertir violentamente el proceso liberador. Amenaza de invasión a Cuba; prepara, con otras fuerzas, la agresión a Nicaragua y Granada; interviene brutalmente en El Salvador y Guatemala donde los pueblos combaten heroicamente por la libertad; apoyan las dictaduras fascistas del Sur y las tiranías sangrientas de América Central y el Caribe.

No obstante el tremendo riesgo que se cierne sobre nuestras patrias, los planes imperialistas están condenados al fracaso.

La lucha por la autodeterminación económica y política de nuestros pueblos prosigue su espiral ascendente. La Revolución Cubana, con su inmensa proyección histórica, evidenció la crisis de la política yanqui de dominación del continente. Nuevos hechos lo siguen demostrando. Así ocurre desde las nuevas victorias revolucionarias en Nicaragua y Granada hasta episodios como la guerra en las Malvinas, que desenmascara la farsa de la unidad del hemisferio. Los combates democráticos y antimperialistas crecen. Fuerzas muy amplias se unen o coinciden contra el fascismo y el imperialismo. La solidaridad con Cuba, Nicaragua y Granada, el apoyo a El Salvador y Guatemala, la pugna por la reconquista de la democracia en Uruguay y por abatir el fascismo en Chile y otros países, se extiende y ahonda. Se congrega una coincidencia de pueblos y gobiernos, de partidos y organizaciones revolucionarias con partidos nacionalreformistas o de inspiración socialdemócrata, y con corrientes patrióticas muy amplias, religiosas y laicas. La política Reagan comienza a desgastarse. Es menester su derrota definitiva. La clave de la victoria es la unidad en amplitud y profundidad

de todas las fuerzas patrióticas y democráticas. **En amplitud**, con todos aquellos – pueblos y gobiernos – que convergen en el repudio al fascismo y a la brutalidad imperialista de Washington. **En profundidad**, con todos los partidos y movimientos revolucionarios democráticos y antimperialistas, que en numerosos países ya constituyeron sus frentes combativos. En pos de las lecciones inmortales de Jorge Dimitrov, nuestros pueblos han ido insertando una estrategia antifascista en la pugna histórica contra el imperialismo de EEUU. En la unidad y convergencia está la clave de nuestro triunfo.

Tal es la esencia de nuestra política contra la dictadura en Uruguay basada en la unidad de los sectores democráticos avanzados y antimperialistas – el Frente Amplio –, en la convergencia de todas las fuerzas opuestas a la dictadura.

Estimados camaradas: Celebramos este homenaje en la hermosa tierra de Bulgaria hoy enaltecida por grandes éxitos económicos, sociales y culturales como integrante de la comunidad socialista.

Saludamos al pueblo y a los dirigentes de la nueva Bulgaria, en especial al CC del PCB encabezado por el camarada Todor Zhivkov, certero continuador del héroe de Leipzig y destacada figura del movimiento comunista y obrero internacional. A la vez, les expresamos nuestro reconocimiento por la solidaridad prestada a nuestro pueblo y los demás pueblos de América Latina.

Camaradas: Vivimos un tiempo donde lo maravilloso se ha vuelto costumbre. El optimismo histórico de Dimitrov – que lo hizo vencedor de las cadenas en las celdas de la Gestapo – no se basaba en sueños, sino en las leyes inexorables del desarrollo social. Las inmensas victorias alternan a veces con derrotas, errores o contradicciones no resueltas; pero el proceso inaugurado en 1917 por las salvas del Aurora sigue su marcha ascendente hacia el triunfo definitivo.

Refiriéndose a Uruguay, el general Liber Segre – presidente del Frente Amplio, encarcelado desde hace ocho años – acuñó esta expresión de la segura esperanza:

Al final del camino una luz puntual nos espera.

Dibujo de José Campaña (1982)



Del 2 al 12 de junio de 1975 se ha tenido lugar en La Habana, capital del primer territorio libre de América y primer país socialista de América Latina, la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y el Caribe.

AMERICA LATINA



INDICES GEOGRAFICOS ACTUALES

La Conferencia elaboró el presente documento, aprobado por unanimidad, sobre la situación de la América Latina y el Caribe en las actuales circunstancias internacionales y las perspectivas de la lucha, y que constituye un instrumento a la lucha por la completa liberación nacional y la plena independencia de nuestros países, por la democracia y el bienestar popular, por la paz mundial y el socialismo.

COMUNICADO

Del 9 al 13 de junio de 1975 ha tenido lugar en La Habana, capital del primer territorio libre de América y primer país socialista de la América Latina, la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y el Caribe.

A la conferencia asistieron los siguientes partidos:

Partido Comunista de la Argentina, Partido Comunista de Bolivia, Partido Comunista Brasileño, Partido Comunista de Colombia, Partido Vanguardia Popular de Costa Rica, Partido Comunista de Cuba, Partido Comunista de Chile, Partido Comunista Dominicano, Partido Comunista de Ecuador, Partido Comunista de El Salvador, Partido Comunista Guadalupense, Partido Guatemalteco del Trabajo, Partido Popular Progresista de Guyana, Partido Unificado de los Comunistas Haitianos, Partido Comunista de Honduras, Partido Comunista Martiniqués, Partido Comunista Mexicano, Partido Socialista de Nicaragua, Partido del Pueblo de Panamá, Partido Comunista Paraguayo, Partido Comunista Peruano, Partido Comunista de Puerto Rico, Partido Comunista de Uruguay, Partido Comunista de Venezuela.

Figuraron también como observadores, las delegaciones del Partido Comunista del Canadá y del Partido Comunista de los Estados Unidos.

La conferencia fue preparada cuidadosamente, a través de actividades desarrolladas por representantes de los partidos comunistas de América Latina y el Caribe constituidos en comité de redacción del documento que sirvió de base a la discusión de la conferencia.

La conferencia mostró la firme unidad de los partidos comunistas de América Latina y del Caribe y su coincidencia esencial en la caracterización de la situación internacional y latinoamericana, así como en las bases estratégicas y las concepciones tácticas que sirven a los comunistas y a todos los revolucionarios y patriotas de América Latina y del Caribe en su lucha contra el enemigo principal definido por la conferencia misma: el imperialismo yanqui.

La Conferencia elaboró el presente documento, aprobado por unanimidad, sobre la situación de la América Latina y del Caribe en las actuales circunstancias internacionales y las perspectivas de esa lucha, y que concluye con un llamamiento a la lucha: "por la completa liberación nacional y la plena independencia de nuestras patrias, por la democracia y el bienestar popular, por la paz mundial y el socialismo".

I

A 150 años de la Batalla de Ayacucho, que simboliza el ocaso del colonialismo español en el Continente, la independencia plena y perdurable de Nuestra América por la que lucharon los proceres de la gesta libertadora, no se ha logrado aún.

La influencia comercial dominante de las viejas potencias europeas se convirtió rápidamente, a partir de los años finales del siglo pasado, en decisiva penetración económica imperialista. Las débiles economías latinoamericanas terminaron subordinadas al poderoso capital financiero de Gran Bretaña, Alemania o Francia, para pasar después a la dominación del imperialismo de Estados Unidos. Y en algunos territorios la ocupación colonial se mantiene hasta nuestros días.

El imperialismo interrumpió el desarrollo económico independiente de los países latinoamericanos, como lo había venido haciendo en Asia y como impediría durante décadas en Africa siquiera sus inicios. Se reforzó y tomó un nuevo carácter la interferencia económica, social y política que mostraría a los Estados latinoamericanos como presas fáciles de la voracidad imperialista, particularmente norteamericana. De esa manera, América Latina, sin haberse liberado completamente y sin llegar al pleno desarrollo de sus posibilidades, se vio sometida a nuevos amos. La soberanía de sus Estados quedó mediatizada. Con la dependencia, comenzó para ella el nuevo drama. Aunque el capitalismo —en grados distintos— pasó a ser el sistema económico predominante y en un grupo de países de América Latina ha llegado a un nivel medio de desarrollo capitalista y en ciertos casos, aparecen rasgos de capital monopolista, la dependencia económica determina, de una parte, la prolongación de las viejas estructuras y, de la otra, condiciona el propio proceso capitalista.

El panorama de miseria, retraso económico analfabetismo, insalubridad y negación de los derechos humanos, de arbitraria limitación a la capacidad de decisión nacional, caracteriza a la mayor parte de América Latina y afecta a una mayoría de la población de aquellos países del área más adelantados económicamente.

Con sus 320 millones de habitantes y sus inmensas riquezas naturales, América Latina podría constituir una de las zonas más avanzadas del mundo.

Sin embargo, más de 100 millones de latinoamericanos se encuentran deficientemente alimentados; 36 millones, entre ellos 15 millones de niños, sufren un peligroso estado de desnutrición; más de la quinta parte de sus habitantes viven en países en los cuales el consumo medio de calorías y proteínas es inferior al mínimo necesario. Mientras en países capitalistas desarrollados 20 de cada mil

niños mueren en el primer año de su vida, en Haití llegan a 230 de cada mil; hay zonas de Brasil en que la cifra es de 180 y 90 en Sao Paulo, el centro industrial más importante de América Latina. En acifra en Chile era de 79 por cada mil nacidos vivos y ahora crece. Excluida Cuba, cuyo promedio es inferior a 30, la media latinoamericana no resulta menor de 66.

Hay países donde el analfabetismo censal promedia un 27 por ciento, pero las cifras reales del analfabetismo funcional son muy superiores, sobre todo en aquellos que ni siquiera tienen información aproximada al respecto. Se calcula que no menos de 12 millones de niños carecen de escuelas primarias y, entre los que se encuentran matriculados, la deserción escolar fluctúa entre un 50 y un 80 por ciento. Apenas la tercera parte de los escolares de primaria comienzan estudios de secundaria y menos del 9 por ciento de la población entre 20 y 24 años empieza estudios universitarios. Muchos graduados, víctimas del desempleo y de los bajos sueldos, sucumben al reclamo de la metrópoli y marchan a Estados Unidos, en lo que constituye un robo de talentos.

El desempleo total o parcial es uno de los fenómenos sociales más graves. Fluctúa, según datos oficiales, entre un 10 y un 25 por ciento de la población potencialmente activa. La cifra excluye a decenas de millones de mujeres que tienen la capacidad y la necesidad económica de emplearse productivamente y a otros millones de latinoamericanos que padecen las condiciones de desempleo, disfrazado en economías familiares miserables en el campo.

América Latina continúa dedicada, en lo fundamental, a crear productos primarios agrícolas y minerales. En 20 años, hasta 1970, el porcentaje de la industria en el Producto Bruto interno sólo ha pasado del 18,7 al 25,2. Las cifras globales no reflejan la situación real de la mayoría de los países por el peso que en ellas tienen los datos de economías como las de Argentina, Brasil y México, en las cuales la producción industrial es superior a la media continental. Es característico del sector industrial, en la mayoría de los casos, un significativo atraso de la técnica, baja producción, baja productividad e inadecuado empleo de los recursos. En algunos de los países, especialmente los que forman el Mercado Común Centroamericano, y en los del Caribe, la mayor parte de la capacidad industrial instalada está constituida por sucursales de monopolios imperialistas que se limitan a realizar las etapas finales de la producción. Asimismo, abundan las empresas que se crean con el único objetivo de emplear mano de obra barata y enviar los productos a Estados Unidos, lo cual representa un factor más de la dependencia y la deformación de nuestras economías.

La penetración de consorcios transnacionales introdujo en una parte de la agricultura latinoamericana formas modernas de explotación que constituyen también una nueva manera de extraer los

recursos naturales de nuestras tierras y situarnos en dependencia, aún mayor, con respecto al capital monopolista de Estados Unidos.

La estructura económico-social del campo latinoamericano presenta grados de desarrollo desiguales y contradictorios. Por un lado, se ha incrementado y tecnificado mucho la producción agropecuaria destinada a la exportación. Por otro lado, subsisten atrasadas formas de explotación de la tierra. En general, millones de trabajadores rurales viven en condiciones de miseria y explotación. Una de las causas fundamentales de esta situación es el monopolio de la propiedad territorial ejercido por los latifundistas y las empresas capitalistas nacionales y extranjeras. Asimismo, es elevado el número de minifundistas, cuya producción, de muy bajo rendimiento, está incorporada débilmente a la circulación mercantil.

La distribución de la tierra ha mantenido, con algunas excepciones, la desigualdad que existía en los años iniciales de las luchas por la independencia. En otros la ha agravado. Menos del 8 por ciento de propietarios latifundistas detenta el 85 por ciento del área total agrícola.

La existencia de millones de campesinos sin tierra, que se ven obligados a vender su fuerza de trabajo temporalmente o emigrar del campo, agrava las condiciones de vida de las masas rurales. La penetración de los monopolos agudiza la crisis agraria. Esta, y no la "explosión demográfica", es la causa principal de la escasez de alimentos.

El retraso es todavía más brutal en aquellos países que tienen considerable población aborígen. En ellos, más de 30 millones de indígenas, agrupados en diversas comunidades étnicas y lingüísticas, no sólo son objeto de la explotación más infame, sino que sufren los efectos de la política de asimilación forzada y discriminación nacional y cultural aplicada por el imperialismo y las oligarquías. Como se sabe, los colonialistas y sus continuadores emprendieron el exterminio sistemático de la población indígena, la cual libró heroicas luchas por la libertad y su patrimonio cultural. Estas luchas forman hoy parte del combate general de nuestros pueblos. Todavía actualmente se producen hechos de genocidio contra ellos en Brasil, Paraguay y otros países.

Los ideólogos del imperialismo y sus servidores nativos postulan que la mejor fuente de recursos externos que necesita América Latina para el desarrollo, es la inversión privada extranjera. Pero su historia pasada y reciente confirma que las inversiones extranjeras, en particular las norteamericanas, han servido sólo para esquilmar a nuestros países. Los beneficios anuales de las inversiones petroleras fluctúan entre el 20 y el 30 por ciento y no son muy inferiores los que provienen de otras ramas de producción minera o industrial. Lo que invierten los imperialistas yanquis en América latina se paga en los primeros años de la explotación y el resto de la actividad

económica se convierte en una sustracción implacable y gratuita de la riqueza

Esta superexplotación se expresa particularmente en el terreno financiero. De 700 millones de dólares extraídos por las empresas extranjeras en 1950, se ha pasado a más de 9.200 millones en 1974, incluyendo intereses. Entre 1960 y 1969 la remesa de utilidades de las filiales de los monopolios vanquis en América Latina excedió en 6.745 millones las cifras de transferencias de capita. hacia nuestros países

En los primeros tiempos de la presencia imperialista en el continente, una de las formas típicas de explotación consistía en la inversión minera o en actividades agropecuarias de un nivel de industrialización relativamente bajo como el azúcar, el banano, los frigoríficos, el transporte y en préstamos al Estado. Luego los imperialistas controlaron servicios públicos, en particular la electricidad y los teléfonos, y dominaron centros financieros fundamentales. En el último periodo ocupan posiciones claves en la industria y el comercio interior y exterior y controlan los mas importantes medios de comunicación masiva.

Aprovechando su monopolio de la tecnología avanzada y de materias primas esenciales, las grandes empresas transnacionales asociadas a grupos poderosos de América latina, extienden y ahondan la dependencia.

Obligado por las circunstancias de un mundo en profundo cambio, en el que no dejan de influir las luchas de los países del continente, el imperialismo emplea su fuerza aplicando nuevas y mas sutiles formas de penetración y de dominio. La asociación de capital nativo con capital imperialista, para dar lugar a empresas mixtas, conviene a los intereses imperialistas, pues constituye un método que preserva de nacionalizaciones y permite a los monopolios, especialmente norteamericanos, aprovechar recursos y legislaciones locales, aumentar sus utilidades, violar palmariamente cualquier medida defensiva y dominar las empresas de capital asociado. Controlan compañías en apariencia nacionales y sustraen la mayor parte de los beneficios a través de patentes, regalías y otras formas de "royalties", así como mediante la burla de la contabilidad, sobrefacturando las materias primas o equipos que importan de las compañías matrices en el exterior, o subfacturando los productos que venden a esas mismas compañías matrices.

También utiliza el sistema de "créditos atados" que entidades financieras como el Banco Interamericano de Desarrollo, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, conceden particularmente a empresas del sector público (energía, teléfonos, ferrocarriles, acueductos, etcétera) y que éstas se comprometen a pagar mediante los ingresos obtenidos con base en la continua elevación de las tarifas. Todo esto acrecienta la deuda externa, impulsa la infla-

ción y la carestía de la vida; implica el establecimiento de nuevos impuestos al mismo tiempo que la disminución del salario real, constituyendo, en suma, un retroceso que lleva a la virtual desnacionalización de dichas empresas y a la burla de su autonomía.

México y Argentina podrían servir como ejemplo, pero Brasil, sin duda, es el caso típico de esos nuevos modos de penetración y dominio imperialistas. El "milagro brasileño" ha quedado ya al desnudo y su fracaso es admitido aun por aquellos que fueron sus propagandistas principales. El crecimiento económico brasileño, de los últimos años tiene un significado muy distinto del que le asignan sus apologistas. Ante todo, es preciso recordar cómo se consiguió y a quiénes ha beneficiado.

El proceso de fascistización que transcurre en Brasil, después del golpe derechista de 1964, creó las premisas políticas indispensables para el surgimiento del "milagro económico". La violenta represión al movimiento obrero sindical y a las fuerzas democráticas y antiimperialismo, además de reflejar el carácter ultrarreaccionario del régimen brasileño, constituyó una poderosa arma política para imponer al país un tipo de crecimiento económico aún más dependiente y subordinado al imperialismo de Estados Unidos.

Ese crecimiento económico presentó los siguientes rasgos fundamentales: disminución de los salarios hasta el límite de la supervivencia biológica para aumentar la acumulación y las inversiones; tasa de inflación mantenida hasta 1973 en torno de un veinte por ciento anual; facilidades a las inversiones masivas del capital extranjero y apoyo a la instalación de empresas transnacionales; fortalecimiento en gran escala por el Estado del sector monopolista de la economía; refuerzo del latifundio; entrega de las riquezas naturales, incluso de extensas áreas para la agricultura, a los grandes consorcios imperialistas; incentivos a la exportación en perjuicio del mercado interno.

Los ejecutores del falso milagro, los oligarcas y militares brasileños, al intervenir en convivencia con el imperialismo norteamericano en la vida política y económica de los estados vecinos (especialmente en Paraguay, Bolivia, Uruguay y Chile) y al ejecutar una política expansionista, atentan contra los intereses de todos los pueblos de la región y convierten al Brasil en peligroso punto de apoyo del imperialismo en el sur de América.

Un balance de los años que lleva el "milagro brasileño" demuestra que se trata de un crecimiento económico que margina a las masas de sus beneficios, que mediatiza aún más la soberanía nacional y que es obtenido a un insoportable costo social. Por tales razones, el camino del "milagro brasileño" no puede, como pretenden los propagandistas del imperialismo, constituir una alternativa para los pueblos de América Latina que luchan por la liberación nacional y social.

Otros son los caminos que la situación de América Latina impone.

Los pueblos latinoamericanos nunca han dejado de combatir contra la apropiación creciente por el imperialismo norteamericano de las riquezas de sus países y contra la brutal explotación de éste y las oligarquias.

Durante la gran depresión económica de 1929, enmarcada en la crisis general del capitalismo, se puso de relieve la crisis estructural de América Latina y la contradicción insalvable entre los intereses latinoamericanos y las pretensiones del imperialismo. Estuvo presente la maduración de la conciencia de la clase obrera que había dado origen, desde el siglo XIX, a corrientes socialistas y condujo, bajo la influencia de la Revolución de Octubre, a la creación de la mayoría de los partidos comunistas de América Latina.

Se manifestaron más decididamente una corriente popular antimperialista y la lucha obrera, campesina y estudiantil, por cambios en la estructura económica y social. Hubo episodios de gran trascendencia, como la Columna Invicta dirigida por Luis Carlos Prestes, la insurrección obrero-campesina de 1932 dirigida por el Partido Comunista en El Salvador, el derrocamiento en 1933 en Cuba del tirano Gerardo Machado por la huelga general obrera, las heroicas acciones encabezadas por Augusto César Sandino y la potente ola de solidaridad con la lucha del pueblo español contra la agresión fascista. La nacionalización del petróleo y otras reformas durante la presidencia de Lázaro Cárdenas en México y el gobierno del Frente Popular de Pedro Aguirre Cerda en Chile, marcan, en cierta medida, la terminación de una fructífera etapa, en la que se acumuló fuerzas y experiencias. Se ensanchó el campo de la lucha antifascista, contra las guerras de agresión y rapiña del imperialismo.

El estallido y desarrollo de la Segunda Guerra Mundial, que se convirtió en una guerra de los pueblos contra la esclavitud fascista, derivó en algunas modificaciones de la situación de la América Latina. Los pueblos del mundo cerraron filas ante el dramático desafío de la tiranía nazifascista que aspiraba al dominio mundial y a esclavizarlos para beneficio de los sectores más reaccionarios del imperialismo. Cristaliza la coalición antihitleriana que uniría en la necesaria guerra antinazi a grandes potencias imperialistas y al primer Estado Socialista, la URSS, que asumió en ella la carga decisiva.

Tanto en el periodo que precedió a la guerra como durante la misma, los Partidos Comunistas de América Latina se esforzaron con éxito diverso en cada país, para formar frentes nacionales antifascistas y antiimperialistas. En este sentido jugaron un importante papel las resoluciones del VII Congreso de la Internacional Comunista. En los años de la guerra y al culminar esta con la grandiosa

victoria de los pueblos, a la que dio aporte decisivo la Unión Soviética, y al surgir el campo socialista mundial, se produjo en numerosos países de América Latina una importante apertura que favoreció al desarrollo del movimiento obrero y de los Partidos Comunistas, así como la realización de importantes reformas sociales.

Al mismo tiempo, el imperialismo norteamericano aprovechó las condiciones de la guerra para desplazar a sus competidores e introducirse más en el sur de América Latina, apelando a métodos más sutiles. Impuso el Tratado de Río de Janeiro en 1947 tratando de reforzar con el llamado panamericanismo su dominio político y militar. No logró, sin embargo, impedir la agudización de las contradicciones entre sus monopolios y los intereses nacionales y populares de los países latinoamericanos, en el marco de un cierto crecimiento de capas burguesas nativas, interesadas en una política de sustitución de importaciones que generó una relativa industrialización.

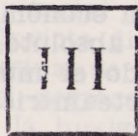
A partir de la terminación de la guerra se hicieron cada vez más brutales los métodos de dominación del imperialismo norteamericano. Apoyado en su fuerza económica y en el chantaje atómico, aspiraba al dominio mundial absoluto, lo que causó su enfrentamiento con los pueblos de todo el mundo, y también con nuestra América. El imperialismo norteamericano inició la "guerra fría" en 1947.

Tal política se expresó en el "Plan Marshall" y sobre todo en el "Plan Truman" y condujo en el continente, bajo el pretexto del anticomunismo, a la represión no sólo contra los partidos comunistas latinoamericanos, sino contra todas aquellas fuerzas progresistas y democráticas que estorbaban la pretensión de dominio absoluto de los imperialistas.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos había aumentado su influencia sobre el conjunto de las fuerzas armadas de América Latina encuadrándolas en sus propias concepciones estratégicas, con la invocación de la "defensa continental". En todo el periodo de la "guerra fría" le fue posible mantener y reforzar ese control mediante la burda falsificación de que oponerse al supuesto peligro comunista significaba continuar el enfrentamiento al fascismo. Esto facilitó que la sangre de soldados colombianos y puertorriqueños fuera vertida en la monstruosa agresión a Corea. Esto mismo pretendieron cuando la guerra de Viet Nam, pero las luchas populares se lo impidieron.

En todo este periodo las masas de nuestros países elevaron el nivel de sus acciones y protestas. Los estallidos revolucionarios de la primera parte de los años cincuenta fueron una expresión de ese nuevo nivel. En Bolivia, la insurrección popular del 9 de abril de 1952 impuso la nacionalización de las minas, la reforma agraria y el voto universal, aunque sus proyecciones revolucionarias fueron desvirtuadas posteriormente por la política claudicante de la bur-

guesía. El gobierno de Jacobo Arbenz en Guatemala fue, con su política de reforma agraria que golpeaba principalmente a la United Fruit Company, un signo de la decisión cada vez mayor de las fuerzas patrióticas y populares de América Latina de sacudirse el yugo extranjero y derrotar a los traidores nacionales. En las colonias británicas del Caribe, tuvo lugar un nuevo ascenso del movimiento democrático que alcanzó su mayor éxito en Guyana, en abril de 1953, con la abrumadora victoria electoral del Partido Popular Progresista de Guyana, que formó gobierno durante 133 días, siendo depuesto por los imperialistas británicos. El 26 de julio de 1953 Fidel Castro, con un grupo de compañeros, iniciaba con el ataque al cuartel Moncada lo que vendría a ser, después de la legendaria lucha guerrillera de la Sierra Maestra, un salto decisivo para la América Latina: el proceso revolucionario que culminó en la victoria del Primero de Enero de 1959.



La revolución cubana constituyó un cambio histórico en América Latina.

Cuando después de seis años de continuo batallar, comenzado con el asalto al Cuartel Moncada, llegó el Ejército Rebelde a La Habana, los imperialistas norteamericanos estaban confiados en que se trataba de un movimiento que podría fácilmente ser situado bajo el control tradicional de Washington o en última instancia destruido. Sin embargo, bajo la guía de Fidel Castro y sus compañeros, la victoria contra Batista se transformó en la creación del Primer Territorio Libre de América, para devenir poco después el primer país socialista del Continente.

El movimiento armado contra la tiranía reunió a la inmensa mayoría del país, dio lugar a la construcción de un nuevo poder realmente popular, avanzó en el desarrollo de transformaciones revolucionarias como la reforma agraria, las nacionalizaciones y la aplicación de una política exterior independiente.

Contra Cuba se concentró el odio imperialista. Se le quiso paralizar con el corte de los abastecimientos de combustible y el bloqueo comercial. Se utilizaron el atentado contra sus líderes, el sabotaje y la infiltración militar. Cuando todos estos esfuerzos fracasaron se organizó una aventura militar en gran escala, fomentada, preparada y respaldada oficialmente por la CIA y el Pentágono. Pero Playa Girón

se convirtió en la primera derrota militar del imperialismo en la América Latina.

La persistencia del imperialismo en agredir a Cuba, contemplando seriamente la idea de un ataque directo con sus propias Fuerzas Armadas, dio lugar a las medidas que condujeron a la Crisis de Octubre de 1962, a partir de la que, pese a la arrogancia del imperio y su falsa interpretación de los hechos, se vio obligado al compromiso de no invadir la Isla, por lo cual —unido a su comprometimiento militar en el sudeste asiático y al intenso fortalecimiento militar de la Revolución— el pueblo de Cuba pudo contar con un clima de seguridad y garantía, que le ahorró las inmensas destrucciones y el probable sacrificio de la vida de millones de sus hijos que le habría costado una intervención directa de Estados Unidos.

La resistencia heroica y la disposición de lucha de la clase obrera y el pueblo de Cuba, la dirección firme, audaz y certera de Fidel Castro, la solidaridad internacional de los pueblos de América Latina y el mundo, de los países socialistas y muy especialmente de la Unión Soviética que contribuyó con armas, combustible y respaldo político, técnico y económico, hicieron posible que la Revolución cubana se convirtiera en un hecho social irreversible en el escenario latinoamericano.

La Revolución cubana destruyó el mito del fatalismo geográfico utilizado por el imperialismo y las oligarquías para consolidar el yugo opresor y también por las burguesías que quieren que nuestros pueblos se conformen con reformas y no tomen el camino de los cambios revolucionarios.

Las agresiones imperialistas no sólo no impidieron la profundización de la Revolución cubana sino que aceleraron su ritmo. El programa presentado en el inolvidable discurso durante el juicio del Moncada, demostraba que quienes se propusieran en América Latina la independencia de sus patrias y el progreso de sus pueblos tendrían que hacerlo bajo premisas de verdadera transformación social. Con Fidel Castro a la cabeza, las fuerzas que en Cuba habían trabajado por el ideario marxista-leninista y las que se incorporaban a él a través de la propia experiencia revolucionaria, realizaron una unidad que constituye un ejemplo para todos los movimientos revolucionarios de América Latina.

Y en abril de 1961, como respuesta a la agresión militar imperialista, Fidel Castro llamó al pueblo cubano a luchar abiertamente por la defensa de la revolución socialista y con la consigna de ¡Patria o Muerte, Venceremos! Los que murieron en Girón lo hicieron bajo las gloriosas banderas del socialismo.

Así, gracias a la unidad revolucionaria y a las favorables modificaciones en la situación internacional, transformada por los avances del socialismo y la lucha antiimperialista en todo el mundo, el

tránsito hacia el nuevo sistema en Cuba se realizó en un plazo muy breve y mediante una rápida sucesión de hechos que lo impulsaron.

A los catorce años de Girón, las realizaciones de Cuba, sus victorias económicas, su honda estructura democrática, contrastan con la miseria, el retraso y la opresión que padecen la mayor parte de los pueblos de América Latina.

El programa educacional cubano es hoy la admiración no sólo de los países en vías de desarrollo, sino también de especialistas de los países más avanzados. El 99,5 por ciento de su población escolar primaria acude a las escuelas, 150 mil jóvenes pasan cada año a la enseñanza media que agrupa actualmente casi 500 mil estudiantes, mientras al inicio del periodo revolucionario apenas ascendían a 80 mil. El hermoso espectáculo de casi 200 mil alumnos becados, en cientos de escuelas, es orgullo para Cuba. En las Escuelas Secundarias en el Campo, en las escuelas tecnológicas, en los politécnicos e institutos tecnológicos y en los preuniversitarios, el empleo del sistema de estudio y trabajo sirve para formar graduados de la más alta calidad, en los cuales el respeto al trabajo es parte de una formación moral y política que sitúa a la juventud cubana como ejemplo ante la crisis que conmueve a la juventud de los países imperialistas y de los países subdesarrollados y en vías de desarrollo.

En 1973 Cuba graduó 12 mil técnicos medios y tiene 65 mil estudiantes universitarios, tres veces y media más que en el periodo pre-revolucionario.

Después de haber hecho frente al éxodo de más de 3.000 médicos, provocado por el imperialismo de Estados Unidos, Cuba tiene hoy 10.300 médicos; uno de los tres más altos índices en la América Latina. La reducción de la tasa de mortalidad anual es impresionante, habiendo bajado al seis por mil. Se han eliminado enfermedades endémicas, como la poliomielitis y el paludismo.

Un papel importante en la elevación del nivel de salud lo tiene el grado de alimentación de la totalidad de la población. Cuba ocupa el tercer lugar en América Latina por su consumo proteínico y llegará, en el próximo quinquenio, a los niveles de los países desarrollados. Por la distribución equitativa de los ingresos que supone el socialismo, lo cual conduce a una distribución más igualitaria de los alimentos básicos —con la sola excepción de la preferencia que concede la Revolución a los niños, jóvenes y ancianos— el consumo personal “per cápita” para Cuba es real. En el caso de los países del área capitalista el “per cápita” nominal oculta una enorme desigualdad en los ingresos, pues incluso en estos últimos el desempleo alcanza a más de 100 millones de trabajadores. Como consecuencia de la educación física, la salud y la alimentación del pueblo, Cuba ocupa hoy un lugar cimero en el deporte entre todos los pueblos de América Latina.

La obra de transformación material de la Revolución cubana es extraordinaria. Cuba está a punto de cuadruplicar la capacidad de

producción de energía eléctrica que tenía hace quince años. Ha triplicado su producción de cemento y antes de 1980 será seis veces mayor que en 1959. Tiene casi 200 veces más capacidad de embalse de agua que al triunfo de la Revolución. Se multiplicó en dos veces y media su red de caminos. El Sector de la Construcción, que en 1970 alcanzaba un valor de 339 millones de pesos cubanos anuales, en 1974 rebasaba los 1.200 millones, a precios constantes. En 1980 el valor de la producción de este sector superará los 3.000 millones, lo que significará un crecimiento de más de ocho veces en 10 años.

De acuerdo con el principio de especialización local y diversificación nacional, se están ubicando los cultivos, según la estructura físico-química de los suelos y la topografía. Cuba ha consolidado su industria azucarera y se propone ampliarla con el cultivo intensivo de la caña de azúcar y la máxima mecanización posible de su cosecha. La producción lechera aumenta sobre la base de la transformación racial de la masa ganadera a través de la inseminación artificial. La pesca, que era de poco más de 20.000 toneladas anuales al comenzar el periodo revolucionario, supera ya las 200 mil. La marina mercante pasó de 57 mil toneladas de peso muerto en 1958 a 586 mil en 1974.

La dirección revolucionaria cubana puso el desarrollo agropecuario en el centro de su estrategia económica inicial también en sus planes el crecimiento de la industria destinada a servir a la agricultura o a procesar los productos agrícolas y ganaderos.

Se ha logrado una producción de fertilizantes de más de 660 mil toneladas, que pronto será duplicada. La pasteurización de leche se incrementó cuatro veces y una sola planta nueva llegará a procesar un millón de litros de leche diarios.

Cuba ha comenzado la segunda etapa de su proceso estratégico de desarrollo que pondrá el acento en la industrialización. La producción de níquel crecerá en los próximos diez años de 36.000 a casi 150 mil toneladas anuales. Se iniciará la petroquímica del plástico y una siderurgia integrada que aumentará la producción actual cuatro veces. La industria textil, de una capacidad de 110 millones de m² anuales, se ha duplicado y pasará a los 300 millones hacia 1980. Se ha iniciado la construcción de una planta de máquinas cosechadoras de caña, con capacidad para 600 combinadas anuales, que pueden cortar y entregar al transporte unas 100 mil toneladas diariamente. Se creará la industria pesada para la construcción de centrales azucareros y se completará la industria automotriz.

Las industrias de neumáticos y de artículos electrodomésticos (televisores, refrigeradores, etc.), tendrán un gran desarrollo.

Estas transformaciones materiales no son las únicas que trajo la Revolución Cubana. Lo mejor que ella muestra a sus hermanos de América Latina, en particular a la clase obrera, es que Cuba liquidó males como el desempleo, la discriminación racial, la prostitución, el

juego y la mendicidad y se afianza en un pueblo que salió de la humillación y despersonalización a que lo sometieron los imperialistas.

Cuba está consolidando la institucionalización del sistema socialista que ha elegido y construye. Millones de cubanos discuten hoy el Anteproyecto de Constitución que recibirá en el Primer Congreso de su Partido Comunista forma definitiva, para ser presentado a la aprobación plebiscitaria del pueblo. También se ensaya ahora, con buen éxito, la experiencia de los Poderes Populares en la provincia de Matanzas, que tiene como objetivo encontrar las vías más adecuadas de la participación democrática y directa del pueblo, tanto en la conducción de sus instituciones políticas como en la dirección y administración de las empresas locales.

Cuba reorganiza su sistema de gestión económica y su división político-administrativa adecuándolos a las nuevas características sociales.

El pueblo se presenta hoy como símbolo magnífico de la unidad revolucionaria, de la conciencia política nacional e internacionalista, de la elevación cultural y moral. Supo desarrollar su Revolución, defenderla en todos los terrenos, reconstruir y dar decidido impulso a su economía nacional sin crisis, afirmar lazos fraternales con los otros países socialistas y con todos aquellos que enfrentan al imperialismo. La Revolución cubana marca un momento de profundo viraje de la lucha contra la dominación imperialista a escala mucho más amplia y profunda en el continente. Y tiene una notable influencia internacional.

IV

En el momento en que triunfó la Revolución cubana era evidente el fracaso de la "guerra fría".

La continuación de las batallas populares y el surgimiento de Cuba revolucionaria obligaron a los gobernantes de Washington a utilizar otros caminos y métodos para mantener sometida a Latinoamérica. El imperialismo echó mano a la "Alianza para el Progreso".

Cuando, en 1962, el gobierno de Washington impuso la expulsión de Cuba de la OEA, pensó que el programa reformista de la "Alianza" y el apoyo financiero que se decía dispuesto a proporcionar, bastarían para levantar un ejemplo contrastante de la Revolución Cubana, a la que intentó ahogar desde sus inicios con el bloqueo económico, el aislamiento político y la agresión militar.

Washington seleccionó al Gobierno de Frei como contrapartida "democrática" de la experiencia cubana, a la que decía combatir en

razón de un supuesto totalitarismo. Mientras los imperialistas contribuían al derrocamiento de Goulart en Brasil y del gobierno del Partido Popular Progresista en Guyana en 1964 —que se habían negado a seguirlos en sus ataques a Cuba— daban apoyo a Frei y a otras experiencias similares

La historia pronto mostró que la vía para el verdadero desarrollo de nuestros países no es el reformismo capitulador que pide la “ayuda” de los monopolios, sino la decisión política de lograr la independencia económica e impulsar cambios sustanciales.

Frei buscó salvar el capitalismo en Chile e impedir la revolución popular y el socialismo. Trató de hacerlo, no a la vieja usanza, sino con métodos y lenguajes nuevos. Sin embargo dejó intactos los intereses y privilegios de la oligarquía y del imperialismo, y fue cayendo en posiciones más y más conservadoras, hasta convertirse en un régimen francamente reaccionario. Experiencias similares en Perú, Venezuela y otros países quedaron desenmascaradas por la lucha de sus pueblos. Esta lucha, alentada por el ejemplo de la Revolución Cubana, las victorias del socialismo mundial, las acciones de la clase obrera y las fuerzas democráticas en los países capitalistas desarrollados y del movimiento de liberación nacional en otros continentes, tomó los rumbos más diversos. Se luchó en los centros estudiantiles, en las calles, en los sindicatos y fábricas, surgieron guerrillas en montañas y llanos, algunas de las cuales se prolongan heroicamente hasta hoy.

Se destaca el impulso del movimiento de masas, con la presencia decisiva de la clase obrera. Huelgas, paros generales y parciales, ocupaciones de fábricas, manifestaciones obreras, reúnen en un solo haz la lucha contra la congelación y rebajas de salarios, por la elevación del nivel de vida, contra los despidos, en defensa de su organización, en la lucha contra la represión, por las libertades y conquistas democráticas. Igualmente se desarrollan vigorosos movimientos campesinos por la tierra y combativas luchas estudiantiles y populares por la nacionalización de los principales recursos en manos del imperialismo.

Los comunistas y otras fuerzas revolucionarias de América Latina se beneficiarán con las experiencias de ese período, dado que a través de esa conmoción revolucionaria empezaron a gestarse cambios que expresan la profundidad de la crisis del poder imperialista en América Latina y la perspectiva de la lucha victoriosa para nuestros pueblos.

El mes de abril de 1965, en Santo Domingo, un levantamiento popular, dirigido por el Coronel Francisco Caamaño y otros oficiales revolucionarios, puso en crisis el dominio imperialista en ese hermano país, lo cual llevó a Estados Unidos a intervenir con numerosas tropas para impedir el triunfo de la Revolución, tras larga, heroica e intrépida resistencia del pueblo dominicano.

El 3 de octubre de 1968 surge en Perú el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada que desde el comienzo entró en conflicto con el imperialismo y la oligarquía con una posición resuelta de defensa del interés nacional, de progreso social, de política exterior independiente y solidaria con los pueblos que luchan por la independencia nacional.

En Panamá, el 11 de octubre de ese mismo año, tras luchas populares que frustraron las intenciones de imponer nuevas entregas de territorio a Estados Unidos, la Guardia Nacional asumió el gobierno, desalojó a las fuerzas reaccionarias proyanquis e inició cambios sustanciales al crear los órganos populares de poder local, al garantizar las libertades a las organizaciones populares y convertir en política oficial la lucha en pro del rescate total de la Zona del Canal y contra los monopolios norteamericanos.

En febrero de 1972, en Ecuador, las Fuerzas Armadas asumen el poder y proclaman un programa de gobierno en el que se destaca la defensa de la soberanía nacional, el rescate de las riquezas naturales, principalmente petróleo y pesca, y el desarrollo económico independiente. Este gobierno, con el respaldo popular, se enfrenta actualmente a las maniobras conspirativas de los monopolios internacionales y sus agentes criollos.

Son diferentes las formas del proceso social y político en los países de América Latina, lo mismo que el grado de participación de los sectores populares en la conducción directa de las transformaciones políticas y sociales. Tampoco su contenido de clase es el mismo, pero todos señalan una nueva realidad de nuestro continente, en la que son mayores las posibilidades de formación de gobiernos democráticos enfrentados con el imperialismo, que realicen una política social avanzada.

Todo este proceso adquiriría mayor dimensión con el esfuerzo inicialmente triunfante del movimiento obrero y popular de Chile al conquistar el gobierno en las elecciones presidenciales de 1970. La victoria popular fue el resultado de intensos combates de masas que abarcaron todos los frentes de la lucha social. Fue posible porque el movimiento popular consiguió unirse en torno de una línea política correcta que señaló con precisión los enemigos fundamentales: el imperialismo y la oligarquía monopolista y terrateniente y apuntó en esa dirección el golpe principal de su lucha. La clase obrera chilena construyó un frente político y social —la Unidad Popular— que fue capaz, gracias a esa política general correcta, de conquistar el gobierno del país y con ello una parte del poder político. El movimiento popular chileno abrió la vía a transformaciones revolucionarias de la sociedad chilena en medio de una aguda disputa por el poder con las viejas clases dominantes y los imperialistas que, apelando al fascismo, han podido restablecer temporalmente su dominio.

Con la bancarrota de la "Alianza para el Progreso", el imperialismo recurría principalmente a sus viejos métodos intervencionistas y a la acción de la CIA como instrumento de espionaje y provocación

Este nefasto órgano del imperialismo, que actúa en estrecha relación con gobiernos entreguistas y con los sectores reaccionarios en su oposición a gobiernos revolucionarios o tan sólo progresistas, organizó el derrocamiento del gobierno democrático guatemalteco y durante veinte años ha dirigido la liquidación sistemática de miles de patriotas, entre ellos numerosos militantes del Partido Guatemalteco del Trabajo y sus dos firmes Secretarios Generales, los compañeros Bernardo Alvarado Monzón y Huberto Alvarado. También fraguó el asesinato de la dirección y de centenares de miembros del Partido Unificado de los Comunistas de Haití en 1969. La CIA organizó la operación de Bahía de Cochinos, actuó contra Goulart, participó en el golpe de Estado contra el gobierno progresista del General Torres en Bolivia, preparó el golpe en Uruguay y está presente en todo complot reaccionario en América Latina. En la actuación siniestra de la CIA se destaca la planificación de los procesos de socavamiento, como el que por encargo del Departamento de Estado organizó contra el Gobierno Popular de Chile, con vistas al establecimiento de una dictadura fascista. Como se ve, la actividad de la CIA ha sido múltiple: desde intentos de impedir primero la victoria electoral de las fuerzas populares, evitar luego la toma de posesión de la Presidencia por Salvador Allende, hasta practicar lo que recibe el título "técnico" de "desestabilizar" gobierno y procesos de liberación, para articular el golpe artero de una camarilla de generales traidores dispuesta a ejercer el poder por las formas más brutales del fascismo.

La agudización de la crisis general del imperialismo y su incapacidad absoluta para resolverla, conducen a que los círculos más agresivos del capital monopolista apelen al fascismo.

En cinicas declaraciones, el Presidente Ford reconoció la dirección del gobierno de Estados Unidos en las actividades subversivas en el continente y, además, sostuvo con arrogancia el derecho a continuar realizándolas, en nombre de "los mejores intereses" de su país.

La experiencia chilena, ante todo confirma la validez de la concepción marxista-leninista acerca de que las viejas clases no abandonan voluntariamente el poder. Al revés, lo defienden con uñas y dientes. Del mismo modo, ella confirma el papel dirigente de la clase obrera y la necesidad de evitar su aislamiento en el empeño de transformación social; ratifica la necesidad de aplicar una política de alianzas amplias y flexibles y pone de manifiesto la obligatoriedad de una dirección única, firme y homogénea de las fuerzas de la coalición antiimperialista. La experiencia chilena muestra a las claras que el movimiento revolucionario no puede desechar ninguna de las vías de acceso democrático al poder, pero tiene también que estar

plenamente preparado y dispuesto a defender, con la fuerza de las armas, las conquistas democráticas.

Los imperialistas norteamericanos y las oligarquías latinoamericanas creyeron que el asesinato de Salvador Allende y la derrota de la Unidad Popular dejarían un camino fácil para la reconquista de posiciones en América Latina. Sin embargo, la Junta Militar fascista se encuentra cada vez más enfrentada al pueblo chileno y aislada internacionalmente y la lucha en el continente se acrecienta.

Como bien ha dicho el Partido Comunista de Chile, las tareas acometidas: nacionalización de la gran minería del cobre; creación del área de propiedad social sobre la base de la nacionalización de grandes monopolios; estatización de la banca; impulso a la reforma agraria; redistribución del ingreso en favor de los trabajadores; los avances en la solución de los problemas de la vivienda, la salud y la educación; el establecimiento de una política exterior independiente y, de manera especial, el notable desarrollo de la participación del pueblo en la conducción de los destinos del país a través del fortalecimiento de los sindicatos y de la Central Unica de Trabajadores, de los organismos de participación en las empresas, de las Juntas de Abastecimiento y Precios, etc., son hechos que subrayan el carácter profundamente nacional, popular y revolucionario del Gobierno que encabezaba Salvador Allende.

Más allá de la derrota transitoria, estos logros constituyen una herencia inapreciable para el pueblo de Chile. Aunque borrados temporalmente por la Junta fascista, subsistirán como banderas de lucha de la clase obrera y los más vastos sectores del pueblo.

Los esfuerzos del imperialismo para mediatizar el proceso peruano, conduciéndolo a la conciliación, no han tenido éxito. La consolidación del sector público de la economía, el inicio de la formación de la propiedad social, la profundización de la reforma agraria, la eliminación del monopolio oligárquico de la prensa, la radio y la televisión, y el reconocimiento del quechua como segunda lengua oficial, caracterizan una política dirigida a vincular cada vez más a la Fuerza Armada con el pueblo.

El Gobierno de Panamá no se rinde a las amenazas. Fortalece los vínculos con el pueblo y además de mantener la justa reivindicación del rescate de los legítimos derechos de Panamá sobre el Canal, da nuevos pasos de enfrentamiento al neocolonialismo con la nacionalización prevista de las bananeras. La actitud panameña alienta a otros procesos liberadores en el área.

Mientras tanto, aparecen nuevas manifestaciones de la crisis de América Latina en sus relaciones con el imperialismo.

En los finales de la década del 40, la burguesía mexicana inició un rumbo de entrega de los intereses nacionales al imperialismo. Empezó entonces una alianza económica entre una parte influyente de la gran burguesía mexicana y las corporaciones transnacionales,

que produjo la penetración impetuosa del capital norteamericano y el apoderamiento por éste de grandes zonas de la economía de México. Pero esta política también fracasó. La burguesía media se debate ante el poder monopólico de esos grandes consorcios transnacionales "mexicanizados".

La gran burguesía mexicana busca salida para la crisis económica, social y política que se desenvuelve en el país, con medidas tales como la asociación de capital mexicano, estatal y privado, con el imperialista y con una política exterior que facilite el aumento de las exportaciones. Por otra parte, la solidaridad del pueblo mexicano con pueblos hermanos juega un papel en la adopción de posiciones positivas en la política exterior de México, en la coyuntura internacional actual. México fue el único Estado latinoamericano que se negó a romper relaciones con Cuba revolucionaria y en los últimos años ha desarrollado una política amistosa hacia ella.

Con el descubrimiento de nuevas y vastas zonas petrolíferas llegó para Venezuela una etapa de definición: entregar las riquezas nacionales al usufructo permanente de las compañías norteamericanas o reivindicarlas. La decisión venezolana de defender sus recursos provocó la ira destemplada del Presidente de Estados Unidos. Por su parte, el Presidente venezolano, contando con el apoyo de todas las fuerzas patrióticas del país, rechazó con firmeza las amenazas de Ford. La nacionalización del petróleo, no obstante las limitaciones de la ley respectiva que se discute actualmente en el Parlamento, constituirá un paso importante hacia la recuperación por el pueblo venezolano de sus riquezas básicas de manos de los monopolios extranjeros.

En la compleja situación de Argentina se mantiene la combatividad antiimperialista de las masas populares expresada en sus grandes acciones y en la victoria electoral de 1973. El pueblo lucha ahora por defender las libertades aún existentes y recuperar las pérdidas, cerrar el paso decididamente a la derecha fascistizante y crear las condiciones para obtener el cumplimiento del programa de coincidencias por el cual se pronunció en las elecciones y para instaurar en la Argentina una verdadera democracia.

En Centroamérica, crece el movimiento revolucionario y se perfilan con más claridad las tareas antioligárquicas y antiimperialistas. Los rasgos de este fenómeno son: el incremento numérico de la clase obrera, el fortalecimiento de sus organizaciones y el aumento de su combatividad; la lucha cada vez más radicalizada de los obreros agrícolas y campesinos; la incorporación de sectores de las capas medias a las tareas democráticas y revolucionarias; la formación de frentes amplios antioligárquicos y democráticos en algunos países; la existencia de sectores progresistas en algunos ejércitos; la creación de la unión de países productores de banano; la participación de varios países en la Naviera del Caribe y en la constitución del Sistema

Económico Latinoamericano; el creciente aislamiento de los círculos más reaccionarios de los Ejércitos del área, así como de la dictadura somocista, gendarme principal de los intereses imperialistas en Centroamérica. Todos estos son indiscutibles avances de la lucha en la región Centroamericana.

Ante el fracaso de formas de integración económica como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio y otras, surgió en 1969 el Pacto Andino que, especialmente con su Estatuto de Capitales Extranjeros, puede convertirse, bajo la presión popular en un elemento de oposición de los gobiernos signatarios del mismo a las inversiones yanquis y a la dependencia tecnológica del imperialismo.

Los países de la comunidad inglesa del Caribe aseguraron su independencia política en una etapa posterior al resto de América Latina y pronto fueron sometidos al neocolonialismo. En ellos también se manifiesta la contradicción entre los intereses de los nuevos Estados y los del imperialismo. Los gobiernos de Jamaica, Barbados, Guyana y Trinidad-Tobago han comenzado a participar activamente —con actitudes cada vez más definidas y positivas— en la comunidad latinoamericana.

En Guadalupe y Martinica, las amplias masas populares intensifican su lucha por la autonomía de sus países respectivos, aplicando el principio de autodeterminación contra el colonialismo francés y sus aliados, particularmente el imperialismo norteamericano y los monopolios multinacionales.

La lucha es incontenible y variada en todas partes: resistencia contra la dictadura en Uruguay con la heroica huelga general de 15 días en respuesta al golpe de estado de junio de 1973, avances de la unidad sindical y popular en Colombia, demostrativos resultados de las elecciones parlamentarias de Brasil en noviembre de 1974, heroicos y continuados enfrentamientos a feroces tiranías en Bolivia, Nicaragua, Guatemala, Haití, Paraguay.

Cuba, definitivamente victoriosa, logra quebrantar en la práctica el bloqueo político y la Organización de Estados Americanos, creada por Washington como virtual ministerio de colonias para la América Latina, pierde toda eficacia real para el imperialismo. Ello se debe, desde luego, a la lucha de los pueblos, de su proletariado, de sus sectores medios, al ejemplo luminoso de la Cuba revolucionaria.

V

Los cambios operados en la América latina forman parte del proceso mundial hacia el progreso social que tiene lugar en esta época de transición revolucionaria del capitalismo al socialismo. Estos cambios se interaccionan con los demás elementos de la nueva situación internacional, caracterizados por la fuerza creciente del socialismo, la debilidad cada vez mayor del imperialismo, la derrota de la política de "guerra fría" y el inicio de la disminución de la tirantez internacional.

La "guerra fría" servía para tratar de justificar la intervención abierta del imperialismo yanqui en América Latina, como ocurrió en el caso de la invasión norteamericana a la República Dominicana. La distensión, que comienza a imponerse, elimina antiguos pretextos de los imperialistas, y se debe, ante todo, al cambio en la correlación de las fuerzas internacionales. El hecho de que la Unión Soviética y la Comunidad Socialista, de la cual la URSS es parte inicial y preeminente, se fortalezcan cada día más, constituye un factor decisivo en la perspectiva de afianzar la distensión y hacerla irreversible. El poderío militar y económico y la influencia política de la Unión Soviética y de los países socialistas han estado al servicio de una tenaz y continua política de paz.

La grandiosa victoria vietnamita sobre el imperialismo yanqui agresor, uno de los hechos de mayor relevancia histórica después de la derrota del fascismo en 1945, expresa del modo más rotundo esa nueva correlación de fuerzas existente en el mundo. Esta victoria, que ha conquistado para Viet Nam la completa independencia nacional y que abre la vía a la reunificación pacífica de su patria, despierta la más profunda admiración en todos los pueblos. Ella refleja sobre todo el heroísmo y la gloria del pueblo vietnamita, sabia y audazmente conducido durante 30 años de guerra por el Partido de los Trabajadores de Viet Nam, organizado y dirigido por el inmortal presidente Ho Chi Minh.

Esta victoria subraya también la importancia de saber combinar las luchas militares, políticas y diplomáticas, así como el valor decisivo que en nuestra época tienen el apoyo del campo socialista y la solidaridad internacional, incluida la del pueblo progresista de Estados Unidos. En Laos, Camboya y especialmente en Viet Nam, el imperialismo norteamericano ha sufrido la más ignominiosa derrota de su historia, la cual crea posibilidades aún mayores para la lucha de los pueblos por su liberación nacional y social, por la democracia, el progreso y la paz mundial.

La crisis del sistema colonial portugués, promovida por la heroica resistencia de los pueblos en el oprimidos, conjuntamente con la no menos heroica lucha de la clase obrera y el pueblo de Portugal, condujo al derrocamiento de la dictadura fascista por el Movimiento de las Fuerzas Armadas, lo que constituye igualmente una nueva e importante expresión de la actual correlación mundial de fuerzas favorable a la lucha de los pueblos por la democracia el socialismo y la paz.

El 25 de abril de 1974 culminó una prolongada lucha del pueblo portugués, en que la clase obrera y su Partido Comunista han estado en primera línea. El proceso que liquidó la vieja tiranía fascista sostenida por el imperialismo internacional, ha creado las premisas para el avance de Portugal hacia el socialismo, sobre la base de la unión del Movimiento de las Fuerzas Armadas y las organizaciones populares. La solidaridad con el nuevo Portugal es deber de todas las fuerzas revolucionarias y democráticas del mundo. Casi simultáneamente se produjo el hecho notable del derrocamiento por el pueblo griego de la dictadura fascista en Atenas, precipitado por las maquinaciones de la OTAN contra la independencia de Chipre.

El imperialismo retrocede paso a paso, pero no ha renunciado ni renunciará a sus pretensiones hegemónicas. La distensión internacional tiene ante sí todavía un camino largo y difícil. Sólo la consecuente política de coexistencia pacífica de la Unión Soviética y de otros países socialistas y la colaboración de los pueblos del mundo, han impedido que las fuerzas de la guerra, la reacción y la agresión consigan interrumpir los progresos positivos que se han logrado en la situación internacional. Esa lucha, que abarca todos los terrenos y que en el ideológico es muy aguda, continuará en el futuro. Los círculos más agresivos incitan a la carrera armamentista, procuran obstruir por todos los medios los combates de los pueblos por la libertad, la democracia y sus aspiraciones, inmiscuyéndose en los problemas internos de otros países. Ellos realizan desde los propios Estados Unidos y en decisiones oficiales de este país, una política provocadora contra la Unión Soviética.

La Conferencia condena enérgicamente la política exterior de la dirección del Partido Comunista de China, que coquetea con el imperialismo yanqui, defiende la presencia de éste en Asia y Europa, justifica la OTAN, alienta el imperialismo y revanchismo germano-occidental, ataca y calumnia a la URSS con la misma saña que los peores voceros de la reacción internacional, azuza contra ella el militarismo agresor de la burguesía mundial, promueve la descabellada política de guerra fría contra el heroico pueblo soviético, y que en América latina tiene su más nefasta expresión en el contubernio impudico con la Junta Militar chilena, a la que brinda apoyo político por encima de la sangre de miles de comunistas, socialistas y otros patriotas muertos por la brutal represión de la tiranía fascista. La dirección china fomenta, además, en todas partes,

grupos de seudorrevolucionarios que, desde un falso radicalismo, dividen la izquierda, atacan a los Partidos Comunistas, obstruyen los procesos progresistas y muchas veces actúan como agentes del enemigo en el seno del movimiento revolucionario.

Combatir esta política de traición a la unidad, la solidaridad y las mejores tradiciones del movimiento revolucionario mundial, es deber de todos los Partidos Comunistas de América Latina.

A las derrotas militares y políticas del imperialismo se une ahora la profunda crisis que afecta el conjunto de su sistema y amenaza su estabilidad. Hay muchos millones de desempleados en los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón. Los imperialistas norteamericanos pretendieron disminuir el alcance real de la crisis económica con su financiamiento de la guerra de Viet Nam pero, en fin de cuentas, resultó lo contrario. El enfermizo episodio en la acentuación de la crisis, en que se mezclan las tendencias contradictorias al estancamiento económico y a la mayor inflación, reduce el campo de maniobra de los imperialistas, a pesar de la inundación de los mecanismos financieros europeos con los "eurodólares", la política monetaria basada en el intento de mantener el poder del dólar por encima de su situación real y la política comercial que ha llevado a los países subdesarrollados a vender barato sus materias primas, mientras se encarecen los productos industriales que deben adquirir.

Como parte de la campaña destinada a ocultar el fondo de la crisis económica, los imperialistas han acusado a los países subdesarrollados productores de petróleo de introducir el desorden en la economía internacional al elevar el precio de ese importante combustible.

La defensa del derecho de los países petroleros a fijar el precio del petróleo forma parte de la respuesta del mundo subdesarrollado al régimen de intercambio desigual, que los condenaba a un retraso cada vez más intolerable respecto de los países capitalistas de mayor desarrollo industrial. El aumento del precio del petróleo es un paso al que han seguido los esfuerzos de los países subdesarrollados por coordinar la producción y venta de todas sus materias primas, de modo que éstas adquirieran en el comercio internacional un valor correspondiente a su utilización, comparable al de los precios de los productos industriales.

Sin duda, la situación del capitalismo se agrava por las serias tensiones de la balanza de pagos en algunos de los principales países de Occidente y Japón, como consecuencia del aumento del precio del petróleo en los mercados mundiales.

Por otra parte, mientras los precios de los productos industriales y del combustible han venido creciendo, los de casi todas las otras materias primas y productos de los cuales vive la inmensa mayoría de los países subdesarrollados, como los de América Latina, han estado bajando. Pero la crisis económica mundial tiene sus raíces en las contradicciones inherentes al sistema capitalista de producción,

agravada por el despilfarro económico, la política de "guerra fría" seguida después de la Segunda Guerra Mundial, la carrera armamentista y los presupuestos deficitarios para costear los gastos militares y las aventuras belicistas del imperialismo.

Cuba socialista —por boca de su dirigente Fidel Castro— ha propuesto una política correcta: que los fondos excedentes obtenidos con el aumento de precios por los países petroleros no se inviertan en los países imperialistas, sino preferentemente en sus propias economías y también se faciliten en forma de créditos justos a los países subdesarrollados para resolver los problemas de sus balanzas de pago y fomentar el desarrollo económico.

Es incuestionable que si los países petroleros desean la solidaridad del resto del mundo subdesarrollado, deben, a su vez, expresar la más resuelta solidaridad económica con los países subdesarrollados no petroleros, cuya situación es cada vez más crítica por el incremento de los costos de los productos industriales y el combustible que necesitan para subsistir, y la alarmante reducción de los precios de sus productos de exportación, lo que hace recaer sobre ellos el peso de la crisis mundial. Estos problemas requieren el más serio y profundo análisis económico y la búsqueda de soluciones justas y adecuadas.

Las actitudes egoístas, el despilfarro y las inversiones en las economías imperialistas de los enormes excedentes financieros que practican algunos países petroleros, no promueven el esfuerzo unido y solidario de todos los pueblos explotados por el imperialismo, y facilitan las maniobras divisionistas de éste.

Los pueblos rechazan y condenan la solución que postula la parte más agresiva del imperialismo norteamericano cuando respondió a la defensa del precio del petróleo por los países productores con la amenaza de la agresión militar. El propio Presidente de Estados Unidos se refirió con añoranza, en su repudiado discurso de Detroit, a los días en que las grandes potencias imperialistas decidían con sus ejércitos la disponibilidad de las materias primas de los países pobres y atrasados. Pero ya aquellos tiempos pasaron para siempre. Hoy las posturas decididas de los países subdesarrollados para proteger sus recursos naturales y su producción agrícola y minera constituyen un nuevo elemento cualitativo de la crisis general que el imperialismo afronta.

La acentuación de la crisis general del capitalismo, cuyas consecuencias los monopolios tratan de descargar sobre los países subdesarrollados, lleva al imperialismo norteamericano a emplear nuevos procedimientos, cada vez más sutiles, de penetración económica y a tratar de resolver en particular los graves problemas que confronta su política latinoamericana, mediante métodos semejantes a los aplicados en Chile. Pero al mismo tiempo se intensifica la resistencia y se crean mejores condiciones para el desarrollo de la lucha de los pueblos del continente por su independencia.

En 1976, a 200 años de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, su gobierno prepara grandes festejos de conmemoración.¹ En la propaganda mentirosa sobre el "espíritu del 76" no aparecen ni la opresión de que es objeto el pueblo de Puerto Rico, ni las decenas de desembarcos de "marines" yanquis en los países de América Latina, tampoco sus actos depredatorios que alcanzaron su más repugnante expresión en el ultraje soez a la estatua de José Martí en 1950, en La Habana, ni el despojo de los territorios arrancados a México tras una guerra de rapiña a mediados del siglo pasado. Allí viven millones de chicanos, bajo la misma cruel opresión que sufren los dos millones y medio de puertorriqueños y otros inmigrantes de origen latino, sin olvidar a los 23 millones de negros que a más de un siglo de la guerra de secesión y la muerte de Lincoln, siguen sufriendo la discriminación racial más abominable.

En el bicentenario de los Estados Unidos, los pueblos de América Latina expresan su solidaridad con la clase obrera y el pueblo norteamericanos, cuyo enemigo es también el poder de los monopolios capitalistas. Igualmente aprecian en todo su valor el apoyo del pueblo progresista norteamericano a su propia lucha antiimperialista. La riqueza de los monopolios crece a niveles astronómicos a costa también de la explotación de las masas trabajadoras de aquel país. El imperialismo yanqui que hace padecer a nuestros pueblos, convierte al pueblo de Estados Unidos en carne de cañón para sus aventuras y ciería sobre ¡l la creciente represión, el peligro de la fascistización y de la guerra.

VI

Las circunstancias históricas por las que atraviesa la América latina determinan que la gran batalla que tienen ante sí sus pueblos se convierta en la Segunda y definitiva lucha de Independencia.

Pero la idependencia de América latina no debe concebirse ahora como una simple continuación de los objetivos que inspiraron a los héroes y pueblos en los comienzos del siglo XIX y que quedaron —como se ha visto— frustrados. Estamos en un momento histórico en que una gran parte de la humanidad emprendió ya la vía de la construcción del socialismo y que la Unión Soviética avanza por la etapa final que la llevará a una sociedad comunista, cuando el capitalismo como sistema hace frente a una profunda crisis económica-social y el imperialismo, cual fiera herida y acorralada, pretende retener el mundo colonial y dependiente que se le escapa. in-

introduciendo formas neocoloniales de dominio que le ayuden a posponer o atenuar su propia crisis.

Los obreros, campesinos y demás trabajadores de América latina no encontrarán solución a los problemas del desempleo, la miseria, los bajos salarios, la incultura, la carencia de tierras y la desigualdad social sólo con eliminar la explotación extranjera de sus países. Esos problemas empezarán a resolverse definitivamente con la eliminación de la explotación por los latifundistas y burgueses, que se hace aún más aguda cuando tales países tienen que competir en condiciones desventajosas con los productos de las casi omnipotentes corporaciones imperialistas que dominan el mercado mundial capitalista.

Mientras la Unión Soviética y Cuba —para situar dos experiencias diferentes por sus dimensiones y ubicación geográfica— han dado el ejemplo de un desarrollo económico que avanza, pese a las agresiones externas, el bloqueo y el intento por mantener el retraso tecnológico, con que hace más de medio siglo se pretendió ahogar el socialismo naciente y aún hoy se quiere contener a la Cuba revolucionaria, no hay un solo caso de desarrollo económico y social exitoso en los países de Asia, Africa o América latina entre los que han pretendido realizarlo por las vías del desarrollo capitalista.

El desarrollo económico no podrá adquirir el ritmo acelerado que es necesario para que nuestros países consigan la solución de sus graves problemas de retraso, desempleo, miseria, analfabetismo, sin una participación decisiva de las fuerzas populares, de los obreros, campesinos, trabajadores y capas medias en la ciudad y el campo. Y nuestros pueblos —como lo indica el ejemplo cubano— sólo serán movilizados en esa medida extraordinaria mediante profundas transformaciones que muestren en la práctica a los trabajadores, del campo y la ciudad, a los intelectuales y profesionales, que ésta es su revolución.

Los comunistas consideramos que el socialismo es el único sistema capaz de garantizar el desarrollo verdadero de la América latina con el ritmo acelerado que nuestros países requieren. Cuba ha demostrado a los pueblos hermanos que en nuestra época es posible emprender la edificación del socialismo en las condiciones del continente americano, y presenta sus realizaciones victoriosas. El socialismo es nuestro objetivo irrenunciable. Sin embargo, los comunistas comprendemos que el socialismo sólo se convertirá en un programa de realización inmediata en el conjunto de los países de América latina, a través de un periodo de intensas luchas y transformaciones radicales, de experiencias directas de los trabajadores y de lucha ideológica consecuente y tenaz de todos los que aspiran al socialismo, a fin de vencer las deformaciones ideológicas y las confusiones que los medios de comunicación y educación, dominados por el imperialismo y las oligarquías, han introducido en sectores de las fuerzas populares latinoamericanas.

Al mismo tiempo, es evidente que los pueblos latinoamericanos no podrán lograr ningún progreso real sin desalojar del poder político a los representantes de las clases y sectores aliados del imperialismo. Ni será posible introducir en nuestros países cambios socio-económicos sustanciales —y mucho menos pasar a la realización del socialismo— sin derrotar la opresión del imperialismo norteamericano sobre cada una de nuestras tierras sin eliminar de ellas el dominio de las corporaciones transnacionales.

La batalla por la democracia para las masas populares, la lucha por los cambios estructurales urgentes y por el tránsito hacia el socialismo, están inseparablemente vinculados a la lucha contra los monopolios y el imperialismo que, además de mantener el dominio de nuestras riquezas, sostienen y apoyan a las oligarquías y a sus gobiernos.

Fuere que el imperialismo norteamericano es el enemigo principal y común, la estrategia y la táctica de la Revolución en América latina para aquellos que la concebimos como una Revolución cuyo objetivo final es el socialismo, pasan por el antiimperialismo. Los comunistas, por ello, juzgamos las posiciones políticas de las otras fuerzas latinoamericanas, fundamentalmente, a partir de su actitud ante ese enemigo. Sin disminuir la lucha por los derechos democráticos y por la conquista de nuevas estructuras en el interior de nuestros países, los comunistas estamos dispuestos a respaldar e impulsar aquellas posiciones de los gobiernos latinoamericanos que signifiquen la defensa de nuestros recursos naturales o el esfuerzo por poner coto a la pretensión de las compañías transnacionales por conservar y extender cada día más el dominio sobre nuestras economías.

Es cierto que no siempre las medidas de defensa de la economía nacional van acompañadas de una política genuinamente antiimperialista. En algunos casos, se trata de un nacionalismo burgués que no se expresa en aspiraciones transformadoras en el orden económico y social interno, y tampoco sitúa el gobierno que las ejecuta en posiciones progresistas ante los principales problemas contemporáneos. El nacionalismo puede ser transformado en posición antiimperialista y revolucionaria en la medida en que las fuerzas populares entren decididamente en la batalla, y en que las contradicciones entre los gobiernos nacionalistas y el imperialismo se agudicen.

Hay países en que la defensa de los recursos naturales y el empeño de rescatar la economía de manos de las empresas transnacionales van unidos efectivamente a programas de transformaciones sociales. Allí donde los gobiernos van más allá de la nacionalización de las riquezas detentadas por el imperialismo, y realizan programas populares de desarrollo de la economía nacional como en el Perú, los comunistas —según lo hacen los de ese país— podrán prestar su más leal y decidido apoyo a esas medidas. El hecho de que los

comunistas tengan una concepción del desarrollo social distinta a la que orienta esos programas no ha de debilitar su apoyo a aquellas posiciones del gobierno ni será un obstáculo para encarar conjuntamente los problemas del futuro.

La lucha ant imperialista que llevará a América latina a la independencia definitiva permite y exige la participación de los sectores sociales más amplios y le corresponde en ella el papel dirigente a la clase obrera. El campesinado trabajador es su aliado natural. Son las clases sociales que aspiran a las transformaciones más profundas.

Aunque bajo la dominación y dependencia del imperialismo, el desarrollo capitalista de América latina ha generado importantes modificaciones en la composición social de sus diferentes países.

Resalta el crecimiento de la clase obrera urbana y rural. El número de asalariados pasa hoy de 50 millones y representa más del 60 por ciento de la población económicamente activa del continente. Aproximadamente la mitad de estos asalariados está constituida por obreros agrícolas. También ha cambiado la estructura de la clase obrera y ha aumentado su concentración en las grandes fábricas. Todos estos fenómenos se reflejan en la elevación del papel del proletariado como principal fuerza productiva y socio-política.

Al mismo tiempo, la clase obrera mejora su organización y se proyecta como la fuerza social capaz de determinar el cuadro político en los diferentes países de América latina. El proletariado tiene también a convertirse en el factor aglutinante principal de los demás sectores sociales democráticos y anti imperialistas.

La lucha por la conquista de la plena liberación nacional y de la independencia económica se entrelaza con una intensa lucha de clase contra la explotación capitalista y fundamentalmente contra los monopolios extranjeros y locales y el latifundio. Bajo el yugo del capital el grado de explotación de la clase obrera crece. En muchos lugares de América latina imperan salarios de hambre. La parte de la Renta Nacional que recibe la clase obrera baja progresivamente y el salario real desciende con motivo de la inflación y el costo de la vida cada vez más alto.

La experiencia del movimiento revolucionario de América latina, rica en acciones heroicas y combativas de la clase obrera, hace ver que ésta encarna además los más firmes principios de solidaridad con la lucha de otros pueblos contra el imperialismo, por el triunfo de la revolución nacional liberadora, por la democracia y el socialismo.

El desarrollo capitalista ha provocado asimismo el crecimiento del ejército social de reserva, formado por millones de desocupados y campesinos sin tierra que emigran de las áreas rurales y pululan en los grandes centros urbanos del continente.

Los obreros agrícolas, los semiproletarios, los campesinos sin tierra, los pequeños propietarios, los aparceros y todos los sectores empo-

brechidos de nuestros campos, forman un poderoso contingente humano interesado en la modificación del régimen de tenencia de la tierra y de cambios profundos en la vida económica y política de nuestros países. La explotación y la miseria en que viven los conducen a múltiples confrontaciones de clase que forman parte de la lucha emancipadora de nuestros pueblos.

La incapacidad de la economía agrícola y las limitaciones del desarrollo industrial impiden absorber las nuevas fuerzas de trabajo provenientes del desplazamiento masivo de la población rural a las zonas urbanas, lo cual determina un crecimiento de sectores sociales sin ocupación estable, sin viviendas y sin medios de vida, que vegetan en las zonas marginales de las grandes ciudades y cuyas proporciones crecen desorbitadamente en muchos países.

El drama social de esas gentes, de esos habitantes de las "favelas", "ranchos", tugurios, "callampas", "villas miseria", constituye una de las manifestaciones más flagrantes del carácter injusto, explotador y opresivo del capitalismo.

Bajo la orientación de la clase obrera, importantes sectores de esas masas pueden ser sustraídas de la influencia demagógica de caudillos pequeñoburgueses y de elementos reaccionarios, y organizarse con la finalidad, no sólo de exigir solución a sus acuciantes problemas sino de coadyuvar a la lucha antiimperialista y revolucionaria.

Las economías latinoamericanas han dado origen también a una vasta capa media integrada no sólo por artesanos y pequeños comerciantes sino además por elementos provenientes de las ramas de los servicios cuya importancia crece. La inestabilidad social impulsa a esta capa a la actividad política, lo mismo que a los estudiantes, intelectuales, técnicos. En algunos casos ingresan a las vanguardias comunistas y a los movimientos democráticos y antiimperialistas o generan agrupaciones en las cuales se pone de manifiesto el típico radicalismo pequeño burgués. En otros casos forman grupos reaccionarios que son penetrados por la CIA y utilizados como fuerza de choque por las oligarquías. En Chile jugaron un papel importante al servicio del golpe fascista. Todos estos hechos subrayan la necesidad de una lucha tenaz por ganar a las capas medias para las posiciones del proletariado teniendo en cuenta el dinámico papel que les corresponde en el conjunto de América latina.

El ejemplo de los gobiernos que en América latina resisten hoy al imperialismo y se proponen programas de verdadero rescate nacional, demuestra que la lucha por la liberación antiimperialista latinoamericana puede contar con otras fuerzas y elementos sociales que constituyen, por sus contradicciones con el imperialismo, aliados a los que las fuerzas progresistas no pueden dejar de prestar atención.

El proceso económico de los países de América Latina ha ido determinando que la parte más alta de sus burguesías locales resultara de tal modo vinculada al imperialismo y dependiente de éste

para su propio crecimiento y vigorización que, de hecho, se ha convertido en integrante del mecanismo de dominio imperialista en sus propios países. Así ocurrió en Cuba con las burguesías azucarera y comercial importadora, así ocurre hoy con buena parte de las burguesías que en México, Argentina, Colombia, Brasil comparten posiciones monopolísticas vinculadas al dominio de estas economías por corporaciones imperialistas. Esas burguesías desnacionalizadas defienden la dependencia y se oponen al proceso antiimperialista. Aun en los casos en que surjan diferencias o choques entre tales burguesías monopolistas y sus socios imperialistas, el interés de clase de aquellas las llevará a tratar de resolverlas por una vía conciliadora, al mismo tiempo que se oponen a los intentos emprendidos por gobiernos que buscan quebrar los lazos de dominio extranjero que ahogan a sus países. Algunos de esos sectores burgueses se unen a los grandes latifundistas con los cuales están interrelacionados económicamente, para constituir una oligarquía local pro imperialista opuesta a los intereses de la clase obrera, de los campesinos y capas medias y de otros sectores burgueses interesados en el desarrollo del mercado interno y el progreso nacional.

Esta realidad histórica no significa que no existan sectores de la burguesía latinoamericana que, ante la contradicción de sus intereses con los del imperialismo, adoptan posiciones que convergen con los del proletariado, los campesinos y demás capas no capitalistas de la población, en la lucha antiimperialista y por la conquista de la independencia económica y la completa soberanía nacional. Estos sectores burgueses, en consecuencia, pueden participar en la unidad de acción democrática y antiimperialista junto con las fuerzas populares.

Los partidos comunistas y todos los demás luchadores contra el imperialismo y por el progreso social en América Latina conceden gran importancia a esa posibilidad, teniendo en cuenta que representan un elemento que aparece con diferente fuerza y significación en los diversos países, el cual constituye un ingrediente indispensable de esa compleja, multifacética y difícil lucha.

Sería erróneo ignorar las limitaciones y vacilaciones de esos sectores de la burguesía en lo que respecta a su participación en el proceso antiimperialista. En América Latina la burguesía perdió hace tiempo la posibilidad de jugar el papel dirigente que pertenece al proletariado. No puede conducir hasta el fin la nueva batalla independentista. La incorporación de fuerzas y organizaciones representativas de tales sectores burgueses al amplio frente de lucha antiimperialista y antioligárquico tiene una gran importancia, pero jamás se realizará a expensas de la alianza esencial de obreros, campesinado trabajador y capas medias, ni de la independencia de clase del proletariado en beneficio de compromisos coyunturales.

En años recientes han tenido lugar profundos cambios ideológicos, políticos y sociales en fuerzas importantes que en el pasado constituyeron instrumentos utilizados por la oligarquía y el imperialismo,

lo cual hace que se conviertan en elementos de progreso y aun de potencialidad revolucionaria.

Esos cambios son perceptibles en el seno de las fuerzas armadas de algunos países latinoamericanos. El movimiento de raíz y contenido revolucionario que bajo la dirección de importantes núcleos de la más alta oficialidad de la Fuerza Armada viene desarrollándose en Perú, y el movimiento iniciado por dirigentes de la Guardia Nacional que se profundiza en Panamá son un reflejo evidente de la agudización de la crisis general del sistema de opresión imperialista y la firme evolución de la conciencia patriótica.

Al imperialismo le es ahora más difícil hacer creer que la represión interna tenga que ver con la salvaguardia de la soberanía nacional y de la integridad territorial y no con el mantenimiento de pequeñas minorías de privilegiados nativos y extranjeros. No será fácil a Estados Unidos y su OEA mover tropas latinoamericanas como hizo apenas hace diez años durante la agresión interventora del imperialismo norteamericano en la República Dominicana, resistida heroicamente por el sector constitucionalista del ejército dominicano.

El proceso que se opera en el seno de las fuerzas armadas es complejo. El imperialismo refuerza por todos los medios su labor en ellas, con vistas a utilizar los elementos reaccionarios e ilusionar con un rápido aburguesamiento a los oficiales de extracción popular a quienes trata de corromper. Ante el avance de las luchas populares, fomenta golpes militares para establecer dictaduras reaccionarias o fascistas. Al sacar las fuerzas armadas de los cuarteles y convertirlas en árbitros de la vida social, al hacer que se manchen las manos de muchos soldados con sangre de sus hermanos obreros y campesinos, al transformar en torturadores a quienes estudiaron para manejar las armas en defensa de la patria, acrecienta la lucha ideológica en su seno. Oficiales que sienten que las oligarquías ostentadoras del poder político traicionan los ideales patrióticos en los que muchos se educaron, van comprendiendo que la razón y el derecho no están de parte de aquéllos cuyos privilegios han defendido.

Habiéndoseles inculcado el veneno anticomunista, a través de la educación impartida en los cuarteles bajo la influencia del imperialismo y la reacción, la realidad de la vida comienza a hacer comprender a sectores cada vez más numerosos de militares latinoamericanos el engaño en que se les envolvió, la bancarrota de la ideología y la práctica del anticomunismo.

Los cristianos, en particular los católicos, el clero humilde y aun algunos representantes de sus principales jerarquías, participan cada vez más activamente en las luchas populares reivindicativas por el progreso nacional y social. Les anima la idea de una iglesia que se coloque, como en Brasil y algunos otros países, al lado del pueblo, y rechace el compromiso con la reacción y el imperialismo. Voces re-

presentativas de la iglesia se pronuncian contra el terror fascista, por los derechos democráticos y el progreso social.

Movimientos de seglares y sacerdotes sensibles a los problemas de los trabajadores y del país dan su aporte significativo y aprenden por su experiencia personal la necesidad de la unidad de acción contra los enemigos comunes. Cuajan, a veces, en rebeldías admirables, como el ejemplo heroico de Camilo Torres, enemigo abierto del anticomunismo y predicador infatigable de la unidad popular, caído en acción guerrillera.

El ascenso de la lucha de los pueblos ha condicionado la existencia, a grandes rasgos, de tres vertientes entre los cristianos de la América Latina: la conservadora, la reformista y la avanzada. Las vertientes reformista y avanzada representan la inmensa mayoría y en todos los países es posible y necesario trabajar con ellas. El diálogo entre creyentes y marxistas está facilitando el avance de la unidad de acción en la lucha por transformaciones profundas, en el combate contra el imperialismo y la amenaza fascista, y pone los cimientos de una alianza duradera que se proyecta hacia la construcción de una nueva sociedad.

En el contexto de las batallas que libran los pueblos latinoamericanos, la defensa de las instituciones democráticas y de los derechos del pueblo adquiere especial significado. La plena liberación nacional, que entraña la derrota y eliminación de las oligarquías dominantes, está indisolublemente vinculada al esfuerzo por la conquista de una democracia auténtica.

Las fuerzas progresistas, los comunistas entre ellas, han defendido las instituciones representativas y democráticas y han logrado mantener en algunos países largos periodos de acceso popular al parlamento, pese al fraude y la violencia reaccionaria, lo que ha permitido el uso de esta tribuna en combinación con acciones extra-parlamentarias. La experiencia de las elecciones que llevaron al gobierno a los partidos de la Unidad Popular en Chile muestra que las formas democráticas pueden ser desarrolladas por la clase obrera y el pueblo. Del mismo modo, confirma el desprecio total del imperialismo y la oligarquía a la voluntad democrática de los pueblos.

La abolición de los derechos democráticos de la clase obrera y del pueblo, la utilización de las tropas contra el movimiento obrero, el establecimiento de brutales tiranías, han sido ingredientes constitucionales a la táctica seguida por el imperialismo y las oligarquías latinoamericanas en la lucha por mantener su dominio en el Continente.

En los últimos años el crecimiento de la conciencia de los obreros y campesinos, la radicalización de sectores de las capas medias, la incorporación a las fuerzas de izquierda de sectores cristianos cada vez más amplios y la negativa creciente de elementos militares de algunos países a seguir sirviendo en la represión de sus propios hermanos, agudiza la crisis del yugo imperialista en América La-

tina, iniciada con la Revolución cubana. En el contexto de esa crisis se incrementan en todas sus formas las luchas populares, por lo cual el imperialismo, sus ideólogos y servidores latinoamericanos, sin desechar los métodos encubiertos de dominio, allí donde todavía pueden emplearlos, buscan utilizar de modo cada vez más descarnado formas y métodos tan bestiales como los impuestos en Chile. El imperialismo norteamericano, promotor de esos regímenes, proporciona sus propios órganos represivos como instructores de los encargados de ejecutar las peores ferocidades.

El criminal golpe contra Chile confirma la urgencia de cerrar filas para la defensa de la democracia y contra toda amenaza fascista en América Latina y su inseparable unión con el combate antimperialista.

La vinculación de la lucha por la reivindicación democrática con la lucha por el socialismo ha estado bien presente desde los días iniciales en que Marx y Engels elaboraron la tesis de la participación del incipiente movimiento comunista europeo en las revoluciones de 1848 y 1851 por la democratización y liberación en Europa. Lenin desarrolló brillantemente la tesis de esta estrecha relación, subrayada más tarde en el VII Congreso de la Internacional Comunista.

Los comunistas de América Latina y del Caribe queremos para nuestros países una democracia verdadera, sustentada en el poder de la clase obrera y el pueblo, en la libertad plena, en la eliminación de la propiedad privada sobre los medios fundamentales de producción, es decir, una democracia socialista. Sin embargo, no somos ni podemos ser indiferentes a la suerte que corran situaciones relativamente democráticas aunque no correspondan a esa auténtica y más profunda democracia que deseamos conquistar.

Los comunistas uniremos siempre nuestros esfuerzos con todos los partidarios de la democracia, con todos los que se pronuncian contra la brutalidad fascista de los Pinochet, Bánzer, Somoza, Stroessner, Laugerud, los gorilas brasileños, los Duvalier o Bordaberry. Al mismo tiempo nos oponemos a aceptar que la defensa de la democracia burguesa frente a la amenaza fascista conlleve la renuncia al avance social y la aceptación de un injusto estado de cosas.

La unidad en la lucha democrática, más amplia en sus marcos que la unidad revolucionaria antimperialista, enlaza dialécticamente con ella. El camino de las transformaciones revolucionarias de América latina supone una lucha conjugada, constante, en que el combate al fascismo, la defensa de la democracia y la lucha contra el imperialismo y las oligarquías y la participación efectiva del pueblo en la definición de la vida política se desarrollan como parte de un mismo proceso.

VII

Las luchas inmediatas y continuas por las reivindicaciones económicas, políticas y sociales de las masas están indisolublemente ligadas a los esfuerzos por la liberación nacional y social.

Los comunistas se mantienen vinculados a las masas en el movimiento sindical, comprenden sus necesidades inmediatas, contribuyen a formular sus reivindicaciones y dar a sus luchas real contenido de clase.

La unidad sindical, concebida y realizada como un ensanchamiento de las luchas que abarcan todas las fuerzas del movimiento sindical, tal como lo muestran muchas experiencias, contribuye a incorporar a la gran contienda por el progreso social a legiones de nuevos combatientes, tanto trabajadores como de otras capas sociales.

El movimiento sindical es parte vital de las fuerzas que luchan por la liberación nacional y social de nuestros países. No puede haber democracia sin respeto de los derechos de la clase obrera. La libertad sindical, el derecho de huelga, la democracia e independencia sindical forman parte del interés común de todas las fuerzas democráticas y antiimperialistas. Es fundamental la construcción de una potente fuerza sindical organizada y unificada desde las fábricas hasta los niveles más altos que sea posible.

La unidad de acción es condición necesaria para afirmar la unidad sindical; se logra por el esfuerzo común de todos aquellos que se sientan preocupados de que la clase obrera juegue su papel histórico. Superar la división es de capital importancia no sólo para la clase obrera, sino para todo el movimiento democrático y avanzado y supone derrotar el anticomunismo.

La lucha por la reforma agraria democrática, que en la mayoría de nuestros países está estrechamente ligada a los combates por la liberación nacional y social, es tarea de todo el movimiento progresista y revolucionario y uno de los elementos esenciales de la alianza obrero-campesina.

La reforma agraria democrática tiene, fundamentalmente, como propósitos: la liquidación de la gran propiedad privada de la tierra y las formas semif feudales de explotación, la entrega gratuita de la tierra a quienes la trabajan y el logro de formas avanzadas de producción que, a la vez que incorporen a inmensas masas campesinas a la economía, permitan el fomento de un mercado interno indispensable para el proceso de industrialización, que contribuya al desarrollo económico independiente. La práctica ha comprobado que

los programas de los gobiernos burgueses para la modificación de la tenencia de la tierra bajo formas tales como su venta a crédito a los campesinos o los planes de "colonización" de zonas selváticas e insalubres, no resuelven el problema agrario, sino que, por el contrario, se convierten en jugosos negocios de la burguesía terrateniente y de los monopolios imperialistas y en maniobras para frenar las luchas por la auténtica reforma agraria.

La defensa y el desarrollo de las culturas nacionales, atacadas y desvirtuadas por la presión ideológica del imperialismo, se entrelazan con el combate general liberador.

La cultura oficializada se somete a los intereses de las minorías reaccionarias, estrechamente vinculadas a los modelos del imperialismo norteamericano. Esto se agrava bajo regímenes fascistas, como el de Chile, donde se pretende arrasar todas las expresiones de la cultura popular y progresista.

Las exigencias democráticas en el campo cultural reclaman la ampliación de las posibilidades de instrucción, de acceso y democratización de la educación, así como las reivindicaciones de los trabajadores de la actividad cultural; científica, educacional y artística.

Los intereses de la mayoría de los intelectuales están unidos a las profundas transformaciones democráticas y revolucionarias para que se abra paso a una nueva sociedad donde la educación y la cultura dejen de ser monopolio de una minoría para convertirse en patrimonio de todo el pueblo.

Es indispensable que los trabajadores de la cultura, guiados por la conciencia de su deber respecto a los pueblos, desarrollen su participación organizada y unitaria dentro del gran caudal de la lucha popular de América Latina por su completa emancipación. Es ése el único camino abierto a la independencia espiritual y al florecimiento cultural de nuestros pueblos y naciones.

Un capítulo esencial de la común brega ant imperialista y por el progreso social de los pueblos del Continente está constituido por los movimientos que expresan y organizan la solidaridad recíproca contra el enemigo común, impulsan la ayuda política y práctica a todos los que enfrentan al imperialismo en el mundo.

VIII

La lucha revolucionaria de la América Latina se perfila como una difícil y compleja batalla en que todas las fuerzas que se opongan al imperialismo norteamericano tienen su puesto y en la que las más diversas formas y métodos de lucha deben ser usados por

el movimiento revolucionario, adecuando acertadamente su localización y el momento de su empleo a la diversidad de condiciones de cada país. La utilización de todas las posibilidades legales es obligación indispensable de las fuerzas antiimperialistas y la defensa del derecho de los pueblos a decidir, a través de formas democráticas, los cambios que se reclamen, es un principio permanente de nuestra lucha.

No son los revolucionarios los primeros en apelar a la violencia. Pero es derecho y deber de todas las fuerzas populares y revolucionarias estar prestar a responder a la violencia contrarrevolucionaria con la violencia revolucionaria y abrir paso por las vías diversas de la acción popular, incluso la acción armada, a la decisión soberana de las mayorías.

Los partidos comunistas, que afincan sus raíces en los intereses cardinales de la clase obrera, tienen un papel histórico determinante y una responsabilidad excepcional en la lucha. Como fuerzas políticas que se guían por la doctrina marxista-leninista, la única capaz de trazar el rumbo acertado en las complejas condiciones contemporáneas, están en posibilidad de realizar ese papel dentro de la alianza de las fuerzas revolucionarias. Pero él no está asegurado sólo en virtud de las fuerzas sociales que representan y de la precisa teoría por la que se orientan. Lo cumplirán en la medida en que se conviertan en los más firmes combatientes por la liberación nacional y social, asumiendo en la lucha las auténticas posiciones de vanguardia, mostrando ante los pueblos en la práctica sus programas de acción, sus posiciones estratégicas y tácticas dirigidas a unir todas las fuerzas antiimperialistas y orientar los procesos hacia ulteriores transformaciones revolucionarias.

Los comunistas tenemos derecho a esperar de aquellos que actúan conjuntamente con nosotros en las luchas nacionales de cada uno de nuestros países, a pesar de las divergencias programáticas inmediatas y de las disímiles aspiraciones finales, que recíprocamente respeten nuestras posiciones políticas y nuestra ideología.

Los dirigentes de los diversos movimientos que desde los gobiernos de la América Latina o fuera de ellos se proponen hoy la libertad de sus pueblos, tienen pleno derecho a definir categóricamente como no comunistas sus objetivos económico-sociales. La marcha histórica dirá quién ha acertado en la selección de las opciones que presentan para el desarrollo latinoamericano. Los comunistas no tenemos dudas sobre ese veredicto.

Hay una diferencia entre no ser comunista y ser anticomunista. Ser anticomunista constituye una ceguera histórica que sitúa a quienes la padecen en el camino de identificarse con las peores fuerzas regresivas y los conduce inevitablemente al fracaso. El anticomunismo es una posición reaccionaria y núcleo de las ideologías contrarrevolucionarias de nuestra época. Podemos respetar a quienes

no sean comunistas, pero jamás podremos silenciar nuestra crítica a quienes por error se definen anticomunistas, ni rehuir el combate sin cuartel contra quienes de modo consciente pasan a las posturas del anticomunismo.

Si la unidad antiimperialista es indispensable, la unidad dentro de ella de las fuerzas de izquierda es aún más esencial.

La influencia mundial de las ideas del socialismo, como resultado de las victorias irreversibles de la Unión Soviética y de los países socialistas en Europa y Asia y del ejemplo de seguridad inquebrantable en el progreso económico, político y social de Cuba; el avance de la teoría marxista-leninista como la única capaz de dar solución a los problemas que encara la sociedad contemporánea y la presencia activa de los Partidos Comunistas, hacen que en América Latina, fuera del marco propio de estos partidos y de las antiguas organizaciones socialistas, exista hoy una izquierda con diversos matices, algunas de cuyas organizaciones se denominan a sí mismas marxista-leninistas y proclaman el socialismo como su objetivo de lucha.

Los partidos comunistas, al señalar aquello en que discrepan de las concepciones estratégicas o enfoques tácticos de esas fuerzas tomarán en cuenta que algunos de esos movimientos están orientados por el propósito de derrotar la opresión imperialista y de avanzar hacia genuinas posiciones socialistas.

Los partidos comunistas no silencian sus discrepancias con esas corrientes, pero distinguen entre esas posiciones erróneas y las actitudes aventureras que condenan. No es concebible una izquierda anticomunista o antisoviética, y dentro de este criterio, los comunistas trabajan por el aislamiento de quienes adoptan tales actitudes.

La polémica entre las fuerzas de la izquierda debe partir siempre de posiciones de unidad y servir a la unidad sobre la base de los principios y propósitos compartidos y tácticas apropiadas a las circunstancias y condiciones en que se libre la lucha común.

Los comunistas, seguros de nuestras posiciones, estamos prestos a realizar esa discusión necesaria con respeto mutuo, de manera que permita a las masas trabajadoras discernir la verdadera naturaleza de los problemas. Esto no es incompatible con el análisis franco y total de cada una de las posiciones en debate, y trabajar por el fortalecimiento de la unidad de acción de la izquierda. Al hacer esta invitación a la reflexión y al examen, los comunistas de América Latina proclamamos nuestra disposición a superar las incomprendiones para avanzar hacia la unidad de acción.

Aunque orgullosos de considerarse genuinos representantes del socialismo en América Latina, los partidos comunistas están dispuestos a participar en el combate junto a todos aquellos que seriamente luchan por objetivos semejantes en la actualidad. Las posibilidades que se abren ante los revolucionarios de la América Latina en este

período de nuestras luchas, la cercanía de grandes encuentros decisivos con el enemigo imperialista y los oligarcas en que se apoya, exigen los mayores esfuerzos de unidad y comprensión mutua entre todos aquellos que forman parte de las fuerzas antiimperialistas.

En su decisión de contribuir con todo su empeño al desarrollo del proceso revolucionario de la América Latina, los partidos comunistas consideran imprescindible extender su influencia política y la de las ideas del marxismo-leninismo en las masas, sobre todo en la clase obrera y sus organizaciones sindicales; crecer entre los campesinos trabajadores, ligas, asociaciones agrarias y otros agrupamientos; fortalecer el trabajo ideológico entre las capas medias de la ciudad y el campo; incrementar los avances entre los estudiantes, profesionales, intelectuales, técnicos y convertirse así en una fuerza de masas capaz de adquirir influencia decisoria en la política de cada una de nuestras tierras.

La lucha tenaz por el fortalecimiento ideológico de sus militantes, por su educación teórica y práctica en el marxismo-leninismo, por la depuración de toda tendencia reformista o izquierdizante, es un elemento esencial en el fortalecimiento de las filas comunistas. El fortalecimiento ideológico cada vez mas completo y la constante crítica del sectarismo dogmático y el relajamiento liberal, permitirán a los partidos comunistas conducir más exitosamente la lucha ideológica contra el imperialismo y la oligarquía.

En distintos momentos del desarrollo de la lucha antiimperialista, sectores sociales diversos pueden caer en actitudes o ser influidos por concepciones reformistas conciliadoras o estrechamente sectarias. La lucha permanente contra ambas influencias perniciosas permitirá consolidar la unidad de acción sobre base realmente sólida, afirmando cada vez más el papel independiente y de clase del proletariado revolucionario.

En esta oportunidad de recuento, los partidos comunistas de la América Latina inclinamos nuestras banderas en honor de los miles de luchadores comunistas que en las últimas décadas cayeron en todos los rincones de nuestro continente por la causa de la independencia de sus patrias y de la realización del socialismo. Saludamos a los militantes comunistas presos, torturados y perseguidos entre los cuales recordamos especialmente a los compañeros Luis Corvalán, Antonio Maidana, Jaime Pérez, cuya libertad exigimos. Saludamos a los revolucionarios y patriotas no militantes de nuestros partidos que sufren prisión y tortura y renovamos nuestro homenaje a los que han caído en la lucha común por la liberación nacional.

La feroz represión desencadenada contra los patriotas y fuerzas progresistas y muy particularmente contra el Partido Comunista Brasileño y su dirección, en virtud de su firme resistencia al régimen fascista, y contra todas las fuerzas progresistas, plantea la necesidad

de continuar y ampliar la solidaridad latinoamericana con la lucha democrática y antiimperialista del pueblo brasileño.

Expresamos asimismo nuestra solidaridad con la esforzada resistencia de los obreros y el pueblo de Bolivia a los desmanes de la dictadura de Bánzer; con los patriotas que sufren persecución y prisión en el Paraguay; con el pueblo de Haití, oprimido por una terrible dictadura; con las fuerzas progresistas de Argentina sometidas a bárbaras provocaciones de los grupos de asesinos fascistas organizados en la denominada "triple A"; con los que sufren la persecución fascista de Bordaberry en Uruguay, con los patriotas puertorriqueños perseguidos y encarcelados por el régimen colonial y con los que en otros lugares de nuestra América sufren prisión y torturas a manos de gobiernos antidemocráticos dictatoriales.

Ratificamos nuestro apoyo al pueblo y al Partido Guatemalteco del Trabajo, destacando el coraje y decisión con que libran los combates por la emancipación nacional y social de Guatemala, frente a un régimen usurpador y sanguinario; con los revolucionarios y demócratas nicaragüenses que padecen toda clase de persecuciones de parte de la dinastía somocista que junto al reaccionario gobierno guatemalteco lleva adelante una abusiva intervención en los asuntos internos de los países del área.

Expresamos nuestra especial solidaridad con Lolita Lebrón, patriota puertorriqueña que es la más antigua prisionera política del continente y constituye un símbolo de todos los que padecen prisión en razón de sus ideas.

Al proclamar su estrecha cohesión y solidaridad en la lucha común contra el imperialismo, que tiene como firme base el internacionalismo de la clase obrera, los comunistas de América Latina reafirman que cada uno de sus partidos, guiándose por los principios del marxismo-leninismo y tomando en consideración las condiciones nacionales concretas elaboren su propia política.

IX

El escenario histórico en que hoy se despliega nuestra lucha orientada a cortar definitivamente los lazos del colonialismo y del neocolonialismo, abriendo amplios cauces al desarrollo nacional y el proceso social de nuestras patrias, es bien distinto que el de hace 150 años, cuando la batalla de Ayacucho.

Nuestra nueva gesta emancipadora se despliega en momentos

en que los países que han llegado al socialismo ven cada día en el avance económico y la solidez moral de sus pueblos, en la capacidad de aislar sus economías de los altibajos inflacionarios y el desempleo que abaten al capitalismo, una confirmación de la inquebrantable fuerza del régimen socialista, a la vez que el capitalismo se encuentra sacudido por una crisis general cada vez más profunda.

Nuestro combate en América Latina enlaza con la victoriosa lucha de los pueblos de Indochina, ahora urgidos de apoyo para la reconstrucción, y con la justa lucha del pueblo de Corea por la expulsión de las tropas norteamericanas del sur —que oprime el imperialismo— y por la reunificación pacífica del país.

La lucha latinoamericana, que con Cuba trasciende ya al campo socialista, es parte del mismo torrente liberador que, en los países de Asia y de Africa, impulsan quienes están decididos a que cese el odioso papel de Israel sionista como punto de lanza imperialista en el Oriente Medio y a que se reconozcan los derechos del pueblo árabe palestino; de los que en Guinea-Bissau, Mozambique y Angola, borran de la historia al colonialismo; de los que luchan contra el racismo en el sur de Africa; de los que en Argelia, el Congo o Somalia, Guinea o Yemen del Sur inician cambios destinados a promover el socialismo.

En la arena internacional sigue presente la contradicción fundamental de nuestro tiempo, que es la que existe entre el socialismo en desarrollo y el imperialismo en decadencia. En la lucha contra el imperialismo convergen las tres grandes corrientes de nuestra época: el sistema socialista mundial, la clase obrera internacional y el movimiento de liberación nacional. En el vigoroso y continuo crecimiento del socialismo, resaltan esplendorosamente ante los pueblos el ejemplo y el papel de la Unión Soviética.

Hace 58 años, cuando bajo la guía de Lenin y de su Partido Bolchevique emergió el primer Estado Socialista victorioso, los voceros del imperialismo y la reacción internacional se apresuraron a vaticinar su derrota inminente. Décadas más tarde, en momentos en que gracias a esfuerzos extraordinarios de sus obreros y campesinos, el ya pujante Estado Socialista comenzaba a conquistar con los planes quinquenales la solidez económica que el capitalismo no podía obtener, los imperialistas confiaron a los nazis la función de destruir el socialismo en avance. La Unión Soviética soportó todas las pruebas, venció con la heroicidad de sus pueblos todos los asedios y constituye hoy una admirable expresión del socialismo que progresa hacia los ideales comunistas, que hace pocas décadas parecían irrealizables.

Junto con las victorias económicas, políticas y sociales que dan a los pueblos de la URSS un bienestar y felicidad crecientes, la U. Soviética y su Partido Comunista han cumplido de modo ejemplar los deberes del internacionalismo proletario. No sólo a costa del sa-

crificio de 20 millones de sus hijos y de enormes pérdidas económicas salvaron a la humanidad del nazismo, sino que también su presencia y su firmeza hicieron posible a los pueblos de Europa y de Asia que decidieron seguir las vías del socialismo, desarrollar sus transformaciones revolucionarias sin que el imperialismo pudiera aplastarlos.

Aquí, en la propia América Latina, como lo ha proclamado el compañero Fidel Castro, fueron la existencia del primer Estado Socialista y la política firme del Partido Comunista de la Unión Soviética las que hicieron posible, con la solidaridad y la ayuda directa con que apoyaron las claras posiciones ideológicas y políticas cubanas que la pequeña Cuba, dispuesta incluso a perecer en su decisión de obtener la independencia nacional y realizar el socialismo, emergiera victoriosa frente a las fuerzas al parecer todopoderosas del amenazante y desbocado vecino imperialista.

En esta Conferencia de los partidos comunistas de América Latina y del Caribe, sus representantes proclaman una vez más el respeto, la confianza y la admiración que sienten hacia la Patria de Lenin y hacia el Partido heredero de los bolcheviques.

La fuerza de la Unión Soviética y de los demás países socialistas, fuerza que será aún más decisiva en la medida en que se eliminen las divisiones en el movimiento comunista internacional, constituye para los pueblos de América Latina, como parte del vasto conjunto que forma hoy el mundo que sale del colonialismo y el neocolonialismo hacia el desarrollo, una firme garantía en medio de su difícil y desigual batalla por su plena liberación.

Conscientes de la necesidad de fortalecer cada vez más al movimiento comunista internacional, como destacamento avanzado de todas las fuerzas socialistas, antimperialistas y revolucionarias, los Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe se pronuncian a favor de la realización de una conferencia mundial de los Partidos Comunistas, y comprometen su esfuerzo junto al de los comunistas de todo el mundo en la creación de las condiciones necesarias para que esa conferencia resulte una contribución positiva al fortalecimiento del movimiento obrero y comunista mundial.

La existencia de una creciente coordinación entre los países subdesarrollados y en vías de desarrollo, la formación en Argel del "Grupo de los 77", y aún más, la pujanza del Movimiento de los Países no Alineados, confirman una expresión visible del crecimiento de la conciencia política en esa amplia zona del mundo que abarca tres continentes. Los programas de defensa de sus economías esgrimidos por el Movimiento de Países no Alineados, perfilados en la Conferencia de Georgetown y concretados en la histórica IV Reunión de Argel, han hecho posible que en el VI Período Extraordinario de Sesiones de la ONU se debatiera profundamente el derecho de nuestros países a disponer de sus recursos naturales. Se manifestó así la universalización del enfrentamiento de los pueblos y el imperia-

lismo y se comprobó que la lucha de América latina forma parte de una contienda político-económica a escala mundial.

Coinciden en el Movimiento de los No Alineados, países que se proponen edificar el socialismo, hasta algunos en los que subsiste todavía un sistema semifeudal. No todos adoptan posiciones igualmente firmes, pero los unen el mismo enemigo, el imperialismo, y la necesidad de conjugar fuerzas para hacer frente a sus pretensiones y agresiones.

Para América latina y para todos los países subdesarrollados y en vías de desarrollo es de importancia decisiva comprender que no están solos en su lucha y apreciar el valor de las fuerzas en que pueden y deben apoyarse.

El compañero Fidel Castro, primer secretario del Partido de los comunistas cubanos, realizó en Argel una contribución histórica a la lucha de los Países No Alineados al demostrar la necesidad impostergable de comprender el papel de la Unión Soviética y de los países socialistas como aliados naturales, indispensables, del mundo que combate por liberarse. Desenmascaró la falsa tesis de los "dos imperialismos", que sirve a los permanentes propósitos divisionistas de único imperialismo real. Esa posición constituye otra de las aportaciones de la Revolución cubana al movimiento revolucionario mundial en la lucha contra las nuevas formas de la ideología reaccionaria.

La clase obrera y demás sectores populares de los países capitalistas desarrollados al luchar por sus intereses y por la paz, al proponerse sus fuerzas de avanzada conquistar cambios que conduzcan a la quiebra del poder de los monopolios, golpean al imperialismo. La clase obrera y los otros enemigos internos del gran capital forman parte esencial, junto a los países socialistas y al movimiento de liberación nacional, de la amplia alianza con que debe ser enfrentado el imperialismo para su derrota completa y definitiva.

Dentro de ese marco de solidaridad internacional, resalta aún con mayor fuerza la necesaria unidad en los planos nacional y continental de todos los pueblos y de todas las fuerzas progresistas emancipadoras en América Latina. Por ello nos preocupa la artificial agitación de los problemas fronterizos entre algunos países, instigada por elementos chovinistas y organismos secretos de espionaje del imperialismo que impulsan a decidir a través de posibles guerras fratricidas lo que están llamados a resolver juntos y en paz, sin injerencias imperialistas.

Esa unión antimperialista significa, ante todo, la unidad en la acción. Unidad para movilizar a las grandes masas e incorporar a ellas a sectores y fuerzas que permanecen aún marginadas de la pelea, pese a sufrir condiciones de expoliación y miseria. Unidad para coordinar formas concretas y diversas de lucha. Unidad para actuar, con audacia e imaginación, de modo que la firmeza de principios se conjugue con la amplitud necesaria para no perder una sola de las fuerzas que pueden ser incorporadas.

En esa unidad inaplazable, la juventud y las mujeres tienen un sitio destacado.

Para los millones de jóvenes latinoamericanos, en la lucha contra el imperialismo por la definitiva independencia nacional, constituye un sagrado deber y el más alto honor ser herederos de los héroes de las grandes batallas de una historia gloriosa. La liberación nacional y social es el único camino para liquidar el analfabetismo, el retraso, la desnutrición, el desempleo, la prostitución, la discriminación, la inseguridad e iniciar una nueva vida como la que llena de júbilo y responsabilidad a la juventud cubana.

Las mujeres latinoamericanas realizan una doble hermosa batalla. Participan en la lucha general como parte de la clase obrera, el campesinado, la intelectualidad revolucionaria, junto a sus hermanos. Y libran su propia brega por los derechos a la igualdad real, al trabajo, a satisfacer sus legítimas ansias culturales, contra el sombrío panorama de asesinatos de ellas mismas y de sus compañeros, de hambre y miseria para sus hijos.

Este es un combate que se lleva adelante dentro de cada frontera latinoamericana y por encima, a un tiempo, de todas las fronteras. Cada victoria pertenece a todos, y cada derrota a todos nos golpea.

Quienes aspiraron a dar en Chile un escarmiento que intimidara a los patriotas latinoamericanos, constatan ahora el fracaso político de los fascistas chilenos. Los miles de chilenos que murieron con Allende, la prisión que otros miles sufren en las mazmorras que comparten con el dirigente comunista Luis Corvalán, personalidades políticas como Gustavo Ruz, Bautista Van Schowen, Pedro Felipe Ramírez, Aníbal Palma, Fernando Flores y Leopoldo Luna, no han servido a la Junta para acallar al pueblo chileno. Al contrario, su entereza lo alerta y lo fortalece. Como Cuba, Chile tendrá su victoria. El pueblo chileno aplastará al fascismo.

Hace 12 años, Washington y su OEA iniciaron el aislamiento de Cuba. En 1964 obtuvieron un triunfo tan temporal como vergonzoso al imponer el bloqueo de la Isla que se empeñaba en ejercitar su libertad y soberanía.

La firmeza revolucionaria del pueblo de Cuba le permitió infligir al imperialismo norteamericano su primera derrota militar continental en Girón, y sostenerse hasta que las transformaciones derivadas de sus victorias y de la lucha de los pueblos de América Latina a las que aquéllas contrbuiyeron, crearon las condiciones en que el desprestigio de la OEA se ve acompañado de la derrota de los planes de Washington. En vez de la podrida OEA, la América Latina necesita su propio foro continental que le permita organizar la defensa de sus intereses comunes y lograr la liquidación del mal llamado Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, instrumento militar creado por el imperialismo norteamericano para llevar adelante la política de "guerra fría", convertido en garrote contra la independencia de los pueblos de América Latina.

En esa transformación, en que el revés de Chile es un acicate para nuevas y más profundas batallas, está la sangre de miles de latinoamericanos caídos en montañas y ciudades, en batallas guerrilleras y luchas urbanas, en medio de huelgas y manifestaciones populares; está la sangre de comunistas y combatientes de otras denominaciones y tendencias, que simbolizamos hoy en el nombre de aquel gran argentino, cubano y latinoamericano de perfiles universales que fue Ernesto Che Guevara.

Esa sangre nos une y nos obliga. Tenemos el deber de hacer cada vez más certeras nuestra estrategia y nuestra táctica para acortar el camino hacia el destino histórico de América Latina. En esa vía los Partidos Comunistas de América Latina y del Caribe expresan su firme voluntad de luchar decididamente por la futura integración económica y la unidad política de nuestros países, que están llamados a constituir una gran comunidad —sueño ayer de los próceres de nuestra independencia, condición indispensable hoy de supervivencia y desarrollo— que, por sus enormes recursos naturales, la inteligencia y el espíritu laborioso de sus pueblos, habrá de ocupar un lugar digno y honroso en el mundo de mañana. Sólo los comunistas podrán realizar un día esa gran tarea histórica.

El sesquicentenario de Ayacucho ha puesto de relieve todo lo que queda por hacer. Es hora ya de redoblar la marcha para alcanzar la segunda, verdadera e irrenunciable independencia que deberá traer, junto a la liberación, una salida hacia “las grandes alamedas” de transformación social que constituyen para la inmensa mayoría de los hombres y mujeres de nuestra América una nueva esperanza.

¡Adelante, por la completa liberación nacional y la plena independencia de nuestras patrias, por la democracia y el bienestar popular, por la paz mundial y el socialismo!

La Habana, Cuba, 13 de junio de 1975.

Partido Comunista de Argentina

Partido Comunista de Bolivia

Partido Comunista Brasileño

Partido Comunista de Colombia

Partido Vanguardia Popular de Costa Rica

Partido Comunista de Cuba

Partido Comunista de Chile

Partido Comunista Dominicano

Partido Comunista de Ecuador

Partido Comunista de El Salvador
Partido Comunista Guadalupense
Partido Guatemalteco del Trabajo
Partido Popular Progresista de Guyana
Partido Unificado de los Comunistas Haitianos
Partido Comunista de Honduras
Partido Comunista Martiniqués
Partido Comunista Mexicano
Partido Socialista de Nicaragua
Partido del Pueblo de Panamá
Partido Comunista Paraguayo
Partido Comunista Peruano
Partido Comunista de Puerto Rico
Partido Comunista de Uruguay
Partido Comunista de Venezuela



EDITORIAL PROBLEMAS